

Cuidado
con lo que deseas,
Wendy



Joana Arteaga

 Correctivia

CUIDADO CON LO QUE DESEAS, WENDY

Joana Arteaga

“Cuidado con lo que deseas, Wendy”

© Joana Arteaga, 2019

Diseño de la portada: Joana Arteaga y Fernando G. Mancha
Foto: Kangah (iStock)

Primera edición: diciembre 2019

Obra registrada. Número de registro: 1912082645491.

“No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea éste electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Art. 270 y siguientes del Código Penal).

ÍNDICE

Capítulo 1

¡Pide un deseo, Wendy!

Capítulo 2

¿Eres tú, Wendy?

Capítulo 3

Acabas de alegrarme la velada, Wendy

Capítulo 4

¿Confías en mí, Wendy?

Capítulo 5

Suéltalo, Wendy

Capítulo 6

¿Puedo llamarte un día de estos, Wendy?

Capítulo 7

Tú puedes con todo, Wendy

Capítulo 8

¿Cómo eres, Wendy!

Capítulo 9

Píllate un BlaBlaCar, Wendy

Capítulo 10

Por nosotros, Wendy

Capítulo 11

Te lo prometo, Wendy

Capítulo 12

Era Wendy, ¿verdad?

Capítulo 13

¿En serio estás bien, Wendy?

Capítulo 14

¡Espera, Wendy!

Capítulo 15

Impones, Wendy

Capítulo 16

Te necesito, Wendy

Capítulo 17

Oye, Wendy... ¿tú le quieres?

Capítulo 18

¿Qué haces esta noche, Wendy?

Capítulo 19

Me vuelves loco, Wendy

Capítulo 20

[Esta noche no sería igual sin ti, Wendy](#)

[Capítulo 21](#)

[No quiero saber tu nombre, Wendy](#)

[Capítulo 22](#)

[Si me necesitas, solo silba, Wendy](#)

[Capítulo 23](#)

[Cuidado con lo que deseas, Wendy](#)

[Capítulo 24](#)

[Para siempre, Wendy](#)

[Epílogo](#)

[Crearlo depende de ti, Wendy](#)

[Agradecimientos](#)

Para los que no se pueden resistir a pedir deseos.

«No es bueno dejarse arrastrar por los sueños
y olvidarse de vivir».
Harry Potter y la Piedra Filosofal
J.K. Rowling

Capítulo 1

¡Pide un deseo, Wendy!

Estimado/a compañero/a:

El claustro de antiguos alumnos del Instituto de Enseñanza Secundaria San José de Calasanz tiene el placer de invitarle a la reunión especial, que se celebrará con motivo del décimo aniversario de la conclusión de estudios el próximo 22 de junio.

La ceremonia de bienvenida se llevará a cabo en el auditorio del edificio lectivo del colegio y la recepción, en el gimnasio escolar.

Se ruega confirmación en la web habilitada para el evento (www.exalumnoscalasanz.org), introduciendo su número personal, que podrá encontrar en la tarjeta adjunta.

Deseando contar con su presencia para hacer un interesante y esperado viaje en el tiempo, reciba el más cordial de los saludos.

*Asociación de Antiguos Alumnos
San José de Calasanz*

Fui la última en recibir la maldita carta.

Todo el mundo (al menos todo el mundo con el que aún tenía contacto de aquellos años del instituto, en el barrio o en el Facebook) hablaba sin parar de ella, como si su contenido fuese más esperado que el maná y como si estar invitado a la fiesta del décimo aniversario de nuestra graduación como alumnos del San José de Calasanz, fuera lo más en la escala social, a la altura de una boda real o algo así.

Jessica y Fredy la habían recibido. Y la tonta de Amparo, y el desubicado de Toño... todos los que aún seguían en el barrio, y aún eran mis vecinos, la tenían en sus manos y no hablaban de otra cosa. Las redes sociales echaban humo y yo, infiltrada entre los que hablaban del evento de la temporada, me sentía una auténtica intrusa por no tener aún conmigo una invitación oficial. Tenía más ganas de recibir esa dichosa carta que la de admisión en Hogwarts, algo que llevaba anhelando en secreto (y no tan en secreto) más de media vida.

Avasallaba a Marci, el cartero, en cuanto lo veía doblar la esquina de mi calle, como si fuera una fan obsesionada con su ídolo particular. Aunque Marci tuviera poco de ídolo, y sí mucho de cincuentón calvo, con barriga cervecera y mostacho a lo Village People.

Llamé al instituto una media diaria de diez veces, pero nadie supo darme razón de la misiva perdida. Me prometían consultar el archivo para comprobar que había sido enviada y me pedían de nuevo mis datos postales para cotejarlos con los que estaban en sus archivos, en caso de que necesitaran enviarla de nuevo. Cada vez. Repetí mi dirección casi sesenta veces en una semana y media. Si el CSIC o la CIA espiaban mis conversaciones, estaba segura de que al lado de mi ficha aparecería la palabra CANSINA. En rojo. Con mayúsculas.

Al final llegó la carta, solo tres días antes del evento. Arrugada y manchada, rota en una esquina y con una pinta horrible. La recibí la mañana de mi veintiocho cumpleaños, como si los

elementos se hubieran confabulado para que ambos hechos coincidieran el mismo día y hacerme feliz por partida doble.

Marci, avergonzado como pocas veces le había visto, se disculpó pintando en su cara una sonrisa que no disimulaba su bochorno. Se tomaba muy en serio su trabajo y odiaba cuando Correos y su buen nombre quedaban en entredicho por culpa de los que trataban así de mal las postas ajenas.

No me importó en absoluto la lamentable facha de la carta. Era LA CARTA, y para mí era igual de válida, aunque la hubiera pisoteado una manada de elefantes desbocados. Era mi invitación oficial, mi declaración de legitimidad en esa fiesta y, sobre todo, mi pase VIP, mi vía libre para volver a ver a Jagger después de diez años, y mantener así ese resquicio de esperanza abierto y colarme por él. Volver a recuperar nuestro momento, el único que tuvimos, en el viaje de fin de curso a Italia, en el que le sentí tan cerca y se me clavó tan dentro. El sueño de mi vida (junto con la carta de Hogwarts, claro está).

—¡Jessi! —chillé con toda la emoción del mundo colándose entre mis palabras a través del teléfono—. ¡La he recibido! ¡Acaba de llegar!

—¿De qué me estás hablando?

Después de ser la más plasta del universo con el tema, ¿aún tenía dudas? A veces Jessi me superaba completamente.

—¡La carta! ¡La carta de la reunión de ex alumnos! ¿Qué va a ser si no?

—Alabado sea Cristo. —Su tono, ahora sí, dejaba clara evidencia de lo harta que la tenía a esas alturas y lo mucho que le había dado la murga con la dichosa misiva perdida—. Ahora solo falta que te llegue la de Harry Potter para que pases página de una vez y superes tus obsesiones con el correo.

—No seas cría —le dije risueña. No iba a permitir que nadie ni nada me estropearan el momento largamente deseado.

—No, claro, eso te lo dejo a ti, que se te da de maravilla. —La risa cristalina de mi amiga se sumó a la mía, mientras yo me aferraba a esa carta maltrecha que tanto había esperado.

Nos tratábamos así la mayoría de las veces, con cariño y pullas. Lo hacíamos desde el parvulario, donde nos convertimos en mejores amigas a la tierna edad de tres años. Era como mi hermana. Mi confidente, mi apoyo, mi paño de lágrimas, la que sufría mis tonterías... en fin, mi alma gemela, a falta de una con más testosterona y voz grave.

—Feliz cumpleaños, *friki* —dijo con cariño cuando nuestras risas se apagaron—. No me puedo creer que te haya llegado la maldita carta hoy justamente...

—Ya, la verdad es que es como mi regalo de cumpleaños especial... ¡Una coincidencia genial! ¿Verdad?

—¡Espera! —gritó de pronto Jessica sacándome de mi burbuja de felicidad absoluta.

—¿Qué? ¡Joder, qué susto!

—¿Has recibido la carta? ¿Por qué has recibido la carta? ¿Qué haces en casa? ¿Por qué no estás en Burgos, con tus chinos y tus girasoles? ¿Por qué? ¡¿Por qué?! ¡Hoy se supone que no ibas a estar aquí!

La histeria que se percibía en su voz me dejó desconcertada. No entendía nada de nada. Jessica solía ser como un libro abierto, incapaz de guardar secretos o resultar complicada. No entendía nada de lo que me estaba diciendo y eso no era habitual.

—¿Quieres hacer el favor de explicarte? —le pedí, sin comprender ni una sola palabra de su súbito ataque de pánico.

La oí respirar a través del auricular, como tratando de tranquilizarse antes de volver a hablar. Cosa que, sin duda, consiguió, porque al escuchar su voz de nuevo entendí de dónde venía su nerviosismo.

—Tú hoy debías estar fuera. Lo dijiste. Que nada de celebrar hoy tu cumpleaños porque estarías con tus chinos en Burgos, con los girasoles y esas cosas tuyas —explicó aún hiperventilando ligeramente—. Si has recibido la carta es que estás en casa. Si estás en casa, es que no estás en Burgos. Y si no estás en Burgos... ¡Yo no te he comprado aún tu regalo ni vas a tener tu fiesta sorpresa!

Me eché a reír de forma instintiva, conteniendo un poco unas lágrimas llenas de emoción que me invadieron casi por completo al escucharla. Era evidente que para Jessi era un problema de dimensiones siderales el fallar en algo así. Que no se desarrollaran las cosas como esperaba y que, como resultado, yo no tuviera mi regalo y fiesta de cumpleaños era una tragedia en su cabeza.

Habíamos quedado en celebrarlo el fin de semana por temas de trabajo. Así que ella se había relajado y se había centrado en preparar algo divertido para el sábado, después de la reunión del colegio, o el domingo, si la resaca nos lo permitía.

—Ha habido un cambio de planes inesperado —le dije con la voz contenida, procurando que no me notara la emoción tonta que se me había desatado en el interior—. Ya sabes que últimamente hay muchos de esos en el trabajo.

—¿La señorita Rottenmeier otra vez? —preguntó de forma retórica, porque era obviamente una pregunta con respuesta más que sabida.

—La señorita Rottenmeier otra vez... ¿quién si no?

La señorita Rottenmeier era mi nueva jefa, Marta, la hija de don Ramiro, el dueño de Turoperador de Viajes Ramiro Cadalso, especializado en experiencias patrias para clientes orientales. Después de levantar su pequeño pero próspero negocio, y de mantenerlo abierto y con éxito más de treinta años, don Ramiro había dejado recientemente la empresa en manos de sus dos vástagos, y nos tocaba sufrirlo a los trabajadores. Y de qué manera.

Marta, la mayor, era mandona, exigente, controladora y sumamente preocupada por cumplir con todas las exigencias legales habidas y por haber. No había norma que no revisara diez veces, aspecto de seguridad que no comprobara hasta asegurarse al cien por cien de su idoneidad, ni punto de calidad que no diese por bueno de forma personal y tras someterlo a su férreo control particular. Era tan tiquismiquis y tan exigente con todo, que ya se había ganado el apodo de señorita Rottenmeier en el mes escaso que llevaba al frente del turoperador que levantara su padre.

El hermano pequeño de Marta, Arturo, era todo lo contrario. Vago, pasota, dicharachero y con muy pocas ganas de cumplir con obligaciones o normas. Se pasaba por la oficina muy de vez en cuando y no era para otra cosa que discutir con su hermana por no dar palo al agua, o para ligar con Escarlata, la despampanante secretaria ya entrada en años que don Ramiro contrató en su día para darle empaque a la recepción de la agencia.

—¿Qué te ha hecho esta vez esa arpía? —el tono de Jessica no dejaba lugar a dudas sobre lo poco que Marta Cadalso le gustaba a mi mejor amiga. Y eso que no la conocía en persona ni la sufría a diario como yo.

—Pues que me ha dejado en tierra como has podido comprobar —dije con toda la amargura que el desplante de la hija del dueño me había causado—. Le ha dado mis chinitos de esta semana a Pascual, y a mí me ha encomendado la noble tarea de *descansar*.

—¿Descansar?

—Sí, hija, *descansar*.

—Bueno, tía, eso no es malo, ¿no? —La incredulidad impregnaba las palabras de Jessi, que no acababa de comprender que a mí no me hiciera gracia el hecho de tener días libres otorgados por la jefa.

—Sí y no —me apresuré a sacarla de dudas—. Al parecer, la normativa establece que no puedo trabajar todos los días de la semana, y como el finde me tocó llevarme a los coreanos a ver los molinos de Campo de Criptana... pues eso, que hoy y mañana me toca *descansar*.

—¿Y por qué eso es bueno, pero no lo es? No lo pillo...

—Pues porque me jode que esa tipa me diga cómo y cuándo trabajar, y me obligue a coger días libres, a dejar mis grupos en manos de otros y a quedarme en casa *para cumplir la normativa*.

Cuando me llamó la noche anterior, pasadas las once, para decirme que me olvidara de subirme al autobús esa misma mañana... juro que me hirvió la sangre. No solo por trastocar mis planes laborales con tan poca antelación, sino también por su tono, tan lleno de altanería y de prepotencia, que dejaba claro que era una orden que no admitía ni argumentos ni negativas. Había que acatarla por que sí. Y a mí esas formas y ese abuso de poder... bueno, que me crispaban y me convertían en una cavernícola. Menos mal que en ese momento, entre mis manos, mi carta me susurraba palabras hermosas, de esas que amansan fieras y sosiegan ánimos crispados.

—Pasa de ella y olvídate de todo. —Costaba creer que Jessi no me diera la razón y no se pasara a mi bando para despotricar a gusto contra la arpía. Buscaba su apoyo de alguna manera, y no hallarlo me confundió sobremanera—. ¿No te ha hecho, en realidad, un pedazo de regalo dándote libre el día de tu cumpleaños?

—Sí...

—¡Pues riéte en su cara y aprovéchate de ello!

—Visto así...

—Pues eso. Dame media hora y estoy ahí en tu casa, te achucho y te cantamos el cumpleaños feliz, que los niños me están volviendo loca y necesitan airearse. No veo el momento de que se acabe la expulsión esta y los dejen volver al colegio —Se les oía de fondo. A los dos, a Salva y a Kike, los monstruitos de mi Jessi, mis sobrinos postizos, los petardistas del barrio, los gánsteres de Carabanchel Alto... los gemelos con más peligro y más mala baba que habían visto estas calles en décadas. Los habían expulsado del cole la semana anterior por atascar con productos de higiene femenina todos los urinarios del centro educativo, productos de higiene femenina que le habían estado robando a su madre durante meses, y cuyo uso para atascar las tuberías había dejado una factura considerable para el colegio y para la Asociación de Padres, que tuvo que apachugar con la bromita de los gemelos.

Tras escuchar cómo Jessi se autoinvitaba a casa, el pánico me invadió de pronto. Estaba en pijama, con unos pelos de impresión, mi madre (sí, cumplía veintiocho años viviendo aún bajo el techo materno) estaba pasando la aspiradora mientras se desgañitaba al son de *qué tiene la zarzamora que llora y llora por los rincones*, y mi padre, en zapatillas y batín, leía el periódico como si no fuera día laboral y a él tampoco le hubieran obligado a quedarse en casa (en su caso por una reciente operación de varices con complicaciones que lo tenía medio deprimido y ojeroso).

¿Quería visita con esas pintas? ¿Deseaba la invasión eléctrica que Jessi prometía en mi casa? ¿Necesitaba felicitaciones y achuchones de mi mejor amiga y sus dos terroristas de nueve años? La respuesta se materializó en mi mente de inmediato... Después de recibir mi adorada carta,

nada mejor que acoger a la gente que más quería en mi humilde hogar (el de mis padres, más bien) y dejarme mimar. ¿Qué podía haber mejor que eso?

Y me dejé convencer con una sonrisa tonta en la cara, que me acompañó hasta la ducha, donde me metí con prisas y ganas. Me preparé en un santiamén y obligué a mi madre a poner la mesa para tres comensales más.

Yo me encargué de terminar de preparar la comida y de conseguir que mi padre me ayudara, para así sacarle del raro letargo al que esa operación le había condenado en los últimos días.

Mi padre siempre había sido un hombre trabajador y callado, acomodado a la sombra de mi madre, que llevaba la voz cantante en la casa y en lo tocante al orden familiar. Se conformaba con su rol de sustentador económico, pero se había desentendido durante décadas de lo que a gestión de la unidad doméstica se refería. Todo recaía en mi madre. Y eso a ella... ¡Le encantaba! No sabía vivir sin organizarlo todo, sin tener siempre la última palabra (bueno, tenía la última, la primera y todas las que iban en medio), ni ser la protagonista de cuantos logros se conseguían en aquel humilde hogar.

Mi padre se levantaba, se iba a trabajar y volvía a casa de noche, cenaba, veía la tele en silencio y se acostaba antes de volver a empezar ese ciclo que, lejos de machacarle, le daba sentido a su vida. La operación, ese parón obligatorio, le había pillado desprevenido. No eran vacaciones. No era un puente o una fiesta mayor. No estaba preparado para parar en ese momento y todo se le había venido encima. Bueno, sobre todo se le había venido encima mi madre, a la que no sabía enfrentarse ni gestionar, y que era igual que una manada de elefantes en estampida cuando le daba por ser ella misma (o sea, casi siempre).

A la hora de la comida, Jessica y los niños llamaron al timbre. A falta de mi hermano Álvaro, que estaba en la biblioteca estudiando para los finales, estábamos todos reunidos, y la celebración de mi cumpleaños empezaba a adquirir las dimensiones que la fecha merecía: primero, la carta largamente deseada. Después, la improvisada comida que ni esperaba ni acababa de creerme, porque con cuatro cosas de la nevera y la visita de mi amiga y sus retoños, todo parecía que tenía otro color.

—¡No te enfades si mi regalo es cutre y la tarta es de las congeladas de Mercadona! — exclamó Jessi en cuanto entró por la puerta—. Haber avisado antes y no tendrías una celebración improvisada de segunda división. ¡Esto es solo culpa tuya!

Me eché a reír con ganas, porque cualquiera le llevaba la contraria y, además, estaba súper graciosa cuando se enfadaba. Siempre le pasaba.

Ella frunció el ceño, pasó delante de mí y fue a dejar las cosas que traía a la cocina, que conocía como si fuera suya.

Jessica era una belleza exótica, con el pelo azabache y largo hasta la cintura, ondulado y salvaje, que enmarcaba un rostro de ojos negros como la noche y algo rasgados, que le daban aspecto de princesa india. Su tez morena contrastaba con sus dientes blanquísimos y sus labios llenos, generosos y rosados. Su rostro, puntiagudo y fino, se remataba con una naricilla pequeña y respingona, coronada por un puñado de graciosas pecas que le restaban años y daban aún más personalidad a sus rasgos armoniosos y singulares.

Sus fieras se fueron a jugar y a molestar a mi padre, cosa que era de agradecer para sacarlo de su mortal aburrimiento. Si cerraba los ojos, oía música celestial en mi casa, familia y amigos, risas, bromas, vida... y eso era un regalo de cumpleaños inmejorable.

Comimos en familia como todo buen cumpleaños que se precie manda y, al finalizar, Jessica sacó la tarta de la nevera, una tarta de Mercadona con un dibujo absurdo de princesas Disney, del

todo impropio para mis veintiocho años, pero ¿qué más daba? El detalle era lo que importaba. Eso, y la compañía, que era la mejor que podía desear... o casi.

—Toma, es una bobada, pero no quería presentarme con las manos vacías —me dijo mi amiga mientras me entregaba un paquetito envuelto con un papel precioso, impreso con mandalas y motivos hindúes—. El sábado ya te daré lo que Fredy y yo hemos pensado como súper regalo de cumple.

—No tenías por qué molestarte...

—Sí, claro, y voy a dejar que mi mejor amiga pase el día de su cumpleaños sin regalos.

—Algo me caería por ahí, ¿verdad, mamá? —pregunté con cara de buena a mi progenitora en busca de buenas noticias y un regalo que mereciera la pena.

Pero ella se limitó a encogerse de hombros y a poner en mi mano dos billetes de cincuenta euros.

—Para que te compres algo bonito, cielo.

Vale, me podía valer. No era un regalo especialmente elegido para mí, no era nada personal y pensado con cariño, pero me podía valer. Cien euros son cien euros. Era un regalo de cumpleaños más que generoso que me permitía perdonar a mis padres por su falta de interés en el asunto. Desde luego era mejor que el ficus que me habían regalado el año anterior —«*Para alegrar tu habitación un poco, cariño*»— o las entradas para la final del *Motocross Freestyle* de hacía dos años, que les regalé a Fredy y a mi hermano sin siquiera mirar en Google qué coño era eso de *Motorcross Freestyle*.

—Venga, abre el nuestro y luego soplamos las velas —me acució Jessi, más ansiosa que yo porque descubriera su regalo.

Le hice caso con una sonrisa en la boca. La verdad es que abrir paquetes me rechiflaba, fuera lo que fuese, mi cumpleaños, Navidad, un amigo invisible, un pedido de Amazon o unos cereales de muesli y chocolate bajos en calorías.

Del interior del precioso papel de mandalas salió un delicado collar color rojo, lleno de cristalitos súper brillantes, engarzados en vidrio negro. Me gustó inmediatamente y no tuve que esperar a que Jessica me animara para probármelo. Me colgaba coqueto entre mi pecho y me daba un toque desenfadado a la vez que muy chic. Era, sin duda, muy de mi estilo y lo adoré desde el primer minuto.

—El de la tienda esotérica dice que tiene propiedades místicas y que abre los canales cósmicos de lo anhelado, para lograr con más fuerza nuestros deseos. No sé tú, chica, pero yo empezaría a desear saberme la combinación ganadora del Euromillón con el collar puesto, a ver si logramos dar el pelotazo.

Abracé a mi amiga con una enorme sonrisa en la cara, hasta que ella se separó de mí como si yo fuera un pulpo gigante que tratara de robarle el último aliento.

—Venga, y ahora la tarta, que mira que es bonita —anunció mi madre con una sonrisa de oreja a oreja.

Bonita, bonita, lo que se dice bonita, podría parecerse solo a una cría de cinco años que no cayera en que Blancanieves tenía la cabeza demasiado grande para su cuerpo esmirriado y contrahecho, o que el vestido de Aurora se parecía más al del Nicole Kidman en *Moulin Rouge* que a una princesa Disney, pero no era una tarta para mirar, era para encender sobre ella unas velas y, sobre todo, para comérsela después. Así que urgí a mi madre a que desempolvara las velas de los cumpleaños, esas que habían ido quedando en un cajón año tras año desde que empezáramos con las celebraciones, allá como dos décadas y medio atrás, y que cada año estaban

más gastadas y daban más pena.

Pero mi madre no encontraba nada. Rebuscaba en los cajones, en las alacenas, en los estantes del baño, en los rincones de la despensa... nada, no aparecían los restos prehistóricos de unas velas que llevaban en esa casa casi más tiempo que mi hermano y que yo.

—Una tarta de cumpleaños sin velas es como un estríper sin depilar —sentenció Jessica dejando a mi madre medio bizca—. Está bien, pero sientes que te falta algo para que sea perfecto. Me niego a que te quedes sin soplar las velas de tu tarta.

¿Cómo no iba a quererla? Si es que era la persona que más velaba por mí, incluso lo hacía más que yo misma, que a veces pasaba de todo y dejaba que los acontecimientos restablecieran, por sí solos, el orden del universo (vamos, que era una pasota redomada y me la sudaba la mitad de las cosas que me pasaban).

La vi rebuscar en su maxi bolso rosa fucsia y sacar otro paquetito envuelto en el papel de mandalas en el que había venido mi precioso colgante, y dárselo a mi madre para que hiciera los honores de plantarlo en mitad del pastel.

—Toma, Carmina. Son dos velas que compré en la tienda esotérica esa que os han puesto debajo de casa, aprovechando que entré a buscar un regalo a toda prisa y salí con el colgante. Con esto nos tendremos que apañar.

—¿Velas de una tienda esotérica? ¿Son para un ritual de amor? ¿Para ponerle una vela negra a alguien? ¿Para librar de espíritus malignos tu casa? —No pude resistirme a hacer el chiste fácil.

—Son simplemente dos velas con aroma a moras —dijo ella a la defensiva, mientras miraba de reojo las velas y se mordía el labio inferior en un gesto que siempre denotaba nervios en mi amiga.

—Ya, claro...

Y no pude evitar sonreírme pensando en que el pobre Fredy se acababa de librar de alguna de las ideas de bombero de la impulsiva y siempre sorprendente Jessica.

Mi madre colocó con cuidado los dos velones de color morado oscuro que Jessica le había entregado, y las encendió con cuidado para no apagarlas antes de tiempo. Todos me miraron con cara de circunstancias, salvo los gemelos, que lo hicieron con cara de querer quitarme los honores de soplar las velas y quedarse con mi deseo. Cosa que, aunque fueran críos de nueve años, no estaba dispuesta a consentir. Era mi tarta, mis velas, mi deseo.

¿Mi deseo? ¡Joder, me pillaba en bragas eso de pedir el deseo! No me había dado por ponerme a pensar en ello antes y, como de la nada, me entró un pánico repentino que hizo que hasta unas gotas de sudor descendieran traicioneras por mi espalda.

¿Qué coño le pedía yo a esa tarta cutre de princesas Disney mal hechas y dos velas esotéricas con olor a mora?

«Piensa, piensa, piensa...»

—Venga, Wendy. ¡Pide un deseo!

Pasé por alto que Jessi no usara mi nombre de verdad para dirigirse a mí, y cerré los ojos tan fuerte como pude. Noté a mis pies la suavidad de *Amidala*, mi gata persa de tres años, y sonreí ligeramente. Necesitaba aislarme y pedir algo que mereciera la pena, como si por el simple hecho de seguir ese estúpido ritual, se me fuera a conceder el deseo que saliera de mi mente antes de soplar las velas, como si tuviera doce años y aún creyera en la magia y las cosas imposibles.

«Deseo... deseo... deseo tener lo que siempre he querido: a Jagger. Quiero que se fije en mí en la reunión de alumnos del sábado, que quiera estar conmigo, que sepa que existo, que se acuerde de Italia y de lo que tuvimos, que quede deslumbrado por mí. Oh, Dios, me encantaría

que cayera fulminado a mis pies, fulminado de amor, claro está, y que se enamorara tantísimo que no pudiera vivir sin mí. Porfa, porfa, porfa... ¡Deseo que Jagger me quiera con locura!».

Cuando abrí los ojos y soplé las velas, juro por lo más sagrado que, en el centro de mi pecho, justo donde descansaba el colgante que Jessi me acababa de regalar, un calor extraño, pero reconfortante de pronto, me hizo sentir en el séptimo cielo. Lo acaricié de forma instintiva y una sonrisa de lo más pánfila se dibujó en mi rostro.

Los deseos de cumpleaños son tan ingenuos como los que pides a las estrellas fugaces, ¿verdad? Pues eso, que mejor pasábamos a comernos la tarta y nos olvidábamos de que los deseos infantiles no se cumplen ni cuando aún tenías edad para creer en ellos.

Capítulo 2

¿Eres tú, Wendy?

Los cien euros que mis padres me regalaron por mi cumpleaños se convirtieron, en un vistoso y no vistoso, en un vestido rojo intenso y precioso, que me sentaba divinamente. Con él y unas sandalias plateadas de nueve centímetros de tacón, hice mi entrada triunfal en el auditorio de mi antiguo colegio, el San José de Calasanz.

Ya había llegado casi todo el mundo y las voces emocionadas lo inundaban todo. Los abrazos llenos de entusiasmo, las risas ilusionadas y las caras que reflejaban las ganas de recuperar los recuerdos de unos años que fueron tan especiales.

Los reencuentros son así, te quedas con las cosas buenas y decides cerrar los ojos a las malas. Así que recuerdas lo bien que lo pasabas en las excursiones, o cómo tenías las primeras citas y recibías los primeros besos. Recuerdas los bailes, las charlas insustanciales y frívolas, y la amistad forjada en las horas que hacías pellas. Y decides que no eres capaz de acordarte de los suspensos, de los profes que te tenían manía o de ese chico que nunca te hizo caso. De cómo te sentías cuando miraba a otra o tú dejabas pasar a oportunidad de hablar con él y dejar que te conociera.

Jessica y Fredy entraron justo detrás de mí y los tres nos sonreímos cómplices: empezaba lo bueno.

Para ellos, el reencuentro era sumamente especial. Servía para recordarles los días en los que empezaron a salir, a morrarse apoyados contra cualquier pared o cuando se saltaban las clases para meterse mano detrás del gimnasio. Era una cosa absolutamente flipante, no eran capaces de tener las manos alejadas el uno del otro.

Estaban juntos desde los quince años y jamás había visto a nadie tratar con tanta devoción a otro ser humano como Fredy a su *churri*, o sea, a mi amiga Jessica. Es verdad que el chico muy espabilado tampoco era, que para sacar el bachiller se las vio y se las deseó, pero su corazón compensaba con creces su falta en otras cuestiones de la vida.

Con dieciocho recién cumplidos y con Jessica embarazada de gemelos (es lo que tiene no poder quitarse las manos de encima y, además, no hacer nada de caso en las clases de educación sexual), Fredy cambió su horario lectivo, pasándose a las clases nocturnas, mientras durante el día trabajaba diez horas en el taller de su primo Aarón, como aprendiz y chico para todo.

Para mí la fiesta también tenía algo muy especial: volver a verle a ÉL. Había soñado e implorado la llegada de la carta por él. Había elegido ese vestido atrevido pero resultón por él. Me había dado mechucas californianas de las caras, dejándome un riñón en la peluquería, por él. Y me había desvelado todas las noches de esa semana por él. Menos mal que tenía un antiojeras de esos que hacen milagros, y las manos de Jessi para aplicarlo, que esas sí que eran para canonizar. Así que las marcas de mis desvelos no se apreciaban en mis ojos, aunque en las manos, temblorosas e inseguras, no estaba tan convencida de que pudiera esconderlas.

Con mis compañeros de fatigas de toda la vida a mi lado, pusimos nuestros pies en el auditorio, donde tendría lugar el acto de bienvenida y la parte más formal de la tarde. Luego, en el gimnasio, ya llegaría la hora de soltarnos la melena, darlo todo y hacer valer tanto mi estupendo

vestido como mis mechas del barrio de Salamanca.

Me había obligado a olvidarme de la niña tímida, gordita, empollona y negada para las relaciones sociales que había sido entre esas parece diez años atrás. Había ganado en confianza, tenía amigos de los buenos, había aprendido a sacarle partido a esos kilos de más que no había conseguido doblegar con mi estilo de vida saludable y, sobre todo, había comenzado a sentirme orgullosa de mis logros académicos, pese a que no me sirvieran de mucho en mi cómodo trabajo de guía turística.

Aunque nada de eso pareció servirme da nada al entrar en el auditorio y enfermar de nervios al no ver a Jagger por ninguna parte. Los ex alumnos ya estábamos casi todos allí (de hecho, habíamos llegado con el tiempo bastante justo por culpa de los retoques de última hora, para desesperación del pobre Fredy, que estaba listo en diez minutos), pero él no aparecía por ningún lado. De repente, como si fuera iluminada por un rayo revelador, me di cuenta de que había dado por hecho que estaría, sin ningún género de dudas. No se había asomado por mi cabeza, ni remotamente, la posibilidad de que Jagger faltara a la reunión y, por lo tanto, mis ilusiones se quedaran rotas. ¿Qué tenía esa celebración de especial si no era el volver a verle, tantos años después? ¿Qué hacía yo allí vestida como una Kardashian si no era para dejarle sin habla? ¿Por qué había llorado tanto por una carta que se resistía a llegar si la reunión iba a ser aburrida y sosa debido a su ausencia?

Recordaba perfectamente cómo él había dejado claro en el grupo de Facebook que no faltaría a la reunión por nada del mundo y yo, aferrada a esa idea, había implorado una invitación que ahora descansaba arrugada y medio rota en mi bolso. No, no había escenarios posibles en los que él faltara, no cabían en mi mente y no iba a dejar que la velada se estropeará así, tan pronto, cuando aún no eran más que las seis de la tarde y teníamos muchas horas por delante.

Quizá le hubiera surgido un asunto que le retuviera hasta más tarde o podría estar metido en un atasco. Estábamos en Madrid, lo del atasco me servía perfectamente para salvar la situación de crisis que mi cabeza estaba viviendo justamente en ese momento. Así que, tranquilizando mis nervios y apagando el vertiginoso latir de mi corazón, me senté con Jessica y Fredy en la parte media del auditorio.

El director del colegio, al que recordaba vagamente por haber sido profesor nuestro en alguna asignatura no especialmente reseñable como ética o griego, hizo de maestro de ceremonias, dándonos la bienvenida con un discurso algo acartonado y profundamente somnoliento. Agradecí mucho, y creo que el sentimiento era generalizado, que la reunión hubiera empezado lejos del horario oficial de siesta, porque más de una ya se hubiera echado el respetable escuchando al señor más aburrido de todo el sur de Europa.

De hecho, miraba a Fredy y me daba la risa, viéndole incapaz de mantener los ojos abiertos, luchando contra el deseo incontrolable de echarse un sueñecito ahí, en la butaca que de cómoda tenía poco, pero que le bastaba si quería huir de ese momento de desinterés máximo. Jessica comprobaba los *wasaps* de su suegra, con quien había dejado a sus terroristas de nueve años. Y yo, yo solo estaba pendiente de la puerta, de que se abriera y dejara paso al hombre de mi vida, que seguía desaparecido, aún en ese hipotético atasco de magnitudes gigantescas que lo mantenía alejado de la reunión y de mí.

De repente, la puerta se abrió con mucho ímpetu y mi corazón se saltó un par de latidos de pura expectación. Casi me levanto de un brinco del asiento y todo para hacerle a Jagger de comité de bienvenida, pero me vine abajo enseguida. No era él, sino ella, Alejandra. La Gata, la más divina de nuestra clase, la popular, la guapa, la que todos querían en su grupo, la que era

escuchada, tenida en cuenta y valorada, pese a que, la mayoría de las veces no decía más que tonterías.

Estaba convencida de que había leído en el grupo de Facebook que ella no acudiría ni borracha a una cosa así, que pasaba, que no tenía que demostrar nada. Las malas lenguas la hacían divorciada, sin oficio ni beneficio y con una talla 44. Pero parecía que todo era falso. Al menos lo de la talla, porque estaba tan estupendísima que daba hasta rabia.

Llevaba un vestido del mismo rojo encendido que el mío, que le quedaba de escándalo, ajustado a su diminuta cintura de avispa. Su larga melena rubia le caía con gracia por la espalda, en unas ondas de ensueño al más puro estilo Paula Echeverría, y su porte parecía el de una reina, exactamente igual que cuando ella marcaba el ritmo y las normas en estos mismos pasillos, diez años atrás.

La Gata seguía siendo la de siempre y eso me encogió el corazón. Secretamente, había deseado que no viniera o que, de hacerlo, lo hiciera sin rastro de la que fue antaño, gorda, fea o desconocida. Sin ella, no habría nada que se interpusiera entre mi intención de acercarme a Jagger y yo. Nada ni nadie lograría evitar el encuentro que, en mi mente, era perfecto y preciso, como el mecanismo de un reloj.

Pero con ella allí... mi mente volvió entonces una década atrás, a ese mismo lugar. A sus miraditas, a sus arrumacos, a sus besitos llenos de purpurina y mariposas. La Gata y Jagger eran la pareja ideal, estaban predestinados por ser tan perfectos, tan milimétricamente diseñados el uno para el otro... y, por lo que había oído, habían llevado su relación mucho más allá del instituto, demostrando, como lo hacían a su modo Jessica y Fredy, que los amores de adolescencia podían salir adelante.

Entré en pánico otra vez más. A un nivel mucho más profundo cuando me di cuenta de que no sabía realmente nada de Jagger, que en Facebook contaba poco, que podía ser padre de tres criaturas y estar felizmente casado con La Gata o con cualquier otra mujer de bandera. Me reprendí a mí misma por haberme cegado tanto como para pasar por alto detalles de esa importancia en mi plan de seducción.

—¿Estás bien, nena? —dijo Jessica tocando mi brazo, gesto que me sacó de mi ensimismamiento con un brusco ademán.

Debía de estar dando una imagen de demencia absoluta ahí, mirando cómo La Gata se acercaba a las primeras filas del auditorio y tomaba asiento, tras intercambiar un gesto de aquiescencia con el director y ver cómo este, aliviado, empezaba a concluir el soporífero mensaje a su antiguo alumnado.

Me volví de cara a Jessi y tragué saliva. No era momento para sacar todas mis inseguridades a flote.

—Estoy bien —aseguré—. Solo aburrida como una ostra.

Sonreímos ambas, cómplices, como siempre que nos recorría el mismo pensamiento, y ella pareció darse por satisfecha, aunque, en el fondo, estaba convencida de que Jessica sabía exactamente todo el maremágnum de sentimientos que me estaba atravesando.

—...Y ahora, como acto inaugural de esta fiesta del reencuentro, quiero presentarles a la madrina del curso 2007, la señorita Alejandra Pérez Miguel. Un fuerte aplauso para ella —pidió el director, alejándose del atril y librándonos, por fin, de su sopor. Un sopor que, ahora comprendía, había sido producto de un tremendo acto de improvisación, haciendo tiempo para que La Gata llegara y pudiera darle paso.

El auditorio rompió en un clamor de aplausos y vítores para la estupenda Alejandra, mientras

sus resplandecientes ojos verdes echaban chispas de puro placer. Siempre le gustó ser la reina del cotarro.

Subió las escaleras hasta el escenario y se hizo con el atril y el micro que, hasta ese momento había sido acaparado por el director, ahora claramente aliviado por ceder el honor de la palabra a otra persona.

—¡Hola a todos, chicos! —saludó con énfasis—. ¿Estáis todos aquí? ¿Tengo que pasar lista?

Los allí reunidos, sobre todo los de sexo masculino, levantaron sus brazos como haciéndose notar en ese hipotético pase de lista que ella proponía. Seguía poniendo cachonda a toda la población varonil de la zona y puede que, también a parte de la femenina. La tía no podía ser más sexy.

—No, supongo que no. ¿Quién se perdería algo así, eh? —continuó ella con su pose más sensual, sin quitar ojo al auditorio que la adoraba como siempre había hecho—. Yo tengo la fecha marcada con rotulador permanente desde que me enteré de esta maravillosa idea... ¡Hasta he contado los días!

Más aullidos neandertales mientras yo ponía los ojos en blanco y recordaba sus famosas palabras en Facebook, esas que todos habíamos leído y que ahora parecían no importar... «*Ni borracha me acerco yo al instituto para algo tan ridículo como una reunión de ex alumnos*». Borracha no sabía si estaba, quizá un poco sí, pero ahí la teníamos, en carne y hueso, y amadrinando el evento y todo. Genio y figura, la Gata nunca defraudaba.

—Chicos... ¡Me alegro mucho de veros! En serio... os veo genial —dijo Alejandra con un toque travieso en la voz. Nos señalaba como si fuera el mismísimo Papa dándonos la bendición *urbi et orbi*—. Yo, en cambio... estoy hecha un adefesio. Los años no perdonan, y aquí tenéis a esta vieja con ganas de recordar lo mucho que nos divertimos en aquellos años.

¿Vieja? ¿En serio? Su numerito condescendiente despertó en todos signos de negación y de «*por favor, ¿qué vas a estar tú vieja si estás mortalmente buena?*». Se los estaba metiendo en el bolsillo, había cosas que nunca iban a cambiar...

—Porque nos divertíamos, ¿verdad? ¿Recordáis aquella vez en la que, en el viaje de fin de curso a Italia, Seve se puso a imitar a aquella monja saliendo del armario o cuando le hicimos la broma a Aroa, amenazándola con enviarla a España por estar en la misma habitación que un chico pasada la medianoche?

Risas y más risas. Risas de su grupo de amigos de entonces, a los que iban dedicadas esas anécdotas que no entendíamos el resto de alumnos. Y risas de aquellos que seguían hipnotizados o, simplemente, querían demostrarle lo mucho que se alegraban de que ella estuviera allí y les hablara y les dedicara unos minutos de su tiempo.

Completamente dominada por los celos más descabellados de toda mi existencia, me levanté de mi asiento como si un resorte me hubiera hecho saltar. Tenía que salir de ahí, y tenía que hacerlo antes de que los nervios por la ausencia de Jagger y el mosqueo monumental por lo abducidos que Alejandra los tenía a todos en el recinto me hicieran explotar.

—En serio ¿te pasa algo? —Jessi sabía la respuesta a eso, pero aun así, me hizo la pregunta.

Yo, más enfadada que una mona, sonreí intentando tranquilizarla y me excusé asegurando que solo me hacía pis.

Salí con mi repentino malestar y nerviosismo en busca de aire fresco. Pero no llegué muy lejos. Nada más abrir la puerta, el tacón de aguja de nueve centímetros de mi sandalia derecha decidió jugarme una mala pasada y resbalé, consiguiendo torcerme el tobillo mientras me recorría una intensa oleada de dolor por toda la pierna.

Gracias a Dios, o al destino que tenía que jugar su papel, no llegué a tocar el suelo porque los brazos de un adonis de metro noventa y ojos azul océano me recogieron y evitaron la tragedia (y el ridículo, todo hay que decirlo). Jagger, mi Jagger en persona me acababa de salvar del infortunio de caerme redonda al suelo por culpa de la mala pasada de un tacón que, afrontémoslo, no tenía ni idea de cómo lucir sin arriesgarme a romperme la crisma.

Parpadeé mientras el corazón se ponía a bailar una polka dentro de mi pecho. Respiré el aroma varonil que desprendía, clavé mis ojos en su mirada entre divertida y preocupada, y deseé que el tiempo se congelara durante una eternidad completa, para poder pasarme el resto de mi vida entre sus poderosos brazos. Juro que en mi oído sonaban baladas ñoñas y que lo veía todo como a cámara lenta. Algo me estaba pasando y sé que él también había caído preso del embrujo de mi presencia. Se lo notaba en la forma tan cuidadosa en la que me sujetaba y lo atento que estaba para que yo pudiera volver a la verticalidad sin morir en el intento.

En mi pecho, el collar que Jessi me había regalado unos días atrás por mi cumpleaños ardía sobre mi piel, y yo no sabía si era producto de la fiebre que me producía estar tan cerca de él o si eran simplemente imaginaciones mías.

—¿Eres tú, Wendy? —susurró como si de verdad hubiera caído preso de alguna clase de hechizo. Como si me viera por primera vez y comprendiera algo sumamente importante. Como si, de repente, yo fuera la cosa más preciada de su mundo.

No os quiero decir cómo me hizo sentir el roce de su voz ronca, raspada, cargada de promesas y hasta de oscuras intenciones, de esas que te dejan sin aliento. Ni siquiera me molestó que no recordara mi nombre y solo aludiera al Wendy que tanto me marcó en mis años de instituto. Y que seguía haciendo porque, en realidad, casi todo el mundo había acabado por conocerme y tratarme por él.

Bueno, A Jagger le pasaba algo parecido, ¿no? Aunque yo sabía perfectamente que se llamaba Daniel López Fernández y que, si me lo pidiera, solo lo llamaría así el resto de nuestros días. De hecho, quizá había llegado el momento de dejar de lado a Jagger, no en vano era su identidad adolescente, su sueño musical de los dieciséis años. Su chulería, su espíritu rebelde y transgresor. Ahora, tan cerca de entrar en la treintena, quizá sería mejor dejar de pensar en él como Jagger y centrarnos en (re)conocerle como Daniel de nuevo.

—Pensé que no vendrías... —no pude evitar decirle mientras él, con suavidad y mucho mimo, me ayudaba a incorporarme.

—¿Me estabas esperando? —preguntó divertido mientras sonreía y se le marcaban esos hoyuelos que tanto me habían hecho soñar de adolescente.

La verdad es que Jagger no estaba tan guapo como cuando lo conocí. Lo estaba muchísimo más, a un nivel casi estratosférico del chico que se creía mayor y arrasaba en la escuela. La edad le sentaba de maravilla. Su pelo, oscuro y con un corte desenfadado y muy favorecedor, le hacía parecer mucho más interesante y daba protagonismo a sus facciones, tan armónicas que hacían suspirar: una nariz recta, unos labios llenos, unos ojos claros y enormes, unas pestañas larguísimas y esos hoyuelos al sonreír, esos hoyuelos que nos volvían a todas locas de amor por él.

Yo era consciente también de mi mejora. Aunque tenía curvas, caderas anchas e iba sobrada de pecho, al menos no me escondía debajo de sudaderas oscuras ni de un humor sombrío. Había aprendido a quererme y me cuidaba en consecuencia. Amante de la corriente de pensamiento *body-positive* para chicas curvilíneas, me maquillaba y vestía con esmero y procuraba dar la mejor versión de mí misma en cada momento. Aunque mi mayor cambio, supongo, estaba por

dentro: ahora era capaz de mirar a la gente a los ojos, hacer bromas, interactuar y comportarme como una persona normal y no como un bicho raro introvertido con fobia social. Ese era mi gran logro y, desde luego, estaba sumamente orgullosa de mí misma por haber conseguido sacar la cabeza del hoyo.

—Confiaba en que te libraras pronto del atasco...

—¿Atasco? —preguntó confuso. Con toda la razón, que se me estaba yendo la pinza diciendo en voz alta mis descabelladas suposiciones.

—No importa. El caso es que has venido...

—Sí, aquí estoy. Encantado, además. —Y, al decirlo, me sonrió como si yo fuera la única mujer sobre la faz de la Tierra.

Así era capaz de hacerme sentir. Única, especial, como si no existiera nada más aparte de nosotros. ¿No era acaso que mi sueño se estaba convirtiendo en realidad? ¿No estaba pasando de verdad que él se estaba enamorando de mí? Casi era incapaz de controlar los desenfadados latidos de mi frenético corazón, empeñado en que esa velada la acabara en urgencias por un infarto o algo así.

—¿Necesitas que alguien le eche un vistazo a ese tobillo?

¿Mi tobillo? Ni siquiera lo sentía en esos momentos, por mí, podían hasta habérmelo cortado que seguro que ni me daba cuenta, anestesiada como estaba al contemplar sus preciosos ojos azules, llenos de preocupación por mi estado. Quise decirle que no pasaba nada, que podía arreglármelas sola, pero entonces pensé en que una dama desvalida es alguien que despierta ternura e instinto de protección, y que, si quería no perder esa sensación de hallarme en el centro del paraíso, necesitaba que no se alejara de mí ni un segundo.

—Me duele un poco, pero no creo que requiera revisión médica —dije ensayando mi mejor caída de ojos—. Aunque quizá necesite un poco de ayuda para llegar hasta el gimnasio. Seguro que mi amiga Jessica sale enseguida para acompañarme...

—De ninguna de las maneras —aseguró tajante—. No permitiré que te quedes delante de esta puerta cuando salga todo el mundo, con riesgo a que te hagan más daño. Si me permites, yo te ayudaré.

—Eres un ángel del cielo.

Él sonrió complacido, encantado con su papel de príncipe azul, rescatando princesas y salvando el día.

—Podemos ir adelantándonos hasta el gimnasio, y esperar allí a que lleguen los demás. ¿Te parece?

¿Qué podía decir yo? No había mejor plan en mis pensamientos que pasar más tiempo aún a solas con él, mientras me abrazaba con fuerza y seguridad y me ayudaba a caminar rumbo al gimnasio.

Caminamos despacio atravesando los cien metros que nos separaban del gimnasio del colegio. Era una construcción nueva, de apenas cinco o seis años, y que no estaba en nuestros días de alumnos. Así que no sabíamos ni por dónde estaba la entrada. Jagger creía haberla visto por la parte de fuera del patio al acceder al auditorio, así que dimos un pequeño rodeo que a mí me encantó dar, más cerca de él si cabe, fingiendo un dolor que ya casi no sentía.

Cuando alcanzamos la puerta, me ayudó a flanquearla y ambos entramos en el recinto. Casi se me cae la mandíbula al suelo al contemplar el fabuloso trabajo que alguien había hecho para transformar un gimnasio común y corriente en aquella maravilla. Parecía un escenario de cuento de hadas, todo recubierto de detalles en plata, con miles de luces brillando por todas partes. Era

una especie de reino encantado y yo me sentí princesa nada más poner un pie en ese lugar mágico.

No podía creer el regalo que me estaba haciendo el destino. Un hombre maravilloso pendiente de mí, un escenario que no hubiera imaginado ni en mis mejores sueños y una perspectiva de pasar en la mejor compañía una velada que prometía sorpresas.

¿Qué podía salir mal? En mi fuero interno no se me ocurría ninguna razón. La felicidad se me desbordaba por el pecho y la irradiaba que parecía un árbol de Navidad. Nada de nada me iba a estropear la mejor noche de mi vida.

—¿Te gusta, eh, cariño? Igualito a como decoraron el salón del hotel para nuestra boda en Cancún...

La voz de la Gata a mi espalda me heló el corazón y me lo detuvo por un instante. Estábamos solos los tres y solo se podía estar refiriendo a Jagger, mi Jagger.

O sea, el suyo.

Capítulo 3

Acabas de alegrarme la velada, Wendy

—Espero no estar interrumpiendo nada importante. —La sonrisa inocente que lucían los labios de la Gata parecía estar de acuerdo con la afirmación, aunque yo no las tenía todas conmigo. Nunca me había fiado de ella, menos aún ahora que aseguraba haber celebrado una boda con el hombre que yo tenía en mi punto de mira.

Lo primero que hice, mucho antes de entrar en pánico y abortar la misión de conquista de Jagger, fue poner a mi cerebro a trabajar. ¿Qué había de verdad en eso? ¿Qué sabía yo al respecto?

Llevábamos casi una década sin vernos y sin tener ningún tipo de relación. Al menos hasta que, años atrás, entramos en la era de las redes sociales y Facebook nos volvió a poner en el radar de los demás. A ella no la tenía agregada como amiga (ahora me parecía el peor error de toda mi existencia: a los enemigos hay que vigilarlos muy de cerca), y él, aunque sí le contaba entre mis contactos, era rara la vez que posteaba algo o actualizaba su estado.

Teníamos, por desgracia, pocos amigos en común y, por lo que sabía, ninguno de los dos vivía en la ciudad en la actualidad. Así que sí... por los escasos datos que manejaba, Jagger y la Gata podían estar casados tranquilamente, y yo jamás me hubiera enterado de ello de no ser por sus propias palabras. Al fin y al cabo, era la pareja más obvia de toda mi época estudiantil, la familia real del San José de Calasanz. Pensar que, andado el tiempo, llevaron su relación más allá de la secundaria y lo suyo acabó en boda, no era nada descabellado.

¿Y qué significaba eso? Significaba que tenía que decirle adiós a mi sueño de tener una oportunidad con Jagger. Volvería a mis viajes por la Mancha para ver molinos o por Burgos para ver girasoles con mis preciosos turistas asiáticos, y me comería las ganas de una historia de amor de película con el que siempre había supuesto que sería mi príncipe azul. Tampoco era tan difícil, llevaba así mucho tiempo, era mi vida, al fin y al cabo. Lo único que debía hacer era continuar como hasta ese momento.

Pero daba taaaaaanta rabia acabar con mi momento mágico... llevaba tanto tiempo soñando con él, que volver a mi vida anodina iba a ser ciertamente doloroso.

Ya no podríamos retomar lo de Italia. Ni podría hacerse realidad mi deseo de que me quisiera, justamente él, mi amor platónico desde los trece años. Tocaba enterrar los sueños de nuevo y quitarse el vestido rojo pasión, borrar el maquillaje y guardar en su caja mis sandalias de nueve centímetros de tacón. Cenicienta ni siquiera había llegado a bailar con el príncipe en el baile y ya la mandaban a casa para evitar que la carroza se convirtiera en calabaza, mucho antes de que dieran las doce.

—Qué oportuna, Ale —le dijo Jagger a su mujer con el gesto contraído. Cualquiera diría que le acababan de chafar el ligoteo. ¡Joder, que estaba casado!—. Estaba a punto de preguntarle a Wendy si su corazón estaba ocupado.

—Mira que eres hortera —contestó ella con desdén—. ¿Corazón ocupado? ¿En serio esas cosas te sirven? Menos mal que estás como un tren porque si no, más de una te mandaba a paseo solo con abrir la boca.

Pero ¿qué coño estaba pasando ahí?! ¿De qué iban esos dos? Yo los miraba de uno a otro, como si se tratara de un partido de tenis, a ver cuál de los dos conseguía más puntos en el torneo de la absurdez absoluta. ¿Estaban casados? ¿Había sido una broma de la Gata? ¿O es que tenían uno de esos matrimonios abiertos tan modernos y sofisticados? ¿Me estaban tomando el pelo simplemente?

Pensar que se estaban riendo a mi costa, como si aún estuviéramos en el instituto y ellos quisieran divertirse jugando con mis emociones, me puso en tensión al instante. Mi rostro se torció y quise largarme de allí. De inmediato. Eché el primer pie en dirección a la puerta cuando, como si de una marabunta se tratase, estas se abrieron y empezó a entrar el conjunto de alumnos del San José de Calasanz, completamente ajenos a mi drama.

Esperé a que entraran, paciente, intentando poner buena cara, pero con las mismas ganas de escapar de allí. No había ni rastro de Jessica ni de Fredy y los odié por no estar allí, a mi lado, como barco salvavidas en esa estúpida tormenta emocional que me asolaba. Tenía hasta ganas de llorar... ¡De llorar! ¡Por Dios! ¡Si solo cinco minutos antes ya me veía viviendo un cuento de hadas! ¡Qué sé yo! Que no miento si digo que hasta me imaginé yéndome de la fiesta con Jagger, y que me regalaba una noche de pasión de esas con las que toda lectora de *Cincuenta sombras de Grey* sueña en la soledad de su cama.

Se me veía incómoda, no podía disimularlo. Así que mis emociones, todas ellas juntas y muy revueltas, se dispararon al máximo cuando sentí la mano de Jagger en la mía, apretándomela por un instante minúsculo, que me desconcertó aún más. Levanté la vista y me sonrió, de un modo tranquilizador y precioso, y no sé qué fue lo que pasó, pero mi corazón dejó de latir a trescientos por hora y empezó a bombear sangre con pasmosa normalidad.

—Bueno, chicos, que lo paséis bien —dijo la Gata de pronto, saludando con un gesto a alguien que acababa de pasar a nuestro lado—. Nos vemos luego. Y no bebas mucho, Dani, que no quiero que me llames a las seis de la mañana porque no sabes ni dónde tenemos el hotel.

Antes de irse al meollo de la fiesta que se empezaba a desarrollar a nuestro alrededor, Alejandra la Gata se alzó de puntillas y le dio un casto beso a Jagger, que la miraba con benevolencia. A mí, de una forma que me dejó alucinada, me dedicó una sonrisa cálida y de aquiescencia. Definitivamente, o la broma les estaba quedando estupenda o eran el matrimonio más liberal desde que se inventó la institución.

—Así que, al final, te casaste con ella —dejé caer en cuanto nos quedamos solos.

—Cualquiera le dice que no a Ale —dijo riendo con ganas su propio chiste.

Yo no tenía nada a mano con lo que atizarle. ¿Cómo podía ser tan atento y tan insensible al mismo tiempo? ¿Cómo podía estar casado y, a la vez, echarle en cara a su mujer que le hubiera chafado los planes de preguntarme si tenía novio?

—Por cierto, no estoy con nadie, si eso responde a tu pregunta sin formular de antes —le contesté intentando que mi voz sonara más fría que una escena de *Frozen*—. Pero tampoco estoy tan desesperada como para meterme en medio de... de lo jodidamente complicada y poco sana que es vuestra relación.

Dicho esto, di un giro teatral que a punto estuvo de hacerme perder de nuevo el equilibrio y torcerme el pie sano, que me quedó sensacional cuando logré mantenerme de una pieza y empecé a marcharme toda digna. Pero no pude. El hombre que había poblado todos mis sueños desde los trece años me cogió del brazo con decisión (aunque con un tacto exquisito, todo hay que decirlo) y me volvió de cara a él, hasta quedar a solo unos centímetros de su cuerpo.

—Me casé con Ale hace seis años —me confesó mirándome a los ojos, donde, estoy segura,

vio que algo se me rompía en el interior. Escuchar la confirmación directa de sus labios sabía a derrota. Tocaba retirada. Lo más digna posible, si es que él me lo permitía, claro estaba.

Lo de conservar la dignidad se estaba poniendo hartito difícil. Así, tan cerca de su pecho, ese que me llamaba poderosamente para refugiarme en él, de sus brazos que aún me aferraban con énfasis, o de esa boca que acababa de asesinar todas mis fantasías adolescentes. Joder, es que era muy chungo todo y yo solo quería que me besara y que me dijera ya de una vez que todo era una broma.

—Y nos divorciamos a los diez meses —me confesó por fin, después de mantener un suspense inaguantable que casi acaba conmigo.

—¿Qué? ¿no estáis juntos? —pregunté esperanzada. Quizá demasiado.

Él se rio y movió la cabeza negativamente. Qué guapo estaba cuando se ponía condescendiente...

—Es mi mejor amiga. Pero no hay nada más entre nosotros.

El alivio fue tal que, por fin, pude volver a mover el cuello, que se me había quedado rígido y agarrotado. Parecía que había estado diez horas seguidas picando en una mina.

—Ahora que está todo aclarado, y dado que tú también estás soltera y me apetece cortejarte un rato... ¿aceptas que te lleve hasta el bufé y te pida algo de beber?

¿Quién podía negarse a algo así? En serio... ¿quién?

—Ya que me has salvado de morir aplastada por la muchedumbre a las puertas del auditorio, creo que lo menos que puedo hacer es aceptarte una copa —le dije flirteando. ¡Flirteando! ¡Yo! Casi no me reconocía.

—Acabas de alegrarme la velada, Wendy...

Caminamos hasta la mesa del bufé, repleta de cosas riquísimas que me negué a mirar siquiera. No era nada sexy intentar parecérsele a un chico y ponerte a comer cosas ricas delante de él. Sobre todo, cosas ricas *chorreantes* que podían arruinarte el vestido, en el mejor de los casos, o la cita entera, en alguno de los peores. Mejor me mantenía alejada de todo eso y me centraba en el vodka, que siempre era una carta segura a la hora de parecer interesante.

Mientras el camarero nos servía las bebidas, varias personas se acercaron a saludarnos. Bueno, siendo fiel a la verdad, se acercaban solamente a él, que siempre fue popular y tenía un montón de amigos en los pasillos del instituto. A mí, creo que ni me reconocieron y no porque hubiera pegado un cambio radical de esos que son el argumento central de cientos de pelis americanas, si no, más bien, porque creo que ni siquiera me recordaban. Para la mayoría, yo no había existido en aquellos años, incluido el propio Jagger. Si no hubiera sido por aquella noche en Roma, jamás de los jamases me hubiera guardado en su memoria de tío popular y súper-mega-guay. Así que supongo que, gracias a Dios, esa noche debió de parecerle importante por algún motivo.

—¿Wendy? ¡Dios mío, estás estupenda! —¿Es que nadie iba a llamarme por mi propio nombre ni siquiera una sola vez?

Me giré para comprobar que esa voz, que no había cambiado nada en diez años, pertenecía a Javi Heras, Copito, uno de mis pocos amigos de entonces y, oficialmente, el empollón de toda nuestra promoción.

Estaba casi igual que hacía una década, como si hubiera hecho un pacto con el Diablo, el mismo que Michael J. Fox, por el cual aún podría pasar por adolescente sin ningún tipo de problemas. Seguía siendo pequeño, menudo y jovial. Aún llevaba sus gafas de pasta y su pelo era todavía de color blanco. Pese a ello, no parecía un anciano ni nada por el estilo. Copito era

albino, de ahí su apodo, y lucía orgulloso su distinción genética, pese a las bromas y lo mal que, en algún momento dado, algún gilipollas sin empatía ni corazón se lo hizo pasar.

—¡Javi! ¡Estás exactamente igual! —exclamé abrazándolo con mucho cariño. Me negué a usar su apodo en el primer saludo, yo no iba a ir por ahí haciendo como que no me sabía los nombres de la gente (porque me los sabía todos, pese a no haber tenido relación alguna con la mayoría de los asistentes al evento).

—Tan igual que en la universidad me tratan como si tuviera veinte años... ¡Y soy el profesor de Física Avanzada! —rio de esa forma que tenía ya entonces, como si el chiste fuera digno de las olimpiadas.

Copito era simpático por naturaleza. Si llegabas a conocerlo, si le dabas una oportunidad y mirabas más allá de su pelo blanco y sus gafas de culo de vaso, era una grandísima persona. Era amable, agradecido, generoso y divertido. Y listo. Listísimo. Lo de profesor universitario de Física Avanzada le venía que ni pintado.

Me atravesó una pena devastadora por haber perdido el contacto con él, precisamente con él que era uno de mis pocos amigos de aquellos días. Ni siquiera lo tenía en Facebook porque había sido incapaz de encontrarlo por más que lo había buscado, al menos hasta que asumí que alguien como Copito seguro que era de los que abominaban de las redes sociales, y que antes se dejaba depilar las cejas pelo a pelo que abrirse un perfil en Facebook.

—No te quiero molestar, que veo que estás acompañada —dijo guiñándome un ojo, travieso, y dejando aflorar a sus labios su sempiterna sonrisa cómplice.

—Javi, tenemos que quedar un día, lejos de todo esto —le aseguré con sinceridad, con ganas de ponerme al día diez años después y comprobar que todo le iba bien—. ¿Me prometes que me llamarás?

—Claro... para eso sirven estas estúpidas reuniones sociales, ¿no?

Sonrió con afecto y me abrazó con ternura. Yo, en cambio, me dejé la ternura para ocasiones mejores y le abracé con la fuerza de un orangután, por si no había una próxima vez hasta dentro de otros diez años, y quisiera que se le grabara a fuego mi achuchón.

Cuando se alejó, con sus viejos andares de pato, la sonrisa aún no se me había borrado del rostro y eso es lo que se encontró Jagger al volverse de cara a mí, con dos *destornilladores* fresquitos y bien cargados. La tarde se convertía en noche, y la noche en promesas. Me gustaba el asunto.

Me indicó un sitio tranquilo en la parte de atrás mientras comenzaba a sonar la música de fondo. Se habían esmerado con la selección, volábamos hacia los años escolares y lo hacíamos con *Bleeding Love*, de Leona Lewis, que envolvió la enorme estancia como una caricia.

—Veo que tu tobillo va mejor —se fijó Jagger mientras nos acomodábamos en el sitio elegido—. Me alegro.

Por un momento, temí perder mi coartada para mantener su interés, pero si se había deshecho de su ex y mejor amiga por mí, creo que el interés podría ser algo más que por una simple torcedura de tobillo, así que dejé de fingir, de pretender que me dolía y me dediqué a lo que verdaderamente me importaba: tenerlo a él.

—Gracias, he tenido un buen apoyo —bromeé mientras procuraba no mirarle a los ojos, azorada.

Me sentía extrañamente cómoda e incómoda al mismo tiempo. No veía la cosa como algo forzado, pero, a la vez, se me hacía rarísimo todo. Que Jagger me hiciera caso, que lo tuviera todo para mí cuando estaba claro que era esa persona en la fiesta con la que todo el mundo se moría

por estar y, sobre todo, que sintiera su interés hacia mí, de un modo como nunca antes había notado en toda mi vida. Era raro... todo era muy raro. Y bonito... tan bonito que me imaginaba desprendiendo corazones, mariposas y brillantina por todos los poros de mi piel.

—Cuéntame cosas de ti —dijo acercándose un poco más a mí, lo que hizo que mi piel se erizara ligeramente.

—¿Qué quieres saber? —pregunté perdida, sin saber ni por dónde empezar ni qué contarle sobre mi poco atractiva vida de mujer urbanita cercana a la treintena, cuya mayor aventura en toda su existencia había sido ganar la cesta de Navidad del supermercado de mi calle, tres años atrás.

—Todo. Quiero saberlo absolutamente todo de ti.

Y con cada una de las palabras que pronunciaba juro que yo soltaba un suspiro de amor, de esos que sueltan las protagonistas pavas de las películas de adolescentes. No me reconocía.

—Pues no sé por dónde empezar —susurré con miedo verdadero a meter la pata y que descubriera que yo, la verdad, no era nada interesante—. Como tú, tengo veintiocho años, que cumplí esta misma semana, así que soy géminis. Me dedico a la industria turística y en mis ratos libres, leo, voy al cine o de cañas con mis amigos. Te toca.

—Eso sí que ha sido resumir una vida entera en tres frases —bromeó risueño—. Creo que has batido un récord o algo parecido.

Su risa era clara, inocente, como la de un niño sin maldad ni segundas intenciones. Me uní a su risa, pero me hice la tonta, no quería darle más detalles porque estaba convencida de que su historia, sin duda, sería mucho mejor que la mía.

—Te daré otro dato sobre mí antes de que sea oficialmente tu turno: soy tremendamente buena haciendo resúmenes. Y es todo lo que tengo que decir, por el momento. Así que... cuéntame tú ahora cosas sobre ti.

Con la risa bailándole en los labios, se recostó cómodamente en el sillón que ocupábamos y me lanzó una mirada para que le imitara, cosa que no tardé en hacer ni dos segundos. Dios mío, éramos dos adultos no solo flirteando, sino que también lo éramos compartiendo confidencias en la intimidad de un sofá. A esas horas ya solo pensaba en ir más allá, y usar el sillón para otras cosas aparte de para hablarnos bajito.

—¿Y qué quieres saber tú sobre mí? —preguntó travieso.

—No sé —titubeé. También lo quería saber todo, pero no tenía experiencia siendo tan directa como él—. Qué ha sido de ti todos estos años, a qué te dedicas, si hay más bodas de las que quieras hablarme... ese tipo de cosas...

Volvió a reír y se frotó las manos como un niño pequeño que empieza a contar una historia increíble, pensando emocionado que es de las que gustan sí o sí. Confiaba en él mismo y se notaba desde sus gestos a su forma de gestionar los tiempos. Yo tenía muchísimo que aprender de él.

—Voy a empezar por algo sumamente importante —dijo muy serio de repente—. No, no hay más bodas de las que presumir o lamentarme, ni novias a la vista, ni siquiera hijos de los que hablarte con orgullo... en ese apartado soy muy aburrido.

—Lo dudo...

—Espera a oír lo demás y ya podrás juzgar por ti misma.

—Adelante —lo animé, fijándome en lo cuidadas que tenía las uñas y lo bonitas que eran sus manos.

—Estudié, casi por obligación, Ingeniería Informática, para seguir los pasos de mi padre y hacerme cargo de la empresa que había creado poco antes de morir. No me entusiasmaba mucho, pero reconozco que me he llegado a enamorar de lo que hago con el tiempo.

—Se te nota... —Qué pava me estaba volviendo.

—Sí, supongo que se me nota —añadió él pasando por alto mi cara de embobada y mi frase ridícula—. En estos diez años he hecho un poco de todo: he viajado, he aprendido un par de cosas y me he hecho mayor a fuerza de disgustos, que he tenido unos cuantos. Y también alguna alegría... como ver que la empresa de mi padre, Hispamática, cada día está mejor colocada.

—Seguro que él se sentiría súper orgulloso de ti —aseguré con un convencimiento que me salió sin poderlo contener.

—Sí. —Bajó la mirada por un momento, no sé si por emoción o para guardarse alguna sensación que no quisiese compartir.

Cuando volvió a mirarme, algo diferente había ocupado el sitio de la confianza que vestía sus ojos hasta ese momento.

—En fin, no hay mucho más que contar... —dijo cortando toda posibilidad de seguir explorando su parte sensible—. Pero quiero que sepas que, si me dejas, pienso esforzarme mucho en descubrir más cosas tuyas, como eso de que te dedicas al sector turístico. La de historias que podrás contarme con un trabajo así...

—Bueno... —me azoré yo, con pocas ganas de compartir lo sencillo de mi trabajo con alguien que poseía una empresa y al que le iba tan bien.

Sin saber muy bien qué más decir, intenté llevarme la copa a los labios, convencida de que un buen lingotazo de vodka ayudaría a resolver todos los entuertos mentales que me acosaban.

—Eh, eh. Un momento —dijo Jagger poniendo su mano en la mía e impidiendo que la copa llegara a mis labios. Y juro por Dios que solo ese roce ya me puso en la estratosfera... podía tocarme todo lo que quisiera, que yo iba a dejarme—. Te propongo un brindis.

—Claro —le permití con un gesto.

—Quiero brindar por nosotros. —Y sus ojos se clavaron en los míos de una forma absolutamente asombrosa, como si se pertenecieran o algo así—. Por tener esta magnífica oportunidad de concluir lo que empezó en Roma.

Ahora sí que estaba a un paso del infarto. ¡Se acordaba de Italia! ¡Dios mío, se acordaba! Sentí, de nuevo, un calor en el pecho que provenía del cristal del colgante de Jessica, y me reí tontamente, mientras pensaba en lo mucho que puede sugestionarse una mente con chorradas o deseos de niña pequeña. Como si mi deseo fuera a convertirse en realidad por el mero hecho de haberlo pedido... ¡Qué ingenua!

Aunque, a decir verdad, ahí estábamos, juntos, con miraditas, vodka y flirteo... ¿acaso no era eso convertir un poco mi deseo ingenuo y hasta infantil en algo parecido a la realidad? Porque, por más que lo deseara, también era plenamente consciente de que el hecho de intercambiar siquiera dos palabras con él hubiera sido ya mucho pedir. ¿Me estaba volviendo loca? ¿Estaba ganando el poder de la sugestión? ¿O era que, simplemente, la oportunidad se había presentado y yo la había aprovechado?

Con todo, choqué mi vaso con el suyo casi con lágrimas en los ojos de la más pura emoción, y puse cara de circunstancias, como si no entendiera ni una palabra de lo que estaba diciendo.

—¿Roma? —pregunté haciéndome la tonta—. ¿Te refieres a cuando estuvimos allí por el viaje de fin de curso?

—Claro, ¿no te acuerdas de Roma? ¿De ti y de mí en Roma?

Puedo asegurar que su carita de decepción me enterneció como pocas cosas en esta vida, y deseé confesarle que no solo me acordaba, sino que me había grabado a fuego aquella noche para no olvidarla jamás. Pero me contuve, no quería parecer demasiado interesada en el asunto,

siempre era mejor dejar que el misterio jugara su papel a la hora de poner en marcha mecanismos de seducción. O, al menos, eso es lo que mi madre siempre me decía. «*No enseñes todas tus cartas a la primera, mi niña, o sabrán tu juego y te dejarán sin nada*». O, mi preferida: «*No regales la leche, que luego nadie querrá comprar la vaca*», herencia directa de mi abuela Saturnina, experta en hombres (tradicionales, obviamente).

—Me acuerdo de Roma, claro —dije como si nada—. Lo pasamos estupendamente aquellos días... ¡Debería haber más excursiones como esas durante la edad adulta!

—No me refería a la excursión en general —repuso ya dolido de verdad—. Me refería a nosotros dos, la noche que pasamos en Roma, la piscina... ¿en serio no te acuerdas de nada?

Hay cosas imposibles en el mundo, como chuparse el propio codo o que no duela volver a trabajar después de un mes de vacaciones. En esa misma categoría podría entrar el que yo mantuviera la farsa durante más tiempo, viendo que, de verdad, a él le estaba doliendo que yo no recordara la noche de Roma. La noche con mayúsculas, todo hay que decirlo.

Así que, de repente, tuve ganas de decirle que me acordaba perfectamente de que él llevaba unos vaqueros oscuros y una camisa de cuadros amarillos, naranjas y rojos. Que sus ojos, al principio tristes y apagados, acabaron por tener un resquicio de esperanza. Que el abrazo que nos dimos sentados en la piscina del hotel, con los pies dentro del agua y sus lágrimas empapando mi hombro, había sido el momento más dulce y hermoso de toda mi existencia.

—Lo recuerdo —le susurré poniéndole una mano en el brazo para hacerle sentir mi cercanía—. Recuerdo que fue tu última noche. Y que, al día siguiente, te mandaron a Madrid en avión. Y que tardé un montón en volver a verte...

Esperanzado, levantó la vista desde mi mano hasta mis ojos, y me sonrió con calidez.

—También recuerdo que luego, al volvernos a encontrar, otra vez te olvidaste de mi nombre y que volví a ser la chica gordita de la clase. La responsable, la delegada... Wendy.

No quise sonar dolida, aunque durante un tiempo lo estuve. Pensé que aquello, de verdad, había significado algo, lo mismo para los dos, pero supongo que el chico popular siempre se debía a su gloria social, y que la chica con la que había llorado la repentina muerte de su padre en plena excursión de fin de curso no era nadie, al fin y al cabo. Y lo perdoné, de verdad que lo hice. Sobre todo, porque aquella noche fue especial, y no quería manchar su recuerdo con un rencor que tampoco me hubiera ayudado en nada.

—Lo siento... de veras que lo siento. Entonces era bastante imbécil, no sé si lo notaste.

—Me diste un par de pistas —bromeé intentando quitarle hierro al asunto—. No te preocupes por aquello... casi lo había olvidado. Eso sí, espero que mañana sí te acuerdes de mí...

—Prometo que me acordaré de ti toda mi vida...

¡Espera! ¿Qué? ¿Estaba burlándose de mí? ¿Estaba usando una frase hecha de esas infalibles para tíos guapos de ligoteo? Creo que mi cara fue todo un poema en ese momento, porque se retorció incómodo en su asiento y se precipitó en una larga retahíla de explicaciones que yo ni siquiera le había pedido.

—Vale, lo sé, ha sonado fatal. No quería decir... o sea, sí quería, pero no... A ver, no pienses que no te estoy tomando en serio o que se lo digo a todas. Es decir, sí, a veces lo hago, soy un imbécil, ya te lo he dicho antes, pero esta vez, no sé, esta vez... esta vez lo digo completamente en serio. Y no te asustes, no es que pretenda llevarte a la cama a fuerza de frases hechas, es que... Joder, párame cuando te parezca, estoy resultando ridículo porque estoy nervioso y no sé por qué maldita razón me pones nervioso... Nunca nadie, en toda mi vida, me ha puesto nervioso y...

Le paré justo a tiempo subiendo mi vaso a la altura de los ojos para proponerle otro brindis.

Agradeció el capote y se relajó visiblemente, sobre todo porque yo sonreía abiertamente, conteniendo unas ganas de reír que reflejaban a la perfección mi estado de ánimo... ¡Estaba nervioso por mi culpa! O sea, era para festejar a lo grande, y yo quería festejar, vaya que si quería.

—Por recordar esta noche el resto de nuestra vida.

—Por recordar esta noche, y las que vengan, el resto de nuestra vida.

Me gustaba su añadido, la promesa que encerraba y que vi reflejada en su rostro. Mi deseo se estaba cumpliendo... lo mejor estaba aún por llegar.

Capítulo 4

¿Confías en mí, Wendy?

Crees que estás teniendo la velada perfecta, con el chico perfecto, y que todos tus sueños se están cumpliendo... hasta que dejan de hacerlo y la cosa se tuerce sin ningún remedio.

Al menos eso es lo que me pasó a mí, la historia de mi vida... no podría haber resultado de otro modo.

Jagger y yo conectamos de veras. Retomamos las confesiones, las risas, la confianza y la intimidad de aquella noche en Roma. Charlamos, bebimos, comimos (yo poco, apenas probé los langostinos en dos salsas, rompiendo mi propia regla de no ingerir alimentos *chorreantes* en una cita) y hasta bailamos. Todo bajo la atenta mirada de todo el instituto, para los que debíamos de ser la comidilla del evento, y la ausencia de Jessica y Fredy, de los que no volví a saber nada en toda la noche.

La Gata se acercó a nosotros en un par de ocasiones. La primera, para hacerse un *selfie* con nosotros dos, uno a cada lado, que enseguida subió a sus trescientos perfiles en redes sociales. La segunda vez, mucho más perjudicada por su enorme ingesta de alcohol a esas horas de la noche, para susurrarle algo al oído a Jagger, que rio travieso antes de mandarla de nuevo a la pista de un cachete *cariñoso* en su estupendo y tonificado trasero.

Ni siquiera me importó. En serio. Lo veía tan atento, tan pendiente de mí, tan interesado... hacía ya unas horas que había abandonado la posibilidad de que todo fuera una broma y que, a lo largo de la velada, solo estuviera riéndose de la pobre negada social que babeaba por sus huesos. Notaba que quería estar ahí, conmigo, como si fuera una necesidad para él. Y eso solo servía para aumentar mi confianza en que eso que estábamos teniendo no respondía a ninguna premeditación con intenciones malévolas.

Jagger cada vez me ponía más cardíaca. Con cada una de sus sonrisas, se me paraba el corazón. Si me rozaba (de forma premeditada o simplemente por casualidad), toda mi piel notaba una electricidad que me erizaba el vello y me dejaba sin aliento. Su olor, su proximidad, sus palabras medio susurradas en mi oído... me estaba poniendo mala y cada vez me costaba más disimular el efecto que su cercanía provocaba en mí.

Gracias a Dios, pasada la medianoche, y con la fiesta en su mejor momento, Jagger hizo su movimiento estrella: declaró que se moría por sacarme de allí para empezar a hacer cosas más interesantes conmigo.

Yo casi hiperventilo, en serio, casi muero allí, cada vez más consciente de la probabilidad real de sufrir ese infarto con el que yo misma me llevaba amenazando toda la noche. Su propuesta era exactamente lo que había estado esperando toda mi vida y no veía el momento de hacer realidad mis fantasías más salvajes con el chico más guapo del universo. Pero...

—Si no quieres, no pasa nada. Podemos quedarnos aquí, el ambiente sigue siendo genial —se apresuró a dejar claro cuando vio la duda cruzando mi rostro.

—Me apetece muchísimo huir contigo de esta fiesta —le dije confiada en que me creyera—. Es solo que... hoy, después de la reunión, iba a celebrar mi cumpleaños con mis amigos, acabara esto a la hora que acabara.

—Lo entiendo, tienes planes...

—Sí, aunque ese no es el problema —aseguré para tranquilizarle—. Podrías venir conmigo a la *postparty*, como la ha bautizado Jessica. El problema es que no la veo por ninguna parte. No la localizo y no puedo decirle que vienes, ni que nos vamos ya a donde sea que haya pensado para seguir la marcha, ni para posponerla para una mejor ocasión y salir corriendo contigo de la mano, que es lo que más me apetece del mundo ahora mismo.

Me miró con la profundidad de sus ojos azules, sin abrir la boca, y yo me perdí en esos iris que habían hecho suspirar a toda la población femenina del San José de Calasanz durante años. Sentí un escalofrío recorriendo mi columna vertebral y el deseo irremediable de atacar su boca, de hacerla mía y no perder la oportunidad que la desgracia de las noticias que recibió en Roma no hizo posible. Quería besarla, con todas mis ganas, con toda la fuerza del deseo dormido durante una década entera y sabía, con una seguridad aplastante que ni siquiera entendía de qué parte de mí nacía, que a él le pasaba lo mismo. Que estaba a punto de pasar, que íbamos a fundirnos el uno en el otro sin perder ni un segundo más del precioso tiempo del que disponíamos esa noche, tan mágica, tan bonita, tan nuestra.

—Bésame, Wendy... —susurró su boca mientras se acercaba lentamente a mí, con la certeza pintada en sus preciosos ojos chispeantes.

Le obedecí. Al menos, quise hacerlo. Yo también me fui acercando poco a poco a él, hasta que noté que mi bolso vibraba y emitía la música descontrolada de *I'm sexy and I know it*, mi tono de llamada, el peor y más horrible sonido del mundo en un momento como ese. Decidí ignorarlo, decidí proseguir mi camino tras una leve vacilación y alcanzar mi objetivo: su boca, preciosa, llena, mía... pero algo se había roto.

—¿No vas a contestar? Por la hora que es debe de ser importante —dijo tras comprobar la leve incertidumbre que se había dibujado en mi rostro al escuchar el tono de llamada.

¡Mierda! Joder, qué le costaba a quien quiera que me estuviera llamando esperarse dos minutos. ¿No se suponía que el destino estaba de mi parte esa noche? ¿No me lo había puesto todo en bandeja para acabar justamente tan cerca de sus labios y con la promesa ineludible de probar sus besos? ¿Por qué diablos entonces el destino me hacía burla de esa manera tan cruel justo en el peor momento posible?

Tuve que darle la razón. Por la hora que era no podía ser una llamada de cortesía, sino que debía de haber una razón de peso. Cogí mi minúsculo bolso de mano y, con un enfado monumental, lo saqué para comprobar que era Jessica la que me llamaba. Jessica que se suponía que andaba por ahí, en alguna parte, con su marido, vestidos ambos de fiesta y disfrutando de la reunión. ¿Por qué, entonces, no me decía lo que tenía que decirme a la cara y no a través de una llamada?

—Dime que tienes una buena razón para llamarme justo en este momento —contesté dándole la espalda a Jagger y procurando que no me escuchara y detectara toda la decepción que destilaba mi voz.

Sin embargo, nadie contestó al otro lado. Había llegado demasiado tarde y Jessica había colgado. Ahora no sabía si devolverle la llamada para averiguar el motivo por el cual había interrumpido mi beso o si guardar de nuevo el móvil en el bolso y esperar a que me llamara ella otra vez. Pero... ¿y si no lo hacía? Me iba a pasar el resto de la velada con la mosca detrás de la oreja.

Justo cuando llegué a la conclusión de que lo mejor era ponerle un *wasap* preguntando sobre la gravedad del asunto, mi teléfono emitió el sonido propio de la entrada de un SMS: tenía un mensaje nuevo en el buzón de voz. Le di a la numeración pertinente y escuché lo que Jessica había

tenido a bien dejarme grabado.

—No te asustes, pero nos hemos ido a casa, que mi suegra nos ha llamado. Los gemelos han hecho una de las suyas y hemos tenido que salir pitando. Te he buscado en la reunión, pero no te he visto. No entres en pánico que los niños están bien. Disfruta de la fiesta y perdona por la *postparty*, la celebramos en otro momento que, además, me consta que no te importa porque me ha dicho un pajarito que estás muy bien acompañada. Muchos besos, bonita. Prometo llamarte mañana, probablemente muy temprano, para que te fastidies... jejeje. Te quiero.

Aunque la voz de Jessica sonaba algo nerviosa, di por hecho que no debía alarmarme ni entrar en pánico. Era bien sabido que Salva y Kike eran expertos en liarla parda, así que podía ser cualquier cosa entre haber hecho volar por los aires la casa de su abuela o haberse escapado de casa para ir a pescar ranas al Manzanares. Nada podía sorprender viniendo de ese par, que aún no habían tenido ni una idea buena en toda su vida. Jessica sabía llevarlos con mano dura cuando la liaban, y eso supuse que haría.

—¿Todo bien? —preguntó Jagger preocupado por mi semblante dubitativo. Seguía sin saber si devolver la llamada o esperar a que ella me fastidiara el sueño de la mañana llamándome para contármelo todo.

—Todo bien —confirmé con una sonrisa que procuré que fuera tranquilizadora—. Eran mis amigos. La *postparty* queda oficialmente aplazada para una mejor ocasión. Supongo que ya no hay razón para no irnos de aquí a buscar esas cosas interesantes de las que me hablabas.

Sonreí entre aliviada por no perderme nada con Jagger, y decepcionada por no celebrar mi fiesta con mis amigos. No se podía tener todo y esa noche el destino me había colocado en el mapa para el hombre de mis sueños, y no iba a desaprovechar la oportunidad.

—No sé por qué pienso que soy el premio de consolación... —dijo con un tono que no supe descifrar y que, de repente, me heló la sangre.

—¡No! —me apresuré a corregirle—. No pienses eso, por favor. Es que estoy confusa. No sé la razón concreta de la cancelación y, aunque me encanta la idea de estar libre para seguir la noche contigo, estoy un poco preocupada por si lo que ha hecho cancelar la cita fuera grave.

—¿Y crees que lo es?

—No lo sé, por eso me has pillado así y te he dado una impresión que no quería. ¿Podemos olvidarnos de los últimos minutos y seguir donde nos habíamos quedado?

Los ojos le brillaron entonces divertidos, mientras observaba los míos y me hacía sentir que algo se me revolvía por dentro. La crisis, la minúscula crisis, parecía haber pasado, así que dejé escapar un suspiro de alivio.

—Haremos algo mucho mejor —dijo cogiéndome de la mano y sacándonos de la reunión de manera apresurada.

Fui consciente de todas las miradas clavadas en nosotros. De la envidia de las mujeres, de la aquiescencia de los hombres. De la sorpresa en muchas caras, de la risa, incluso, en alguna otra. Ví a la Gata guiñándole un ojo a Jagger, y a Copito levantando la mano a modo de despedida, mientras bebía un trago de su copa y se disculpaba con las personas con las que hablaba para ir al baño.

Y todo eso, todas esas personas y yo misma, el propio Jagger incluido, pasábamos como a cámara lenta, como si algún ser superior estuviera jugando con nosotros o visualizando la película de nuestras vidas. Fue extraño, tanto que me dio la impresión de ser una espectadora más del film que recogía mi existencia. Al menos, esa parte de mi vida que, de pronto, era surrealista al extremo.

Al salir, la noche nos salpicó el rostro con un frescor que se agradecía. A finales de junio, las veladas nocturnas en Madrid solían ser de lo más agradable y eso es lo que nos esperaba fuera del gimnasio del instituto. Aun así, él, caballeroso y presto, se quitó su americana y la colocó por encima de mis hombros descubiertos. Casi me caigo al suelo del temblor de rodillas que me entró.

Jagger miró hacia el aparcamiento donde se hallaban estacionados los vehículos de los pocos que se habían arriesgado a venir en coche y quedarse sin la opción de ponerse ciegos a copas con la barra libre. Con gran sorpresa, vi que sus pasos se encaminaban hacia allí. Su mano seguía aferrada a la mía, así que me arrastró con él unos metros, hasta que lo frené con suavidad.

—Llamemos a un taxi. No tardará nada en llegar —propuse cuando me di cuenta de que, realmente, su intención era conducirnos al parking para coger su coche.

—No digas tonterías, mujer —dijo empleando su tono más zalamero—. En cinco minutos estamos en el centro.

—Si me parece muy bien, pero creo que es mejor que el coche se quede aquí y que llamemos a un taxi. —No pensaba ceder en eso—. Hace rato que perdí la cuenta de las copas que nos hemos tomado. Pero sé que son muchas, demasiadas para jugarlas ahora cogiendo el coche...

No sé de dónde me salía toda esa cordura, estando como estaba medio alcoholizada, pero era seguro que no quería arriesgarme a perder mi vida por cumplir el sueño de acabar la noche entre sus brazos. Por más que él fuera mi príncipe azul, no iba a dejar en sus manos lo más importante de todo, y eso era mi integridad física.

—¿Confías en mí, Wendy? —preguntó con el rostro más inocente del mundo, acariciando mi mejilla con una ternura capaz de desarmar al más insensible de los habitantes de la Tierra—. ¿Crees que me la jugaría contigo dentro del coche?

No podía dejar que jugara así conmigo, apelando a mi *enchochamiento* máximo para meterme en el vehículo con él, ciego de vodka y con un nivel de confianza irreal que podía acabar con ambos. No, por ahí no podía pasar, aunque lo que hubiera en juego fuera mi cita de ensueño con el hombre que poblaba todas mis fantasías.

—No puedo confiar en ti así —le dije con una pena que me partía el corazón—. Quizá me lo esté cargando todo, pero creo que es lo correcto.

Me separé de él un poco, para darle espacio, para que no sintiera que le estaba imponiendo nada. Deseaba que él mismo llegara a la misma conclusión y se olvidara de ser imprudente, al menos por esa noche. No quería que cogiera el coche así, y esperaba que él también lo entendiera como lo hacía yo.

Saqué mi teléfono y marqué el número de una compañía de taxis. Pedí uno sin que él abriera la boca para quejarse o me diera más razones para irme con él.

Dando por perdida la magia de la noche, con una tristeza que no podía siquiera llegar a cuantificar y unas ganas de llorar que me hacían temblar el labio inferior, colgué el teléfono y me volví de cara a él. Supongo que nos tocaba despedirnos si no había consenso y, por experiencia propia, sabía que razonar con alguien puesto hasta las cejas de alcohol no era una tarea sencilla.

—Supongo que es hora de decirnos adiós... —comencé, manteniendo a raya las lágrimas tras mis párpados, haciendo acopio de una fuerza sobrehumana que no sabía siquiera que tenía.

—Wendy...

—No, lo entiendo. Pero ojalá me hagas caso y no cojas el coche así. No me gustaría que te pasara nada.

Me acerqué a él con lentitud y le dejé un beso en la mejilla. No quería hacer más dramas, ya lloraría en el taxi, como decía la canción de Mónica Naranjo. Me quemó el contacto con su piel, y

me dolió más aún acabar ahí la velada y todas sus promesas.

Él ni siquiera se movió. No reaccionó ni hizo siquiera un amago de tocarme o de retener ese momento. La primera lágrima comenzó a correr por mi mejilla y, asumiendo que las demás no tardarían en seguirla, me di la vuelta y salí a la calle, dejando atrás el patio del colegio donde había comenzado a amar a Jagger de lejos hacía más de una década.

No había pasado ni tres segundos parada en la calle, en espera del taxi, cuando me di cuenta de que aún llevaba su americana sobre los hombros. Me llevé la tela a la nariz en un acto lento y premeditado, con la única intención de retener su aroma en mi interior y atesorarlo con el resto de recuerdos de una noche que había sido preciosa y casi perfecta. Casi.

Me volví para regresar a la reunión y devolverle la chaqueta y, entonces, mi corazón, definitivamente, entró en parada al contemplarlo ahí, justo a mi espalda, mirándome con cara de lástima y con una sonrisa tímida, como de disculpa o de claudicación.

—Jagger... —Apenas conseguí que saliera un susurro ronco de mis labios, tal era el *shock* en el que me veía envuelta.

—Yo... lo siento —dijo apesadumbrado, dando un paso hacia mí y tomándome de las manos—. Tienes toda la razón. Podemos coger un taxi si es lo que quieres o ir andando o lo que sea... Me he puesto demasiado tonto y soy consciente de que el vodka no es buen compañero para ponerse al volante. No con alguien como tú al lado...

Se me derretía el alma al escucharle decir aquello... y bueno, sabía que bien podía ser una estrategia: si cedía, tenía más posibilidades de llevarse a la chica a la cama, pero yo estaba contenta incluso si ese era el motivo. No en vano, conseguía sacarnos de ahí sin riesgos y, ¡qué demonios!, yo también quería que me llevara a la cama. Una no es de piedra y llevaba una década soñando con el momento de vivir mi noche de amor entre sus brazos.

Despacio, sin perder contacto visual conmigo, se acercó hasta mis labios, matándome de expectación... ¿Se podía morir de expectación? Yo creo que se puede, sobre todo si los labios que esperas sobre los tuyos pertenecen a alguien como Jagger. Os lo aseguro.

Yo, temblando de ganas y decidida a que nada nos lo estropeará una segunda vez, deslicé mis brazos suavemente a lo largo de su cintura, animándole a que él hiciera lo propio con la mía y, así, sentirnos aún más cerca. El contacto provocó chispas de todos los colores y que un calor agradable y placentero me subiera desde ese sitio donde necesitaba que él se acercara en breve... ¡Madre mía de mi vida, qué calentón llevaba yo en esos momentos!

Sus labios por fin llegaron hasta los míos. La anticipación había servido para crearme la mayor de las ganas, sabiendo que lo que iba a darme iba a ser el placer más absoluto. Le recibí extasiada, como si fuera a probar el maná y mi mundo se fuera a poner del revés. Como si mi pierna fuera a alzarse, al más puro estilo hollywoodiense... Pero, cuando me besó y tuve lo que tanto había deseado, no sé por qué, pero me pareció que no encajábamos tan bien como era de prever. Vamos a ver, me besó y fue un beso bonito, con todo lo que un beso debe tener: su suave roce inicial, su batalla por alcanzar la boca del otro, por tomarla por asalto, por rozar la lengua contraria, acariciarla como si tocaras la misma alma de quien te tiene entre sus brazos... salvo que no me acarició el alma, no hubo magia, no me tocó por dentro como yo esperaba.

Sí, puede que esperara demasiado de ese beso, quizá chispas, fuegos artificiales, bombas incluso... Que algo en mi interior hiciera ruido, que explotara en mil pedazos de pura excitación y emoción... pero no lo hizo. Para ser un primero beso, uno anhelado durante más de una década, fue un poco decepcionante.

Afortunadamente, él no parecía tener la misma sensación, así que, al separarnos, su rostro

reflejaba una satisfacción que a mí me hizo sentirme muchísimo mejor. Quizá se trataba de que estaba un poco borracha o de que no estaba lo suficientemente borracha. O puede que fuera por el pequeño drama del coche recién vivido o que los nervios por todo ese asunto de estar ahí, con él, en sus brazos, me tuviera más pendiente de hacerlo bien que de sentir y vivir el momento como se merecía. ¡Qué sé yo! Lo que sí sabía era que no me iba a venir abajo y que ese beso, el primero, había sido la prueba y error, el ensayo, y que nos quedaban muchas más horas por delante para practicar y llegar a rozar esa perfección que, estaba convencida, nos esperaba estando juntos.

Nos miramos durante unos segundos, en los que él aprovechó para ponerme un mechón de pelo detrás de la oreja con delicadeza. Parecíamos idiotizados completamente, cada uno hundido en la profundidad de la mirada del otro, aunque yo, en realidad, no dejaba de darle vueltas al asunto del beso, quizá de una forma demasiado obsesiva. ¿No os lo había dicho antes? Sí, a veces rozo la condición de obsesiva compulsiva... una parte de mi carácter que, esperaba, Jagger no tuviera que sufrir en ningún momento.

El ruido del taxi aparcando a nuestro lado nos sacó del momento íntimo que estábamos viviendo, y ambos subimos dentro, entrelazando nuestras manos sobre mi regazo.

—A Gran Vía, por favor —le pidió Jagger al taxista—. ¿Te parece? —Yo asentí con convicción. Era un buen punto de partida para lo que sea que fuera a pasar.

Empecé a notar mariposas danzar en mi estómago y, aunque no le di la debida importancia en ese momento, sí me resultó extraño sentirlas justo cuando nos íbamos de la fiesta. Me sorprendía sentirme tan emocionada o incluso con alguna clase de miedo. De verdad que estaba regresando a mis dieciséis años de un modo tan evidente que me dejaba anonadada.

Decidí dejarlas de lado, no darle importancia a su aleteo en mi interior, aunque me preguntaba si él estaría sintiendo algo parecido. Como respondiéndome, se llevó una mano allí, no sé si es que él pretendía acallar las tuyas o es que simplemente tenía aires y se sentía de lo más incómodo. Cuando le miré a la cara, intentó disimular un gesto torcido que, en ese momento justo, no supe analizar. Vaya... ¿Se nos estaba escapando la magia de entre los dedos?

—Quiero que sepas que me quedan muy pocas horas aquí en Madrid —comenzó, encogiéndome de pronto el corazón—. Pero necesito pasarlas, todas, contigo.

—¿Necesitas? —Tragué en seco. Apenas podía creer esas palabras.

—Necesito, sí —dijo, y se encogió de hombros como haciéndome entender que ni él mismo conocía la razón. Y puede que así fuera y todo—. No sé, pero creo que, en solo unas horas, me he vuelto dependiente de ti... ¿Puedes creerlo?

Su sonrisa contrastaba tantísimo con el leve gesto de disgusto de hacía solo un minuto, que hasta lo borré de mi mente sin apenas pensármelo. Me quedaba con ese Jagger, el que decía cosas tan enternecedoras y me apretaba la mano que permanecía unida a la mía como si, de verdad, sintiera verdadera necesidad de ese contacto.

—¿Y a dónde te vas? —pregunté para superar la emoción, cambiando de tema y así conservar la cordura.

—Primero a Zúrich, mañana a mediodía —anunció con pena en la voz, la misma que me entró a mí. Ciertamente, no nos quedaban muchas horas juntos—. Y luego a casa, estoy en medio de algo importante y necesito centrarme. Aquí no podría reunirme con mi equipo o pensar con tranquilidad.

—Ni siquiera sé dónde vives...

—Viajo mucho y apenas paso una semana entera seguida en casa. Vengo por Madrid a menudo, y por Barcelona también. Bilbao, Valencia, Sevilla... y salgo fuera, bastante, mucho.

—Todo un señor empresario —murmuré para mí, aunque él me oyó y torció la sonrisa, asintiendo.

—Algo así... es lo que me da de comer y a lo que no puedo darle la espalda.

—Y cuando estás en ese sitio que llamas casa... ¿dónde estás exactamente?

—Sotogrande —anunció con orgullo—. Mi rincón favorito del mundo. No lo cambiaría por nada.

Oh... eso iba a ser un problema para mi sueño de que me quisiera y que estuviéramos juntos. Quizá todo eso iba solo de pasar la noche juntos. Simplemente iba de acostarnos y saber lo que se sentía al echar un polvo con el gran Jagger. Quizá yo me había hecho muchas ilusiones y pretendía cumplir demasiados aspectos de mis deseos a propósito de él. O quizá solo me estaba preocupando en exceso, como siempre hacía.

Decidí dejarme llevar, vivir el momento. Y no pensar tanto. Solo sentir y disfrutar... si es que las mariposas me dejaban (las muy puñeteras se habían instalado en mi estómago como si fueran un puñado de boxeadoras que golpeaban con fuerza las paredes de todo mi abdomen).

—Déjenos a la altura de Callao, por favor —volvió a pedir Jagger y el taxista nos dejó exactamente donde él le pedía.

Era medianoche pasada y el centro de Madrid bullía con una fuerza que te dejaba sin aliento. Las primeras noches cálidas siempre sacan a todos de casa, y eso es una de las mejores cosas de la capital. Los turistas estaban por todas partes y la fiesta se sentía a nuestro alrededor. Callao estaba repleta de gente: de gente esperando, de gente charlando, de gente riendo o haciéndose *selfies*. De gente de todas partes y de ninguna, gente de allí de toda la vida y ciudadanos del mundo que la poblaban y la vivían a su antojo... me gustaba mi ciudad, como decía Jagger de Sotogrande, no la cambiaría por nada.

Sí, era un problema para una relación de ensueño que ni siquiera existía, así que Madrid se iba a convertir en mi cómplice para pasar la mejor noche de mi vida y para pasarla en la cama de ese hombre guapísimo y cañón que me tenía embobada.

—Mi hotel está aquí al lado —dejó caer como si nada tras pagar al taxista. Iba al grano, me gustaba—. Si quieres subir a tomar una copa...

—Claro.

—No es obligatorio, hay mucho ambiente por aquí, si crees que es mejor...

—¡NO! —dije, aunque creo que con demasiado ímpetu—. No, en absoluto, me parece un plan genial.

Él trató de esbozar una sonrisa, pero le fue bastante complicado. El gesto torcido volvía a estar ahí, en su cara, y esta vez, disimularlo, le costó un poquito más.

¿Podía ya entrar en pánico oficialmente? ¿Deseaba o no deseaba subir conmigo a la habitación del hotel? ¿Por qué había puesto esa cara otra vez? ¿Y por qué demonios yo había vuelto a darle vueltas a las cosas?

Me tomó de la mano y nos dirigió hasta su hotel. Se alojaba en el Indigo, uno de los que más me gustaba de toda la ciudad y al que muchas veces mandábamos a nuestros clientes en los paquetes que preparábamos para ellos. Por un momento temí encontrarme con alguien conocido tras el mostrador de recepción, pero hubo suerte y, a esas horas, solo estaba trabajando un chico joven al que nunca antes había visto.

Fuimos directos al ascensor. El hotel estaba lleno de detalles preciosos que lo hacían único en la capital, uno de esos reductos de paz, súper creativos y con muchos puntos que descubrir.

—En la azotea tienen una terraza preciosa, con una piscina de muerte... qué pena que la tengan

cerrada a estas horas —se lamentó Jagger mientras recorría mi brazo con suavidad, haciendo que toda mi piel se erizase de puro placer. La anticipación volvía a ponerse de mi lado para intensificar todas las sensaciones.

—Lo sé —apenas logré balbucir—. ¿Recuerdas que me dedico al sector? Sería un pecado no conocer este hotel.

Me gustó la cara de sorpresa que se le quedó, porque para nada se esperaba que su as en la manga fuera de mi conocimiento. Reí y él arrugo el rostro en un mohín divertido, que me encantó y me animó a volver a besarle.

Cuando nos separamos, el ascensor se había parado en la penúltima planta y su cara estaba como verde, lo juro por Dios.

—¿Te encuentras bien? —pregunté con un punto de preocupación en la voz.

—Quería llevarte a la terraza, pero como ya la conoces, quizá sea más agradable tomar la copa en mi habitación... ¿Te parece?

—Sí... —titubeé yo, siguiendo sus pasos hasta la puerta de su suite y volviendo a la carga sobre su bienestar: tenía cara de zombi y había pasado casi de repente—. Pero ¿estás bien? No tienes buena cara.

Entramos y él se volvió de frente a mí. Ni siquiera me fijé en la habitación, en lo bonita que debía de ser, en las vistas, en sus cosas allí desperdigadas... nada existía que no fuera él y su cadavérico rostro.

Cuando me aproximé a él para ponerle la mano en la frente, él compuso un gesto de alivio, me sonrió levemente y se llevó las manos a la tripa. Definitivamente no estaba bien.

—¿Necesitas algo? ¿Puedo traerte algo?

—Creo que... algo de lo que han servido en la reunión me ha sentado mal. Creo que voy a...

No terminó la frase, me intentó apartar para llegar al baño a depositar los restos de una cena que, al parecer, se le había atragantado en el evento, pero no le dio tiempo.

No llegó a apartarme, y parte del contenido de su estómago acabó encima de mí, para desgracia de la noche maravillosa de sexo que ya nunca tendríamos.

«*Maldita mi suerte*» pensé justo en el momento en el que sentí de nuevo mis mariposas en el interior y me di cuenta de que no tenían nada que ver con nervios y excitación amorosa, y que a mí también me esperaba una noche agarrada a la taza del baño.

La reunión de ex alumnos de mi clase pasaría a la historia como aquella en la que el servicio de catering intoxicó a todos los asistentes. Sí, la noche se había torcido... y lo que nos quedaba.

Capítulo 5

Suéltalo, Wendy

El sonido del teléfono me sacó del sueño más profundo que había conseguido conciliar en horas.

Cuando abrí los ojos, ni siquiera supe dónde estaba, aunque un simple vistazo a mi ropa de fiesta arrugada en un montón, me hizo recordarlo todo de inmediato. Reunión. Jagger. Hotel. Vómitonas (sí, en plural).

Madre mía de mi vida en qué había derivado esa noche que prometía hacer realidad todos mis sueños y fantasías... vaya colofón a base de retortijones de estómago, copiosos vómitos y uso del baño por turnos, para dar rienda suelta a toda clase de pirotecnia estomacal... todo un cuadro para enmarcar. Jagger jamás podría verme nunca más como el objeto de sus deseos y yo, si soy sincera, no hubiera firmado por una primera cita donde mi príncipe azul se había pasado más rato en la taza de váter que a mi lado.

Pero ¿qué se le iba a hacer? Si la comida estaba en mal estado, bastante bien librados que habíamos salido. Yo, no en vano, apenas piqué de un pequeño plato de langostinos con dos salsas, así que presumía de que mi intoxicación era más leve que la de Jagger, que el pobre no levantó cabeza en toda la noche, y a punto estuvo de llamar a una ambulancia para irse al hospital.

Yo, entre mi desagradable malestar y las veces que fui al baño, iba cuidando de él como podía. Pidiendo al servicio de habitaciones hielo para refrescarnos, manzanilla para asentar el estómago y un albornoz para cubrir mi cuerpo desnudo, una vez que mi vestido cubierto de vómito acabó en el rincón del suelo donde ahora descansaba. Una noche de película de serie B o una pesadilla con todas sus letras.

Ahora, con el teléfono sonando en algún rincón y Jagger medio muerto a mi lado, en coma profundo, me venían a la cabeza todos los escalofriantes momentos vividos en esa suite de uno de los hoteles más chulos de todo Madrid. Qué desperdicio de habitación y de noche...

—¿Sí? —pregunté con voz de cazallera, asumiendo que sería Jessica cumpliendo su promesa de despertarme temprano.

—Joder, bonita ¿estuviste de fiesta con una panda de camioneros? Vaya vozarrón. —Mi amiga sonaba alegre y despreocupada al otro lado (y quizá a un volumen un pelín estridente). Sin ninguna duda, lo de sus gemelos no había sido nada grave.

—No me chilles, *porfa* —intenté decir con un tono normal y no el propio de las personas sin una pizca de ganas de que les toquen las narices—. No es muy buen momento que digamos.

Su risa, al otro lado del teléfono, indicaba que, para ella era el mejor momento posible y que no me iba a dejar escapar tan fácilmente. La conocía demasiado bien y sabía que Jessi no era de las que sueltan a su presa sin luchar.

—¡Menuda cogorza te debiste de pillar anoche! —exclamó divertida—. Así me gusta, que aprovecharas.

—¿Aprovechar? —pregunté amargamente—. Si yo te contara...

—Pues para eso te llamo, para que me cuentes.

—Vaya, yo que pensaba que la que tenía que contar algo eras tú.

—¿Yo?

—Os fuisteis... ¿recuerdas? —dije demasiado alto. A mi lado, Jagger se removió un poco en su sueño, y tuve que contenerme y volver a un tono mucho más comedido—. ¿Están bien los gemelos?

Al otro lado del teléfono por fin se cortaron las risas. Pensé que me había pasado preguntando de forma tan fría por los niños que, quizá, sí estaban pasando por algo grave y que ella había estado usando la risa como mecanismo de defensa. Pero me costaba pensar en Jessica en esos términos, frivolizando lo que ella creía que era una borrachera, riéndose como una adolescente tonta de su amiga, mientras sus hijos lo estaban pasando mal.

—Los niños están perfectamente —dijo más seria que unos segundos atrás—. En realidad, mi suegra no llegó a llamarme en toda la noche.

—¿Entonces...? —comencé confusa. Mosqueada, también.

—Entonces... te vi con él.

—Ah.

—Sí. Ah.

Silencio. Nunca había habido esa clase de silencio entre ambas. No sabía muy bien qué significaba, pero un escalofrío me recorrió la columna durante un instante.

—¿Qué? ¿Salió bien la cosa? —su voz recuperó un poco el ánimo, invitándome a hacerle confidencias.

No creía que fuera el momento oportuno para eso. No con Jagger dormido y hecho polvo a mi lado, y yo vestida únicamente con ropa interior sexy y un albornoz de hotel.

—No creo que bien sea la palabra... —comencé con cierta duda—. Aunque pudo haberlo estado, eso te lo garantizo.

Me la podía imaginar al otro lado del teléfono alzando una ceja en un gesto interrogativo.

—¿No me vas a dar más detalles?

—No hasta que vengas a buscarme.

—Eso está hecho, estoy al lado de tu casa.

—Genial. Llama y dile a mi madre que necesitas una cosa de mi habitación, invéntate una excusa o lo que sea. Ve a mi armario y tráeme ropa —la urgí volviendo a levantar ligeramente la voz por culpa de la ansiedad—. Unos vaqueros y una camiseta. ¡Ah! Y unas zapatillas, no me veo volviendo a casa a plena luz de día con unas sandalias plateadas de nueve centímetros de tacón.

—¿Y tú? ¿Dónde coño estás y por qué necesitas ropa? —preguntó muy interesada en lo que pudiera contestarle—. ¿Te da corte hacer el camino de la vergüenza con un vestido de fiesta?

—Te lo contaré cuando vengas. Pero no tardes, por favor.

Creo que mi súplica, semejante a la que haría una niña pequeña en un apuro inmenso, la movió de alguna forma. Notaba su preocupación y eso me hacía creer en ella. No me iba a dejar tirada. Me conocía y me quería.

—Solo dime que estás bien.

—Estoy bien. En serio. Solo un poco cansada.

Y era verdad. Mi amor propio y mis expectativas estaban hechos polvo en algún rincón de esa misma habitación. Lo demás, mi estómago, mi corazón y el resto de mi cuerpo estaban de una pieza. Aún. Me iba a quedar con las ganas, pero tenía que sobreponerme y dejar de pensar en el *qué hubiera pasado si...* Eso ya nunca lo sabríamos.

—Estoy en el Hotel Indigo, en la calle Silva, justo al lado de Callao —le indiqué con la voz ya más calmada—. No tardes, *porfa*.

Prometió no hacerlo y con esa promesa que sé que se iba a desvivir por cumplir, colgamos

ambas el teléfono.

Salí de la cama que había compartido con Jagger. Sí, al menos podía decir que habíamos dormido juntos, aunque se hubiera quedado solo en eso (y en vomitar a dúo). Supongo que sería algo de lo que poder reírme con el tiempo, pero que ahora mismo me parecía una broma de muy mal gusto que me había gastado el destino. Ponérmelo todo tan en bandeja para luego quitármelo de la forma más ridícula posible... No había derecho.

Él ni siquiera se inmutó y yo no hice nada por sacarlo de ese sopor que tanto necesitaba aprovechar. El pobre lo había pasado mucho peor que yo, con creces. Creo que echó hasta el hígado por la boca, inclinado sobre el váter, mientras yo, con mis retortijones y mis arcadas, procuraba refrescarle la frente y hacérselo pasar un poco menos mal. La noche había sido larga y apenas habíamos tenido tregua para descansar, así que no quería despertarle por nada del mundo.

Antes de entrar en la ducha busqué entre sus cosas, sintiéndome un poco culpable por hurgar en su intimidad. No había mucho en lo que deleitarme. Su perfume, que probé mínimamente para empapar me de su olor y tenerlo un poco más presente; su ropa formal para la reunión de la que me había hablado en Zúrich; su móvil, de última generación, y un porfolio de piel y aspecto carísimo, de cuyo lateral sobresalían unos papeles y un par de fotos. La primera, de él con su madre en lo que parecía una celebración familiar. La otra, de Jagger algo más joven, abrazando a La Gata de una forma preciosa, como si necesitara mantenerla a salvo de cualquier cosa mala que pudiera afectarla. Daba una envidia terrible contemplar cómo la miraba, cómo la rodeaba con sus brazos, cómo se podía percibir la corriente de amor y comunión entre esas dos personas. ¿Por qué se habían separado si una vez se habían mirado así? No podía creerme que ese sentimiento estuviera muerto, dolía hasta pensarlo.

¿Me miraría a mí alguien de ese modo algún día? ¿Podría hacer que él me mirara así? Ese podría haber sido mi deseo, aunque formularlo nunca significara que se fuera a cumplir.

Dejé la foto en su sitio e intenté recuperarme mientras seguía mi registro entre sus cosas. Encontré lo que buscaba en uno de los bolsillos de su maleta. Afortunadamente, y era difícil de decir eso en plena era digital, había impreso su billete de avión para Suiza. En efecto, le tocaba viajar ese día, a las 16.00 horas. Aún faltaban seis horas, así que no había motivos para despertarle ya y ponerle rumbo al aeropuerto. Podía aprovechar y descansar un par de horas más sin riesgo a que perdiera su vuelo.

Me di una ducha rápida, retiré como pude los restos de la accidentada noche de mi vestido y me lo puse, consciente de que serviría tan solo para llegar a los baños de la planta principal del hotel, donde me cambiaría con la ropa que mi amiga iba a traerme.

Antes de bajar para refugiarme en el aseo junto a la recepción en espera de Jessica, tomé una hoja de las que suele haber en los hoteles por cortesía y un bolígrafo. Anoté mi número de teléfono y le deseé buen vuelo. No me preguntéis por qué lo hice, quizá porque en mi cabeza me negaba a que lo último que supiera de mí fuera que le sujeté la cabeza mientras echaba la pota. Al menos, si sentía el impulso o las ganas de buscarme, que tuviera las herramientas necesarias para hacerlo.

Me incliné sobre él y lo contemplé un segundo mientras dormía, tan plácido, por fin. Su pecho subía y bajaba con una respiración rítmica y tranquila, como si lo peor de todo ya hubiera pasado. Se le veía en paz y eso me gustó mucho. No llevaba más que una camiseta de tirantes y unos bóxer negros, tremendamente ajustados, que le hacían una figura de escándalo alrededor de sus caderas. La calidez de la mañana de finales de junio requería dormir con poca ropa y poco tapado, y deleitarme en eso antes de dejar la habitación no iba a impedírmelo nadie. Le di un casto beso,

apenas rozando sus labios. Eso tampoco me lo iba quitar ni el destino ni la intoxicación que había incluido a traición en la ecuación.

Cuando cerré la puerta tras de mí, supe que había pasado lo que tenía que pasar, y que la vida iba a continuar mañana, y al día siguiente también. Con o sin Jagger en ella.

Avisé en recepción que lo despertaran alrededor de las 12,30 horas, margen suficiente para no perder el avión y llegar a Zúrich a última hora de la tarde, tal y como tenía previsto.

Después de eso, me encerré en el baño y esperé a que llegara Jessica con mi ropa y con un poco de consuelo, cosa que me hacía bastante falta, todo hay que decirlo. Cuando me mandó un *wasap* para avisarme de que estaba en la puerta, la llamé para indicarle mi posición y que llegara cuanto antes. Me moría de ganas de mandar el vestido lleno de lamparones y olor rancio lo más lejos posible de mi cuerpo.

Lo primero que Jessi hizo nada más verme con esas pintas, la cara de zombi que debía de llevar y las ojeras hasta casi los zancajos de los pies, fue darme un abrazo de mamá osa, de esos que solo reservaba para la gente a la que realmente quería. Con ese simple gesto, todo se volvió un poquito menos negro, y me vi con fuerzas para dar el siguiente paso y asumir la decepción más grande de toda mi vida.

—Toma —dijo pasándome una bolsa del Starbucks con un moka blanco, que sabía que era mi favorito, y una *cookie* gigante de chocolate y cacahuete, de esas que te alegran cualquier día chungo solo oliéndolas y anticipándote a lo buenas que estarán—. He tardado un poco más porque la cola llegaba hasta al Corte Inglés, pero me he imaginado que no habías desayunado, y hay pocas cosas peores que tener un mal día y, encima, no haberte tomado ni un triste café.

Qué razón tenía, más que una santa.

Me lo bebí casi de un trago y ella me dejó. No me hizo preguntas mientras disfrutaba de mi café, de mi galleta y de los últimos rescoldos de la autocompasión que me tenía a mí misma. Cuando dejé todo al lado y me quité, por fin, el vestido asqueroso por encima de la cabeza, ella decidió que la tregua había concluido.

—Suéltalo, Wendy —dijo desde el suelo del baño de ese hotel de cuatro estrellas del centro de Madrid, en el que se había acomodado para verme desayunar y vestirme.

—Ni siquiera sé por dónde empezar.

Y era cierto. ¿Qué le contaba primero? ¿Que había pasado la mejor y la peor noche de mi vida, todo a la vez? ¿Que me moría de ganas por tener otra oportunidad y hacer las cosas bien? ¿Que Jagger me gustaba mucho, pese a que hubiera vomitado seis litros de desechos estomacales en su baño y hubiera querido coger el coche estando borracho perdido?

—¿Qué tal si empiezas por el principio? —sugirió ella con gesto inocente.

—Sabía que ibas a decir eso.

—Será que me conoces demasiado bien.

—O que esa frase era la más obvia tras la mía.

—También.

Nos reímos y nos miramos como si aún tuviéramos doce años y empezáramos a compartir las primeras confidencias sobre asuntos importantes, o sea, chicos y maquillaje.

Me senté en el suelo, junto a ella, y deseé que nadie en ese hotel tuviera ganas de entrar a hacer pis en ese momento, porque estaba a punto de contarle a mi mejor amiga la noche tan rara

que había tenido, y lo de que nos rodeara público era lo último que quería.

—Antes dime qué pasó anoche. ¿Por qué ni siquiera os vi en la celebración? —pregunté intuyendo, de algún modo, la respuesta.

—Nuestra intención fue ir, pero cuando te vi, al fondo, con él... parecías tan feliz que no pude acercarme y sacarte de la burbuja.

—¿Y eso te hizo largarte de la fiesta? ¿Antes incluso de empezarla? —inquirí incrédula.

—Bueno, antes de empezarla, tampoco —rió ella—. Cuando te vi ya llevábamos un buen rato de reunión.

—¿Y por qué no te vi entonces?

Tuvo la decencia de ruborizarse un poco, de darme la pista que necesitaba para comprenderlo todo sin necesidad de usar el tercer grado. Sí, podía ser realmente fácil leer las reacciones de mi amiga, y con la suya, en ese momento, acababa de delatarse.

—¿El cuarto de la limpieza? ¿En serio?

Estallamos ambas en carcajadas, esa complicidad de siamesas nos hacía ver y sentir las cosas de la otra así de fácil. La risa y su nerviosismo fueron las últimas pistas que necesitaba para confirmar que Jessica y Fredy se habían dedicado a recordar los buenos años de la adolescencia, haciendo lo que mejor se les daba en aquellos tiempos: esconderse en el cuarto de la limpieza para meterse mano y, alguna que otra vez, para algo mucho menos inocente.

—¿Qué quieres? Estaba tan a mano... —quiso explicarse entre avergonzada y orgullosa—. Nos trajo muchísimos recuerdos solo pasar por delante de la puerta. Y cuando comprobamos que estaba abierta... ¡Madre mía! ¡Ni siquiera necesitamos decirlo en voz alta! Nos metimos ahí dentro, cerramos como pudimos, y nos dedicamos a recordar viejos tiempos de una manera bastante indecente...

—Ni se te ocurra darme los detalles —le pedí atragantada de la risa—. Tengo muy buena imaginación y podría recrearlos si quisiera sin necesidad de tus descripciones. Así que, ahórratelos.

La verdad es que envidiaba la relación que Jessica tenía con Fredy. Tan limpia y preciosa desde los quince años. Siempre el uno con el otro, con sus altibajos, pero sin perder de vista el norte y sin olvidarse de los niños que fueron, los que cayeron rendidos uno en brazos del otro y que juraron que nunca iban a dejar de quererse. Me alegraba mucho que la reunión hubiera servido para confirmar que esa promesa de estar juntos siempre se hubiera visto fortalecida. Una visita al viejo cuarto de la limpieza no era para nada una cosa menor en la historia de mi amiga y su marido. Bien por ellos.

—Así que tuviste *rock 'n roll* anoche, ¿eh? —bromeé dándole un codazo cariñoso.

—Y, por lo que parece, no fui la única...

—Sí, bueno, cuando te lo cuente todo, ya sacarás tú tus propias conclusiones —atajé sin dejar que siguiera con el tema, al menos no hasta que yo despejara las incógnitas de lo que había pasado la noche anterior entre ella y Fredy—. Quiero saber una cosa antes de que te cuente mi noche... ¿los gemelos están bien?

Me miró. La miré y supe que lo importante de la noche, de su parte de la noche, iba a venir a continuación.

—Anoche acabamos en urgencias. Pero no por los niños.

—¿Qué?

—Fredy tuvo un problema. Lo del cuarto de la limpieza sonaba muy sexy, una aventura loca para sacarle brillo a un matrimonio que naufraga un poco más cada día...

No sé si me notó que, justo en ese momento, se me desencajó la mandíbula por completo. Un segundo atrás pensaba en ellos como la pareja más perfecta que jamás había conocido, y ahora ella, con una especie de pena que me rompía el alma, me hablaba de un matrimonio que naufragaba. No podía creerlo. La tomé de la mano mientras me preparaba para escuchar lo que quisiera contarme al respecto.

—¿Fredy está bien?

—Ahora sí. Lo he dejado en el hospital para ir a casa a darme una ducha y cambiarme. Yo también he amanecido con la ropa de anoche puesta —me miró por un instante, buscando mi complicidad de algún modo.

—¿Me quieres contar de una puñetera vez qué le ha ocurrido a Fredy?

Río con mi exabrupto, pero me estaba poniendo cardíaca y quería saber los detalles. No me gustaban los hospitales y cuando alguien a quien quería estaba en uno, me ponía más nerviosa de lo normal.

—Nos metimos en el cuarto cuando lo vimos, apenas nos lo pensamos —repitió como si ella también estuviera de los nervios—. Nos empezamos a dar el lote, a tocarnos, a ponernos súper cachondos... no tuvimos más remedio que seguir y seguir, cualquiera nos paraba. Pero, de repente, cuando él estaba llegando y yo estaba como loca, me vino a la mente que justo esta semana me han quitado el DIU, y que, si se corría dentro de mí, podíamos repetir jugada, y estar otra vez empantanados en nueve meses con otro crío. Y que, si les daba por venir en un pack de dos, como la última vez... un calentón en el cuarto de la limpieza nos jodió la vida hace diez años. No quería repetir...

Se paró un momento, presa de alguna clase de emoción que yo muy raras veces había sentido fluir de ella. Le apreté la mano que tenía unida a la mía y la hice sentir que estaba a su lado, para lo que fuera.

—Joder, no me malinterpretes cuando digo que quedarme embarazada nos jodió la vida —se justificó sin dejar pasar tiempo para que yo la malinterpretase con algo así—. Kike y Salva son mi vida. Mi vida... no se la cargaron, no me la jodieron, que quede claro. Pero es verdad que su llegada lo cambió todo. Los sueños, las metas, incluso el valor de las promesas que nos habíamos hecho cambió para siempre.

—Lo sé, Jessica —la tranquilicé. Adoraba a sus críos, por muy petardistas que fueran. Eso lo sabíamos todos cuantos la conocíamos. A ambos, porque de Fredy se podía decir exactamente lo mismo: sus hijos lo eran todo.

—No quería repetirlo, y por eso entré en pánico justo en el peor momento posible. Al menos para el pobre Fredy.

Me empezaba a imaginar el asunto y me estaba dando verdadero miedo comprobar que mis horribles suposiciones fueran ciertas. Aun así, la apremié con ganas de saber el desenlace.

—Me estás matando, ¿Lo sabes, verdad? —intenté que se relajara y hacerla reír.

Aunque ella solo esbozó una ligera sonrisa y bajó los ojos al suelo por espacio de unos segundos. No sé si estaba buscando las palabras o intentando contener las lágrimas... se estaba poniendo verdaderamente emocional el asunto.

—Joder, tía, es que ni siquiera soy capaz de contarlo... —titubeé nerviosa—. A Fredy... Fredy se hizo un... o sea, yo le hice... te juro que sonó como si se rompiera de verdad. Y ya sé que ahí no hay hueso, pero sonó como si se lo hubiera...

—¿Le rompiste el pene a Fredy?

No pude evitarlo y la pregunta salió sola de mi boca. La mala suerte hizo que, justo en el

momento en el que yo lo decía, y no precisamente en susurros, una anciana señora de aire muy distinguido entraba en los baños para hacer uso de ellos.

Su cara al escucharme hablar del miembro de mi amigo, en esos términos y con ese tono, fue todo un poema. Nos miró a las dos, alternativamente, sentadas en el suelo del aseo, con los restos del desayuno y con Jessica conteniendo las ganas de llorar de un modo evidente... todo un cuadro. No fue de extrañar que decidiera buscarse otro espacio para hacer sus necesidades, no sin antes dejarnos muy claro qué pensaba de nosotras, soltando un sonoro «*¡degeneradas!*» que debieron de oír hasta en la planta sexta del hotel.

—¿Le rompiste el pene a Fredy? —volví a preguntar en un tono mucho más adecuado para el sitio en el que estábamos, pero sin abandonar mi asombro.

Y mira que lo veía venir... pero de ahí a que ella me lo confirmara (o casi, que en esas estábamos, en obtener la confirmación del accidente y, ya de paso, quizá algunos jugosos detalles). Aunque no sé si querer saciar mi morbosa curiosidad acerca del pene del marido de Jessica me convertía en una mala amiga.

—Técnicamente no se lo rompí —dijo ella sumamente seria y con aire circunspecto—. Te acabo de decir que ahí no hay hueso... pero sí, le hice lo más parecido en el mundo que hay, que es dolorosísimo y que se llama algo así como rotura de la túnica albugínea.

—Dios mío... —Pobre, pobre Fredy. Y su pene. Pobrecitos ambos.

—Le operaron anoche —siguió ella, como si no la hubiera interrumpido—. Vino una ambulancia y se lo llevaron. Gracias a Dios estabais todos en el gimnasio que está apartado y no hubo muchos espectadores. Y los que lo vieron, apenas se enteraron de nada. Lo metieron en quirófano enseguida. Al parecer, si se procede así, es muy posible evitar cosas como que quede torcida o que Fredy se quede impotente...

—¿Impotente? Joder, eso son palabras mayores...

—Lo son —confirmó ella—. Yo solo quería darle una chispa a mi matrimonio y mira cómo nos fue. Si Fredy se queda impotente, olvídate, mi vida se va a convertir en un infierno.

—¿Y él cómo está?

—No lo sé. En cuanto salió del quirófano y me dijeron que la operación había ido todo lo bien que cabía esperar, salí corriendo de allí —confesó enterrando su cara entre sus temblorosas manos—. No puedo verlo... me va a odiar y no estoy preparada para nada de todo esto. ¿Cómo demonios se nos torció así la noche?

Desde luego, la noche había sido de lo más accidentada, eso no podía negarse. Por un lado y por el otro.

—No te va a odiar, vamos... es Fredy. Besa el suelo por el que pisas.

—¿Eso crees? —contestó bastante alterada—. Espérate a que se despierte y le digan que eso no va a volver a funcionar nunca más.

—Eso no lo sabes.

—Me estoy poniendo en lo peor, para andar preparada.

—Pues cálmate, que poniéndote la venda antes de hacerte la herida no vas a conseguir nada.

Y era verdad, porque yo era experta en ponerme en lo peor y, luego, por lo general, acababa siendo todo mucho menos dramático que como lo había imaginado en un primer momento. Y, pese a todo, siempre lo pasaba mal de antemano por mi querencia natural a andar sobre la pista del desastre... desde luego, no era una buena táctica y, aunque a mí la teoría se me diera muy bien y la práctica fatal, debía alejar a Jessica de tales pensamientos desafortunados.

—Ahora dime cómo es que me viste con Jagger si no llegaste a entrar en el gimnasio —dije

intentando cambiar de tema, para lograr tranquilizarla un poco. Era obvio que necesitaba pensar en otra cosa y, para eso, yo tenía la historia perfecta.

—No te vi directamente —confesó—. Te vi en una foto que alguien subió ayer al grupo de la reunión en Facebook. Estabais bailando, súper monos los dos, y teníais en los ojos una mirada como de...

—¿De qué? —pregunté esperanzada, confiando en oír que se veía amor a través de nuestros ojos.

—No sé, de ganas, de echaros las manos encima, de descubriros todo. Secretos incluidos —dijo, mirándome como si confirmarle esas sensaciones que la foto le había transmitido fuera la única manera de hacerla sonreír de nuevo—. ¿Llegasteis a dar rienda suelta a esas ganas? Dime que sí, alégame el día diciéndome que, al menos una de las dos, tuvo una buena noche.

—Pues aprovechando que estamos aquí sentadas, te voy a contar una historia, mi querida Jessica —comencé, abrazándola y dándole todo el cariño que era capaz de enviarle con mi abrazo de osa—. Una historia que comienza como una película de princesas Disney y acaba como la versión más escatológica y asquerosa de *Torrente, el brazo tonto de la ley*. ¿Estás preparada? Pues allá vamos...

Capítulo 6

¿Puedo llamarte un día de estos, Wendy?

El lunes por la mañana tenía que volver al trabajo. Esperaba que Marta Cadalso me permitiera retomar mis viajes y poder llevar a mi grupo de coreanos a una plantación de girasoles cerca de Aranda de Duero que era una maravilla.

Después de la horrible noche del sábado, la del domingo me pilló dormida como un lirón, así que el lunes bien temprano ya estaba duchada, vestida, maquillada y desayunada, mucho antes de que fuera mi hora para ir a la oficina. Ser previsora siempre había sido uno de mis puntos fuertes, y no iba a ser menos si quería que la señorita Rottenmeier me dejara en paz y no me quitara más excursiones.

Comprobé que en mi bolso no faltara ninguno de mis elementos habituales, cogí la pequeña maleta que siempre llevaba a los viajes por si surgía alguna eventualidad y salí de casa, antes incluso de que los demás miembros de la unidad familiar se hubieran despertado. Adelantaría papeleo en la oficina sin el estrés de tener a la impertinente de la nueva jefa encima de mi hombro.

Pero justo al salir del portal de mi casa, mi móvil vibró en mi bolso, anunciándome la llegada de un mensaje. Deseé que fuera Jessi, confirmándome que Fredy había pasado buena noche y que, tras atreverse por fin a ir a verlo al hospital, este no había acabado atentando contra su vida ni nada parecido por romperle el pene.

Al acabar nuestras confidencias en el baño, la mañana anterior, tuve que obligarla a ir a ver a su marido y enfrentarse a su hipotética furia de hombre mutilado. Al toro hay que cogerlo por los cuernos y, si dilataba más el asunto, al final podría convertirse en una bola de nieve difícil de sortear.

A regañadientes, y solo después de haberse reído como una loca de mi noche de vomitonas en compañía de mi amor platónico de la adolescencia, pareció estar dispuesta a hacerme caso. Mi historia de la reunión, de lo que pasamos Jagger y yo, pareció recordarle que a todos nos pasan cosas y que no debía temer a su marido ni las secuelas de un acto no premeditado que tuvo consecuencias nefastas para el pobre glande de Fredy. Ese tipo de cosas no se hacían aposta, por más que tu matrimonio estuviera atravesando aguas tormentosas.

—Así que al final se te cumplió tu deseo de cumpleaños. —No lo preguntó. Lo afirmó, muy seria, mirando al suelo como si temiera mi reacción a sus palabras.

—¿Cómo sabes cuál fue mi deseo de cumpleaños?

—Porque te conozco, porque no lo has olvidado, porque entre tu cumpleaños y la reunión no ha pasado apenas tiempo, porque lo tenías a huevo...

—¡Vale, vale! —acorté su enumeración, que prometía ser larga como una película épica de los cincuenta.

Sí que me conocía, eso no podíamos negarlo. Aunque ¿cómo decirle que mi deseo iba mucho más allá de pasar una noche con él? ¿Cómo le contaba que había pedido que me quisiera y que eso ya no lo iba a tener? ¿Cómo lograba que comprendiera que ya no creía en cuentos de hadas, que, a mi edad sabía que desear algo con todas tus ganas no implicaba que se te concediera así, como por arte de magia?

Mi silencio le confirmó que Jagger andaba en mis pensamientos al soplar las velas, pero no la saqué de su error... sí, en cierto modo, algo de mi deseo sí se había cumplido la noche anterior, ¿o no?

—Más que un deseo cumplido por el arte y poder de unas velas sopladadas en una tarta barata de Mercadona, creo que lo que pasó es que fui lo primero que vio. Me hice daño, se sintió culpable y yo, para qué negarlo, me aproveché un poco de ello...

—Y que estabas arrebatadora con tu pedazo de vestido rojo, ese que ha acabado hecho unos zorros pero que te hace un cuerpazo de infarto.

Le di un codazo que también significaba gracias por subirme el ánimo.

—Aunque tampoco te sirviera de mucho. Al fin y al cabo, acabaste la noche sujetando la melena del guaperas de la clase para que no se la manchara con su propia pota —se mofó sin perder la oportunidad de chincharme.

—Y tú acabas de confesarme que concebiste a tus gemelos en el cuarto de la limpieza del instituto hace diez años —contraataqué al borde del ataque de risa.

—*Touchè* —claudicó—. Tú tienes mejores armas contra mí.

—Yo lo que tengo es la seguridad de que todo pasa por una razón. Y, aunque no veamos ahora esa razón con claridad, ya verás cómo acabará por mostrarse.

—¿Desde cuándo eres tan sabia? —preguntó ella mirándome con sorna.

—Desde que voy a clases de yoga. No sabes la claridad mental que me dan.

Reímos en ese punto en el que ambas estábamos más cerca del borde del llanto, conscientes de que lo peor seguramente ya había pasado, aunque aún lo tuviéramos tan presente que doliera. Mucho.

Después de lograr que la risa ganara la partida, abandonamos el baño del Indigo, bajo la mirada reprobatoria de los trabajadores de recepción, que no entendían a qué venían esas carcajadas de las chicas que llevaban casi una hora metidas en su baño.

Ella se fue a ver a su marido, y yo a rumiar mis penas y a dar las gracias porque mi estómago estuviera reteniendo en su interior el moka blanco y la *cookie* de chocolate y cacahuete que me había desayunado una hora atrás.

El sonido del móvil me sacó de mis recuerdos del día anterior y me recordó que me estaban llegando mensajes. Si eran de Jessica me alegraría saber en qué había quedado todo con Fredy. Si no lo eran, me prometí a mí misma llamarla desde la oficina antes de que llegaran los demás, sobre todo, la arpía y sus estúpidas nuevas normas de prohibirnos las llamadas personales en horario de trabajo.

«*Gracias por todo*»

Alucinaba del todo. Asumí que el mensaje sin remitente conocido procedía de Jagger. ¿Quién más, si no, iba a escribirme sin que yo lo tuviera fichado para darme las gracias por algo?

No es que no hubiera soñado con que este momento se produjera: él mensajeándome y yo derretida del gusto por dentro. Pero era infinitamente mejor cuando te pasaba de verdad que cuando fantaseabas con ello.

Simple, directo y halagador. Su mensaje no era muy profundo, pero era un detalle que me escribiera para agradecerme el hecho de quedarme a su lado en uno de sus peores momentos.

Sentí una punzada de decepción al ver que no había añadido ninguna otra cosa, por no aprovechar el momento para hacer algún otro tipo de movimiento, pero supuse que él también

había asumido que lo del sábado se quedaba simplemente en una noche rara que no implicaba nada más allá. En absoluto.

Pero, de pronto, en la pantalla apareció el mensaje que indicaba que estaba escribiendo algo más y mi corazón se puso a latir como si en mi interior se estuviera representando *Mamma Mia!*, con todo el elenco del musical entonando canciones de ABBA a pleno pulmón. No cabía duda de que ese hombre era capaz de acelerarme el pulso con algo tan banal como escribir un mensaje.

*«Estoy en Zúrich, pero solo pienso en ti.
¿Te lo puedes creer?»*

¿Me lo podía creer? Si él lo decía, me aferraba a sus palabras como si fueran el mismísimo Evangelio. Que pensara en mí era una buena señal, si solo estuviera agradecido, no hubiera añadido estas últimas palabras, ¿verdad? Y yo, por supuesto, solo pensaba en él, pero tampoco quería mostrarme demasiado interesada, al fin y al cabo, ya había descubierto muchas cosas de mí esa noche fatídica de sábado entre vomitonas. Mejor no dejarle claro que me tiraría en paracaídas con él solo con mencionarlo.

*«Me alegra saber que llegaste bien.
Cuidado con lo que te dan de comer allí»*

Ya estaba: cordial, agradable y con un poco de distancia, sin involucrar sentimentalismo ni dar idea de dependencia emocional severa. Perfecto. Esperé su respuesta, pero no aparecía nada, ni escribiendo mensaje ni nada por el estilo. Quizá me había pasado con eso de poner un poquito de distancia. Que no quería yo una distancia tipo Madrid-Zúrich real, sino, más bien, algo así como Madrid-Torrelodones, como muy lejos.

Durante unos segundos me sedujo la idea de enviarle otro mensaje, acortar kilómetros simbólicos y acercarnos, pero tuve que recurrir a toda mi fuerza de voluntad para mantenerme misteriosa y cortés, sin darle ni una sola pista de mi profundo desasosiego emocional.

Ahí, parada en mitad de la calle, recién amanecido el día, parecía un alma en pena esperando una señal que volviera a poner en marcha mi vida. Esperaba un mensaje y no llegaba... ¿Qué paso era el que debía dar a continuación? ¿Tomar la iniciativa? ¿Pasar y dejar que el destino tomara otra vez las riendas? No quería pasarme ni de corto ni de largo, pero yo en esos temas no tenía mucha experiencia.

Al borde de las lágrimas a causa de la impotencia, puse un pie delante del otro, con desgana, con una sensación de pérdida aún más intensa que la del sábado, cuando la intoxicación me arrebató mi noche de amor tan ansiada. Me sentía como incompleta y me parecía que me había saltado algún paso, pero... ¿cuál?

En mi mayor grado de confusión y angustia emocional, justo cuando iba a darme por vencida, el sonido de entrada de un nuevo mensaje en mi teléfono me precipitó de vuelta a la Tierra. Aunque también es posible que me lanzara a las estrellas de puro regocijo.

«¿Puedo llamarte un día de estos, Wendy?»

¡Dios mío de mi vida y de mi corazón!

¿Llamarme? ¿A mí? Si eso no era otro empujoncito del destino, no sé qué demonios podía ser.

Le contesté sin perder un segundo que, por supuesto, podía llamarme cuando quisiera, aunque le advertí de mis extraños horarios laborales y de que, en caso de no contestar, que no pensara que no quería hablar con él. Inmediatamente me reprendí por darle demasiada información, pero... ¿a quién le importaba? ¡Iba a llamarme!

Creo que bailé una jota mentalmente, todo antes de serenarme, aceptar mi buena suerte e intentar seguir con mi nuevo día, que me estaba esperando desde hacía un rato.

Reanudé mi camino diario hasta la oficina del Turoperador de Viajes Ramiro Cadalso con una energía renovada, unas ganas fuera de lo común. La agencia era mi trabajo de toda la vida, mi otra casa, mi otra familia. Y llevaba tanto tiempo al servicio de los viajes organizados para los turistas de origen oriental, que ya hasta se me había olvidado que un día había estudiado Turismo y que mi sueño de juventud había sido coger una mochila y recorrer los rincones más exóticos del mundo, enseñando español o trabajando de lo que fuera, todo por seguir la ruta, de un país a otro, disfrutando de la vida nómada.

También era cierto que, desde entonces, había tenido otros sueños, como ser la dueña de una librería pequeña y coqueta, o hacerme *youtuber* o *instagramer* o algo así... y, mientras los sueños me llenaban la cabeza, yo iba feliz a trabajar a mi oficina del barrio, con don Ramiro y los chicos, donde el buen rollo nos envolvía y la vida laboral era fácil, pacífica y me encantaba. Quizá no hacía falta soñar y lo sencillo era más interesante que realizarse de una manera sofisticada y con más glamour.

La mañana de mediados de junio había salido estupenda, de esas de ir en manga corta ya desde primera hora. Al llegar a la oficina, que estaba cerrada a cal y canto a esas horas, noté que hacía un calor bochornoso dentro. Era la consecuencia de un fin de semana de cierre y se arreglaba con un poco de aire acondicionado a todo gas, para atemperar el ambiente tropical del interior.

Pero no había manera de encontrar el mando a distancia del aparato que don Ramiro hizo instalar hacía ya unos años, y el modo manual estaba bloqueado (y solo se desbloqueaba desde el propio mando). Así que, achicharrada como un pollo en una sauna, me dispuse a repasar mi agenda para las próximas dos semanas, preparar los viajes y las reservas previstos, y acabar un par de informes que me habían quedado pendientes a causa de los días forzosos que la señorita Rottenmeier me había obligado a cogerme.

No podía negar que, a pesar de todos mis reparos iniciales, esos días me habían venido bien para desconectar y centrarme en otros asuntos. Sobre todo, en un asunto que debería ser importante siempre y que descuidaba de continuo: yo misma. Me mimaba poco, me dedicaba tiempos mínimos, me daba pocos caprichos y apenas fantaseaba con cosas mejores.

Si algo había conseguido la reunión era, precisamente, centrar objetivos y recuperar sueños y deseos. Y eso, a mi edad, era una cosa vital si no deseaba despertarme un día, dentro de veinte años, preguntándome qué demonios había hecho con mi vida.

A falta de quince minutos para las diez de la mañana, Marta Cadalso, la señorita Rottenmeier, con sus andares tiesos y su mirada de superioridad pintada en su rostro altivo, entró en la oficina para iniciar su jornada laboral. Como no, antes que los demás empleados, para dar ejemplo. Creo que no contaba con mi presencia, con haberla 'ganado' en eso de llegar la primera, como si verme allí rebajara sus logros de compromiso con la empresa que gestionaba, casi como si le estuviera fallando a su padre, que había confiado en ella para llevar sobre sus hombros el peso del turoperador.

—Buenos días —ladró pasando por mi lado tras dedicarme una mirada miliciana, de esas que

te quitan hasta el color de rostro de la impresión que dan.

Sí, mi nueva jefa era como el sargento Hartman de *La Chaqueta Metálica* o, al menos, aterrorizaba tanto como él con su mera presencia.

No me había recuperado aún del todo del cabreo de la semana pasada, cuando me quitó mi grupo y se lo dio a Pascual con la excusa de que debería cogerme más días libres. Vamos a ver... ¿qué sabría ella de organizar una empresa que rodaba a las mil maravillas y que su padre tenía engrasada como una máquina perfecta? Allí todos nos respetábamos, nos animábamos, nos hacíamos favores... y todos veníamos a trabajar la mar de contentos, sobre todo porque don Ramiro siempre anteponeía nuestro bienestar diario a las normas de escrupuloso cumplimiento, a la ISO 9001 o como quiera que se llamara la marca de Calidad que andaba buscando su hija, o a la disciplina carcelaria que ella nos imponía y que nada bueno podía traer consigo.

Escarlata, la secretaria de don Ramiro, que lo echaba de menos más que yo incluso, llegó pocos segundos después de que la víbora se hubiera recluido en el que fuera el despacho de su padre. Traía una cara de lo más mustia, la pobre, y enseguida esbozó una sonrisa cuando me vio en mi cubículo, dándole a la tecla.

—¡Niña! ¡Has vuelto! —exclamó con genuina alegría—. Ya veo que la Rottenmeier te ha levantado el veto... esta tiene más peligro... si su santo padre supiera lo que está haciendo aquí esta arpía... ni dos horas duraba, te lo digo yo.

Menos mal que, una vez la hubo mencionado, le indiqué que bajara la voz, que andaba ya dentro del despacho, y así evitábamos posibles represalias de la susodicha. Solo nos faltaba ponerla de mal humor. Más aún. Con lo temprano que era todavía. Y Lunes, además.

Escarlata era una señora de cincuenta años, de muy buen ver, con una talla ciento diez de sujetador y que sabía sacar todas sus armas de mujer para camelarse a los clientes rancios de don Ramiro. Había sido su as en la manga treinta años atrás, cuando el jefe la sacó de Metro Madrid y la monotonía de vender billetes, para ponerla como cara visible de su turoperador. Se hicieron inseparables y hasta los acusaron de mantener una tórrida relación romántica que parece ser que nunca fue verdad. Se querían, sí, pero con un cariño fraternal que se hizo más y más grande con los años. Escarlata era el perro guardián de don Ramiro, su valedora, su escolta, su mejor amiga y la más eficiente secretaria que su empresa podía tener.

Gracias a ella se habían conseguido contratos jugosos de esos que salvan el año fiscal; se había evitado despilfarro anual en material y horas extra y, sobre todo, se había logrado que todo el mundo en esa pequeña empresa se sintiera parte de una familia muy especial, donde ella ejercía el papel de madre de los trabajadores, aunque algunos fueran mayores que ella. Nos cuidaba, se preocupaba por nosotros, nos mandaba a casa si notaba síntomas de gripe y nos animaba si el jefe nos había dado un reporte negativo.

Desde que Marta Cadalso llevaba las riendas del negocio de su padre, la pobre Escarlata no daba abasto con tanto frente abierto que la Rottenmeier dejaba tras de sí. A la pobre se la veía ciertamente agotada, y eso sí que daba pena, pensar en los buenos tiempos, cuando con Escarlata no podía ni un tsunami.

Con el miedo que daba Marta, nadie se atrevía a llegar tarde, ni siquiera su propio hermano cuando le tocaba pasarse por la oficina, a hacer como que le importaba algo del negocio de don Ramiro.

Arturo era todo un personaje. Flirteaba con Escarlata, revolvía papeles sin sentido y le hacía notar su presencia molesta a su hermana, hasta que esta acababa por echarle muy lejos, y él se lo tomaba de manera literal, tanto, que tardaba en volver por allí una semana, o más.

Aquel lunes llegó un minuto antes de las diez. Ese día solo estábamos las chicas. Pascual estaba con unos surcoreanos en Valencia, y Samuel andaba por Sevilla, montando en calesa y visitando tablaos flamencos con las esposas de los altos cargos de un banco tailandés.

Arturo amaba a las mujeres. No importaba la talla, ni la edad, ni la procedencia... todas le valíamos, aunque si Escarlata estaba presente, yo me apagaba como una farola a pleno sol a ojos del hijo del dueño. Escarlata le tenía absorbido el raciocinio. Creo que, de haber podido, él sí hubiera tenido con ella ese *affaire* que su padre se había negado a protagonizar un par de décadas atrás.

—Escarlata —saludó besándole la mano como si estuvieran en el Siglo de Oro—. ¿Cómo puede ser que cada día estés más guapa?

Ella, lejos de ruborizarse o caer fácilmente en el embaucamiento que él le proponía, siempre jugaba a hacerse la dura.

—Ay, Arturito. —Sí, para desgracia del pobre chico, para ella siempre sería Arturito, ese muchacho al que conocía desde que hiciera la Primera Comunión allá por los años noventa—. Siempre tan zalamero... qué poco te pareces al resto de tu familia. Tú padre, tan correcto siempre. Y tu hermana...

—Sí, gracias a Dios me parezco poco a ella —dijo con sorna, aprovechando para cortar a Escarlata que, cuando le tiraban de la lengua, podía arder Roma—. Yo me quedé con los genes buenos —bajó la voz hasta convertirla en un susurro. Creo que el pobre hasta temía que su hermana oyera una de sus bromas, por inocente que fuera.

El reino del terror en el que el turoperador de don Ramiro se había convertido daba mucha pena. Pero comprobar que incluso Arturo era preso de él... eso daba una idea terrible de cómo debía de haber sido su infancia, compartiendo casa y familia con la sargento de hierro.

—¡Joder qué calor tenéis aquí! —exclamó quitándose la americana—. ¿O soy solo yo, que tengo la temperatura subida por tu culpa, Escarlata?

—No, hijo, no —le calmó ella—. Nada más lejos. Es la jefa, que no quiere que gastemos de más, y ha escondido el mando del aire acondicionado, para que no podamos ponerlo.

—¡No jodas! —volvió a exclamar, esta vez aún con más vehemencia—. Se le va la olla a la tía esta, mira que es gilipollas.

—Y tú subnormal.

Se hizo el silencio en toda la oficina. Marta Cadalso estaba de pie, en la puerta de su despacho, con la cara de más mala uva de la historia, con el ceño fruncido, los ojos desorbitados y el mentón elevado, desafiante, como queriendo perecer más alta y más fuerte, para que nadie volviera a repetir semejante afrenta.

Creo que tanto Escarlata como yo oímos cómo Arturo tragaba saliva cuando abandonó el puesto de la secretaria y, como un cordero camino del matadero, entró al despacho de su hermana para recibir un buen rapapolvo.

Y no se hizo esperar. Los gritos se pudieron escuchar en la otra punta de Madrid. La mayor de los Cadalso no se guardó nada, puso a su hermano de vuelta y media, llamándolo vago y descarado entre otras muchísimas lindezas.

Empezar así la mañana era desconcertante. Nunca había habido nada más que armonía en esa empresa y, últimamente, todo era raro, diferente, tirante, peor. ¿Cómo es que nuestro jefe había decidido dejarnos en manos de una persona con tan poca empatía y don de gentes? ¿Cómo es que nos había abandonado a esta suerte tan incierta? Costaba entender el despego del dueño de la agencia de viajes, porque su hija era tan diferente a él que hasta nos daba miedo plantearnos

nuestro futuro en la empresa.

Escarlata, con la pena pintada en su atractivo rostro, siguió con su papeleo y sus llamadas pertinentes y yo, agobiada por todo, por Arturo, por mí, por lo que sería de mí mucho tiempo bajo esa batuta infernal, quise salir corriendo y no pararme hasta estar muy lejos de allí, un lugar que siempre había considerado mi segunda casa y que, poco a poco, se parecía más a una cárcel que a un turoperador de renombre.

Agradecí el hecho de salir ese mismo día para Andalucía, para hacer el tour completo de la 'Esencia de lo español', nuestro producto estrella. Cinco días y cuatro noches que me alejarían de esa negrura inhóspita que amenazaba con amargarnos la vida a no muy largo plazo.

Que Dios nos cogiera confesados: o esa mujer se alejaba del turoperador, o se cargaba el trabajo de treinta años de su padre en un abrir y cerrar de ojos. Yo, por la parte que me tocaba, y haciéndome la cobarde, ya tenía la mente puesta en la maleta que descansaba a mis pies y los días de distancia entre el ogro y yo.

A mi vuelta, ya la vida proveería.

Capítulo 7

Tú puedes con todo, Wendy

Jagger no llamó ese día. Tampoco ninguno de los otros cuatro que me pasé de gira por todos los rincones reseñables de Andalucía, dándole al fino, al *pescaíto* frito y pateándome la Giralda de Sevilla, la Mezquita de Córdoba y la Alhambra de Granada.

Me pasé todas esas jornadas pegada al móvil, pero solo me llegaron dos llamadas de cierta importancia y ninguna gana: Marta Cadalso y mi madre. A cada cual más inoportuna y tocapelotas.

Mi jefa ni siquiera habló directamente conmigo. Me dejó un mensaje en mi buzón de voz emplazándome en su despacho el viernes, no importaba a qué hora llegara del viaje, *para discutir temas de enorme interés para su futuro laboral en la agencia de viajes, señorita Caballero.*

Palabras textuales.

Ya os podéis imaginar el tembleque que me entró al escuchar semejante mensaje a última hora de la tarde, en mi primera jornada de trabajo lejos de la oficina. Creo que esa noche no fui capaz de conciliar el sueño. Ni esa ni todas las que siguieron hasta que, finalmente, nos reunimos el día que me había requerido.

Mi madre me pilló en Nerja, en el barco de Chanquete, donde me encontraba para que mi grupo de japoneses se hiciera fotos junto a él, pese a que ninguno de ellos tenía ni pajolera idea de qué demonios era eso de *Verano Azul*. Explicárselo me llevó la vida y, una vez conocieron la historia de la serie y lo que la ligaba al pueblo de Nerja, estoy segura de que buscaron en sus teléfonos móviles la colección completa en DVD de la serie de Antonio Mercero, para comprarla y llevársela como un souvenir más del que luego presumir en su país.

Cuando vi el nombre de mi madre en la pantalla juro que estuve tentada de no contestar. Diez minutos después, me arrepentiría profundamente de haberlo hecho.

—¡Hola, cariño! —Su tono excesivamente jovial me puso en alerta de inmediato—. ¿Por dónde andas, jovencita?

—Junto a la Dorada.

—¿La Costa Dorada? ¿Pero no estabas en Andalucía?

A veces, mi madre se perdía con una facilidad pasmosa y era capaz de llegar a conclusiones sorprendentes solo con una palabra que escuchara e interpretara erróneamente.

—No, mamá —la corregí—. Estoy junto a la Dorada, el barco de Chanquete. En Nerja.

La risa floja al otro lado del teléfono indicaba que acababa de caer en la cuenta de que había metido la pata y que le parecía graciosísimo el error.

—Qué bonito Nerja... fui con tu padre el año en que te concebimos. Estaba preciosa, acababan de hacer obras para potenciar el pueblo por eso de que los turistas de mediados de los ochenta estaban empezando a flojear... Creo que le voy a proponer a tu padre que me lleve de nuevo, que nos vayamos de viaje por algún lado. Seguro que tú tienes algún descuento por dedicarte a ello, ¿verdad? Lo bien que le vendría ahora a tu padre una cosa así...

—¡Mamá! —la corté viendo el percal al instante: si la dejaba seguir, podría hablar ella sola, en bucle, durante horas. Y por nada del mundo me gustaría pasarme horas de mi vida al teléfono con mi madre en ese modo—. Mamá te vas por los Cerros de Úbeda, por Dios.

—Es verdad, mi vida... me emociono —me dio la razón, y mi madre nunca me daba la razón. Algo pasaba y miedo me daba averiguar el qué.

—¿Qué pasa, mamá? —pregunté temiendo que no iba a gustarme nada su respuesta.

Guardó silencio durante unos segundos, agudizando aún más esa sensación rara que se me había colocado en la boca del estómago desde hacía un rato.

—Tu padre está deprimido —soltó como si se tratara de una bomba atómica.

Pues claro que lo estaba, desde el día en el que le anunciaron la operación y el reposo posterior. Llevaba fatal quedarse en casa, y llevaba peor aguantar a mi madre todos los días, a todas horas, en plan enfermera sobreprotectora. Como si no fuera suficiente aguantarla en su estado natural, se había tomado muy en serio todas y cada una de sus responsabilidades en la recuperación de su Santiago, no fuera a ser que una complicación fuera a dar al traste con treinta y cinco años de convivencia (más o menos armónica).

—Mamá —intercedí por mi propio padre—, a papá solo le pasa que está aburrido. Lleva dos semanas en casa. Y no está acostumbrado. Cómprale más revistas de sudokus de esas que le gustan, y ya verás que el tiempo se le pasa más rápido.

—Que no, hija, que no —terció ella inflexible—. Acaban de echar en el programa ese de médicos de la Uno un caso igualito que el de tu padre. Y tiene todos los síntomas. Está deprimido, te lo digo yo.

De fondo, en algún bar cercano, se escuchaba a Gloria Estefan cantar eso de *Sé que aún me queda otra oportunidad...* y me imaginaba a mi padre, si no clínicamente deprimido, sí al menos emocionalmente, cualquiera aguantaba en esa casa con la pesada de mi madre dando la matraca. Porque era capaz de desatar un cuadro de depresión en cualquiera si ella se lo proponía.

—A ver, mamá —intenté hacerla entrar en razón—. ¿Qué sabes tú de medicina para decir una cosa así? ¿Qué síntomas son esos que describía el programa de televisión, que, por cierto, no es el catecismo médico que digamos?

—Pues está inapetente, nunca se acaba lo que le pongo en el plato —se quejó, dolida como una niña de cinco años a la que le han obligado a compartir sus juguetes.

—Pero es que sirves raciones de boda, mamá. Que nos cebas a todos y papá, al no ir a la fábrica, no desgasta tanto y, claro, se controla para no acabar la baja con tres tallas de más.

—¿Tú crees que es eso?

—Claro, mujer. ¿Qué va a ser si no?

—No sé... —titubeó—. Es que hay más cosas. Verás, siempre anda como alma en pena por la casa... apenas me habla.

—¿Y cuándo te ha hablado papá si es callado por naturaleza?

—Eso es verdad.

Otra vez dando la razón. Mi madre debía de estar pasándolo realmente mal con todo ese tema, porque ella antes nunca daba la razón así de fácil a nadie. Se la llevaban los demonios al hacer semejante esfuerzo.

—Pero hay más, hija —siguió con su enumeración de síntomas inequívocos de depresión—. Ya no quiere hacer solitarios, ni arreglar cosas, con la de cinta aislante que le regalé antes de la operación para que hiciera chapucillas, que sé que le encantan... no se quita el pijama ni el batín, y tengo que obligarle a que se duche por las mañanas... no sé, hija, yo veo muchas señales.

Me dejaba preocupada con una lista tan detallada de síntomas que podían confirmar, efectivamente, que mi padre había caído en una depresión. Pero era tan difícil de creer, sobre todo porque, antes de la operación, mi padre tampoco era la alegría de la huerta. A veces era más un

muerto andante que una persona, con eso os lo digo todo.

—Mamá ¿has probado a llevarlo al médico para que el diagnóstico lo haga un profesional y no un señor que sale en la tele?

—Es señora, y lo hace fenomenal.

—¿Perdona? ¿De qué demonios estás hablando?

—Que es señora, la que sale en la tele —me sacó de mi estupor con una respuesta tan absurda como que obtenía sus diagnósticos de un programa de televisión—. La doctora Ana Bellón, nutricionista.

—¿Y qué coño sabe una nutricionista de depresiones?

—¡Esa boca, jovencita! —atajó ella sin pasar por alto mi palabrota. Aunque cumpliera los cien años, si mi madre continuaba en esta vida, estoy segura de que me seguiría tratando como si tuviera nueve—. La doctora Bellón sabe mucho de todo, es toda una eminencia.

—Si tú lo dices...

—Lo digo yo y muchísima más gente, y como lo que dice tiene sentido, voy a hacer lo que recomienda en estos casos.

Un escalofrío me recorrió la columna vertebral de arriba abajo. Miedo era lo que sentía si mi madre decidía cómo curar la depresión a mi padre...

—¿Y qué demonios recomienda la doctora esa en estos casos, si puede saberse?

—Que le demos al enfermo lo que necesita: cariño y comprensión, pero, sobre todo, que lo saquemos de su entorno, de su zona de confort, para así obligarle a no repetir patrones que perpetúen su enfermedad.

—Mamá —dije muy seria—. ¿Lo estás leyendo?

—¡Pues claro, hija! Lo tengo aquí apuntado. A ver si te piensas que yo iba a ser capaz de retener todo esto.

—Id al médico, por favor... —casi supliqué.

—No, está decidido, intentaremos la fórmula de sacarle de su comodidad. Mañana, tu hermano lo va a llevar al baloncesto por la noche, que juega el Madrid con no sé qué equipo griego...

—¿Álvaro va a llevarle al baloncesto? Pero si Papá odia los deportes. —Sí, debía de ser de los pocos machos del planeta que no disfrutaba con la práctica o visualización de ningún deporte, ni en equipo ni individual, ni con pelota, ni con raqueta.

—Pero tu hermano sabe mucho de deportes y le va a ayudar a apreciarlos.

—Claro, como eso es tan fácil...

—Hija, deja de poner pegas y colabora un poquito.

—¿Cómo?

—Podrías organizarnos un viaje, antes no estaba de broma. Por Andalucía o, qué sé yo, Disneylandia.

Joder, joder, joder, que a mi madre se le iba mucho la pinza. ¿Disneylandia? ¿En serio pensaba que a mi padre le mejoraría el humor bailar con Elsa de *Frozen* o hacerse una foto con Mickey Mouse? Yo alucinaba.

—Mira, mamá —intenté poner cordura en toda esa conversación absurda—. Voy a colaborar como me pides: ¡Deja a papá en paz! —dije elevando la voz más de lo que me hubiera gustado, lo que hizo que varios de mis turistas me miraran curiosos—. No te digo yo que esos síntomas no sean para preocuparse ni que no esté atravesando por un episodio de depresión... pero ¡por el amor de Dios! ¡Es totalmente comprensible! Piensa un poco en lo poco acostumbrado a estar en casa que está. Se le está cayendo encima, eso es todo. En unas semanas volverá a trabajar, ya

verás tú cómo se le pasan todos los males.

El prolongado silencio de mi madre al otro lado de la línea me transmitía un clarísimo mensaje, y es que a ella nunca nadie le podía sacar una idea de la cabeza. O minimizar un drama. Para mi madre, lo que ella decía tenía que tratarse con el mismo valor que la palabra infalible del Papa.

—¿Estás insinuando que lo que le pasa a tu padre es que no quiere estar en casa? ¿Que no está a gusto conmigo? ¿Que quiere volver a trabajar para librarse de mí?

Joder con mi madre, ahora iba a ponerse en plan melodramática, victimizándose, que era lo peor del mundo para intentar razonar con ella. De esta no me salvaba nada ni nadie.

—Mamá, yo solo estoy diciendo...

—Me ha quedado claro lo que estabas diciendo —me cortó ella con un tono contundente y frío que indicaba lo dolida que estaba—. Según tú, mi marido no me soporta y por eso está apático, porque solo sueña con el momento en el que deba volver a trabajar en una fábrica de piezas de coches, ocho horas de monotonía cada día, para poder librarse de su odiosa esposa, que se ha desvivido para que su estancia en casa tras la operación fuera lo más agradable posible.

—Yo... yo solo...

—Mira, hija, ahora ni siquiera puedo seguir hablando contigo, tengo hasta ganas de llorar. —Carmina la dramática acababa de aparecer en escena—. Recuerda que el viernes cenamos con tu tío Paco, procura que el viaje no se te alargue, sabes que odio la impuntualidad.

Y me colgó. Me dejó con la palabra en la boca y el mal cuerpo de haberla ofendido con mi versión de lo que, de verdad, creía que le pasaba a mi padre.

Con mi madre no valían las medias tintas: o estabas con ella o en su contra. Nada en el medio. Así que me comí mi desasosiego interior, me pinté una sonrisa profesional en la cara y reuní a mi grupo para acercarnos al famoso Balcón de Europa, para que ellos se deleitaran con las vistas sobre el Mediterráneo y sacaran bien de fotos. Ya llamaría a mi madre de nuevo por la noche, desde el hotel, cruzando los dedos para encontrarla más calmada y, sobre todo, menos ansiosa por concebir planes descabellados para sacar a mi padre de su reciente depresión, probablemente inexistente.

Para mi disgusto personal, fui incapaz de hablar con mi madre ninguno de los dos días siguientes, cosa que hizo que mi inquietud creciera hasta cotas insospechadas y hasta lograra que me olvidara de mi cita temida con Marta Cadalso a mi vuelta del viaje. Todo ese poder tenía el sentir en mis carnes la próxima descarga de ira de mi madre en cuanto pusiera un pie en casa.

Sabía a ciencia cierta que me estaba boicoteando, pasando de mis llamadas y haciendo que creciera ese *runrun* horroroso en mi interior. Y la odiaba por ello, la odiaba tanto que solo pensaba en volver del viaje y estrangularla con mis propias manos. Por desgracia, sabía que, en cuanto nos viéramos cara a cara, todas mis ansias homicidas morirían con una simple mirada de sus ojos, que bien jugaría la carta de la frialdad (que me dolería en el alma) o la de la pena (que me dolería aún más). La cosa solo podía acabar de una manera, y esa era conmigo dándole la razón y pidiendo un perdón que, por supuesto, estaba muy lejos de sentir.

Mi enfado monumental tuvo que quedarse en segundo plano en cuanto el taxi que me traía desde Atocha, paró delante de la oficina. La jefa esperaba dentro, no podía hacerla esperar mucho más tiempo. El autobús había llegado a Madrid hacía escasamente media hora. Me había

despedido de mi grupo, les había deseado feliz regreso a casa y había parado un taxi todo en el mismo minuto. Era tarde y era mejor no hacer enfadar aún más al monstruo.

En el móvil, un mensaje de Jessica me daba ánimos. Era la única que sabía de mi inminente cita con mi fatal destino.

«Tú puedes con todo, *Wendy*»

Le agradecía los ánimos, pero ambas sabíamos que eso no era verdad. Podía con muchas cosas, eso sí era cierto, pero con Marta Cadalso no podía nadie. Era literalmente imposible.

Entré en el despacho con un nudo en la garganta amenazando con cortarme la respiración de un momento a otro. Cuando toqué a su puerta y ella me dejó entrar, juro que el corazón amenazaba con salirse del pecho. Odiaba sentirme así, no tener el control, pensar que ella me podía echar o hacerme la vida imposible si me negaba a hacer algo que me pidiera. Nadie, en toda mi vida, había tenido un poder tan grande sobre mí, y eso me tenía muerta de miedo.

Vulnerable y casi temblando, esboqué una tímida sonrisa que me costó un triunfo dibujar en mi cara, y me senté justo donde ella me señaló. Empezábamos bien, ella imponía su orden y yo lo seguía a pies juntillas. Si la cosa continuaba así, la reunión acabaría bien. O eso era lo que me repetía constantemente para convencerme.

—Siento llegar tarde —me disculpé nada más tomar asiento—. Nos pilló atasco a la entrada de Madrid.

—No se preocupe, aún tengo para rato aquí.

Era una obsesa del trabajo y también de las normas pasadas de moda, como tratar de usted a sus trabajadores, haciendo que todo fuera mucho más formal de lo que sería deseable.

—Pues usted dirá. —Por supuesto, el tratamiento formal había que aplicarlo con ella también, a riesgo de meter la pata hasta el fondo.

—He estado comprobando las fichas de cada empleado y su caso me tiene boquiabierto, señorita Caballero.

Un escalofrío me recorrió entera. ¿Boquiabierto para bien o boquiabierto para mal? Ahí radicaba todo el *quid* de la cuestión, si me iba a llegar una palmadita en la espalda o un buen rapapolvo.

—En los ocho años que lleva trabajando para mi padre... se ha cogido únicamente cuarenta y tres días de vacaciones.

La observé un instante antes de afirmar con un gesto de la cabeza. No lo decía como un halago hacia mi compromiso con la empresa, lo decía como si creyera que estaba loca y que me había propuesto amargarle la vida. Se me paró el corazón en cuanto comprobé que la había dejado boquiabierto para mal y que el castigo no iba a gustarme nada de nada.

—Pues bien, señorita Caballero, eso es totalmente inaceptable. —Su tono era tan neutro, tan carente de vida, tan burocrático e impersonal que, por un momento, creí que me estaba hablando una máquina. Y algo así debía de ser, porque dudaba de que esa mujer tuviera algún rastro de humanidad en su interior.

La señorita Rottenmeier se retorció en su asiento ante mi falta de respuesta a su categórica afirmación. Pero ¿qué demonios quería ella que contestara a eso? ¿Que sí, que era inaceptable? ¿Quería que le diera la razón y confirmar así que era una trabajadora nefasta? ¡Por el amor de Dios, que yo solo había hecho lo que don Ramiro me había permitido y, además, con muchas ganas!

Sí, era cierto que apenas me había cogido vacaciones todos esos años, pero... adoraba mi trabajo, que me permitía viajar mucho, tener tiempo libre en buenas cantidades y, además, me ofrecía la posibilidad de vivir muchísimas experiencias y conocer a gente súper interesante, todo mientras me ganaba mi sueldo.

Yo nunca había sentido la necesidad de desconectar o de irme de crucero con las amigas, así que lo de cogerme días de asueto, como que se fue dejando pasar y, al final, solo las cogía cuando don Ramiro me obligaba y me amenazaba con un despido fulminante (con una sonrisa, eso sí) si no pasaba mis grupos a alguno de mis compañeros y disfrutaba de algunos días libres. Y cuando eso pasaba, me quedaba en casa, aburrída como una ostra, o me la pasaba en casa de Jessi, con los niños y con ella, haciendo el gamba y rezando para volver con mis grupos y mis viajes.

Sabía bien que eso no era para nada habitual, pero de ahí a definirlo como «inaceptable» creo que había un trecho grande.

—Disculpe, pero no entiendo qué tiene esto de inaceptable —dije por fin, con un ligero temblor en la voz que fui incapaz de disimular—. A su padre nunca le pareció mal...

—Claro, y así iba todo —sentenció ella categórica.

Daba hasta miedo oírla hablar con ese tono de voz tan duro, sobre todo teniendo en cuenta que se estaba refiriendo a su propio padre. Me encogí un poco más en mi asiento, sabedora de que la cosa solo podía ir a peor de ahí en adelante.

—Verá, señorita Caballero —continuó sibilina—, la mano ancha de mi padre, su forma de llevar este negocio como si fuera una tasca para el disfrute de sus amigotes... casi hunde una empresa que, por su trayectoria y su facturación teórica, debería estar muy por encima de lo que ahora se encuentra.

»¿Quiere que le diga lo que es inaceptable? Pues que, en cumplimiento de las leyes y las normas vigentes, yo le haga disfrutar ahora mismo de sus vacaciones atrasadas para estar en paz con nuestras deudas para con usted o que, si usted lo prefiriera, se le abonarían todos sus días vacacionales no disfrutados, para, igualmente, liquidar esa deuda contraída con usted desde hace casi una década.

»De ningún modo voy a dejar esta irregularidad sin corregir y exponer al turoperador a ser objeto de algún tipo de sanción administrativa grave. Cualquiera de las dos opciones nos deja en muy mala situación a mí y a la empresa. La primera, significaría perderla por un periodo demasiado largo de tiempo, que debería ser cubierto por un suplente porque, ahora mismo, no puedo cumplir con los grupos contratados solo con los efectivos con los que cuento. La segunda, dada la difícil situación que está atravesando el negocio en la actualidad... la segunda es totalmente inviable.

»Así que dado que usted es la única responsable de que esta situación se haya producido, por no cogerse sus correspondientes días de vacaciones, tal y como marca su contrato y, por ende, la ley, dejará que sea yo quien decida cómo vamos a resolver este caso. Y esa resolución me lleva a prescindir de usted hasta el 12 de enero del año próximo, día en el que se cumple su periodo vacacional no consumido hasta la fecha, incluidos los días correspondientes al año en curso.

Flipada, asombrada, anonadada, ojiplática... no había adjetivos suficientes para describir mi sentimiento en aquel momento... ¿Me mandaba a casa seis meses y medio de vacaciones? Pero ¿por qué? Aún procesando su discurso, de lo más técnico y formal como todo lo que tenía que ver con ella que, más que hablar, recitaba el código penal, solo pude negar con la cabeza. Poco, casi imperceptiblemente, pero lo hice, lo negué, negué su propuesta, y sus ojos se convirtieron en dos trozos de hielo como jamás había creído posible en un ser humano.

—No hay más alternativas, señorita Caballero —afirmó ella con tal seguridad que se me quitaron las ganas de rebatir nada de nada. Y mira que era importante que lo hiciera... se trataba, al fin y al cabo, de mi propia vida tal y como la conocía desde hacía ocho años—. La única alternativa es que diga que sí, firme estos papeles y se vaya a casa.

—Pero...

—Pero nada —terció ella, ya claramente molesta con lo mucho que se le estaba alargando la conversación que, seguro, había proyectado corta y directa—. Haga lo que le digo y, quizá, cuando regrese en enero y sopesemos su continuidad en la empresa, yo me sienta inclinada a dejar que siga formando parte de este equipo.

¿¡QUÉ!?! ¿¡Encima me iba a despedir!?! No podía creérmelo... ¿qué demonios había hecho yo para merecer algo así cuando me había dejado la piel en la agencia de viajes durante ocho maravillosos años? No podía ser verdad, tenía que estar bromeando.... Claro que, con esta mujer, eso era humanamente imposible.

—Y dé gracias que hemos encontrado a alguien para cubrirla desde ya mismo —dijo con un tono de regocijo en la voz bastante impropio de ella—. Y dé aún más gracias al que inventó a los becarios... si no, le juro que no la salvaba ni la Virgen de la Paloma de salir de aquí con la carta de despido más que asegurada.

En ese momento, justo ahí, sentada en esa silla y con la mujer más odiosa de la Tierra frente a mí, me lamenté profundamente de no haber deseado, delante de mi tarta de cumpleaños, el que a Marta Cadalso se la tragara una boa constrictor. Me hubiera servido lo mismo que con Jagger, o sea, de nada, pero al menos me habría quedado bien a gusto.

Capítulo 8

¡Cómo eres, Wendy!

Salí de la oficina tardísimo. Marta Cadalso tardó con el papeleo y estoy convencida de que lo hizo aposta, para así regalarme una tarde de viernes de esas que se alargan mucho más de lo deseado.

Recogí algunas de mis cosas y le hice sitio al becario que llegaría el lunes para sustituirme (sí, la muy cabrona ya tenía hasta al becario mirado y apalabrado). Lo hice con un pesar y una rabia que no acertaba a colocar dentro de mi cabeza o mi cuerpo, como si eso le estuviera ocurriendo a otra persona, a alguien de alguna *pele* de la que yo fuera una mera espectadora. Pero era real... Era real que tenía que dejar mi puesto de trabajo obligada por el absurdo deber que la hija del jefe insistía en salvaguardar. Debía dejarlo un porrón de meses y hasta puede que para siempre.

Cuando salí de la oficina era noche cerrada y mi madre probablemente me desheredaría por llegar tarde a la cena con mi tío Francis. Total, ya pasaba de mí y no me hablaba, otro clavo en nuestro ataúd relacional tampoco dolería tanto, ¿no?

Cargada con lo que había podido coger de mi mesa y la maleta del viaje, y viendo la hora intempestiva que era, solo me quedaba coger un taxi, y esta vez no pagaba la empresa.

Acomodada en el asiento trasero y con el peor ánimo del mundo para ir a cenar con la familia, solo tenía ganas de llorar mis desdichas y mi mala suerte. Desde luego era una semana para olvidar: primero mi intoxicación alimentaria cuando me lo iba a montar con Jagger, luego su silencio cuando dijo que me llamaría y, para rematar la faena, me obligaban a cogerme vacaciones... ¡Como si eso fuera tan fácil y maravilloso!

Mi móvil empezó a sonar en el fondo de mi maxibolso. Ya me imaginaba a mi madre al otro lado, inquieta, enfadada, incluso un pelín preocupada por mi ausencia... o quizá solo con ganas de soltarme otro rapapolvo. Mientras volviera a hablarme, me iba bien. Me apresuré a buscarlo en el maremágnum de cosas que poblaban mi bolso, para no hacerla enfurecer aún más, aunque por mucho que intenté darme prisa, iba ya por el sexto tono cuando lo encontré en el fondo mismo y me apresuré a disculparme para calmar sus ánimos crispados.

—Voy de camino, mamá, te lo juro —contesté lo más rápido que pude para no darle opción a decirme nada cortante ni hiriente en relación a mi falta de puntualidad—. No tardo nada, ha surgido una cosa fea en el trabajo y... bueno, que en nada me tienes ahí.

—Ojalá fuera cierto eso que dices.

Mi corazón se saltó un latido. Y quien dice un latido, dice una docena entera de latidos perdidos por culpa de un pequeño microinfarto. Ni siquiera había mirado la pantalla para ver quién me llamaba, asumiendo que era mi madre como único ser del universo que me llamaría para rematar uno de los peores momentos de mi vida.

Pero mira tú por dónde, el karma empezaba a compensar mi semana de mierda. Si es que no me lo cargaba yo antes por no ser capaz de hacer algo tan sencillo como mirar la pantalla del móvil para ver quién me llamaba, y así no confundir a mi madre con Jagger, el apuesto, perfecto y atento Jagger, que se había acordado de llamarme (¡POR FIN!).

—¡Lo siento! —exclamé al darme cuenta de mi garrafal error—. Mi madre me espera para una

cena y voy pilladísima de tiempo.

—Tranquila —rio al otro lado del teléfono—, me ha encantado oírte así de dispuesta. Y lo decía en serio... ojalá te tuviera aquí.

Me entró la risa tonta. Es que todo lo que decía era siempre perfecto... la pava que vivía en mí asomaba tímidamente la cabeza y amenazaba con hacerse con el control de la situación. Ese tipo de cosas solo me pasaban con él, así que decidí controlarme un poco e impedir que mi ñoñería traspasase las líneas invisibles de comunicación entre su teléfono móvil y el mío. Si cabía una oportunidad de enmendar lo que había separado la intoxicación de la reunión, no podía permitir que pensara que era una tonta.

—¿Ya estás en casa? —Intenté parecer súper normal y centradísima, como si fuéramos dos viejos amigos y esa fuera una charla de lo más casual.

—Sí, llegué ayer, pero tengo mucho curro atrasado —se justificó sin habérselo pedido—. Quería llamarte, debí haberte llamado, pero...

—Eh, no pasa nada, tío. —¿Tío? ¿TÍO? Joder, se me estaba yendo la pinza—. Esto... entiendo que estés liado, yo acabo de volver de viaje también y ya ves cómo ando para llegar a una simple cena.

—¿Y dónde has estado de viaje? —preguntó con un tono de flirteo que me hizo sonreír de inmediato.

—Cerca de tu casa... he estado en el sur con uno de mis grupos.

—Vaya. De haberlo sabido, habría vuelto antes y te habría secuestrado...

Sonaba tan despreocupado, como si de verdad eso formara parte de la relación que podríamos llegar a tener si algún día conseguíamos ser amigos de verdad. Suponía que me hablaba así y me decía esas cosas porque se había quedado con la espina de meterme en su cama el día de la reunión. Bueno, técnicamente sí que logró meterme en su cama ese día, aunque no para hacer nada divertido, precisamente. Quiero decir, que a los tíos les suele pasar eso cuando casi tienen a una chica y se les escapa por el motivo que sea. La oportunidad de acostarnos estuvo tan cerca que hasta dolió perderla y esa debía de ser la única razón por la que me llamaba, flirteaba y hasta amenazaba con secuestrarme... cosa que me encantaba, todo sea dicho.

—No sé si mis turistas te lo hubieran permitido... los tengo muy bien entrenados. —Si estábamos jugando, yo también sabía hacerlo.

—¿Cómo eres, Wendy! —Volvió a reír y a mí se me empezó a olvidar que tenía que llegar a una cena y hasta que mi madre me debía de estar esperando con cara de perro. ¿Cómo podía tener ese efecto sobre mí?

—¿Y cuándo podremos vernos? —preguntó de pronto, serio, haciendo la pregunta con verdaderos deseos de conocer mi respuesta—. Nada me gustaría más...

¿Lo decía en serio? Os juro que sí, en lugar de en Cádiz, me llega a decir que está en el mismo hotel que una semana atrás, mando a paseo a mi madre, a mi tío Francis y a todo el que se me pusiera por delante. Pero Cádiz me pillaba fatal... muy, muy lejos en ese momento.

—¿Tienes planeado pasarte por Madrid en breve?

—Con Madrid nunca se sabe —dijo con tiento—. O me paso allí un mes entero, o me tiro un año sin pisarlo. Los negocios son así de fluctuantes.

Vaya... Yo que soñaba con una sorpresa de esas de aparecer de repente e iba a ser que las fluctuaciones en sus negocios bien podían ofrecerme eso, como un año entero sin poder verlo (ni catarlo). Mierda.

—¿Y qué hay de ti? —preguntó al ver que yo no decía nada.

—¿Yo?

—Sí, tú. Digo yo que tú también podrías venirte. Que igual uno de tus grupos te vuelve a acercar al sur y entonces podré raptarte o, quizá, vayas a pillarte vacaciones en breve. Al fin y al cabo, en unos días comienza julio.

¿Me estaba invitando a pasar unas vacaciones con él, en su casa? ¡Madre-mía-de-amor-hermoso! Espera, espera, que me estaba empezando a hacer ilusiones y me estaban quedando preciosas, como diría *La Vecina Rubia*.

—Pues el caso es que tengo desde ya algo así como vacaciones de sobra y... pocos planes con los que gastarlas.

—¡Eso es fabuloso! —exclamó con lo que entendí que era verdadera alegría—. ¡Tienes que venirte a Sotogrande conmigo una temporada! Y no admito un no por respuesta.

Vale, estaba flotando de alegría ante su propuesta. Ante las ganas que le estaba poniendo a su propuesta. Pero eso no significaba, por descabellado que pareciera, que fuera a aceptarla. Apenas nos conocíamos ¿y me invitaba una temporada a su casa? ¡Venga, hombre! Eso no pasaba ni en las novelas fáciles y previsibles, en las que todo se hace encajar a la fuerza por más que resultara artificial. Y yo no quería una novela fácil y previsible, ni con Jagger ni con nadie. Yo quería una historia de amor rebosante de elementos que encajaran con facilidad, armonía y naturalidad.

—Esto... ¿Estás seguro?

—Claro, nena. —¿He dicho ya que odio que me llamen nena? Por alguna razón a él se lo permitía, pero... lo odio. Mucho—. ¿Por qué no iba a ser en serio? Me encantaría verte, que nos conociéramos mejor, llevarte a sitios que me encantan... pasarlo bien juntos.

—Ya... Suena genial, de verdad, pero, no lo sé —dudé—. ¿No es un poco extraño?

—¿Extraño?

—Precipitado. Dejémoslo en precipitado.

Al otro lado del teléfono notaba su desconcierto ante mi reticencia a tirarme de cabeza a lo que acababa de proponerme. Pero ¿cómo explicarle que me apetecía hacer las cosas bien? ¿Que era mejor que no nos lanzáramos a algo sin sentido solo porque parecía divertido?

Sé que yo misma me sujetaba y evitaba esa decisión precipitada. Como todo en mi vida, siempre había meditado mucho todo, y siempre había acabado apostando por lo seguro, lo que me daba tranquilidad y me evitaba la sorpresa. Me ponía la venda antes de hacerme la herida y, siempre, siempre, apostaba a caballo ganador. No dejaba que en mi vida hubiera sitio para lo improvisado, no corría riesgos... y así había sido feliz (o eso creía), durante veintiocho años.

Pero, en realidad, ¿qué demonios tenía de bueno mi vida tal y como me la había planteado hasta ahora, jugando sobre seguro? Apenas nada... Aún vivía con mis padres, tenía esos meses sabáticos sin saber a ciencia cierta si, al volver, me seguiría esperando mi trabajo de toda la vida; el chico que me gustaba me hacía por fin caso, pero estaba lejos... No, no tenía mucho de lo que disfrutar en esta vida. Si no fuera por mi familia (casi siempre fantástica por más que mi madre fuera un poco histérica y mi padre estuviera más mustio que una pasa en esos momentos) y mis amigos, mi existencia sería tan interesante como el desarrollo de una berza. O sea, una mierda pinchada en un palo.

Aun así, me era muy complicado liarme la manta a la cabeza y saltar al vacío en algo tan importante como eso. Irme hasta Sotogrande, sola, sin nadie en el equipo de apoyo, me aterraba. Estaría sola con él y, si algo salía mal, que podía pasar, me quedaría sin refuerzos y tendría que arreglármelas sin ninguna ayuda. ¿Había algo más aterrador que eso? Yo creía que no.

—Mira, deja que me lo piense y te digo algo ¿quieres? —le intenté comprar tiempo—. No sé

qué tengo pendiente en la agenda hasta que no me siente mañana con tranquilidad y lo estudie.

—Vamos, nena, has dicho que tenías muchas vacaciones y pocos planes.

—Sí, y lo he dicho muy a la ligera —dije maldiciéndome por haber abierto la boca antes de tiempo—. Por favor... ¿Puedo pensármelo?

—¡Claro! —exclamó—. Pero quiero que te quede muy claro que nada me gustaría más en el mundo que me dijeras que sí.

El corazón es un músculo extraño, muchas veces va por libre y hace cosas que no te esperas. En ese momento, se puso a latir como si en mi interior estuviera teniendo lugar un concierto de Iron Maiden. Me ayudaba mucho saber de sus enormes ganas de que yo dijera que sí. Ahora solo debía encontrar el valor para decidirlo.

Nos despedimos justo en el portal de mi tío Francis, a punto de llamar al timbre. Había pagado el taxi y bajado de él haciendo malabarismos entre mi maleta, mis pertenencias de la oficina, el maxibolso del que nunca me separaba y esa llamada de móvil a la que no quería decir adiós.

Cuando colgamos, con la promesa de darle una respuesta lo antes posible, algo dentro de mí se quedó vacío de pronto, y tuve que reprimir un enorme suspiro que amenazaba con salir de mi boca.

Ahora debía centrarme. A punto de que me abrieran la puerta de casa de mi tío, tenía que ponerme en modo luchadora de sumo para enfrentarme a la ira de mi madre por todo lo que, aparentemente, le había hecho esa semana. Y mi madre tenía un carácter tal, que hasta me la imaginaba habiendo ido hasta la cena con todas mis pertenencias empaquetadas, incluida mi preciosa gata *Amidala*, para ponerme de patitas en la calle por el desplante recibido.

Toqué el timbre, nerviosa, con más temblores que un flan de huevo recién cuajado. Y respiré con un alivio indescriptible cuando vi que era mi tío Francis quien abría la puerta y no el ogro vengativo de la familia.

Francis era mi tío favorito. En realidad, era mi persona favorita de la Tierra, porque era especial, detallista, divertido, diferente, creativo... era la persona más increíblemente positiva del planeta entero y mi confidente en muchas de las vicisitudes de mi vida.

Vivía en un estudio precioso en Chueca, en un cuarto sin ascensor, pero eso se lo perdonabas en cuanto traspasabas las puertas de su casa. Era todo caos y armonía dándose la mano, si es que eso era humanamente posible. Francis era caótico en grado sumo, pero esa es una de las virtudes de los artistas, ¿no? Su piso era a la vez el lugar donde vivía y donde pintaba sus hermosos cuadros de cientos de colores, apreciadísimos en algunos círculos artísticos, donde mi tío era todo un gurú de los pinceles y los lienzos.

Su casa era a la vez taller y museo, con muchas de sus obras, en distintos grados de proceso o ya terminadas, descansando contra las paredes del inmueble. Algunas se quedaban allí, a veces sin terminar, durante meses, años incluso. Otras, apenas duraban horas en su caballete antes de salir del piso con el cartel de vendidas, antes siquiera de que la pintura se hubiera secado sobre la tela.

Muchas tardes de invierno me acercaba a verle solo por el mero hecho de observarle trabajar. Era hipnótico. Otras, cuando él estaba más libre y yo tenía ganas de hablar, nos sentábamos en la pequeña terraza con vistas a la plaza o bajábamos a alguna de las terrazas que la inundaban a tomarnos unas cañas. Daba igual el momento, con él siempre me sentía a gusto. En casa.

Era el hermano pequeño de mi madre. Durante años, fue considerado la oveja negra de la familia, y no solo por el mero hecho de dedicarse al arte y osar en pensar que podría vivir de vender sus cuadros al mejor postor. En una casa tan tradicional como la de mis abuelos maternos,

que el pequeño Paco quisiera ser Francis y dejar atrás un prometedor futuro como óptico, fue toda una revolución. Pero él lo hizo, se la jugó. Y lo volvió a hacer cuando, poco después de dejar la carrera y empezar a trabajar para pagarse las clases de arte, salió del armario y comenzó una tormentosa y apasionada relación con su profesor de Arte, un italiano que le doblaba la edad y que estaba como un queso (palabras textuales de mi tío Francis).

Siempre había admirado su coraje, sus ganas de dar todo de sí, su empeño en cumplir sueños y su forma de arriesgar para ganar. Yo era tan diferente... era tan poca cosa a su lado que no entendía cómo él siempre me abría la puerta y hasta sus brazos, no importaba el momento en el que llegara hasta él.

Desde pequeña nos había unido una relación especial, pero nunca se me pegó nada de su actitud ante la vida. Y ese era uno de los dolores más grandes que anidaban en mi pecho: que la valentía ni se heredase ni se contagiara.

—¡Pero niña! —exclamó nada más verme—. ¡Qué cargada vienes!

Sabía que la puerta la abriría él, no porque fuera su casa, sino porque quería protegerme. Sabía que mi madre no estaba de muy buenas conmigo y no iba a permitir que el dragón se me tragara. Esa era otra de las cosas que adoraba de él, que siempre había sido mi escudo ante la vida, mi caballero andante, y eso era lo que más apreciaba de él en su relación conmigo. Nunca me dejó atrás, siempre se unió a mis peleas y me ayudó a doblar los problemas.

Me cogió la maleta con una de sus manos (la otra la tenía ocupada por una copa de vino), y me hizo pasar con una sonrisa pintada en los labios.

Era único haciéndome sentir en casa.

La voz de mi madre llegó desde la cocina y me pregunté con quién estaría hablando. Qué invitado desconocido nos acompañaría hoy. Mi padre no podía ser porque desde la operación apenas salía de casa, y mucho menos, se cruzaba Madrid en metro a esas horas. Mi hermano, tampoco. Había conocido a una chica de Erasmus la semana anterior, y desde entonces, apenas lo veíamos por casa. Intentaba aprovechar los pocos días que restaban para que ella regresara a Bruselas. Ya era mala suerte, un curso escolar frecuentando los mismos lugares para conocerse dos semanas antes de volver a casa.

Así que, sin papá ni Álvaro, no me quedaban opciones. No tenía ni idea de quién era el invitado sorpresa del tío Francis.

—Paco siempre ha pintado como los ángeles, desde chiquitín —le decía mi madre al desconocido con el que acababa de chocar su copa de vino. Al escuchar a su hermana llamarle Paco, Francis ni se inmutó, pero yo arrugué el ceño. Jamás le iba a conceder esa pequeña victoria. Creo que, en ese momento, tuve ganas de arrebatarle a mi tío la copa de vino y arrojársela a mi madre a la cara. Se lo merecía la muy arpía.

—Desde luego que lo hace bien —respondió su interlocutor con un acento dulce y lánguido que interpreté como italiano.

El desconocido estaba de espaldas a mí, pero podía ver que era alto, que llevaba una americana de paño gris, que su pelo tenía hebras plateadas repartidas por toda su espesa cabellera y que sus manos, al menos la que sujetaba la copa de vino y que era la que yo veía desde mi posición, era grande, morena, vital. Miré a mi tío y me sonrió, empujándome ligeramente hacia ellos, que seguían ajenos a nada más que a su conversación.

—Lástima que todo ese talento solo sirva para pintar *colorajos* —se quejaba mi madre justo en ese momento.

—Esos *colorajos* me dan de comer —la interrumpió su hermano, lo que hizo que tanto el

desconocido como mi madre se volvieran hacia nosotros y, ahora sí, nos prestaran su atención—. Y pagan este piso, la casa de la playa, el coche, y los regalos tan caros que siempre le pides a los Reyes Magos, Carmina.

Mi madre torció el gesto, pero no supe discernir si era por el comentario de mi tío o porque había reparado en mi presencia.

—Cariño, quiero que conozcas a Piero, un viejo amigo de Italia —nos presentó mi tío, dibujando en sus ojos una mirada llena de respeto y algo que no supe identificar muy bien, pero que era muy parecido a la ilusión.

Mi cabeza se quedó en blanco por un segundo, mientras, mecánicamente, subía mi mano para estrechar la suya y él se acercaba para plantar dos sonoros besos en mis mejillas. Cuando reaccioné por fin, el nombre de Piero encajó dentro de mi congestionada mente y, después de sonreír al invitado de manera cálida y cortés, me volví a mi tío con cara de *pero ¿qué me estás contando?*

Piero, su Piero, el amor de su vida según sus propias palabras... el profesor que le doblaba la edad y por quien decidió dar el importante paso de salir del armario y asumir su identidad sexual. Si era el mismo, ya podía entender a mi tío... Piero, el Piero que tenía delante de mí en ese preciso instante, era un hombre maduro de un atractivo exquisito. Bronceado, de rasgos elegantes y armónicos, y unos ojos negros llenos de misterio y sensualidad.

Aparentaba unos sesenta años, aunque si echaba cuentas, rondaría los sesenta y ocho fácilmente. Mi tío tenía cuarenta y siete y se conocieron cuando él tenía veinte recién cumplidos. El nombre, la edad y la descripción encajaban según lo que él me había contado. La pregunta era, qué hacía ese hombre en su casa, dispuesto a cenar con nosotros, después de tantos años.

Intenté interrogar a mi tío con la mirada, pero como no me pillaba ni una, tuve que pedirle que me acompañara a dejar mis cosas a la habitación de invitados. Me siguió en silencio, sabedor de que le esperaba un tercer grado.

—¿Ese Piero es *tu* Piero? —pregunté en un susurro gesticulando como una loca y dejando patente lo flipada que estaba en ese momento.

—Es *mi* Piero, sí —confirmó él, también en voz baja, pero con una sorprendente calma. ¿Por qué narices estaba tan calmado si el amor de toda su vida estaba tomándose un vino en la cocina mientras charlaba con su hermana?

—¿Y qué hace aquí? —pregunté atónita, con los ojos desorbitados de una demente—. ¿Os habéis reencontrado en Facebook o algo así?

Mi tío rio con ganas. Era difícil verme así, en plan loca psicópata, pero es que llevaba un día de locos: mis vacaciones forzosas, los nervios por ver a mi madre, la llamada y la propuesta de Jagger, comprobar que mi tío tenía a su verdadero amor bajo su techo después de casi treinta años... ¿Cómo no iba a estar desbordada emocionalmente? Es que era imposible no estarlo.

—Nos encontramos por casualidad en una galería, en la inauguración de la exposición de un amigo común —dijo con una sonrisilla bobalicona bailándole en los labios—. Fue toda una sorpresa y, bueno, nos ha llevado un tiempo ponernos al día, pero ahora podemos decir que ya sabemos todo lo que ha sido del uno y del otro todos estos años.

—¿Y? —quise saber, ansiosa porque me confirmara que estaban enamorados y que iban a vivir juntos y a dejarse llevar por lo que los separó casi tres décadas atrás... en fin, en mi cabeza ya me había montado la película y todo.

—Y... ya veremos cómo discurre la cosa —se salió por la tangente—. Anda, vamos, que se estarán preguntando de qué narices andamos cotilleando, si del enfado de tu madre (que la tienes

contenta, que conste) o de mi amigo italiano.

Salimos ambos y mis ojos cayeron sobre los de mi madre, que me observaba con una sombra extraña cubriendo los suyos. Quizá penséis que exagero, pero es que mi madre siempre había sido muy rencorosa, tenía las ideas muy claras y quien osara contradecirla, debía luego atenerse a las consecuencias: el estallido de su ira o su venganza silenciosa, según le diera.

No sabía cuál de las dos opciones me daba más miedo. Creo que hubiera preferido un ataque de rabia en toda regla, que se desahogara, que me llamara mala hija o que me amenazara con desheredarme a voz en grito. Pero, como ese día parecía que estaba un pelín maldito y el karma no me estaba ayudando mucho, me tocó la otra versión: la venganza silenciosa.

Haberla contradicho en el tema de la depresión de mi padre podría pasarme una factura que preferí ni calibrar en ese momento. Era la noche de mi tío, que nos había invitado a cenar para celebrar algo o compartir alguna noticia con nosotras. Estropeárselo no era una opción.

Así que me acerqué a ella, la besé en la mejilla de forma fugaz y me comí las ganas de decirle que no me castigara así, que la niña de doce años que fui ya había quedado muy atrás. Por descontado, esto último me lo tuve que guardar para mí sola.

—Mamá —saludé con cautela. Ella se limitó a hacer un gesto de cabeza y a dejar pasar la oportunidad de montarme una escena.

El corazón se me encogió y sentí que hasta se me retorcía la tripa. Mamá 1, la menda 0.

Nos sentamos a cenar, procurando que el ambiente enrarecido no lo invadiera todo. Algo difícil con mi madre mirándome con mala cara, casi bizqueando, y yo dándole al Rioja como si fuera agua con limón. Creo que, en los primeros quince minutos de cena, solo con el entrante, ya me había bebido media botella de Ramón Bilbao.

—Piero, me ha dicho mi tío que tú también te dedicas al mundo del arte —pregunté al invitado de honor, intentando parecer cortés.

—Sí —contestó el interpelado con ese suave acento que le iba perfecto con sus facciones latinas, como esculpidas en piedra—. Nos conocimos hace muchos años aquí, en Madrid, cuando yo vine a dar clases en un par de cursos. Luego, perdimos el contacto, ya sabes, la vida...

A mí me lo iba a contar. La vida, la puñetera vida que te lo ponía a veces todo tan en bandeja, para luego quitártelo cuando parecía que ya lo dabas por seguro. Qué bonita la vida. Qué perra también.

—Piero me enseñó muchísimas cosas... —añadió mi tío mirándolo como una persona a dieta miraría a una tarta Sacher—. Sobre todo, a vivir.

—Dirás que te enseñó a vivir la vida disipada de un mariquita, Paco, las cosas por su nombre. —Por lo que se veía, si yo llevaba media botella en el cuerpo, mi madre llevaba botella y media.

Nos quedamos un poco quietos, los tres, al ser conscientes de que mi madre había abierto la boca para decir semejante barbaridad. Nos miramos entre nosotros perplejos, mientras mi madre se volvía a llevar la copa, otra vez casi vacía, a los labios.

—Carmina, ¿por qué no dejas un poquito la copa quieta, en la mesa, y pruebas las cigalas, que me han quedado de escándalo? —propuso mi tío, obviando la frase de marras y el nivel de alcohol en sangre de mi progenitora.

Ella lo miró ceñuda, pero le hizo caso, y se puso a atacar cigalas. Durante lo que duró el entrante en la mesa y el plato principal, un arroz negro con sepia delicioso, mi madre se estuvo quieta y calladita. Me miraba con rabia mal disimulada cada cierto tiempo, pero había sustituido el vino por comida, y casi parecía una mujer normal en una cena relajada e informal entre amigos. Qué ingenuos podíamos ser a veces...

—Y dime, Piero —intenté mantener la llama de la conversación, lo que, además, me permitía olvidarme un poco de la opresión que me atenazaba el pecho—, ¿tienes pensado quedarte mucho en Madrid?

—Tengo que dar un seminario en Verona en quince días —contestó él, con una sonrisa beatífica y dulce en sus labios—. Pero espero volver pronto, hay cosas aquí en Madrid que, ahora mismo, requieren de toda mi atención.

Por supuesto, mientras lo decía, miraba a Francis, que lo contemplaba a su vez a él, con una cara de adolescente pánfilo que era digna de enmarcar. Me los comía, en serio, es que no podían ser más monos.

—¿Y tú, Francis? —cambié de víctima.

—Yo ¿qué?

—Que si tienes intención de quedarte mucho tiempo por aquí.

—Pues, hombre, no descarto hacer una escapadita vacacional a la siempre interesante Italia...

Claro, no nos esperábamos menos de él. Aunque mi madre, lo único que parecía esperar era el postre, para coger su bolso y largarse de allí.

—Carmina, ¿me ayudas a quitar la mesa y a traer la delicia dulce que Piero nos ha traído esta noche? —le pidió mi tío pese a que ella andaba en la luna de Valencia.

Lo miró un segundo antes de incorporarse, y casi perder el equilibrio, para darle el gusto a su hermano pequeño de que le echara un rapapolvo por su desacertado comentario de un rato atrás.

—Deja, Francis —le paré yo cuando casi ya estaba de pie, tomando su lugar—. Mi madre y yo traemos el postre.

Si había que enfrentarse a su fuego, mejor en casa ajena y con medio viñedo en el cuerpo.

En la cocina, donde dejamos la vajilla que habíamos usado para cenar, mi madre me miró de soslayo, como invitándome a iniciar lo que fuera que debiera comenzarse entre ambas.

—Mamá... ¿vas a decirme de una santa vez qué coño te pasa?

Silencio. Desdén. Mirada huidiza. Negación sistemática con la cabeza. Vamos, el cuadro completo de la madre dolida y con ganas de sentirse víctima un rato más.

—¡Por Dios! —exclamé quizá demasiado alto—. ¿No vas a hablarme? ¿A eso hemos llegado solamente por decirte que papá no estaba deprimido sino un poco harto de estar en casa?

—¡De mí! —dijo como escupiendo las palabras, como si fueran el veneno de una cobra—. ¡Dijiste que estaba harto de mí!

Me quedé boquiabierta por su tono y su angustia, la que había en sus palabras llenas de rabia. ¿Tanto le podía haber dolido que yo insinuara precisamente eso? Porque sí, lo había hecho y, encima, con convencimiento de causa.

—Mamá... yo no quería que tú pensaras que...

—¿Qué? —me interrumpió—. ¿Que no soy más que un cero a la izquierda? ¿Que soy el motivo por el cual mi marido está triste, como sin ganas de vivir? ¿Y querías que me sentara bien, que no me afectara? Porque esas cosas duelen, te atraviesan y te hacen llegar a conclusiones y acciones peligrosas.

¿Acciones peligrosas? ¿Qué coño estaba diciendo?

—¿Qué ha pasado, mamá? ¿Qué has hecho?

Me dio la espalda, se deshizo con frialdad de mi mano cuando traté de tocarla, y un escalofrío intenso y helado me subió por la columna vertebral. La cosa parecía más seria de lo que al principio hubiera imaginado. Y todo por no tener la boca cerrada y meterme donde no me llamaban.

—Mamá... ¿qué has hecho?

Esta vez procuré sustituir el pánico de mi voz por dulzura, por una muestra desesperada de hacerle ver que estaba allí si me necesitaba. Porque era verdad... si había metido la pata hablando de más, estaba dispuesta a lo que fuera para lograr que me perdonara, por hacer que no se sintiera tan mal y, sobre todo, por hacer que se solucionara lo que fuera que mis palabras hubieran provocado.

—He intentado hablar con él y no me ha dicho nada —dijo con un hilo de voz, aún de espaldas a mí—. He intentado que me lo confirmara y no ha abierto la boca. Nada. Ni una palabra.

Notaba que estaba empezando a llorar. La confirmación era real, todo estaba sucediendo de verdad. El mundo de mi madre se desmoronaba. El mío propio se desmoronaba. Era curioso, porque tenía a mis padres por una de esas parejas imperturbables, inasequibles al desaliento, de esas que das por sentadas. Como había dado por sentados a Jessica y Fredy, para luego enterarme de sus pequeñas diferencias maritales, que podían llevarlos a dejarlo todo... Madre mía, ¿qué le estaba pasando al mundo a mi alrededor?

—Ayer fui a ver a un terapeuta. —Su voz estaba apagada, las lágrimas ya lo inundaban todo. Quise volver a tocarla y, de nuevo, me apartó, girándose esta vez de cara a mí—. ¡No me toques!

Retrocedí asustada por su acceso de rabia. Estaba medio borracha pero su fuerza era enorme. Arrastraba las palabras, pero eso no evitaba que estuvieran cargadas de pesar, de dolor y de rabia... Solo deseaba abrazarla, pero eso estaba fuera de toda cuestión, no iba a dejarme hacerlo.

—¿Y... y qué te dijo el terapeuta? —El miedo era tan intenso que dolía.

—Que tenía dos opciones: intentar cambiar las cosas o rendirme.

Mi madre no se había rendido en la vida. Era una luchadora nata. Había criado a dos hijos prácticamente sola, renunciando a sí misma, había dejado pasar oportunidades por lo que más le importaba, su familia... y nos mantenía unidos, como si del pegamento de ese pequeño núcleo familiar se tratara. No, mi madre no iba a rendirse. Eso lo sabíamos ambas sin abrir la boca.

—Mamá —dije a la desesperada—. Dime qué debo hacer para ayudar.

Me miró un instante, dejó de llorar un segundo para mirarme con una expresión llena de determinación, de esas que hielan la sangre. Cuando abrió la boca, sabía que su elección estaba hecha: iba a luchar. Me alegré por ella, aunque eso significara que me iba a dejar fuera de juego.

—Tu hermano se va este verano a recorrer Europa en tren, con la chica esa francesa o suiza o de dónde sea que ha conocido —empezó más calmada de lo que me esperaba—. Quiero que tú también te vayas. Que me dejes vía libre. Voy a hacer las cosas bien con tu padre. Voy a demostrarle que yo no soy su problema y que, si tenemos uno, lo vamos a resolver juntos. Vamos a ir a terapia, si hace falta y a enfrentarnos a lo que sea que nos esté alejando... pero tú tienes que irte, no puedo hacerlo contigo en casa.

¿Mi madre me estaba echando a la calle? ¿En serio? Me sacaban a patadas de mi trabajo y ahora ¿esto? No podía creérmelo... ¿Adónde se supone que iba a ir yo? ¿Era el momento de empezar a volar sola?

(Bueno, con veintiocho años igual sí era el momento...)

Pese al pánico, creo que entendía su planteamiento. Estar solos debía ayudarles a descubrirse, a replantearse, a reconstruirse. Y yo debía salir de la foto, tenían que hacerlo solos. En eso, ella tenía razón. Así que se la dí. Me volví de cara a ella, esboqué una sonrisa amplia y segura, y le confirmé que estaba de acuerdo con lo que me pedía.

Y, entonces, justo antes de decirle que me iría, que les daría espacio, una luz iluminó mi camino y supe qué debía hacer: seguir mi propio destino.

—Tienes razón, mamá —dije convencida—. En unos días tendrás todo el tiempo del mundo con papá. Me voy de vacaciones a Sotogrande. Indefinidamente.

Ella se quedó inmóvil por un segundo y yo comprendí que acababa de tomar la decisión más importante de mi vida.

Capítulo 9

Píllate un BlaBlaCar, Wendy

Hacía un calor de mil demonios y el coche se retrasaba.

En mi estómago los nervios amenazaban con hacerme vomitar, pero Jessica, que me tenía tomada la medida, me tranquilizaba cada dos minutos para que no me acabara dando un ataque al corazón o algo así.

Me iba a Sotogrande a ver a Jagger porque mi madre me quería fuera de su casa. No podía con los tembleques y la sensación de estar dando un paso de gigante, no sabía si en la buena dirección.

Había hecho las maletas con una mezcla de ansiedad emocionada y un dolor sordo que se había anidado en mi pecho tras la charla con mi madre en la cocina de mi tío. Volvimos a casa en silencio ambas y, desde entonces, apenas habíamos intercambiado palabras ni nos habíamos cruzado mucho una en el camino de la otra.

Mi padre, que seguía en su mundo, más ausente si cabe, creo que ni se enteró de que me iba. No al menos hasta que me senté junto a él y, viendo los dos la tele la última noche, le conté que me iba de vacaciones y que tenía muchas ganas y mucha falta.

Me miró como si no me reconociera, pero, joder, entendedlo, es que yo de viaje me iba mucho, pero ¿de vacaciones? Creo que mi padre nunca había escuchado esa palabra saliendo de mi boca. Me sonrió levemente, y me deseó que lo pasara muy bien. Si sabía algo de la oferta sin contemplaciones que mi madre me había hecho para abandonar la casa, al más puro estilo expulsión de Gran Hermano, él no dijo nada al respecto.

Fue Jessica, para variar, la que me ayudó con todo. La que se emocionó conmigo y a la única a la que le conté que me iba también por ellos, por mis padres, a los que les auguraba un verano extraño, quizá lleno de silencios, quizá lleno de reproches. El primero para ellos dos siendo solo ellos dos desde que yo nací.

Mi amiga vino el sábado mismo por la mañana con un plan de ataque clarísimo. Ir a Sotogrande era, para ella, una mega aventura, de esas que solo les pasa a las protagonistas de los libros románticos que tanto nos gustaban, o de las pelis de sobremesa de Antena 3. Al menos esa clase de aventuras que, en esas películas solo duran veinte minutos, antes de que a la protagonista la acosen, le roben un hijo o la metan en la cárcel por un crimen que no ha cometido. Ya me entendéis, esas películas basadas en hechos reales que, de malas, tienen una audiencia de lo más amplia y no hay quien las borre de la parrilla de los fines de semana.

—No me puedo creer que te vayas con él —dijo nada más llegar a mi casa y abrir mi armario para empezar a empaquetar mis cosas para las vacaciones. Sin contar conmigo para nada, todo hay que decirlo—. Bueno, no me creo que te lo pidiera...

—¡Oye! ¡Eso duele! —exclamé tirándole a la cabeza uno de mis vestidos veraniegos que ella había rechazado por pasado de moda—. ¿Por qué no iba a pedírmelo?

—Joder, tía, que le sujetaste el pelo para vomitar —explicó como si fuera mucho más que obvio—. Eso a cualquier tipo le hubiera provocado una alergia brutal, te borraría de su mente para olvidar que eso pasó.

Eso era verdad. La mayoría de tíos (y también de tías), hubieran huido de un segundo intento

con esos antecedentes nefastos de la primera cita.

—Eso es que le gustas de verdad —concluyó ella como si fuera una gurú del amor.

—O que se quedó con las ganas de rematar la faena —dije yo, incrédula—. Se tomó muchas molestias para llevarme al huerto y se le torció todo. Creo que quiere recuperar la inversión.

—Si piensas así, ¿por qué coño te vas a Cádiz a verle?

Buena pregunta. Muy buena pregunta. La pregunta del millón, sin duda.

—¿Me creerías si te dijera que quiero saber qué me tiene preparado el destino? —pregunté soñadora.

—No.

—Vale. Pues entonces te diré la verdad. Yo también me quedé con las ganas de que la rematara.

Me miró boquiabierta durante unos segundos, antes de que ambas estalláramos en carcajadas. Sabía lo que estaba pensando, algo así como «*joder con la mojigata esta*», pero es que estaba harta de perderme cosas buenas por ser siempre tan correcta, tan recatada y tan buena chica.

Después de dos horas poniendo a punto mi equipaje, decidiendo qué se venía a Sotogrande conmigo y qué se quedaba atrás (al menos durante una temporada), Jessica y yo salimos a tomarnos unas cañas. Si íbamos a estar separadas ese verano, el primero que no disfrutaríamos juntas desde que nos habíamos conocido, había que despedirse a lo grande.

—¿Y cómo irás hasta allí? ¿Tren, avión, bus?

Buff, qué pereza, el tema del transporte me tenía medio consumida. Por fechas veraniegas, la mayoría de las plazas ya estaban ocupadas y las buenas, las *bussines*, estaban a precios de oro. Estábamos en plena temporada alta, no había que olvidarlo, y yo estaba acostumbrada a viajar a mis anchas, como guía, con mi asiento preseleccionado, con un confort más que evidente y sin tener que sufrir colas, acomodaciones entre la muchedumbre, ni quedarme con el peor sitio al final del reparto. Y, por supuesto, lo normal era que me recogieran en un punto fijo, al lado de casa, y me dejaran en la puerta del hotel o de los sitios que íbamos a visitar. Estaba tan mal acostumbrada que me iba a costar conseguir un buen medio de transporte.

—Pues la solución es bien fácil, señorita tiquismiquis —dijo Jessica como si fuera lo más evidente del mundo y yo, la persona más cegata del universo—. Píllate un BlaBlaCar, Wendy.

Por un momento dudé de que estuviera hablando en serio. Porque lo dijo muy seria, eso es cierto, pero, a la vez, era como si se estuviera quedando conmigo. Tuve que parpadear un par de veces, hasta que vi en su cara que hablaba completamente en serio.

—Estás de coña, ¿verdad? —Tenía que asegurarme de si bromeaba o no.

—¿Por qué iba a estarlo? —preguntó muy seria y comedida, asombrada incluso de que pusiera en tela de juicio la formalidad de su propuesta—. Es directo, económico, te ahorra aglomeraciones, compartir asiento con un señor de Cuenca con halitosis, dejar pasar al señor de Cuenca para que vaya al baño, niños llorones que se la montan a sus padres si se les acaba la batería de la *tablet* y no pueden seguir viendo *Peppa Pig*, señoras mayores con diarrea que atascan los baños del tren o bus...

—Joder, sí que me das tú ánimos. Me acabas de crear la necesidad visceral de no viajar en transporte público —dije con verdadero horror pintado en la cara.

—Hija, es que tú eres como una aristócrata del viaje organizado —añadió ella después de darle un sorbo a su caña fresquita y meterse en la boca dos aceitunas de manzanilla—. Buses de buena calidad que os ponen, aire acondicionado, un conductor majo (casi siempre), tú decides dónde se para, te dejan en la puerta del hotel por las noches... un lujo, bonita. Ya me hubiera

gustado a mí.

—Pero todo esto del BlaBlaCar ¿es seguro? —El miedo y la vergüenza me tenían atenazada la garganta.

—Claro que es seguro, mujer —respondió ella como si fuera la mismísima CEO de la compañía—. Todo queda registrado en su aplicación y puedes elegir al que tenga más cara de bueno, si así vas más confiada.

—Por supuesto, porque tener cara de bueno te libra automáticamente de ser un asesino en serie o un loco de la velocidad.

Rio con ganas. Se rio de mí a la cara y no supe si acompañarla o echarme a llorar. ¿Por qué era todo tan complicado? Me daban ganas de irme a la autoescuela del barrio a recibir clases exprés para recordar cómo se conducía (hacía casi una década que me había sacado el carné de conducir y lo mismo, más o menos, que no tocaba el volante de un vehículo) y llegar a Sotogrande algo tarde, pero habiéndome llevado yo misma. ¿Cómo iba a fiarme de un desconocido para que me llevara a encontrarme con mi destino? Era del todo descabellado.

—Yo te hago la selección, ni te preocupes.

—Eso es precisamente lo que me preocupa. Que nos conocemos, Jessica.

—Vaya concepto tienes de mí, ni que fuera a meterte en el coche de Charles Manson.

Pues era muy capaz, me lo temía, seguro que pensaba que así el viaje sería una aventura mucho mayor y lo acabaría por disfrutar mejor que con un ser anodino y aburrido. Así era ella de altruista.

—¿Y de qué narices voy a hablar yo con un desconocido durante cuatrocientos kilómetros? —expresé mi siguiente miedo.

—Pues del tiempo, hija, que pareces tonta —me amonestó ella con un golpe en el hombro—. Y si os aburre hablar de lo poco que llueve últimamente, y se os gasta el tema de conversación, te haces la dormida.

Visto así, no parecía tan mal plan. La estrategia de hacerse la dormida me parecía una apuesta ganadora para hacer un viaje tranquilo y evitar a cualquier conductor pesado, o parecérsele yo como acompañante.

—Bueno, a ver ¿y cómo consigo yo un BlaBlaCar? —claudiqué tras meditarlo un rato y acabar por darle la razón como buena alternativa al transporte público.

—Déjalo en mis manos, que yo te hago el casting y te encuentro plaza en un buen coche.

Y eso hice. Para mi lamento posterior, lo dejé todo en sus manos, y ahí estábamos, cinco días después, esperando en la salida de metro de Atocha, a mi conductor elegido entre todos los aplicantes.

Se retrasaba y eso solo conseguía potenciar unos nervios horribles, que ni siquiera me habían dejado pegar ojo en toda la noche. Estaba tan cansada que, ciertamente, no iba a tener que fingir que me quedaba dormida de camino.

Pasados quince minutos de espera, un Seat León negro y con los cristales tintados, se paró delante de nosotras.

—Ahí lo tienes —aseguró Jessi, y mi estómago dio un vuelco y hasta tuve que reprimir una arcada. Madre mía, si parecía del servicio secreto con tanto misterio y tanto cristal oscuro...

El conductor aparcó, más o menos decentemente, y salió de dentro del coche con cara de haber hecho algo muy malo. Tendría unos treinta y cinco o treinta y seis años, era alto, tenía el pelo muy corto y oscuro, y una barba incipiente le cubría un rostro de facciones armónicas. No parecía un asesino en serie. Pero los asesinos en serie nunca lo parecen, por eso nunca los cogen a tiempo.

Parecía azorado, como si le pesara el mundo, como si estuviera agobiado y cargara con las culpas de toda la humanidad entera.

Sus ojos, oscuros pero cálidos, me miraron un instante y, no sé por qué razón, el nudo del estómago, las náuseas, los nervios, todo se paró durante tres segundos. Me gustaban sus ojos, me gustaban mucho porque estaba convencida de que esos sí que eran los ojos de una buena persona y no de un desmembrador de jovencitas a las que lleva de paseo en su coche de lunas tintadas.

Nos dio la mano y pude notar su tacto firme y suave, como si fuera una caricia contundente. Eso también me gustaba. Estaba convencida, con solo esos dos detalles, de que ese desconocido me iba a llevar a Sotogrande sana y salva, y me iba a dejar en la puerta de Jagger como si se tratara de su propia hermana. Solté un hondo suspiro de alivio que a Jessica no se le escapó, y ella sonrió como si ese respiro que me daba confirmara lo buena que era ella haciendo castings en BlaBlaCar.

—Tú debes de ser Jessica —dijo dirigiéndose a mí, supongo que porque yo era la que iba cargada y era la que tenía aspecto de viajera—. Yo soy Jorge. Perdona el retraso, me ha pillado un buen atasco de camino. Y no quiero ni pensar en cómo estarán las salidas... pero bueno, es primeros de julio y es lo que toca ¿verdad?

Y sonrió al hacer esa pregunta retórica, dejando ver unos dientes blancos y alineados, y una sonrisa franca y muy bonita. Este tío ganaba puntos por minutos, daba confianza con cada gesto que nos dedicaba.

—En realidad, Jessica soy yo —intervino mi amiga poniéndose delante de mí—. Pero viajará ella, a mí me ha surgido un problema y ella aprovechará la plaza.

Lo dijo categórica, sin posibilidad de que el chico pusiera objeción alguna, pese a que podría habérselas puesto. Le metían a otra en el coche y él se aguantaba porque si no, la mirada de Jessica le amenazaba de cientos de maneras diferentes. Ahí estaba mi mejor amiga sacando su parte de mamá osa que tanto la caracterizaba.

Jorge no puso ni objeciones ni reparos y me ayudó a cargar el equipaje en el coche, echándole un ojo a *Amidala*, que descansaba en su transportín, lista para viajar.

—Siento llevar más cosas que las que quizá permitas —me excusé al comprobar que mi equipaje doblaba al suyo—. Me voy para una temporada larga y creo que se me ha ido de las manos.

Él volvió a sonreír, tranquilizador y acabó de meter mis cosas en el maletero.

—Tranquila, vamos solos y yo siempre viajo ligero de equipaje. Si cabe en el coche, podemos llevarlo.

Qué chico tan majo, ¿no? Seguro que su madre estaba encantada con lo educado y atento que le había salido el chaval.

—Gracias —esboqué yo tímidamente, antes de que Jessi me apartara ligeramente de él y se pusiera a su altura.

—Mira, *JorgeL2*, sé que tienes 288 amigos en Facebook, que trabajas en algo relacionado con los servicios sociales, que eres conductor experto en esto del BlaBlaCar y que tienes diecinueve opiniones positivas, todas ellas de cinco estrellas. —A Jessica le latía esa vena de la sien de cuando se ponía pelín agresiva y, por un momento, tuve lástima del pobre chico—. Así que si me entero de que mi Wendy no ha llegado a su destino sana y salva o que alguien le ha tocado un pelo de su preciosa cabellera, voy a ir a por ti, estés donde estés, te escondas donde te escondas. Y quiero que sepas que no voy a ir sola.

Mi amiga se retiró un paso del chico que se había quedado inmóvil, como si se hubiera

convertido en estatua de sal, y me miró con suficiencia. Yo solo podía devolverle la mirada sabedora de que tenía la mayor cara de flipada de toda mi existencia. ¿Jessica *Mamá Osa* era capaz de *ESO*? Pobre chico, de verdad, sentí lástima instantánea por él. Y algo de vergüenza por mí, que me tocaba pasarme más de seis horas en su compañía.

—Bueno, Jessica —dije toda azorada—. Será mejor que salgamos ya si no queremos tardar media vida en llegar. Te llamo en cuanto llegue a casa de Jagger.

—Más te vale —contestó ella dándome un abrazo y manteniendo ese aire de hija de mafioso ruso que ponía los pelos de punta—. Y ten cuidado con ese también. Como vuelva a vomitarte encima, avísame, que le puedo hacer una visita para cantarle las cuarenta.

La abracé más fuerte aún, reprimí una lágrima que me ahogaba y me grabé a fuego en el alma ese momento. La besé antes de entrar en el coche y, sin poderlo remediar, le susurré al oído:

—Lucha por lo tuyo. Por tus niños, por vosotros... pero sobre todo por ti. Y si tienes que abandonar, sabes que yo siempre lo dejaré todo por ti.

Después de eso, sé que no llorar iba a ser tarea imposible, así que acomodé a *Amidala* en la parte de atrás, y me senté en el asiento del copiloto. Al dejar el transportín con mi gata siamesa de catorce meses, reparé en que había otro animal a bordo. Un pequinés color canela que miraba todo muy curioso, desde su propio transporte animal. Por eso, asumí, el chico no había puesto reparos a viajar con la gata, tal y como le había pedido a Jessica que indicara. Al final, iba a resultar que éramos multitud dentro de aquel coche y que el viaje al sur iba a ser más populoso de lo esperado.

Arrancó con más de veinticinco minutos retraso sobre la hora prevista de salida, y yo me dispuse a no sentir pena por partir. Ni tampoco ansiedad por llegar.

—Me alegra que mi gata tenga compañía ahí atrás —dije tratando de romper el hielo de la incómoda situación que me preocupaba desde que Jessica puso la opción *BlaBlaCar* encima de la mesa.

—Sí, tienen pinta de haber congeniado —asintió Jorge con buen humor. Estaba claro que él era un experto en esto de viajar con desconocidos en su coche y que no le preocupaba en absoluto el tema de llenar los espacios con charla banal—. *Anakin* nunca había viajado tan bien acompañado.

Espera... ¿QUÉ? ¿Cómo había dicho que se llamaba su perro?

—¿Cómo has dicho que se llama tu perro? —no pude evitar preguntar en voz alta lo que me había cruzado el pensamiento.

Tenía que estar de coña. Seguro que, al hacer toda la gestión a través de Jessica y al decirle ella que yo viajaba con mascota, el nombre de mi gata había salido a la luz y ahora él trataba de tomarme el pelo con una broma de esas que los del *BlaBlaCar* les hacían a los novatos.

—*Anakin*. Ya sabes, como el padre de la princesa Leia y de Luke Skywalker. —Yo seguía loca, y lo mostraba a la perfección en mi cara de flipada en la que no moví ni un solo músculo de mi rostro ni di muestras de saber de qué estaba hablando—. Vamos, ¿Darth Vader cuando era un *jedi* y no un caballero *sith*?

Desvió un segundo los ojos de la carretera para mirarme, pues me había quedado absolutamente en *shock*. Joder, es que parecía que hablaba en serio, como si lo de las bromas a los novatos no existieran y no tuviera ninguna intención de burlarse de mí.

—Ya sabes, de *La Guerra de las Galaxias* —insistió él al ver que yo seguía sin reaccionar—. ¿*Star Wars*? ¿Sabes de lo que te estoy hablando?

Debía de ser cómico, él tratando de hacerme entender que hablaba de *Star Wars* y yo en completo bloqueo por la impresión. Cuando salí de él, me dio la risa, y no era para menos.

—Sé que Anakin es un personaje de *Star Wars*. Mi gata se llama *Amidala*.

—Oh.

No necesitaba decir nada más. No lo necesité yo para que él entendiera mi alucine ni para que me quedara claro que Jorge acababa de fliparse del mismo modo que me había pasado a mí.

—¿Quedaría muy raro que los casáramos en secreto y que les animáramos a tener mellizos? —
rio con ganas mientras entrábamos de lleno en el atasco con mayúsculas, nada más internarnos en la A4.

—Mucho —aseguré yo del mismo buen humor—. Pero te aseguro que la boda sería genial.

—Secreta.

—Por supuesto.

—Y sin testigos.

—Solo R2 y C3PO.

Silencio.

Silencio.

Silencio.

—Es todo un gustazo compartir coche con una auténtica fan —dijo con algo parecido a la admiración pintada en su voz—. Ahora está tan de moda, que todo el mundo lo es. Pero solo los de verdad pondrían *Amidala* a su gata sabiendo de dónde viene realmente el nombre.

Respiré hondo. Si teníamos eso en común, podríamos pasarnos horas discutiendo teorías, hablando de personajes, hasta de planetas, razas y naves estelares. Y daba igual que hubiera un atasco o cien, entre dos verdaderos frikis de *Star Wars* podríamos estarnos hablando sin parar horas... me hubiera valido también un fan de *Harry Potter* o uno de *Juego de Tronos*, yo estaba en todos los fregados metida, aunque reconozco que *Star Wars* era mi verdadera debilidad.

Como vaticiné, nos pasamos hablando sin parar de la saga hasta pasado Despeñaperros, momento en el que hicimos nuestro primer gran descanso para tomar un café y dejar que *Anakin* estirara las patas. A la gata no la saqué del coche, porque, conociéndola, era capaz de subirse al camión de un francés y largarse a recorrer el mundo, como el gnomo de *Amélie*.

—¿Haces mucho esto de llevar a desconocidos en tu coche? —le pregunté cuando nos pusieron delante dos té con hielo bien fresquitos.

—Lo llevo haciendo unos cuantos meses —reconoció con una sonrisa franca—. Me hace más llevadero el camino. Son seis horas y acompañado parece que se vuelven más fáciles.

Su mano derecha daba vueltas a su té, mientras la izquierda tamborileaba despreocupada sobre la mesa. Se le veía relajado, realmente contento de tener compañía y eso me pareció un rasgo de su carácter que me gustaba mucho. Era de estar rodeado de personas, era un animal social por naturaleza, algo que decía mucho de él, a mi humilde parecer.

—Yo no sé si sería capaz —confesé—. Casi ni me subo al coche contigo.

—¿Y eso? No tienes pinta de paranoica.

—Gracias —le dije divertida, porque sabía que su apreciación era solo una broma—. Creo que no lo soy. Pero reconozco que, a pesar de haber viajado mucho en mi vida, siempre lo he hecho en ambientes altamente controlados, donde no se dejaba nada al azar. Montarme en el coche de un desconocido y dejar mi destino en sus manos... bufff, me ha costado mucho, créeme.

—¿Por eso la búsqueda la hizo tu amiga la mafiosa?

Me reí con ganas por el apelativo, porque no me extrañaba nada que lo pensara. Quería morirme de vergüenza y, a la vez, de un orgullo difícil de describir. Jessica era de un modo que no me creía capaz de hacerle entender a ese desconocido. Aun así, partí una lanza en su favor. Al fin

y al cabo, se la merecía por haber hecho tan buen trabajo.

—Jessica puede ser un pelín intensa, a veces, pero sí, ella hizo la búsqueda por mí por lo que te he contado y, tengo que reconocérselo, casi me siento como en uno de mis viajes por trabajo. Lo cual, por si te lo estás preguntando, es un halago.

—No sabes lo que me tranquiliza oír eso... creo —rio—. ¿A qué te dedicas exactamente, si puede saberse?

—Soy agente de viajes y, mayormente, me dedico a recorrer España buscando experiencias patrias únicas para turistas procedentes de la zona oriental de Asia: chinos, japoneses y surcoreanos, sobre todo.

Sus ojos se abrieron sobremanera, como si no se acabara de creer que mi trabajo realmente existiera de verdad. Se le notaba tanto la duda, que tuve que reprimir una risa yo misma.

—Sí, es un trabajo de verdad llevar a un grupo de chinos a sacar fotos a un campo de girasoles —le confirmé mientras él parecía asimilar una a una mis palabras—. Y, si te interesa saberlo, me encanta mi trabajo... creo que es muy inspirador y que abre la mente de quien se pone en mis manos.

—No me cabe la menor duda —susurró Jorge clavando sus oscuros ojos en los míos.

Me sentí como si me realizara una radiografía o algo similar. Un estudio exhaustivo, un escrutinio intenso que me hizo sentir desnuda por un momento. Ruborizada hasta la médula, desvié su mirada y me centré en mi té, que comenzaba a calentarse entre mis manos.

—¿Y tú? ¿A qué te dedicas? ¿Qué es exactamente ese trabajo social al que Jessica se refería?

—Es lo que pone en mi perfil —confirmó él cambiando, por fin, su forma de mirarme y convirtiendo sus ojos en dos simples ojos y no en dos ardientes radares—. No me gusta dar muchas explicaciones y *trabajo social* es un buen eufemismo que se ajusta realmente a lo que hago de verdad.

—¿Y eso que haces es...?

—Soy bombero. —Juro que ahora fueron mis ojos los que pasaron a mirarlo de una forma que podría definirse como lujuriosa. Vale, no en plan deseo de que me empostrara contra la puerta de los lavabos, pero sí calibrando que debía de estar de rechupete embutido en su uniforme.

No sé qué coño nos pasa a las mujeres que es pensar en hombres de uniforme e, inmediatamente, imaginármolos sin él, y con nosotras cerca, para comprobar lo que se esconde debajo en todo su esplendor. Será cosa de los estrógenos o de los cromosomas femeninos, qué se yo, pero el caso es que ahí estaba, mirándole como hechizada mientras en mi cabeza se quitaba el casco y la chaqueta, empleando solamente movimientos de lo más sexy.

«*Joder, nena, que vas camino de los brazos del amor de tu vida*», tuve que recordarme para recomponerme en un instante y volver a tomar el control de mis emociones de una vez. Y menos mal, porque no llevaba la cosa buen camino.

—Así que bombero... —logré balbucir, incapaz de pronunciar nada más inteligente o, siquiera, con algo de sentido.

—Bombero por vocación y casi por obligación —asintió él, sonriendo ampliamente y dejando a la vista dos hileras de dientes perfectísimos (*¿Por qué de repente todo en él me parecía tan perfectísimo?*).

Lo miré con cierta perplejidad ante su comentario y él entendió la duda de inmediato. Además de todo, parecía muy listo y espabilado. Otro punto para el bombero.

—Lo soy por tradición familiar. Soy la tercera generación ya, así que era casi una obligación que siguiera los pasos de mi padre y de mi abuelo.

Ay, pero qué mono era. O eso me parecía a mí. Empezaba a pensar que el casting de Jessica había sido demasiado bueno. Qué ganas de tenerla delante me entraron, para someterla a un buen tercer grado, de esos en los que las amigas somos expertas, para sacarle de dentro todas sus intenciones ocultas... si es que las había. Me negaba a pensar que Jorge el bombero fuera fruto de la mera casualidad.

—Qué responsabilidad tener un apellido ligado a un trabajo. Más que un trabajo es un legado, ¿no?

Su rostro me miró con una atención que quise creer que se centraba en mí por la pregunta. Porque era un poco así, ¿no? Yo creo que no lo hubiera soportado, saber que tenía que cumplir por ellos, por los que fueron y estuvieron antes que yo, y no poder realizarme por mí misma, sin comparativas ni presiones.

Asintió en silencio tras meditarlo un minuto y una arruga en su ceño me indicó que algo había tocado en su interior. Casi me dio miedo haber hecho saltar un resorte o algo, pero enseguida recuperó su buen humor y me dedicó otra de sus preciosas sonrisas llenas de franqueza y dientes blancos.

—Sabes usar muy bien las palabras —dijo en un tono que casi parecía de flirteo—. Y seguro que usas otro montón de cosas bien.

¡Joder, es que estaba flirteando conmigo! *¿En serio?* O sea, ¿qué pasaba que, de repente, le apetecía meterme ficha a todo hombre de físico generoso y atributos masculinos más que evidentes? ¿Me había muerto y estaba en el paraíso? No quería parecer superficial, pero, ya me entendéis, no era algo que me pasara todos los días.

Ruborizada hasta la raíz última de todos mis cabellos, bebí un sorbo del té y miré a través de la cristalera, donde el sol aún estaba alto y pegaba con fuerza ese primer día de julio.

—¿Te espera alguien en Sotogrande, Wendy? —dijo trayéndome de vuelta de nuevo. ¿Wendy? ¿Qué sabía él de Wendy? Estaba a punto de preguntárselo cuando caí en la cuenta de que ni siquiera me había dignado a presentarme con mi nombre real y solo tenía la referencia que Jessica había empleado al amenazarle.

—Verás, Wendy no es más que...

Mi teléfono móvil, dejado descuidadamente encima de la mesa, tras contestar un mensaje de mi amiga para asegurarle que seguía viva al sentarnos a esperar por nuestras consumiciones, sonó a todo volumen, haciendo imposible que acabara mi frase y centrara toda mi atención en él.

En la pantalla, el nombre de Jagger me indicaba quién que estaba llamando y un punto de decepción me invadió. Apenas duró una milésima de segundo, justo antes de que el sentido común retornara a mi cuerpo y a mi mente, y esta se olvidara de bomberos y flirteos ajenos al hombre que, ahora y siempre, había invadido todos mis pensamientos en exclusiva.

—¡Hola! —dije descolgando tras hacerle una seña de disculpa a Jorge por tener que contestar. Mi tono, demasiado efusivo, era claro reflejo de lo culpable que me sentía por haberme puesto a pensar lujuriosamente en bomberos buenorros cuando tenía pendiente de mí a alguien como Jagger—. Ya hemos pasado Despeñaperros. En nada estoy ahí.

—No puedo esperar a verte —dijo, y su voz sonaba llena de verdad, algo que me encantó. Pese al viaje, los nervios y ese lapsus tonto de última hora, a mí también me pasaba eso: no veía la hora de volver a verle tras lo sucedido en la reunión del instituto.

—Ya somos dos. Yo también me muero por llegar —afirmé convencida y con un tono cálido que hasta a mí me sorprendió.

Miré en dirección a Jorge, que había bajado el rostro hacia su té y se lo bebía de un trago.

—Tengo la cena casi hecha, así que tú solo preocúpate de llegar. No te interrumpo más. Solo quería que lo supieras.

Si no lo conociera, podría decir que Jagger, el único e inigualable Jagger, estaba hasta nervioso.

—Ojalá estuvieras aquí ya —casi susurró y mi piel se erizó por el estremecimiento que un escalofrío traicionero me provocó de inmediato al escucharle.

—Ojalá estuviera ya allí —imité su tono y casi sus palabras.

Cuando colgué, me di cuenta de que Jorge ya se había levantado del sitio y me esperaba para continuar nuestro camino. Su sonrisa franca y enorme se había convertido en una línea recta que mostraba una seriedad que antes no estaba allí.

Capítulo 10

Por nosotros, Wendy

Llegamos a Sotogrande hacia las nueve de la noche, después de más de ocho horas de trayecto, cortesía de un par de atascos monumentales, fruto de la operación salida de vacaciones.

Jorge también iba hasta ese punto, era su final de trayecto, así que apenas tuvo que desviarse para acercarme a casa de Jagger. Por más que le insistí en que me dejara en su propio final de trayecto o en un punto donde pudiera coger un taxi, el caballero andante que vivía en él (como buen bombero que era), no se lo permitió.

Eso compensó, de alguna manera, la última parte de un viaje que había empezado genial, y que se había torcido de alguna manera a los pies de Despeñaperros. Qué pena, con lo estupendo que había sido conversar sin incomodidad ni vergüenzas.

Tras volver al coche, ambos mantuvimos silencio durante unos minutos. Luego él me preguntó sobre la música que me gustaría escuchar, dado que, previamente no habíamos recurrido al hilo musical para rellenar silencios. A mí, sinceramente, en ese momento me daba igual, prefería oírle a él, pero la confianza entre ambos era mínima y antes me clavaba una cucharilla de café en un ojo que confesarle eso. Así que me encogí de hombros y le pasé a él la decisión.

—¿Pablo López? —sugirió tocando un par de botones de la consola táctil de su coche.

Como yo no puse reparos, la música comenzó a sonar, inundando todo a nuestro alrededor y llenando ese vacío incómodo que la llamada de Jagger había producido. No creo que, al saberme emparejada de algún modo, dejara de interesarle, si es que en algún momento ese interés había sido real y no mera cortesía o juego. Yo creo que se vio pillado en un acto de flirteo cortado bruscamente, y eso le daba algo de corte, como si nunca le hubiera salido mal la jugada en toda su vida. De hecho, tenía pinta de que ese tipo de cosas a él no le pasaban.

Mientras Pablo López cantaba eso de *te quiero matar de amor y no lo sabe nadie*, yo me debatía por dentro, no sabiendo muy bien si dejarlo estar (al fin y al cabo, no nos íbamos a ver más pasadas las dos horas que nos quedaban de viaje), o intentar recuperar un poco del buen ambiente del que habíamos disfrutado hasta hacía unos minutos.

—¿Te gusta? Esta música, ¿te gusta? —Vale, era una pregunta chorra porque él mismo la había sugerido y la tenía cargada en su reproductor, pero quería que me hablara de ello, que retomara la normalidad.

No creo que estuviera por la labor. Apenas asintió, mientras con sus labios coreaba el estribillo y yo me hundía más en el asiento del copiloto. Era el momento de hacerme la dormida, de poner en marcha mi argucia para no tener que participar en la conversación, aunque, más bien, era una vía de escape en toda regla. Para mí, para no tener que rellenar espacios con conversación artificial. Para él, para que se sintiera seguro y a gusto en un silencio que, de pronto, parecía haberse convertido en algo tan deseado como el agua en un día cálido de agosto.

Me recosté, volví la cara hacia la carretera y, en algún punto del camino, mis ojos se cerraron de verdad, y caí en un sueño profundo que me liberó de esa sensación de malestar tan pronunciada que se había instalado en mi pecho.

Cuando sentí el suave roce de una mano sobre mi hombro, ya habían pasado casi dos horas

desde que me durmiera. Jorge me zarandaba con cuidado, despertándome sin ninguna brusquedad, cosa que le agradecí enormemente. Le sonreí desperezándome con discreción y miré a mi alrededor.

Estábamos parados frente a una casa de considerables dimensiones, pegada al mar, de belleza armónica y arquitectura preciosa. Tenía dos plantas, tejado a dos aguas, amplio terreno a los lados (y más que se intuía en la parte trasera), y una serenidad que invitaba a pasar y quedarse a vivir para siempre en ella. Me gustó de inmediato, fue como un flechazo.

—Hemos llegado —dijo Jorge bajito, con mucha consideración hacia mí y mi reciente despertar—. Una casa preciosa, si me lo permites.

—Lo es —confirmé yo casi sin aliento—. Lo es.

Bajamos del coche y me ayudó a sacar el equipaje del maletero. Yo tomé el transportín de *Amidala* del asiento trasero y me dio mucha pena que todo se acabara. La aventura del viaje, la aventura de haber hecho eso tan valiente de viajar con un desconocido. De haber, incluso, disfrutado la mayor parte del trayecto.

—Pásalo muy bien mientras te quedes por aquí —dijo tendiéndome la mano como clara muestra de despedida—. Quizá nos volvamos a encontrar en otro viaje.

Y sonrió al decirlo. Volvió a sonreír con franqueza, con la verdad pintada en sus ojos oscuros. Le devolví la sonrisa, pero no el gesto. No tomé la mano que me ofrecía, y me incliné sobre él para darle dos besos. Me volví valiente porque me apetecía volver a ser cercana y que él lo sintiera así. No éramos amigos, desde luego que no, pero me había sentido a su lado como si lo fuera cuando más lo había necesitado, al montarme en su coche y hacer algo tan difícil para mí, así que, para rematar la aventura, quería acabar de nuevo fingiendo que era algo más que un reciente conocido.

Me miró sin perder la sonrisa antes de encaminar sus pasos hasta su coche, justo en el momento en el que la puerta de la casa de Jagger se abría y aparecía él seguido de un hombre corpulento, muy joven, que enseguida se hizo cargo de todas mis cosas y las metió dentro.

—¡Has llegado! —Jagger estaba exultante, genuinamente contento de que, efectivamente, ya estuviera allí.

Me dejé envolver en su abrazo de oso mientras el Seat León de Jorge daba marcha atrás y salía de la calle en la que nos encontrábamos. Punto y final a nuestra pequeña aventura. Daba un poco de pena, aunque eso era algo que me pasaba a menudo, cuando me tocaba despedirme de mis grupos tras pasar un tiempo juntos, viajando y viviendo cosas maravillosas juntos.

Decidí que aquello no iba a significar nada más que un viaje agradable, y me centré en lo verdaderamente importante: Jagger, sus ojos fijos en los míos, su alegría de verme, la mía por estar finalmente allí.

Meforcé por parecer descansada, relajada, feliz... aunque lo cierto era que el trayecto, pese a la siesta de dos horas, me había dejado hecha polvo. Y nerviosa estaba un rato. El reencuentro me había dado un poco de miedo, me había creado algo de ansiedad, y me preocupaba que esta saliera a la luz y me estropeará ese momento tan deseado entre los dos.

—Tenía unas ganas locas de hacer esto... —dijo inclinándose sobre mí, cubriéndome con su enorme cuerpo y plantando sus suaves labios sobre los míos.

Me pilló totalmente desprevenida. Tuvo que ser eso. Su boca se estrelló contra la mía, me hizo tambalearme y di gracias a que me estaba sujetando para evitar que cayera al suelo. No podía pensar en sus besos, en las ganas que yo tenía, solo en que me había atropellado, que el beso me había pillado con la guardia baja, que no supe hacerlo bien porque no estaba sobre aviso...

Qué sé yo. En mi cabeza las excusas bailaban al son del ritmo vertiginoso que él le había imprimido al beso, que alargó de una manera que me dio tiempo a pensar largo y tendido. ¿Por qué no me soltaba ya? ¿Por qué no se daba cuenta de que yo iba unos cuantos pasos por detrás? ¿Por qué el hombre de mis sueños, mi deseo hecho realidad, me estaba dando un morreo de película y yo estaba tan desconectada que podría haberme puesto a repasar la lista de los reyes godos si hubiera querido?

Cuando finalmente me soltó, hacía ya tiempo que todo mi equipaje había desaparecido, y hasta me dio la impresión de que la luz del sol se había apagado un par de tonos.

—¡Guau! —exclamó él como si el beso hubiera estado en su top de mejores besos de todos los tiempos—. Las ganas y la espera han merecido totalmente la pena.

Si él lo decía... por lo que a mí respectaba, estaba segura de que, con una ducha, un poco de descanso y un aviso previo, ese beso mejoraría infinitamente. Y tenía muchas ganas de comprobarlo. Tantas que, una vez me hubo soltado y conducido hasta su precioso hogar, le pregunté por la posibilidad de refrescarme un poco.

—Claro —asintió él dispuesto en todo para complacerme—. Te indicaré cuál es tu habitación. Tiene baño privado y podrás darte una ducha o lo que quieras.

¿Mi habitación? Debo confesar que una pequeña punzada de decepción me recorrió de la cabeza a los pies al oírle decir eso. Molaba tener mi espacio, no me malinterpretéis, pero, para ser sincera, esperaba que compartiéramos alcoba, cama, pensamientos, cuerpo y alma.

Y vale que había espacio de sobra para no agobiarnos, o eso parecía por las dimensiones de su enorme caserón, pero como buenas vacaciones bajo el mismo techo que tu interés amoroso que eran, una esperaba menos independencia y más intimidad compartida.

—La cena ya está lista —continuó él una vez que entramos en la lujosa suite que me tenía preparada, al parecer completamente ajeno a mi pequeña decepción—. Cuando hayas acabado, baja y tomaremos el aperitivo en la terraza, justo enfrente del mar. Te va a en...

¡Atchisssssssssss!

El estornudo que soltó hizo temblar la tierra, lo puedo asegurar. El que le siguió, no se quedó corto.

Perplejos ambos, no sabíamos qué estaba ocurriendo. Yo lo miraba con los ojos como platos y él repasaba todo a nuestro alrededor, mientras sus dedos, de forma mecánica, habían empezado a rascarse de forma enérgica y cada vez más frenética. Cuando su mirada recayó sobre el transportín, que el chico que había subido las maletas había dejado cuidadosamente sobre la cama, casi se desmaya del susto.

—¿Eso...? ¿Eso es un gato? *¡Atchisssssssssssssss!* —preguntó, estornudando ruidosamente mientras dirigía un dedo acusador a la pobre *Amidala*, que de los exabruptos que salían de su nariz y boca estaba acurrucada y muerta de miedo al fondo de su transportín—. ¿Eso es un *GATO*?

Su voz reflejaba un miedo proporcional al de mi pobre mascota, y él también estaba retrocediendo, huyendo de su presencia y de lo que parecían los efectos brutales de una alergia gatuna de proporciones bíblicas.

—¿Estás bien? ¿Necesitas algo? —le dije a la desesperada, viendo cómo a los estornudos y los picores se le sumaban unas ronchas rojas enormes en la cara, y se le empezaba a caer el moquillo de la nariz. Estaba hecho un desastre y no podía acabar de creerme que mi preciosa *Amidala*, mi dulce, amorosa y regia *Amidala* fuera la culpable de semejante aspecto y síntomas funestos.

Jagger no me contestó, creo que el pobre ni podía. Salió corriendo escaleras abajo y no paró

hasta encontrar un botiquín en uno de los cajones del baño junto a la sala, del que sacó una caja de pastillas. Se tragó tres a palo seco de lo que supuse era un antihistamínico y voló hasta la cocina a beberse de un solo trago media botella de libro y medio de agua.

Sudaba copiosamente y las rojeces habían aparecido también en sus brazos, aunque podía ser por la fuerza con la que se había rascado los picores que debía de estar sufriendo segundos antes, en presencia de mi pobre mascota. Bueno, pobre él, que parecía un cromo.

¿Cómo era posible que un apuesto hombre de uno noventa de estatura, con aspecto de príncipe Disney y una seguridad brutal en sí mismo pareciera en unos segundos un deshecho humano de tales proporciones? Era del todo alucinante...

Quise acercarme hasta él, pero retrocedió hasta tocar con el trasero en el frigorífico situado a su espalda, y levantó una mano para pedirme que no avanzara más. Algo en mi pecho se rompió por la pena que me inspiraba y, más aún, por no poder acercarme a acurrucarle entre mis brazos y ofrecerle algo de consuelo.

—No... no te acerques —pidió con un hilo de voz, moqueando y sorbiendo por la nariz—. No me toques, por favor.

En las expectativas para una cita perfecta puede que no estuviera el caviar, el champán y una cama cubierta de pétalos de rosa sobre la que acabar la velada. Pero de lo que sí estaba segura que no aparecía en ninguna expectativa romántica era parecer un perro mojado tras una tormenta arrolladora. No, al menos, por segunda vez. ¿Significada esto que estábamos gafados? ¿Qué nuestros cuerpos reaccionaban como si fueran invadidos por extrañas fuerzas externas con tal de mantenernos físicamente separados? Empezaba a pensar que alguien nos había echado mal de ojo, porque eso no era normal, menos aún después de sufrir una intoxicación alimentaria severa.

—¿Qué hago? —pregunté a la desesperada, al borde mismo del llanto ante lo impotente y desarmada que me sentía con él en ese estado y yo sin poder tocarle siquiera—. Dime qué hago, por favor...

—Necesito que lo saques de aquí, que se vaya lejos.

Se me paró el corazón. Literalmente. No podía pedirme eso. *Amidala* no era algo de lo que pudiera deshacerme, así, sin más. No era un souvenir, un capricho, un objeto. Era mi mascota, mi amiga, muchas veces mi única confidente. Joder, era como pedirme que renunciara a un hijo, y eso no iba a hacerlo por él, por mucho que llevara una década suspirando por acabar una noche entre sus brazos.

—¿No hay ninguna otra solución? —La desesperación era tal que ya estaba llorando, ya me caían unos lagrimones tan gordos como los mocos que se le escapaban a él de su nariz goteante—. No puedo... no puedo...

Por no poder, no podía ni acabar la frase que incluyera las palabras deshacerme y gata juntas, simplemente no podía.

—Será mejor que recoja mis cosas y me busque un hotel —claudiqué ante la gravedad de la situación.

Me di la vuelta sin reprimir mi llanto de ninguna manera. Me sentía tan triste que no me quedaban ganas para seguir intentando algo que, claramente, estaba gafado. Pasaría la noche en un hotel y, por la mañana, haría de tripas corazón, y volvería a casa con mi amor propio hecho trizas. Pero con *Amidala*, vaya que sí volvería con ella.

Me metí en el baño a llorar tranquila, al menos a llorar a gusto antes de salir de allí y hundirme más en la miseria. El reflejo que me devolvió el espejo del baño fue lamentable. Me había esforzado por llegar fresca, lozana y bonita al encuentro con Jagger, sin que notara mis

pocas noches de sueño, mis nervios o las ocho horas en coche hasta llegar hasta él. Ahora, el curioso trabajo de maquillaje que me había retocado lo justo y que había aguantado como si fuera resistente al tiempo, estaba todo destrozado por culpa de unas lágrimas amargas y copiosas que me bañaban el rostro. Aunque lo peor eran los ojos. Si los mirabas con detenimiento, la tristeza ubicada en ellos era tal, que echarían para atrás a cualquiera que osara fijar su mirada en la mía.

Cuando sonó el teléfono, casi se me para el corazón del susto. Cuando vi que la llamada era de Jagger, la esperanza casi me hizo enloquecer.

—¿Sí? —contesté tímidamente, sorbiendo mis lágrimas e intentando calmar el pulso frenético de mi corazón—. ¿Estás mejor?

—Estoy mejor, nena —Joder, hasta me agradó oírle llamarme nena. Con lo poco que me gustaba, en ese momento se convirtió en mi palabra favorita, sobre todo porque no sonaba enfadado, porque volvía a ser él, porque parecía que el dolor se había ido. Sonreí por lo ñoña que me parecía a mí misma, y reprimí otro ataque lacrimógeno para no estropear (más) el momento—. Estoy mejor y necesito pedirte perdón. Lo siento...

—¡No! ¡Por Dios! Soy yo quien lo siente, Joder, me siento fatal por todo. Por ti, por *Amidala*, por volverlo a gafar... pero no te preocupes. Me voy ya, voy a mirar algún hotel, o quizá sepas tú de alguno. Nos iremos y te dejaremos en paz y ya nos veremos otro día. Sin gata, sin dramas. Si es que quieres volver a exponerte a la muerte más dolorosa de nuevo por estar conmigo, porque parece que es eso lo único que logramos cuando estamos juntos y...

—¡Para, nena, para! —Y juro que escuchar su risa al otro lado de la línea fue como oír música celestial.

Fui entonces consciente de la carrerilla verbal que había alcanzado, hablando a una velocidad supersónica y soltando gilipolleces por la boca, como si tuviera incontinencia verbal. Qué ridículo. Iban uno detrás de otro, lo nuestro no parecía tener límites de ningún tipo.

—Estoy mejor y quería dejarte claro que no vamos a buscar un hotel, al menos no esta noche. Ni tendrás que deshacerte de la gata... ¿cómo la has llamado?

—*Amidala*.

—Curioso nombre. *Amidala* —repitió como valorándolo, como si fuera la primera vez en su vida que lo oyera—. En fin. Necesito solo dos cosas, nena, y son muy fáciles. La primera es que no la dejes salir de esa habitación, y la segunda es que te duches y te pongas una ropa que no haya tenido contacto con ella. Es decir, que esté lavada después de haber tenido contacto con ella. Traes ropa limpia en esa maleta gigantesca tuya, ¿verdad? Pues eso, al menos esta noche la vamos a salvar...

Lo decía tan esperanzado que consiguió que sonriera a través de las lágrimas que habían dejado de manar de mis ojos, pero que me empapaban las mejillas por completo. Lo decía como si se lo creyera de verdad, que la íbamos a salvar después de ese desastre monumental. Una de las causas de la superación de obstáculos, por imponentes que sean, es siempre creer que se puede con ello ¿no? Pues a eso teníamos que agarrarnos. El gafe se podía superar.

Iba a dejar a *Amidala* en la habitación, con su comida y su agua, pero encerrada como una prisionera de guerra. La dejaría salir a la terraza a la que se accedía desde los enormes ventanales de la alcoba y tendría su arenero en un lugar fresco y agradable. No tenía por qué sentirme culpable si la dejaba bien instalada y con todas sus comodidades de siempre. Luego me ducharía, me pondría guapa con ropa que ella no hubiera tocado, y bajaría a reunirme con mi cuento de hadas particular, a cumplir el deseo más profundo de mi corazón.

Si ninguna otra catástrofe se interponía entre nosotros, y a esas alturas creo que el cupo estaba

ya superado, esa noche iba a acabar retozando entre los brazos de Jagger. A Dios ponía por testigo.

—Bajo en cuarenta minutos —le aseguré—. Y te prometo que estaré libre de alérgenos gatunos, aunque me tenga que dejar la piel aquí arriba.

—Esa es mi chica —dijo con lo que parecía una alegría exaltada que me dejó sin respiración.

¿*Su chica*? ¿Eso qué significaba exactamente? ¿Era una forma de hablar o lo había dicho con una intencionalidad que yo me negaba a aceptar por demasiado maravillosa? Creo que se le había escapado, se le notó cuando, un poco cohibido, se despidió apresuradamente, asegurándome que me esperaba en la terraza a la que se llegaba desde el salón principal. No había pérdida.

Cumplí escrupulosamente con el horario estipulado de cuarenta minutos, aunque me retrasé cinco más, a propósito, para hacerme desear un poquito. Lo justo para que él esperara con más ganas por mí. Cuando bajé las majestuosas escaleras de mármol y entré en el salón, no pude dejar de maravillarme ante la armonía de una decoración precisa y hermosa, que claramente le daba un valor espectacular a todo el inmueble. Se notaba que un profesional había empleado tiempo, dinero y mimo en dejar esa casa tan bonita por dentro como lo era por fuera, haciendo que pareciera una morada de revista y que solo desearas instalarte allí y no moverte jamás.

—Hola —dije tímidamente, internándome en la terraza principal y quedando, literalmente, sin una pizca de aliento.

Las vistas eran espectaculares, con el mar abierto ante nosotros, la playa casi pegada a nuestros pies, y el viendo de poniente jugando con nuestros cabellos y nuestras ropas. La terraza era grande, decorada con el mismo buen gusto que el interior, con muebles de exterior en armonioso conjunto con el ambiente acogedor y recogido de un espacio al aire libre y a pie de playa. A la derecha, dos tumbonas invitaban a dorar la piel y a tomar un cóctel exótico. A la izquierda, un precioso y coqueto rincón *chillout* daba la bienvenida a aquellos que quisieran compartir confidencias y una copa en condiciones más que placenteras. Detrás, una pequeña pérgola resguardaba de las posibles inclemencias del tiempo a una enorme y elegante mesa con espacio para doce comensales y una barbacoa tamaño industrial, de esas que salen en los programas de decoración y reformas de la televisión americana.

Era un sueño hecho realidad, era un paraíso de madera oscura y gasas blancas, que ondeaban al viento y jugaban a acariciarte la piel. Me había muerto y estaba en el cielo. O eso era justamente lo que parecía.

—Estás preciosa —susurró Jagger girándose ante mi llegada a la terraza, donde me esperaba mirando al mar, ausente, con los síntomas de su alergia ya bajo control (o aparentemente bajo control).

—Gracias —le devolví el susurro. Parecía como si nos diera vergüenza elevar la voz y actuar con normalidad. Yo me sentía estúpida y fuera de lugar. Hasta me sentía fea, pero sus ojos me disculpaban, me restaban culpa, me miraban como si fuera la mujer más hermosa de la Tierra. La única del planeta. Como si mi sencillo vestido de verano azul y mi pelo suelto fuera el paradigma de la perfección—. ¿Te encuentras mejor?

—Como una rosa —aseguró ensanchando su sonrisa y tendiéndome una mano para que me acercara—. Los antihistamínicos hacen milagros. Y que el gato esté lejos, más.

—¿Puedo acercarme sin peligro? —dudé sin coger la mano que me tendía y que me moría por tocar—. ¿No te causaré un *shock* anafiláctico o algo así?

Rio con ganas y fue él quien acabó por bajar la mano y acercarse a tomar la mía, que descansaba inerte en mi costado, por miedo a herirle de alguna manera. Su tacto suave, la forma

tierna de tomarme y arrastrarme al borde de la terraza para observar el paisaje en todo su esplendor, me sacaron de dudas y me robaron el miedo: yo no era perjudicial para la salud de Jagger, al menos no ahora mismo.

El mar estaba en calma y ofrecía un espectáculo perfecto, con el atardecer pintando de naranjas, rosados y morado el cielo frente a nosotros. Jagger cogió un par de cócteles que había preparado y descansaban sobre la barandilla y me tendió uno, sonriendo cómplice.

—Por nosotros, Wendy —dijo sin perder el contacto de sus ojos con los míos—. Porque, pese a la confabulación de los elementos en nuestra contra, aquí seguimos. Juntos.

Chocó su copa con la mía y se la llevó a esos labios carnosos y que tantas ganas tenía de besar. Sobre todo, ahora que necesitaba borrar las huellas del último beso que habíamos compartido, a las puertas de su casa.

—Por nosotros —repetí y bebí, imitándolo.

Cuando aparté la copa de mis labios, los suyos se acercaban prestos a los míos. Esta vez no iba a ser desastroso. No podía serlo: teníamos de nuestra parte el marco incomparable del mar a nuestro lado, la brisa, el atardecer... Así que lo recibí gustosa, ansiosa más bien.

El beso fue una clara mejoría del anterior. Oh, sí que lo fue. Este beso fue lento, sin sobresaltos, sin la pasión del otro, pero sin mi desconcierto ni desubicación. Fue dulce, pero intenso a la vez. Fue considerado, pero con una pasión implícita que me dejó con ganas de más. Vale, seguía sin ser el beso que te eriza todos los pelos de la piel de tu cuerpo, pero parecía que había noche para seguir intentándolo.

—¡Oh, Dios mío! —dijo una voz estridente justo a nuestra espalda, lo que hizo que ambos nos separáramos de golpe, como si hubiéramos sido pillados en falta—. ¿Era hoy? ¿Era hoy el día en el que venía *esa chica*? Disculpa hijo, se me ha ido el santo al cielo y creo que acabo de meter la pata hasta el fondo.

—¡Mamá?!

O quizá, se nos había acabado la noche y todos sus intentos de golpe.

Capítulo 11

Te lo prometo, Wendy

Estaba a punto de tirar la toalla, de verdad que sí. Todo aquello empezaba a mosquear un montón.

Cuando Jagger y yo nos separamos ante la intrusión de esa voz y esa presencia a nuestro lado, sentí la desesperación fluir a través de mis venas, como si fuera la propia sangre que me abastecía y, a la vez, se retiraba de mi sistema una y otra vez, dejándome vacía. Estaba harta. Harta de alergias, intoxicaciones, vuelos al día siguiente, señoras que interrumpían besos... ¿es que el universo estaba empeñado en cargarse mis momentos íntimos con el hombre que más había deseado en toda mi existencia?

—¡Mamá! —repitió Jagger, dejando muy claro el íntimo vínculo con aquella señora tan poco oportuna—. Joder, ¿qué coño haces aquí a estas horas?

—¡Esa boca, Daniel! —le recriminó ella, furibunda—. Creí que esta era mi casa, como te empeñas en recordarme cada vez que estoy fuera. Diego se ha ido de vacaciones, te echaba de menos y pensé en venir a pasar una temporada con mi hijo favorito.

—Tu único hijo, querrás decir.

—Pues con más motivo, tontín.

La señora era todo un personaje. No mediría más de metro y medio, pero emanaba una fortaleza interior que asustaba. Era de constitución fuerte, con el pelo modernísimo gracias a un corte asimétrico y muy corto, de color plata, todo desfilado. Parecía un duende, pero uno de esos con carácter, no uno dulce y travieso. Sus ojos, enormes y saltones, le daban un aire profundamente peculiar, y sus labios, claramente hinchados mediante técnicas plásticas, daban una idea de lo que el dinero era capaz de hacerle a un rostro si no se tenía el suficiente amor propio para tirar para adelante con lo que la naturaleza ofrecía.

Vestía una túnica playera naranja oca, semitransparente, que dejaba ver un escaso bikini bajo él. No parecía importarle mostrar tantísima carne en presencia de su hijo. A él, a su vez, parecía importarle lo mismo, o sea, apenas nada.

Se sentó en la zona de los sofás después de tomar de la mano de su hijo la copa que él sujetaba, llevándosela a los labios, coqueta. A mí ni me dedicó una fugaz mirada, como si fuera una mosca insignificante en el cristal.

A todas luces, esta mujer era una de esas piedrecitas que se te metían en el zapato y que tanto por saco daban, alguien que se creía el centro del universo.

Me causó un escalofrío inmediato y deseé ser tragada por la tierra y ser escupida, por arte de magia, en la seguridad de mi habitación en Carabanchel Alto. Al menos, hasta que recordé que mi madre, más o menos, podría mirarme de la misma manera si aparecía por allí, y se me pasaron las ganas de salir huyendo. Ya no quedaban lugares seguros, tendría que aprender a enfrentarme a mis propios enemigos y a librar batallas en lugar de huir de ellas.

—Mamá, esta es...

—Tú chica de esta semana —atajó ella de forma descuidada, como si le aburriera el numerito, mil veces escenificado en su presencia—. No te molestes, para cuando me aprenda su nombre, ya te habrás desecho de ella.

—¡Madre!

—¿Qué? ¿Acaso estoy exagerando?

El silencio entre ambos me mosqueó un montón. No estaba segura de si, él callando, otorgaba, o si, peor aún, la estaba desafiando con alguna amenaza mental para que se callara la boca y no me diera más pistas. Y, joder, tal y como lo había pintado la mujer, yo quería (¡necesitaba!) más pistas.

—Nena, te ruego que disculpes a mi madre —dijo él por fin, tras una larga competición de miradas que bien podía ser una competición de egos—. A veces se pasa con el champán y no es raro verla borracha a estas horas, aunque sea temprano y aún no se haya ido ni el sol.

—Muy gracioso, hijo. Hilarante —dijo apurando su copa y tendiéndosela a Jagger con una sonrisa de suficiencia pintada en sus enormes labios implantados y a reventar de Botox—. ¿Me pones otra? Una igual que esta, que te ha quedado divina. Se nota que estás desplegando tus mejores armas de seducción. Será que la chica lo vale.

Fue entonces cuando centró su mirada en mí, dedicándome un exhaustivo estudio que me hizo sentir como si me estuviera realizando una radiografía, de esas que te ven hasta las marcas de nacimiento. Yo desvié los ojos, para clavarlos, suplicantes, en Jagger, que no había hecho otra cosa que tomar la copa que su madre le había tendido y cumplía su deseo de un nuevo cóctel que la mantuviera entretenida.

—Es mona —admitió con desgana—. Eso no te lo puedo negar. Tiene algo que... no sé. No es tu tipo, claramente, y eso me intriga, pero puedo entender qué ves en ella.

¿Hola? ¿Que estaba justo delante de la señora! Hablaba como si estuviera en el mercado de ganado ¡y yo fuera el ganado! Como si le estuviera comprando a su hijo una yegua, como si él se hubiera encaprichado de una y ella le estuviera alabando el gusto, pero, aun así, haciéndole ver que era mejor no apresurarse, no comprar a la primera, en espera de ver más y mejor material.

—Joder, mamá, ¿quieres cerrar la puta boca?

—¿Y tú quieres hacer que dejen de salir palabras tan vulgares por la tuya?

Me pregunté qué pasaría si me excusaba y me largaba a la habitación que Jagger me había asignado, a refugiarme entre las sábanas y procurar olvidar todo lo que llevaba vivido en la escasa hora y cuarto que hacía desde que había pisado Sotogrande por primera vez en mi vida.

Supuse que no pasaría nada para ellos, que andaban midiendo sus fuerzas, pero sí para mí, que me estaban haciendo sentir tan miserable.

Si echaba la vista atrás, creía recordar a la madre de Jagger de los días del instituto, de cuando vivían en Madrid y ella aún no era viuda. Participaba en el AMPA, la asociación de padres de los alumnos del San José de Calasanz, al igual que mi madre, y estaba convencida de que no se llevaban mal por aquel entonces.

Entonces era una mujer sencilla, sin Botox, sin exceso de cócteles espirituosos, sin parafernalia y, sobre todo, sin esa carga extra de mala leche que me estaba crispando los nervios. ¿Quién narices se creía ella para tratarme como si fuera mercancía barata? Nadie tenía derecho a hacerme sentir inferior. Quizá yo no tenía su nivel adquisitivo, ni tampoco el cuerpo o la belleza clásica que deseaba para la mujer que acompañara a su hijo, pero desde luego que mi valía como persona no la decidían los cánones estéticos por los que ella se regía y, además, era Jagger quien decidía con quién y cómo pasaba su tiempo, por mal que le pesara a su santa madre.

—Será mejor que salgamos a cenar fuera —propuso Jagger de mala gana, mirándome con resignación—. ¿Te parece?

—Pero... ¿Y tu cena? Te has pasado toda la tarde preparándola...

—Seguro que mi madre la aprovecha —afirmó mirándola de soslayo—. No le diré que no a mi lasaña especial.

Me tomó de la mano y me sacó de la terraza con decisión. Mi corazón latía a mil por hora. Entre el beso interrumpido, la señora bocazas, el duelo madre-hijo y la cena desperdiciada, la velada se había convertido en una montaña rusa de emociones.

—Sube a tu habitación y empaqueta todas tus cosas —me pidió con las manos en los hombros y la mirada fija en mí, muy seria—. No te llevará mucho tiempo, ¿verdad?

Negué con la cabeza y sé que mi semblante dejó traslucir toda la desolación interna que estaba sufriendo en esos momentos. Jagger se iba a deshacer de mí. Me había pedido que viniera a verle y ahora me pedía que me fuera. Entre mi gato y su madre habían conseguido que mi estancia en Sotogrande no superara las dos horas. Todo un récord. Estaba convencida.

—¿Quieres que me vaya? —no pude evitar preguntarle.

—No, nena —dijo limpiando con sus dedos una lágrima solitaria que se me había escapado de los ojos y me resbalaba por la mejilla. Estaba claro que esa noche iba de llorar. Mierda—. No quiero que te vayas, pero me temo que tenemos que pensar en un plan alternativo. Se me ocurrió antes de que bajaras, por lo de la gata. Pensaba llevarte mañana a tu nueva ubicación, pero con mi madre aquí, quizá sea mejor acelerar un poco las cosas.

—¿Nueva ubicación? ¿Te refieres a un hotel?

—Tengo varias propiedades aquí, en San Roque, así que no tendrás que irte a ningún hotel —me aseguró él con una sonrisa que intentaba ser tranquilizadora—. Te llevaré a un apartamento precioso, con piscina comunitaria donde tu gata y tú estaréis mejor que reinas. No está lejos de la playa, para que vayas por las mañanas, y tienes tiendas y mil servicios a tiro de piedra. Así, estarás de vacaciones y disfrutarás de libertad y yo te veré siempre que pueda, te lo prometo.

¿Era yo o esto me sonaba a *nena, te voy a poner un pisazo* como decía Julia Roberts en *Pretty Woman*? ¿Me estaba tratando como si fuera su querida o solo me estaba montando la película dentro de mi cabeza?

Intenté que no me afectara todo eso de sacarme de su casa (joder, no me quería ir de ese *casoplón* de revista para instalarme en un apartamento cualquiera, lejos de él), pero era complicado a la luz de los acontecimientos. Me dolía que se deshiciera de mí.

Aunque, si me ponía en plan objetiva, me imaginaba que al pobre Jagger no le quedaba más remedio que sacarme de su lado. A ver, él no contaba con un gato en la ecuación cuando me invitó y, seamos francos, la forma de afectarle hacía inviable la convivencia entre él y *Amidala*, lo cual me mataba por dentro. En serio.

Y lo de alejarme de su madre... viendo su comportamiento hacia mí, casi era mejor salir corriendo de su radio de acción antes de que la volviera a tomar conmigo y yo también acabara poniéndome a su altura. Aquello podía ser catastrófico.

Asentí entonces, analizadas todas las partes, pese a que me dolía marcharme por muchas razones, también sabía que debía hacerlo por muchas otras.

—Te juro que no sabía que su novio se iba a marchar y a dejarla aquí —intentó justificar todo eso que había pasado en la terraza—. Es complicado, pero el tipo está casado en Cuba o en República Dominicana o no sé dónde, y de vez en cuando tiene que irse. Mi madre se niega a acompañarlo por razones obvias y, cuando se queda sola, cosa que no soporta, se me acopla y no hay quien la mueva de aquí. No sé cuánto se quedará, pero no quiero que esté aquí contigo, no quiero que te pille a solas, porque cuando bebe (y bebe mucho, créeme) puede ser muy puñetera. No me perdonaría que te hiciera daño gratuitamente solo por no ser capaz de mantener la boca

cerrada cuando sobrepasa su tercer martini.

Se le veía realmente agobiado y yo... yo la verdad es que estaba cansada de todos esos inconvenientes. Cansada también del día tan raro que había vivido. Creí entonces que lo mejor que podía hacer era darnos una tregua, una pequeña, pero tregua al fin y al cabo. Si no, yo a esas vacaciones les veía menos futuro que a los matrimonios de las Kardashian. Necesitaba poner distancia, cargar fuerzas y estar repleta de energía para batallar un día más con infortunios, si es que seguían viniendo y golpeándonos de ese modo tan empecinado.

—Verás... estoy agotada del viaje, el calor, los atascos —comencé y él enseguida entendió por dónde quería tirar. Arrugó el ceño ligeramente, aunque enseguida recompuso su semblante para seguir siendo el perfecto caballero andante—. Y creo que tú también necesitas descansar, por más que te hayas tomado un par de antihistamínicos, la reacción alérgica de hace un rato fue brutal, la más fuerte que yo he visto en toda mi vida.

—Nena...

—No, sabes que tengo razón —le paré antes de que intentara convencerme. Una retirada a tiempo era una victoria, o eso aseguraba la frase hecha—. Estamos cansados. Esto ha empezado tan mal como acabó lo de Madrid. Démonos tiempo para asimilar que estamos aquí, juntos o lo que sea, y que tenemos más días para volverlo a intentar. Seguro que mañana será otro día.

Me miró al menos quince segundos en silencio y yo no sabía si estaba enfadado, encantado o alucinado. Era como jugar al póquer contra el mejor contrincante de la historia, qué poder para esconder emociones. Antes de hablar finalmente, me pasó las manos por el pelo, para retirármelo de la cara, y me dio un suave y dulce beso en la nariz.

—Mañana —aseguró con una sonrisa triste bailándole en los labios—. Mañana no habrá quien consiga mantenerme apartado de ti.

Le devolví la sonrisa, también teñida de un halo de tristeza, pero le agradecí que me dejara marchar. A esas alturas del día lo necesitaba como el respirar.

—No puedo acompañarte si el gato va contigo, pero le diré a Richard que te baje el equipaje y te lleve hasta el apartamento —dijo—. Es buen tío y te ayudará con todo lo que necesites. Instálate, descansa y mañana a primera hora te llamo para saber qué tal tu primera noche en Sotogrande y, sobre todo, para hacer planes para un día estupendo. Te lo prometo, Wendy.

Me gustaba todo lo que oía y no opuse resistencia. Casi me apetecía estar ya en ese apartamento prometido, a mis anchas, disfrutando un poco de una soledad que hoy no había tenido oportunidad de probar en ningún momento del día (salvo por la intimidad del cuarto de baño, para hacer pis o llorar, según se hubiera terciado).

Antes de subir la escalera para volver a meter en la maleta lo poco que había sacado antes de bajar a la terraza, le dediqué una mirada llena de gratitud que él supo interpretar correctamente. La verdad es que era lo mejor para los dos, y ver que él también lo entendía así, me quitaba un peso de encima.

Contra todo pronóstico, *Amidala* no puso muchos reparos a volver a meterse en el transportín, cosa que solía odiar, máxime cuando ya se había llevado una ración de ocho horas, suficiente para todo lo que restaba de año. Creo que se sentía perdida en aquella casa, que se le hacía extraño todo el nuevo ambiente, al fin y al cabo, nunca la había sacado de casa. Y, puede, que también fuera cosa del nerviosismo suscitado por los gritos de Jagger al descubrirla, que traumatizarían hasta al más cuerdo.

La acaricié y le prometí ración doble de su lata favorita al llegar a lo que parecía que sería nuestra residencia vacacional definitiva, antes de meterla en prisión de nuevo. Cuando el chico

que venía a buscar las maletas tocó la puerta para saber si estaba lista, mi mascota y yo estábamos más que dispuestas para abandonar el palacio en busca del *pisazo* que Julia Roberts no quería ni nombrar en *Pretty Woman*.

Al día siguiente abrí los ojos sobresaltada por el escándalo que me llegaba al otro lado de la pared. No eran más de las nueve de la mañana del 2 de julio, y ya empezaba mis vacaciones al ritmo desenfrenado de dos máquinas sexuales de lo más activas. No me lo podía creer... ¡Lo que me esperaba en esas rocambolescas vacaciones!

La verdad es que estaban siendo de lo más curiosas, y eso que no llevaba en ellas ni veinticuatro horas. Primero, los acontecimientos extremos de mi llegada. Y luego, el traslado al apartamento con Richard, el mayordomo-chófer-jardinero-chico para todo de Jagger, que me había acompañado desde la mansión de su jefe hasta el coqueto apartamento en el que me instalaría los siguientes días.

Richard era todo un personaje. Gibraltareño de nacimiento, llevaba toda la vida a este lado de la frontera. Tenía un cuerpo escultural, con un par de brazos de esos que, si los tocabas, te daba la sensación de estar palpando dos rocas. Igual pasaba con sus piernas, dos troncos impresionantes, y su trasero, el más firme, respingón y apetecible que yo había conocido en toda mi vida. A mí los tíos muy musculados nunca me han gustado, que conste, pero soy una experta en traseros, y el de Richard era merecedor de un primer puesto en cualquier competición de culos.

Hablaba por los codos, y eso que, al conocernos esa tarde en la puerta de la casa de Jagger, podías pensar que era hasta mudo. Pero separarse de su jefe le había puesto las pilas, y me amenizó todo el viaje y posterior acompañamiento hasta mi total instalación en el apartamento, con millones de comentarios sobre todo lo que Sotogrande tenía para ofrecer a una *mujer bonita* como yo. Su acento era de un andaluz dulzón y lleno de guasa, como era habitual en la gente de Cádiz, y hacía sonreír solo por el mero hecho de escucharle.

Le gustaba la fiesta, las chirigotas, trastrochar y las mujeres morenas, grandes y preciosas. Esto último me lo dijo guiñándome un ojo con el mayor de los descaros. Todos estos atributos le hacían más español que Manolo el del bombo, pero él se definía como genuinamente británico, tanto como el té de las cinco, aunque resultara tan difícil de creer viéndole y escuchándole.

Me gustó Richard de inmediato. Su alegría, su descaros, su acento, sus ganas de vivir... con apenas veinticinco años, hubiera sido una excusa perfecta para conocer la urbanización en toda la extensión de la palabra, pero yo me debía a Jagger y a los sentimientos nacientes que estaban surgiendo entre ambos. Una salida alocada con Richard, tal y como él insinuó en un par de ocasiones, no era ni viable ni recomendable.

Le agradecí el trayecto y la ayuda con las maletas, y le aseguré que, si algún día tenía ganas de disfrutar a tope la noche *sotograndeña*, se lo haría saber inmediatamente.

Pensaba, con una sonrisa traviesa en los labios, que si Jagger hubiera sabido que su chico se andaba ofreciendo por ahí a su invitada a sus espaldas, igual el muchacho no desplegaría tan a la ligera esa jovialidad suya o, quizá, pese a todo, no habría nada ni nadie que lograra borrarle la guasa y la sonrisa de su cara.

Mientras desde la pared de al lado seguían llegándome sonidos más que evidentes de una fiesta sexual en todo su esplendor, me despecé entre las suaves sábanas de mi recién estrenada cama, y busqué mi móvil con la mirada, para comprobar qué hora era. Estaba ansiosa por recibir

la llamada prometida de Jagger, llena de planes para ese mismo día.

A mi alrededor, todo me gustaba. El apartamento era pequeño, pero muy coqueto. Tenía una habitación enorme (creo que ocupaba más de la mitad del piso), una cocina americana pequeña pero bien equipada, un salón muy bien distribuido, un aseo con todo lo necesario y dos terrazas no excesivamente grandes pero bastante aprovechables, que daban al enorme centro comunitario de los apartamentos, con pistas de pádel, piscina, césped y acceso a un pequeño gimnasio para los residentes. La verdad es que con ese apartamento tenía muchos servicios y comodidad, además de cierta independencia que, una vez superado el disgusto de no quedarme bajo el mismo techo que Jagger y disfrutar de su mansión de príncipe de cuento de hadas, me pareció el arreglo ideal.

Lo único que me molestaba era que él me hubiera alojado ahí como si fuera su querida, una sensación que no se me iba de la boca del estómago, donde me tenía encogida por dentro. Decidí, sin darle muchas más vueltas, que hablaría con él para hacerle partícipe de esa molesta sensación, y ofrecerle un alquiler justo por ese pequeño pedazo de paraíso que había puesto a mi disposición.

Alcé el móvil para comprobar que aún era temprano, pero vi que tenía varios mensajes esperando a ser leídos. Algunos eran de Jessica, pidiéndome detalles de mi aún corta estancia en Sotogrande. La noche anterior le había contado que había llegado ya, así como a mi madre, con mensajes muy escuetos para ambas, y sin entrar en ningún detalle como, por ejemplo, el cambio de residencia. Era normal que Jessi pidiera detalles. No haberlo hecho me hubiera preocupado. Dejé la contestación para más adelante, porque tenía también mensajes de Jagger. Empezaba cumpliendo su promesa, aunque fuera vía WhatsApp y no mediante una llamada telefónica.

«Sé que esto te va a parecer fatal, pero tengo que salir pitando para China. Ha habido un problema en la cadena de producción y tenemos a los trabajadores en huelga. Una pequeña tragedia después de haber conseguido la extensión del contrato en Suiza»

¿Me sentaba fatal? Me sentaba como una patada en la espinilla, pero entendía que el deber le llamaba y que, al estar ya instalada allí, bien podía esperar unos días a que él solucionara el grave problema que, al parecer, era hasta trágico.

Miré al techo en actitud suplicante, y le pedí al universo que nos diera una tregua. Se estaba pasando con el acoso y derribo. Menos mal que a Jagger lo tenía de mi lado, aunque, con cierta congoja, me pregunté cuánto más duraría eso de continuar las cosas tan cuesta arriba para ambos.

Volví a mirar el móvil para leer el último mensaje que me había llegado de él, y no pude evitar sonreír. Estaba claro que por su cabeza pasaban pensamientos similares a los míos.

«Aunque tengamos a los astros en nuestra contra, te juro que no te irás de San Roque sin que te haga mía.

Tómalo como una amenaza si quieres, yo me voy a China con tu imagen grabada en mi cabeza y eso me va a hacer mucho más llevadero el viaje. Te compensaré»

Me pregunté fugazmente por qué no me había llamado para decírmelo en persona, pero no quise ponerme más paranoica de lo que ya estaba por esa confabulación del destino que nos tenía tan cerca y, a la vez, siempre tan lejos el uno del otro. Así que le contesté que lo entendía, que yo también pensaría en él y que estaba deseando que ya estuviera de vuelta para que me compensara

una y otra vez... y otra.

No me quedaba más opción, o asumía que las cosas con Jagger, aunque difíciles, podían prosperar de algún modo, o me largaba ya mismo a Madrid. Y, qué queréis que os diga, a solo un paso del paraíso como estaba, pasaba mucho de volverme a la ciudad sin haberle sacado todo el provecho del mundo a mis vacaciones soñadas. Aunque, para mi desgracia, me faltara el príncipe azul.

Capítulo 12

Era Wendy, ¿verdad?

Mientras regresaba el príncipe azul, me propuse aprovechar mucho el tiempo de espera. No en vano, estaba en el lugar adecuado para disfrutar de mis primeras vacaciones propiamente dichas desde... bueno, desde nunca.

Así que hice una lista mental con todas las cosas que quería hacer y que siempre me había negado, llevada por la falsa idea de que ya viajaba lo suficiente en el trabajo y que no necesitaba realmente descansar ni desconectar de una rutina que me gustaba bastante y no me tenía consumida como al resto de los mortales.

Lo primero que hice fue quedarme en la cama, vagueando, como si no tuviera nada que hacer ni nada que me reclamara. Lo cual, además, era totalmente cierto. No tenía que ir a trabajar, ni reuniones, ni había quedado con Jessica para charlar o salir de comprar; no tenía planes con Jagger porque estaba ausente y hasta levantarme para desayunar y cumplir con la rutina diaria en mi casa para tal acontecimiento, no tenía razón de ser estando sola en aquel apartamento. Nadie me esperaba y eso era una sensación absolutamente novedosa para mí.

Quise disfrutar de ella y quedarme en la cama, quise creer que era lo que mi cuerpo y mi mente necesitaban justo en ese momento. Mala idea, sobre todo porque los de la pared de al lado habían empezado un nuevo asalto. ¿Cuántos iban ya? ¿Tres?, ¿cuatro? La verdad es que hacía rato que había perdido la cuenta.

Me dieron ganas de gritarles que tuvieran compasión de una pobre infeliz, que tenía al hombre de sus sueños dispuesto, pero rumbo a China. Casi me dieron ganas de entregarme a sus propios juegos, pero, cuando quise llevar la mano bajo las sábanas, ellos alcanzaron un nuevo clímax y se me antojó demasiado solitario hacerlo en silencio.

Así pues, con el alma en los pies ante mi incapacidad de quedarme en la cama, y habiendo perdido la oportunidad de pasármelo bien como mis vecinos, me levanté de un salto, me di una ducha rápida y decidí salir a desayunar por ahí, para hacerme un poco con el lugar, con ganas de pasar el día descubriendo y, quizá, aprovechar un poco la playa después de comer.

Sotogrande no era un sitio demasiado extenso, pero yo lo desconocía casi todo de ese lugar. Con mis grupos nunca nos había tocado acercarnos a esa parte de Cádiz y a mí no se me había ocurrido documentarme sobre ese sitio antes de venir, sobre todo porque pensé que tendría un guía exclusivo y muy buen conocedor de toda la zona.

Así pues, busqué la oficina de turismo justo después de desayunar y, ya con un mapa en la mano, comencé a recorrerla con calma, asimilando el sitio que iba a ser mi hogar provisional durante algunas semanas.

La verdad es que mi estancia allí era de lo más indeterminada. No sabía si me quedaría solo por unos pocos días o si la cosa acabaría por alargarse. Todo dependía de si despegaba la cosa con Jagger finalmente. Si conseguíamos hacer fluir la evidente atracción que ambos sentíamos o si los infortunios acababan por matar hasta las ganas.

Por lo pronto, necesitaba llenar mi nevera, deshacer mis maletas y asentar los pies en mi espacio, hacerlo mío y sentirme en casa. Y dejar de preocuparme. Preocuparme por esas

vacaciones largas y obligadas que me había impuesto mi odiosa jefa. Porque mi madre me hubiera echado de casa. Porque quería estar con Jagger y él estaba lejos... y centrarme en mí.

El siguiente punto de mi lista era recorrer la playa de punta a punta. Y tomar el sol sin preocupaciones. Y tomarme un daiquiri. Y soñar despierta con cuentos de hadas, creerme que se podían hacer realidad, que me podían pasar a mí.

Porque sí, porque me apetecía un montón ser ingenua y pensar que los deseos sopladados a una tarta de cumpleaños, si tienes suerte, se pueden cumplir (o casi, que en esas estábamos).

Cuando volví a casa, cargada con dos bolsas gigantescas del supermercado y los pies destrozados de no haber parado en todo el día, estaba convencida de que lo mejor acababa de empezar. Y estaba preparada para disfrutarlo a tope, casi tanto como mis vecinos que, a esas horas, volvían a darle al mambo, si es que habían parado en algún momento del día.

El jolgorio sexual duró algunas horas más y luego, repentinamente cesó. Al día siguiente, curiosamente, lo poco que llegó desde el otro lado de la pared, fueron lo que parecían voces infantiles. Muchas, tres al menos. Y no me extrañaba, con esa energía sexual, familia numerosa era lo mínimo que podría esperarme.

La verdad es que mi curiosidad fue a más con cada día que pasaba, aunque los ruidos de cama desaparecieron para no volver más.

Los días siguientes fueron días tranquilos. Jagger me escribía todos los días mensajes preciosos, diciéndome lo muchísimo que me echaba de menos y cuánto se acordaba de mí cada minuto que pasaba. En mi corazón, de forma irremediable, se estaba creando una expectativa mayúscula y, aunque platónico aún, esa sensación de amor en proceso de desarrollo era algo precioso. Me sentía como una adolescente en las primeras etapas de un amor juvenil, blanco y hermoso.

Era cierto que, a mis años, de blanco tenía poco, al menos en mis pensamientos. Todos los días me moría de ganas al pensar en el regreso de Jagger y en cómo lo íbamos a celebrar. Sentía tanta impaciencia porque me tocara, me desnudara y me metiera en su cama, que había días en que iba por la vida tan caliente como el asfalto en esas jornadas estivales del sur.

Para aplacar mis pensamientos lujuriosos me procuraba emplear a fondo, distrayéndome con cosas como ir de compras, disfrutar de la playa, relajarme en una terraza a media tarde acompañada de una buena copa de vino o, mi más reciente descubrimiento, ir a clase de yoga, para seguir con mi sanísima costumbre ya iniciada en Madrid.

El yoga me limpiaba por dentro. Alimentaba mi cuerpo de mil maneras, porque lograba escuchar lo que tenía que decirme y yo, aplicada, procuraba dárselo. Descubrir un folleto con unas sesiones de yoga en un centro deportivo cercano a casa, me llenó de una ilusión indescriptible, y no pude evitar inscribirme de inmediato. Eso sí, las clases de yoga en Sotogrande triplicaban el precio de las que me costaba en Madrid. Estaba convencida, no obstante, de que podría recortar de otro sitio y pagármelas, sobre todo al pensar en los enormes beneficios mentales y corporales que obtendría.

Así pues, un martes por la mañana, una semana y media después de la marcha de Jagger a China, recién levantada, y tras ducharme y desayunar a todo correr, me puse mis ropas deportivas, cogí mi esterilla y me dispuse a tomar mi primera clase de yoga vacacional.

Nada más salir de mi apartamento y mientras buscaba las llaves para dejar bien cerrada la

puerta, noté que también salía alguien de la casa de los vecinos. Noté una presencia en la puerta de al lado, pero no quise mirar con descaro. ¡Lba a saber por fin quién habitaba en semejante templo de la sexualidad! Me moría de las ganas y, a la vez, me moría de vergüenza, como si ellos, los vecinos, estuvieran al tanto de que los había escuchado y hasta idealizado, gracias a su maratón de sexo salvaje de mi primera noche en el edificio.

—Ah, hola —dijo una voz masculina que me erizó los pelos de todo el cuerpo cuando su dueño pasó por delante de mí rumbo al ascensor—. ¡Qué casualidad!

Me giré despacio, alucinada del todo, para encontrarme con Jorge, mi chófer del BlaBlaCar, que era quien había salido del apartamento de al lado, del apartamento del sexo desenfrenado... ¡¿Había estado escuchado cómo él tenía la sesión sexual más larga de la historia?! Joder, quería morirme de la impresión, porque, por alguna razón que no alcanzaba a comprender, me estaba ruborizando como una colegiala tonta, y no quería que él pensase que le había estado escuchando... vaya marrón.

—Era Wendy, ¿verdad? —preguntó con esa sonrisa enorme, blanca y radiante que me había gustado tanto de él durante nuestro viaje. Yo no podía mirarlo mucho sin que el rubor me hiciera desmayarme, así que esquivé su mirada fingiendo que seguía buscando las llaves.

De pronto, para mi gran horror, pensé que igual él creía que lo que me daba vergüenza era verlo de nuevo, al más puro estilo chiquilla que se da de frente con su ídolo o con su amor platónico. No sabía qué era peor, si que pensara que era una pava de cuidado o que supiera la verdad, que mi bochorno venía por los ruidos amorios escuchados.

—Ah... hola, ¿Jorge? —balbucí como si tuviera una especie de retardo, sin ser capaz de mirarlo ni de despegar los ojos de mi bolso, donde resonaban esas llaves que se me resistían—. Qué casualidad, sí...

Noté su mirada clavada en mis manos, que se movían frenéticas dentro de mi bolso, sin que pudiera controlar los temblores que la vergüenza suscitaba en mí. Al cabo de dos segundos, noté sus manos sobre las mías, calmando mi volcánica sacudida, y haciendo que lo mirara directamente a los ojos. Sus manos, cálidas y tan suaves como las recordaba, me paralizaron hasta el punto de dejar de temblar de inmediato. Y sus iris, repletos de algo parecido a la alegría, me hicieron recuperar el aliento que había perdido cuando oí su voz a mi espalda.

Estaba guapo el condenado. Guapo a rabiar. Llevaba únicamente una camiseta blanca, pero blanca-blanca, como recién estrenada, que hacía resaltar el moreno de su cuerpo, y unas bermudas azul marino que llevaba sobre las caderas como de forma descuidada. Parecía un modelo recién escapado de la sesión de fotos de una fragancia masculina de esas que huelen a verano. Él olía a verano.

La verdad es que, más allá de la vergüenza, fue todo un gustazo verlo, por más que estuviera pillado por la *superwoman* que le imponía un ritmo salvaje en la cama. Sentí una punzada de celos en un lado de mi costado y no sabría decir a ciencia cierta distinguir si fue por el sexo salvaje, que a mí tanta envidia me daba dentro de mi castidad impuesta por los elementos, o si era por él mismamente, por saber que no era libre. Estaba convencida de que había flirteado conmigo en aquella área de servicio nada más pasar Despeñaperros, aunque ahora tenía que dudar, porque no tenía pinta de ser de los que traicionan.

—¿Qué haces por aquí? ¿Estás de visita? —preguntó con curiosidad, pero no una de esas curiosidades de acosador, sino una que, genuinamente, parecía de lo más inocente.

—No, vivo aquí —dije señalando con mi mano la puerta que no era capaz de cerrar con la llave que no era capaz de encontrar. Quise añadir que mi casa daba a la suya, pared con pared,

pero me pareció de mal gusto sacarle el tema. Con uno que anduviera ruborizado por el portal, ya era suficiente.

—¿Y la mansión en la que te dejé? Pensé que allí era donde pensabas alojarte durante tus vacaciones en Sotogrande.

—Ya, yo también, pero es una larga historia —asentí con un deje de pena en la voz, cosa que no le pasó por alto, ya que dio un paso hacia mí en actitud consoladora, dibujando en su rostro una preocupación que no era normal dadas las circunstancias.

—Si quieres contármela, tengo tiempo —dijo con una dulzura que me descolocó—. Podemos ir a tomar algo y hablar.

Se me paró el corazón por un instante. ¿Qué pretendía? Nadie iba por ahí con esas intenciones por la vida hacia una casi desconocida a la que acababa de encontrarse en el portal de su casa. Ahora no había dudas, se mostraba interesado, y eso, lejos de alegrarme la mañana, me desató un pequeño huracán dentro del pecho... ¿Cómo se atrevía? No hacía ni tres días estaba teniendo más sexo del que yo había disfrutado desde que había acabado la universidad, y ahora, como si nada, volvía a enviarme señales. O yo tenía mucha imaginación o este tipo tenía un morro que se lo pisaba.

Me pegué a la puerta para evitar que llegara a tocarme, pasé de cerrar con llave y me volví con intención clara de largarme de allí. Solo me faltaba tener que vérmelas con un donjuán.

—Lo siento, pero tengo que irme. Mi clase de yoga empieza en cinco minutos y no quiero llegar tarde el primer día —balbucí entrecortadamente mientras salía huyendo de él, de sus proposiciones y de las imágenes sudorosas y en posiciones comprometidas que me venían a la cabeza al pensar en él teniendo sexo del bueno al otro lado de mi pared. Tenía que poner distancia si no quería enfadarme mucho. Con él. Aunque, sobre todo, conmigo misma.

Apreté el paso fuera del portal de los apartamentos, pasando como una centella por las partes de la piscina comunitaria y las pistas deportivas, y alcanzando la puerta de la pequeña urbanización en un tiempo récord. Tenía verdadero miedo de que me siguiera y me confrontara, aunque, si lo pensaba bien, no había razón alguna para que él hiciera eso. Al fin y al cabo, parecía que no se había percatado, ni remotamente, de la proximidad de nuestras paredes, cosa que me evitaba la vergüenza y me permitía serenarme.

Otra cosa era calmar mi azorado corazón ante su actitud. Había vuelto a flirtear, a mostrarse cercano y, joder, me desconcertaba. O era uno de esos que metían en su cama a una distinta cada fin de semana o era el tío con el morro más grande que había conocido. Cualquiera de las dos opciones me disgustaba hasta la saciedad. Cualquiera de las dos era una buena razón para salir huyendo.

Me puse los cascos, le di volumen a la música que hice reproducir en mi teléfono móvil y, a ritmo del *The Edge of Glory* de Lady Gaga, me encaminé hacia el gimnasio. No le había mentado a Jorge al asegurar que llegaba con el tiempo justo, y es que yo, que nunca solía llegar tarde a ninguna parte, me había dado cuenta de la laxitud de mis horarios durante las vacaciones. Estaba a punto de llegar tarde a una cita por primera vez en toda mi vida.

Alcancé el gimnasio medio asfxiada. Me puse la ropa de yoga a toda prisa, dejé mis cosas en la taquilla y entré en la clase, donde ya habían comenzado con la respiración. Dios mío, qué silencio, qué concentración... y aquí llegaba el elefante que asalta la cacharrería, porque el único hueco libre estaba al fondo del todo, justo al lado de la profesora, y para llegar a él había que sortear un mar de personas en perfecta sintonía con ellas mismas, encerradas en su mundo interior mientras ponían en práctica las técnicas de respiración alterna que la instructora les habría

encomendado.

Juro que, por un instante, pensé en salir huyendo, con las mismas prisas y la misma vergüenza que había sentido minutos antes delante de la puerta de mi casa, con Jorge al lado. Pero, por alguna estúpida razón me quedé, me lancé a la aventura y comencé a superar colchonetas y piernas, en un intento desesperado por llegar, sin molestar a nadie y sin hacer nada de ruido, a mi destino: el hueco libre.

Me daba la sensación de estar protagonizando una escena especialmente peligrosa de *Misión Imposible*, al más puro estilo Tom Cruise, o sea, sin especialista, a pelo, tirándome a la piscina. En mi cabeza sonaba la música de la película, mientras levantaba la pierna, giraba la cadera y evitaba hasta respirar para no desestabilizarme.

Tenía ya mi sitio a tiro, casi podía tocarlo con las manos cuando, quizá porque me confié demasiado, mis piernas se enredaron en la manta que una de las chicas de la clase había dejado justo en el centro de mi itinerario y que yo no había visto. Se rozó la tragedia en apenas unas décimas de segundo: mi cuerpo, todo lo largo y grande que era, hizo amago de salir volando por el tropezón, mientras mis manos hacían aspavientos en el aire, intentando aferrarse a algo para evitar la caída inminente. Lo lograron, me agarré a algo con desesperación... La barra de hierro que, colgada a casi un metro del techo, sujetaba una cortina que servía para dividir la estancia en dos más pequeñas cuando la afluencia de alumnos era menor. La barra estuvo a punto de sujetarme... salvo que no lo hizo.

Mi peso, claramente mayor que el de una cortina, pudo con ella y no al revés, y la barra metálica, la cortina que colgaba de ella y yo misma caímos con estrépito sobre el suelo. Bueno, sobre el suelo, las esterillas, los compañeros a los que interrumpí en su máximo punto de concentración, y hasta sobre la profesora, a la que la barra golpeó en medio de la cabeza y dejó cao en cuestión de segundos.

Madre del amor hermoso. Qué lío se formó. Aquello parecían las ruinas de un derrumbamiento o algo parecido. Se empezaron a oír gemidos, quejas, aullidos de dolor y hasta hubo quien entró en pánico y comenzó a chillar como si lo estuvieran desollando vivo. No podía creerme que todo ese caos hubiera sido provocado por mí y mi inmensa necesidad. Por no haber corrido para llegar antes. Por no haberme largado a casa al ver que llegaba tarde.

La profesora, una mujer de unos cuarenta años, con el pelo rizado y rubio a la altura de la altura de la cintura, y una tez morena y curtida, yacía de costado, totalmente inconsciente. Dios mío... ¿Y si me la había cargado solo por una imprudencia? Temerosa, quise arrastrarme hasta ella, para tomarle el pulso, pero al cabo de cinco segundos, los alumnos que no se habían visto sorprendidos por el ataque de la barra del techo, salieron de su estupor y, rápidamente, se hicieron cargo de la situación. Algunos, ayudaron a sus compañeros. Otros, corrieron hasta la instructora, otros llamaron a los servicios de emergencia, y los restantes, intentaron poner orden en medio de aquel desastre.

Ni uno solo vino a preocuparse por mí.

Entonces, por primera vez desde que había llegado, me fijé en toda la gente que me rodeaba, los otros alumnos de esa clase de yoga. Eran, en su mayoría, mujeres de mediana edad en un estado envidiable de forma, con unos cuerpazos que muchas de veinte ya quisieran. Los hombres, pocos, pero haberlos los había, eran señores en la cincuentena, también de buen ver, con bronceados de esos perpetuos, muy tirando al naranja, de esos que sabes que se pasan media vida entre el yate y el polo. Me dio una sensación rara toda esa homogeneidad en ellas, perfectamente casable con la de ellos... si mis instintos no me engañaban, y creo que en ese caso no iban a

hacerlo, esa clase de yoga parecía más un lugar de esos a los que los divorciados van a ligarse a otros divorciados... vamos, un sitio para hacer *casting* en busca del próximo marido o la próxima esposa en versión deportiva y vida sana.

Se les veía a todos de buena cuna o, al menos, de muy buena cuenta corriente, y ahí es donde la diferencia, aparte de la generacional y la del estado civil, más se hacía evidente conmigo. Yo no pasaba por una de ellos ni envuelta en trapitos de Chanel comprados en Marbella. Y no veáis la impresión que me dio darme cuenta, por fin, del lugar en el que había decidido pasar mis vacaciones. Vale, debería haberlo previsto, Sotogrande no era precisamente sinónimo de poblado de la droga, pero de ahí a darme tan de morros con una realidad que llevaba una semana rodeándome y a la que no me había dado la gana de mirarle a los ojos... Oh, Dios. El *shock* fue mayor que si me hubiera caído a mí la barra en la cabeza en lugar de a la pobre profesora de yoga que, por cierto, seguía inconsciente, pero a la que uno de los divorciados varones ya había encontrado pulso. Podía respirar tranquila en ese aspecto, no era ninguna asesina.

Me incorporé poco a poco, pensando en la mejor estrategia para salir huyendo del lugar de los hechos para no regresar jamás, y buscarme otro gimnasio y otro instructor de yoga. Solo tenía una duda, salir pidiendo perdón a cada paso que me llevara hasta la puerta, así como hacen los japoneses, andando de espaldas, inclinándome con una reverencia y las manos en actitud mansa o, simplemente, salir de allí sin más, en plan disimulado para que nadie notara mi presencia ni mi huida cobarde.

Cuando estaba a punto de decantarme por la opción número dos, el divorciado que había encontrado el pulso de la instructora se fijó en mí por un instante. Me miró de soslayo y decidió que le valía, que necesitaba un par de manos extra y que yo, como mujer fornida que era, le valía.

—Eh, tú —me dijo señalándome con el rostro y clavando en mí sus poderosos ojos azules, fríos como el hielo del Muro de *Juego de Tronos*—. Ven aquí y ayúdame a sacar a Sandra para que los sanitarios puedan llegar a ella sin problemas.

—¿Crees... crees que es buena idea moverla? —pregunté dubitativa, señalando a la profesora, que supuse que era la tal Sandra a la que el hombre este se refería.

—Lo que no es buena idea es ponérselo difícil a la gente que tiene que ayudarla —me espetó con una brusquedad que me heló la sangre—. ¿Vienes o qué?

Me acerqué con cautela, acojonada hasta la médula con el divorciado feroz y sus modales de ogro de las cavernas. No me parecía buena idea moverla, pero peor era que me señalaran de mala persona, además de potencial asesina, por negarme a atender a una herida.

—¿Qué te parece si les dejamos que la examinen primero y, luego, si hay que moverla según su criterio profesional, les ayudemos a hacerlo?

Me miró desconcertado, como si le estuviera hablando en chino o, peor, insultando en arameo. Se levantó del lado de Sandra, a la que dejó en mis manos, y se fue furioso en busca de otro ser humano fornido y en conformidad con su absurda idea de mover a una mujer con una contusión bastante fea en la cabeza.

Yo me agaché y la observé. La tomé de la mano y deseé que se despertara, que no le quedaran secuelas y que, sobre todo, no me odiara por haberla agredido de una forma tan imprevista y directa. Hasta me puse a rezar bajito las pocas cosas que recordaba de mis años de catequesis y misas forzosas, a las que mi madre me llevaba bajo condición de darme una generosa propina a la salida.

No sé si fue mi fe, aumentada de forma exponencial al problema entre manos, o que le tocaba ya volver en sí, pero el caso es que, a los pocos minutos, Sandra abrió los ojos y, tras un

reconocimiento inicial del lugar y de mi cara, sonrió beatíficamente, ofreciéndome la mirada más dulce que nadie me había dedicado en toda mi vida. Era como mirar a los mismos ojos de la paz hecha persona. Daba hasta placer contemplar esos iris y toda la grandeza y calma que transmitían.

—Lo siento mucho —susurré sin poder apartar mis ojos de su preciosa mirada llena de tranquilidad—. Siento haber causado todo esto y que usted casi...

—Shhhhhh. —Su boca emitió un sonido igual de dulce que la sensación que emanaba de sus ojos sabios y en paz, y yo creí que iba a desmayarme del alivio. Saber que no estaba enfadada y que no habría represalias, casi me hizo hacerme pis encima de lo aliviada que me sentí en ese momento—. No pasa nada, mi niña.

Y, por alguna extraña razón que nunca llegaré a comprender, la creí y hasta estuve de acuerdo con ella. No sé si estaba alcanzando el Nirvana o la mujer se había golpeado la cabeza con tanta fuerza que ahora se le iba la olla un montón, pero lo que sí sabía con seguridad es que, en verdad, esa mujer había decidido no guardarme ningún rencor. Había que sacarle partido al asunto. Quizá, después de todo, no tendría que lanzarme a la búsqueda desesperada de otro gimnasio con clases de yoga.

Capítulo 13

¿En serio estás bien, Wendy?

Aquella noche no pude evitar soñar y tener pesadillas con todo lo que me estaba pasando. La ausencia de Jagger, el descubrimiento de Jorge como el tigre sexual de la pared de al lado, la tragedia mascada en clase de Yoga...

No estaba siendo mi mejor semana, estaba claro. Y entre sueños, donde el subconsciente se libera y uno se vuelve más real que en cualquier otra situación, el estrés y el nudo de nervios que me tenía enredado el estómago se hicieron con el control, provocándome una rocambolesca pesadilla donde mi grupo de yoga me recibía con los brazos abiertos pese al accidente con la barra de la cortina, hasta que, en mitad de la clase y sin previo aviso, se acercaban a mí, como si fueran miembros de una secta que practicara sacrificios humanos, para hacerme morder el polvo por todos mis pecados: por intentar matar a su instructora, por traer conmigo un gato a casa de Jagger, por haber escuchado a través de la pared, por haber disfrutado en soledad los días en los que mi anfitrión me había dejado sola a mi merced, por desear algo con tantas ganas que cumplirlo nos estaba costando la salud y la cordura a ambos...

Mis compañeros de yoga, de repente cubiertos por túnicas oscuras y los ojos negros completamente, se acercaban entonando un canto de reminiscencias satánicas, un paso cada vez, más próximos a mí, alcanzando a tocarme las piernas, los brazos, el pelo, la cara, el pecho... de pronto, como si su poder fuera tal que se hubieran propuesto acabar conmigo realmente, sentí que me faltaba el aire, mientras, con horror, comprobaba que dos figuras se levantaba por encima del resto y, riendo con una maldad atroz que me perforaba los oídos, ambos se retiraban la capucha al unísono, señalándome con el dedo índice de sus mano derecha.

Comencé a gritar cuando comprobé que los rostros que las capuchas ahora me dejaban ver con una claridad meridiana eran los de Jagger y Jorge, ambos sombríos, de un rojo encendido, riendo con estruendo, pero con una risa muerta, como si ambos fueran miembros de las sombras de las que parecían emerger.

Mi grito en el sueño traspasó la pesadilla y me desperté empapada en sudor y angustiada, mientras mi chillido moría, poco a poco, en mi boca reseca. No recordaba haber tenido nunca un sueño tan real, tan intenso, tan angustioso y fascinante. Era como haber salido ilesa de una película de terror, de haber conseguido burlar al asesino en serie después de una persecución a contrarreloj.

No miento si os digo que el corazón me latía más deprisa de lo que nunca lo había hecho, y que un reguero de sudor frío me había helado la espalda. A pesar de que el calor en la estancia era evidente, yo tiritaba y tenía toda la piel del cuerpo erizada.

Intenté serenarme repitiéndome que solo había sido un sueño y que, para mi consuelo, todo había quedado en el mundo onírico al que, por supuesto, no me apetecía volver a entregarme de inmediato. Es por eso que, sin pensarlo mucho, me levanté de la cama y me dirigí a la cocina para tomar un vaso de leche fresca y así mitigar la sensación de angustia tan profunda que se había instalado en mi pecho.

Mi corazón casi se salta un latido cuando, decidida a llevar a cabo mi plan de ir a la cocina,

unos golpes en la puerta, hechos con los nudillos de la mano, me sobresaltaron como si el asesino en serie volviera a acecharme tras haber escapado de sus garras. No soy capaz de describir el horror absoluto que se pintó entonces en mi rostro, que me miraba empalidecido desde el reflejo que el espejo del pasillo me devolvía a través de las penumbras en las que la estancia estaba sumida. Consultando mi reloj, me di cuenta de que eran las cuatro de la madrugada, una hora bastante chunga para que nadie le tocara la puerta a otra persona.

Saliendo del trance, me acerqué con sigilo y sin encender las luces, para echar una mirada a través de la mirilla y comprobar que no habían sido imaginaciones mías esos golpes en la puerta. Que todo podía ser, que igual me estaba volviendo majara y ni siquiera era consciente de ello.

No sé si sentí más alivio o enfado al encontrarme con el rostro taciturno de Jorge al otro lado. La bombilla se me encendió de pronto. Si yo le oía fornicar como un poseso desde mi cuarto, él debía de haberme escuchado gritar desde el suyo. Era fácil si sumabas dos más dos.

Avergonzada por lo que pudiera pensar de mí por ponerme a chillar de madrugada, no me quedó más remedio que abrir y encararme con las consecuencias de mi aullido. Así que entreabré la puerta y la mantuve entre ambos, sacando apenas mi cabeza por ella. Tampoco era plan que este hombre, que solo me conocía de haber pasado unas cuantas horas sentada en el asiento del copiloto de su Seat León, me viera con mi escueto camisón de verano así, gratuitamente.

—¿Sí? —pregunté con cautela y una inocencia fingida que sé que no coló mucho.

—¿Estás bien? —preguntó con una preocupación que parecía genuina pintada en sus preciosos ojos oscuros. Oscuros, pero no negros en plan demoníaco, como los que había mostrado en mi angustioso sueño.

No sabía qué responder porque, en realidad, no estaba muy bien, pero tampoco me apetecía entrar en detalles a esas horas y con esas pintas que llevaba. Él por su parte, luciendo un pijama de verano corto y fresquito, estaba la mar de digno. Bueno, más que digno, estaba como un queso, con la camiseta apretada y los pantalones bien cortitos, luciendo las piernas esbeltas y bien torneadas que ya le había intuido en nuestro encuentro anterior en ese mismo lugar.

La vida era injusta. Yo, recién despertada en plena madrugada, parecía un troll de las cavernas. Él, seguramente despierto a causa de mi grito de terror, estaba que parecía que había pasado por chapa y pintura en sesión intensiva. Odiaba profundamente a la gente que, así, al natural, estaba tan estupenda. Jagger me gustaba tanto porque, una de las cosas que tenía es que, en un momento malo, como cuando se intoxicaba o un gato le daba duro a su alergia, parecía humano, parecía una uva pasa, como debía ser, *coñe*, que ninguno éramos modelazos al natural. Que sí, que con tiempo y dedicación sabíamos sacarnos nuestro partido y estar estupendos de cara a la galería, pero joder, que eran las cuatro de la mañana. En mi descargo añadiré que, aparte de la hora intempestiva, acababa de despertar del horror de una pesadilla angustiosa y que el miedo aún estaba pintado en mi cara de zombi.

—Estoy bien —dije escuetamente, aún más escondida tras la puerta, muerta de ganas de que se largara y me dejara con mi miseria—. Siento haberte molestado, estas paredes no deberían ser tan finas.

Nada más soltarlo me arrepentí y, de nuevo, me volví a poner roja como un tomate, como en nuestro primer encuentro fortuito justo en ese lugar. Si ahora no se daba por aludido, si ahora no pensaba de mí que se la estaba soltando solo para que el avergonzado fuera él, es que tenía el ego de un dios y se la sudaba que lo oyeran follar como un salvaje poseído.

—Sí, finísimas, ya me había dado cuenta —dijo como si nada, como si hacer ruido fornicador y molestar a la vecina fuera lo más habitual, al mismo nivel que tocar el timbre para pedir sal—.

Siento si aquí al lado hacemos ruido, estamos un poco asalvajados estos días. Espero que no te hayamos molestado mucho con nuestra matraca.

¡JO-DER! Y lo decía así, como si de verdad no fuera algo para guardarse para uno mismo. Que una cosa era hacerlo en un hotel, que ya se sabe para qué están esas cosas y, además, ahí no te conoce nadie y, luego, si te he visto no me acuerdo. Pero, hijo, córtate un poquito, que soy tu vecina y, para más inri, nos conocemos, aunque sea una cosa mínima. Madre mía del amor hermoso, lo que hace estar bueno e importarte un pimiento el qué dirán.

—Ninguna molestia —contesté más seca que un bocadillo de polvorones—. La matraca hasta la uso yo de banda sonora de mi hogar, como decía la canción aquella. Y, ahora, si no te importa, me voy a la cama. Así que, ¡hala!, con Dios, que no son horas de estar de charleta en el pasillo.

Mi intención era cerrar la puerta en sus mismas narices, para que le fuera a pasar por el morro a otra su fantástica y desfogada vida sexual, pero Jorge interpuso su pie del número 46, por lo menos, y me impidió el gesto dramático que hubiera quedado perfecto al lado de mi despedida de obra de teatro de género costumbrista. Mierda... hasta eso me iba a salir mal.

—¿En serio estás bien, Wendy? —preguntó con los ojos teñidos de una preocupación que superaba a la primera con la que inició la conversación. Creo que, a esas alturas, él ya no pensaba que había sufrido una pesadilla o algo parecido, como sería lógico haber elucubrado. No, ahora directamente debía de pensar que estaba como una cabra. Y bueno, algo de razón no le faltaba, ¿no?

—En serio estoy bien, majo —dije cortante, pasando totalmente de su actitud, gesto y tono paternalista, que no necesitaba, y dejando bien claro que, por mí, se podía ir a meter en su cama con su compañera de matraca, que yo me las iba a arreglar muy bien sola.

—Si quieres hablar... —repetió el mismo ofrecimiento que por la tarde, antes de mi huida a mi primera, y posiblemente última, clase de yoga. No se podía negar que atento era un rato, pero es que no me nacía, no sé... no me imaginaba dejándole pasar para compartir un *colacao* y confidencias a esas horas, sabiendo que tenía a una tía, probablemente espectacular y preciosa, esperándole en casa.

Intenté de nuevo cerrar la puerta y, esta vez, no opuso mayor resistencia. Sabía que no había nada que hacer, y le agradecí que me devolviera mi espacio.

—Gracias por interesarte y perdón por las molestias, pero será mejor que nos vayamos a la cama ya —dije sin apartar los ojos de los suyos, que me tenían intrigada con tanta preocupación y tanta consideración hacia mí. Hasta que me di cuenta de lo que había dicho, quizá traicionada por el subconsciente, y mis propios ojos amenazaron con salirse de las órbitas. Él también se dio cuenta y en su boca se formó una sonrisa socarrona y una de sus cejas se elevó, juguetera—. ¡Cada uno a la suya, claro está! —tuve que decir apresuradamente, antes de cerrarle, ahora sí, la puerta en esa cara de suficiencia que me daba ganas de abofetear (y un poco, todo hay que decirlo, de aferrarme a ella, a esos labios, y no soltarlos).

Aparté de mi mente esos pensamientos lujuriosos, sin duda producto de la hora y las implicaciones que había despertado en mi mente mi última frase, tan desafortunada y fuera de lugar, y me fui a dormir. O, al menos, a intentarlo, cosa que se me hizo ciertamente difícil.

El amanecer me encontró despierta sobre mi cama. Muerta de calor y con un miedo atroz a cerrar los ojos y volverme a verme atrapada en esa clase de yoga infernal.

El desvelo se hizo evidente a eso de las siete de la mañana, hora en la que decidí que ya no aguantaba más en la cama, y salí de ella con el claro propósito de hacer algo útil con mi vida.

Tras pasar por la ducha y por un desayuno reconstituyente, que necesitaba como agua de mayo, me puse el bañador y bajé a la piscina. Lo bueno del sur era que las noches eran tan cálidas que la temperatura nunca bajaba de los veinticinco grados, lo que permitía que zambullirte en la piscina comunitaria a esas horas tan tempranas no supusiera una actividad de riesgo para tu riego sanguíneo.

Estuve nadando de un lado a otro del vaso acuático más de cincuenta minutos, sin ningún tipo de descanso. Quemaba mi frustración por no haber podido dormir, mi rabia por estar y sentirme abandonada por Jagger, mi resentimiento contra Jorge y su compañera de juegos sexuales, mi miedo a que las pesadillas me volvieran a alcanzar, y lo poco que me estaban cundiendo las vacaciones en eso de desconectar y relajarme.

Nadé tanto y tan deprisa que acabé agotada y con unas ganas locas de volver a desayunar. Eso era bueno, tener apetito después de haberle hecho frente al mal rollo que me superaba, era una buena señal. Así que subí a mi apartamento, me puse un bikini seco y un vestido ligero, ideal para la playa, y cogí mi canasto con la toalla, el bronceador y la última novela de Isabella Marín cargada en el Kindle.

Iría a tomarme un desayuno inglés a alguna cafetería cerca de la playa, a tumbarme luego en la arena y a ponerme morena a golpe de rayo de sol implacable y cegador. Era todo lo que una chica sin planes ni compañía podía pedir de un sofocante día de comienzos de julio.

No llegué muy lejos.

Cuando estaba a punto de salir de casa, mi teléfono móvil empezó a sonar en el fondo de mi capazo. Reconozco que me costaba bastante encontrar el móvil, aun sonando, cuando lo llevaba dentro de bolsos grandes, pero encontrarlo aquella mañana resultó ser más difícil que competir en las olimpiadas. No era capaz de dar con él por más que paseaba mi mano de un lado a otro, a ciegas, confiada en que estaba acorralándolo y que acabaría por lograr atraparlo. Pero fue en vano. Cuando por fin me hice con él, hacía veinte segundos que había dejado de sonar.

Pensé que podía tratarse de Jagger, dadas las horas, que en China estarían ya muy despiertos y no sería tan pronto como aquí. No podía estar más lejos de la verdad. Cuando fui a comprobar quién era el remitente de la llamada, el teléfono se puso a sonar de nuevo, haciendo que casi se me cayera de las manos. Y no por el susto que me dio el que volviera a la vida, así, sin esperarlo. No... era más cosa de la identidad del llamante, que me dejó sin aliento por espacio de unos segundos.

—¿Sí? —respondí con muchísima cautela cuando me recobré de la primera impresión y fui capaz de articular siquiera esa escueta pregunta.

—Hola, querida. —La voz aguda de la madre de Jagger me saludó desde el otro lado de la línea. A esas alturas ya había empezado a temblar—. Daniel me pasó tu número para entretenerte antes de irse a China, así que me he autoencomendado la tarea de invitarte a cenar. Te espero esta tarde a las ocho y media en la *Trattoria* Portobello. Y no llegues tarde, querida, odio terriblemente la impuntualidad.

Me quedé paralizada, sin capacidad de reacción. Aunque tampoco hubiera hecho mucha falta, ya que la buena mujer me había colgado sin esperar siquiera a que le diera una respuesta. Dio por hecho que iría, que lo haría, y eso me dejaba en una posición inequívoca: debía ir, no había más opciones.

Así que, de repente, mis planes de ir a tostarme un poco a la playa dejaron de parecerme

apetecibles y no se me ocurrió otra cosa que lamentarme de mi suerte, encerrada en casa. Tenía la clara intención de no dejarme avasallar por esa señora en la cena que había organizado, aunque dudaba mucho de mi capacidad para enfrentarme a ella, lo que me deprimía profundamente. Pensé que la invitación a cenar llegaba por sugerencia de Jagger, o eso quise creer para eliminar así, al menos, la posibilidad de que la idea hubiera partido de ella y el propósito de la cita no fuera otro que arrinconarme y dejarme fuera de juego para que su hijo quedara libre de mi presencia.

Poco después de partir rumbo a China, Jagger me había recomendado que, si me encontraba sola, llamara a su madre para pasar el tiempo en su compañía, por eso me había facilitado su número de teléfono, que había jurado no usar nunca. Sabía que él se sentía culpable por haberme abandonado tan pocas horas después de llegar, y debió de suponer un esfuerzo considerable el que me ofreciera a su madre, sobre todo después de la bienvenida que me había prodigado la buena mujer nada más conocerme. A mí, sinceramente, había pocas cosas que me apetecieran menos que reunirme para comer, o para ninguna otra cosa, con esa señora. Pero como ella lo había dispuesto así, quitándome por el camino toda posibilidad de poner una excusa... la realidad era que tenía que ir, aunque me apeteciera tanto como pasar una tarde dejándome hacer la depilación brasileña.

Rumiando mi mala suerte y negándome a pasar más tiempo en la soledad de mis insanos pensamientos, me dediqué a repasar mi agenda de contactos en busca de conversaciones interesantes que me ayudaran a matar el tiempo. La primera fue mi madre, que no me cogió el teléfono, siguiendo su política de sacar fuera de escena a los secundarios de su película particular. Con mi hermano ya de Inter Rail con su novia belga y yo en Sotogrande, en la costa no había moros, ni ella los deseaba, al parecer. Aun así, le dejé un mensaje en el buzón de voz, preguntando por ella y por mi padre, intentando sonar verdaderamente interesada en la respuesta.

La siguiente opción de mi agenda telefónica fue, claro está, Jessica, quien sí me cogió el teléfono, al primer tono, y quien me dio toda clase de detalles sobre el regreso a casa de Fredy desde el hospital y su complicada convalecencia en casa.

—Todo le excita —se quejaba mi amiga—. Y claro, todo le duele. Pobre hombre... dice que jamás le había puesto cachondo verme poner la mesa o la lavadora, pero que ahora, es verme, y ponerse malo. Y yo, chica, no sé si alegrarme porque aún sea capaz de calentarse solo con mirarme, o echarle de casa hasta que se le cure todo el asunto del pene... ¡Es un infierno!

No quería reírme, porque entendía el drama que estaban viviendo la pobre Jessica y el dolorido Fredy, pero es que la situación era para carcajearse hasta el fin de los tiempos. Y como yo era tan buena amiga, me puse en plan conmisericordioso, le di la razón y le prometí que todo mejoraría, la convalecencia, el humor de ambos y hasta su vida conyugal, que tenía pinta de pasar por el momento más extraño de todo su matrimonio.

La conversación con Jessica me dio por pensar en mi propia vida. Aunque algo perjudicado, ella tenía a alguien a su lado. Aún lo tenía pese a que las cosas no estaban siendo fáciles para ellos. Yo, en cambio, estaba más sola que la una, y lo único que tenía era un pretendiente en la China, un vecino acróbata sexual y una señora que me esperaba en una *trattoria* y que miedo me daba lo que pudiera contarme o hacerme. ¿Qué clase de expectativas podía tener yo en la vida con esos pocos pero extravagantes ingredientes?

Si al menos Jagger no estuviera tan lejos. Si al menos no tuviéramos una maldición echada sobre nosotros mismos...

En ese preciso momento, como conspirando contra mis propias emociones, el teléfono se puso a sonar y, para mi alegría, era el propio Jagger quien me llamaba desde Pekín. ¡Qué subidón comprobar que, al menos él, me tenía tan presente en sus pensamientos como le tenía yo a él en los

míos!

—¡Hola, nena!

Vale, estaba tan contenta que hasta el *nena* me gustó. No es que no pensara tener una conversación al respecto con él en el futuro sobre ese apelativo que detestaba. Pero en ese momento, oír su voz me proporcionó tanta alegría que, por mí, podía hasta llamarme Penélope Cruz. ¿A quién demonios le importaba cómo la llamaran a una mientras la llamaran, ¡desde China!, y le alegraran la mañana más extraña de los últimos tiempos?

—¡Hola! —respondí con la emoción impregnando todas y cada una de mis palabras—. ¡Qué bonita sorpresa!

—Tan bonita como escuchar tu voz —dijo con un tono meloso y, si me lo permitís, un pelín ebrio.

¿Qué hora era en China en esos momentos? Si en España eran las nueve y veinte de la mañana, en China serían... las cuatro y veinte de la tarde, si mis cálculos no eran equivocados.

Así que Jagger andaba medio borracho a las cuatro de la tarde, en un lugar lejano, y me había llamado poniéndome voz de corderito degollado. La verdad es que el día aumentaba su extrañeza simplemente con el discurrir de los minutos.

—¿Me creerías si te dijera que llevo pensando en ti, sin parar, toda la semana?

Le creía. Me lo había dicho a diario en mensajes a horas intempestivas que agradecía, sobre todo, porque me permitían seguir con la esperanza de que todo eso se volviera real completamente.

—¿Estás borracho, Jagger? —pregunté sin lograr olvidar que su voz sonaba como si se hubiera dado una vuelta por una destilería.

—Jagger... —susurró arrastrando la última sílaba, lo que confirmaba mis sospechas de que estaba ebrio—. Hacía siglos que nadie me llamaba así... Qué recuerdos me trae, Wendy, no sabes cuántos.

No contestó a mi pregunta directamente, pero tampoco hacía falta. Estaba claro que había estado empujando el codo y que yo había sido lo primero a lo que su mente borracha había recurrido (o al menos, eso me gustó pensar).

Su voz sonaba lejana pero tan cálida, musitada con un ardor que me hizo encoger las entrañas. No vamos a negarlo.

—Wendy... dime que me echas de menos... —Era una voz cargada de sensualidad, de ganas, de intenciones. Creo que, en ese mismo momento, empecé a sudar copiosamente por todo lo que ese susurro parecía contener.

Me arrellané en el sofá, dejé que me subiera la temperatura y me entregué de lleno a lo que sus palabras me incitaban. Era todo nuevo, muy nuevo, pero, a la vez, era terriblemente irresistible, como si su voz me llamara desde un oscuro hueco y apelara a mis instintos más primarios.

—Te echo de menos, todos los días, a todas horas —susurré en un tono íntimo lo más parecido al suyo que logré imitar.

Pero la verdad es que no estaba segura de conseguir sonar interesante. Quizá me faltaban grados etílicos en el cuerpo, porque, de pronto, me sentí torpe, ridícula. Era mejor escucharle que intentar seguirle el rollo. Yo estaba resultando nefasta para la seducción telefónica, y ni las ganas que tenía de él, ni lo excitante que podían resultar sus requerimientos desde la otra punta del planeta podían paliar mis deficiencias en el campo del sexo por teléfono.

Porque eso era lo que él me estaba ofreciendo, ¿verdad?

—Nena, no puedo esperar a tenerte, a estar tan dentro de ti... ¿me dejarás entrar? —dijo con

una lascivia nueva en él, que no hizo sino confirmar mis sospechas: Jagger quería montárselo conmigo vía telefónica. ¿Había algo más emocionante?

Yo era virgen en ese aspecto. Jamás, jamás en toda mi existencia lo había probado ni había soñado siquiera con hacerlo. Mucho menos aún con el hombre que poblaba todas mis fantasías. Si quería hacer eso, si quería hacerlo bien, tenía que dejarme llevar, tenía que olvidarme de pensar, de medir mis reacciones, de sentir miedo a fallar. Tenía que soltarme la melena y meterme de lleno en la tarea. Tenía que empezar a dejarme llevar.

—¡Oh, Dios, sí! —exclamé con un pequeño grito ahogado que me hizo palidecer de vergüenza. Menos mal que no podía verme.

—¿Qué llevas puesto, nena? Dime que llevas poca ropa encima...

Me miré de arriba abajo, satisfecha por complacerle y no mentir. Ciertamente, llevaba poca ropa encima.

—Solo mi nuevo bikini y un escaso vestido de playa.

—Dios... —ahogó un suspiro—. Tienes que estar tan preciosa... me muero por poder poner mis dedos sobre tu piel canela y deslizar ese vestido por tus hombros. ¿Puedes ayudarme, nena? ¿Puedes quitarte poco a poco, despacio, ese vestido por mí? ¿Puedes librarte de él para dejar tu piel a la vista, para que la pueda acariciar?

Juro que la garganta se me secó al instante y el corazón comenzó a latirme como si me hallara ante el momento más decisivo de mi vida. Iba a tener sexo telefónico. ¡Qué demonios! ¡Estaba teniendo sexo telefónico con Jagger en ese mismo momento! Mi entera existencia quedaba oscurecida a la luz cegadora de ese preciso acontecimiento.

Sin pensarlo mucho (de haberlo hecho, hubiera colgado y me hubiera ido derecha a darme una ducha helada), comencé a hacerle caso, a deslizar los tirantes de mi sedoso vestido de verano por mis hombros. Lo hacía lentamente, con coquetería, sonriendo a la nada como si fuera una actriz sexy a rabiarse delante del hombre más apetecible del mundo. No, no estaba sola en el salón de mi casa prestada, estaba en la suite de un lujoso hotel donde Jagger me tenía ante él, totalmente a su merced.

Notaba el calor arrebolando mis mejillas y una necesidad de tacto humano subiéndome desde el estómago. Entre las piernas, un cosquilleo que me mareaba me daba a entender que todo aquella extraña y solitaria puesta en escena estaba funcionando.

—Me estoy quitando vestido. —Juro que no reconocí mi voz de tan ronca y tomada por un deseo espeso como la sentía—. Poco a poco.

—Eso es, nena —susurró bajito Jagger. Tanto, que apunto estuve de no escucharle—. Poco a poco, despacio, como si te lo hiciera yo, como si me deshiciera yo de todo lo que nos sobra para sentirnos.

Yo le sentía. Le sentía a él, su cercanía, su calor, sus ganas. Aquello me hacía sentirlo al lado, y no a doce mil ochocientos kilómetros y seis franjas horarias de distancia.

—¿Y tú? —me atreví yo de una forma que me costaba admitirme a mí misma, tan decidida y valiente—. Dime que tú también te estás deshaciendo de la ropa...

—Nena, hace siglos que me estoy tocando como si te tuviera delante. Me tienes muerto de deseo.

¡Joder, joder, joder! Me lo imaginaba meneándose el *cimbrel*, al ritmo de cada uno de sus jadeos, que me llegaban altos y claros desde el otro lado del teléfono (entre algunas interferencias, todo hay que decirlo).

Mi vestido ya estaba en el suelo y mi bikini me quemaba sobre la piel. Mi mano se movió sin

que yo fuera plenamente consciente de lo que estaba pasando con mi cuerpo y conmigo misma. Primero se posó en uno de mis pechos, que deseaba escapar de la tela de la ropa de baño, para empezar a bajar por la piel encendida de mi estómago.

—Tócate, nena... tócate...

Me leía la mente y yo no podía ni pensar. Me estaba tocando con solo una voz al otro lado del teléfono. Y me estaba gustando, estaba cachonda, necesitada, prendida en un fuego extraño que hacía que todo ardiera a mi alrededor. Alcancé el lugar entre las piernas que más quemaba y hundí mis dedos temblorosos en la humedad de mi interior, la que soñaba que él explorara.

Al notarme tan mojada me volví a sorprender. Sin duda su voz ronca y la novedad de hacer algo tan osado y excitante me habían pillado tan desprevenida que mi cuerpo había empezado sin mí. Y ahí estaba yo, haciendo caso a un hombre que me pedía que me desnudara y me tocara, mientras yo deseaba lo mismo. Lo hubiera dado todo porque no nos separara esa distancia inasumible para consumir un polvo que ya necesitábamos como el respirar.

—Me estoy tocando —susurré casi sin aliento, los dedos explorando e intentando calmar el intenso calor que me explotaba en las entrañas—. Ojalá fueras tú... pero casi siento como si lo fueras.

—Lo soy. Te lo garantizo... porque estoy cerca, casi puedo oler tu sexo, saborearte y hundirme en ti.

La voz cada vez era más urgente. Intuía sus movimientos sobre su miembro en una paja que debía de estar siendo de campeonato.

—Ojalá... ojalá te hundieras. No alcanzo a calmarme. No alcanzo si no eres tú quien me toca...

Y jadeaba y aumentaba el ritmo. Mis dedos ya estaban empapados. Me tocaba como nunca antes lo había hecho, elevaba mis caderas en un movimiento frenético para que el roce fuera mayor y la locura de sentirme alcanzara un mínimo de alivio. No recordaba haberme sentido más cachonda en toda mi vida. Sus jadeos al otro lado de la línea solo aumentaban la sensación, la locura, y cada nuevo roce, con los ojos cerrados, era como si fuera él explorando, tocando, disfrutando de mi cuerpo en plena efervescencia.

—Te toco, nena, te toco y me muero. La tengo tan dura que...

Clic.

Silencio.

Fin de los jadeos.

No más sonidos guturales.

Nada.

—¿Dani? —pregunté débilmente mientras mis dedos se detenían dentro de mí—. ¿Dani, sigues ahí?

La comunicación con China se había perdido. Maldita mi suerte... para una vez que me atrevía a hacer algo así.

Esa era la historia de mi vida. Al menos la historia de mi vida con Jagger.

Y, tristemente, empezaba a acostumbrarme.

Capítulo 14

¡Espera, Wendy!

Aún con la impresión de lo que había pasado con Jagger al otro lado del teléfono apenas unas horas antes, me presenté en el restaurante donde me había citado su madre. Sé que en mi rostro todavía se reflejaban algunas de las emociones que la llamada de Jagger me había provocado y temí, por un momento, que esa señora tan quisquillosa fuera a saber, con solo echarme un vistazo, lo que su hijo, desde la lejana China, había provocado en mi cuerpo solo unas horas antes. Pese a no acabar de la forma más satisfactoria posible, lo del sexo telefónico había sido una pasada, al menos hasta la parte a la que llegamos antes de la interrupción.

Nunca antes había hecho nada así y jamás me había sentido tan audaz como explorando mi propio cuerpo con Jagger al otro lado del teléfono. Lástima que tuviera que acabar yo sola que, ya que estábamos, tampoco me iba a quedar a medias solo porque la comunicación con China se hubiera cortado.

Me había vestido lo más recatadamente posible para evitar ninguna amonestación por llevar a la cita cara de actriz porno en día de rodaje. Así, me adecenté con unos vaqueros oscuros y una camiseta negra de cuello redondo. Nada de escote, nada de colores chillones, nada de maquillaje, nada de complementos. Era una monja en su día libre. Era la imagen de la virtud... si no me miraba a la cara, claro estaba.

Me temblaban las rodillas y, para ser sincera, solo el cincuenta por ciento de la razón de los temblores era encontrarme con una señora a la que le tenía bastante miedo. El otro cincuenta por ciento... bueno, el otro cincuenta os imaginaréis de dónde venía. Me iba a costar bastante olvidarme de esa sorprendente llamada de teléfono.

A pesar de que el sol ya comenzaba a declinar, un calor pegajoso y húmedo lo envolvía todo.

Cogí un taxi hasta el restaurante donde habíamos quedado. No estaba lejos, pero preferí llegar directamente y no acabar empapada de sudor y al borde de la deshidratación, por recorrer varios cientos de metros en plena ola de calor, en un viernes de julio, con mis ropas oscuras de mojigata. No llevaría florituras, pero no iba a darle a esa mujer ninguna excusa para desacreditarme de ningún modo por mi aspecto.

La vi en la terraza, fumándose un cigarrillo con aires de *vedette* de los setenta, tan digna, tan dueña de la situación... Reconozco que, justo en ese momento, sentí la imperiosa necesidad de salir corriendo y abandonar esa misión suicida que no podía traerme nada bueno. Maldije a Jagger por encomendarle esa tarea a su madre y me maldije a mí misma aún más, por haberme dejado obnubilar por su magnetismo ebrio telefónico, y no haber aprovechado para hablarle de lo poco que me atraía la idea de estar a solas con el lobo feroz.

Ni siquiera había sido capaz de sacar el tema, lo que me hizo sentirme un poco decepcionada de mí misma. Comprobé, con horror, que era involucarme en una nube onírica de sexo a través del móvil y ya se me olvidaba hasta poner objeciones a que un hombre me organizara la vida. Ver para creer. Me intenté consolar pensando que, al menos, el hombre en cuestión era mi más tórrida fantasía desde los años del instituto, la perfección hecha varón, aunque no sirvió de mucho. Al fin y al cabo, me tenía por una mujer segura de sí misma que no se dejaba doblegar por nada ni nadie.

La señora, fumando y dignísima, me esperaba con aire indolente, como si estuviera ahí por casualidad, como si ese lugar tuviera suerte por contar con su presencia. La verdad era que irradiaba un magnetismo parecido al de su hijo, y entendí de dónde le venían los genes a Jagger solo con verla allí.

Lucía un vestido corto y ajustado. Sus curvas, mayores que las mías, se acoplaban a la perfección a esa prenda, de color azul celeste, chillón y casi brillante, como si se tratara de su propia piel. Se adornaba con una colección innumerable de collares de colores y de pulseras combinadas en sus muñecas. Sus zapatos, a juego con el vestido, tenían al menos doce centímetros de tacón y su pelo, corto y peinado con gracia, presentaba unos reflejos rosados que no estaban ahí cuando nos conocimos y que le daban un toque ultramoderno y juvenil que, pese a su edad, no le desentonaban como cabría esperar. Su maquillaje, exagerado, veraniego y fresco, la hacía parecer bastante más joven de lo que en realidad era.

Lo de esta mujer era de caso clínico: cómo alguien con sus años y sus medidas, se metía en ropa que parecía del catálogo del Bershka de este año, se pintaba el ojo con colores extravagantes de modelo de pasarela y no parecía una mamarracha de manual sino, para sorpresa general, una señora con un toque ye-ye que parecía dispuesta a comerse el mundo o, al menos, Sotogrande y hacerlo, además, con un rollazo de impresión.

Lo malo de todo eso era que yo me sentía en inferioridad de condiciones. Sin arreglar, con ropa oscura y deprimente, sin un simple brillo de labios, era como la noche negra, comparada con un vivaz día de verano. No era justo. No competíamos en la misma liga. Y si su actitud beligerante para conmigo seguía los derroteros de nuestro primer encuentro... podía darme por perdida.

—¡Hola, querida! —saludó con efusividad cuando por fin reparó en mi presencia—. Me alegra que hayas sido puntual, es un rasgo de la personalidad de las personas que valoro de manera considerable.

¿Cómo una persona de Carabanchel Alto, de su edad, sin estudios conocidos, que antes era más vasta que un bocadillo de pipas, hablaba ahora como la descendiente directa de la reina Isabel II de Inglaterra? ¿Es que acaso podía uno reinventarse a los cincuenta años, o más, y acabar pareciendo una duquesa de alta cuna? Su caso me tenía absolutamente fascinada.

—Soy muy puntual, se lo garantizo. —No tenía ni la más remota idea de por qué me ponía con ella en plan «*soy una buena opción para su hijo, señora, deme una maldita oportunidad para demostrárselo*». No sabía el por qué, pero lo hacía, pese a mí misma y mis ideas sobre no prostituirme, moralmente hablando.

—Me alegra oírlo, querida —dijo dándole una calada de lo más teatral a su cigarrillo que, por lo que podía ver ahora con detalle, era de esos electrónicos, un dato más a tener en cuenta. Esta mujer era todo genio y figura.

Salvo por sus modales. Llevábamos un par de minutos frente a frente y seguía sin invitarme a sentarme a su mesa. Podría haberme pasado por el forro su descaro protocolario, pero me negaba a quedar yo como la ignorante y la maleducada. Por ahí no me iba a colar ningún gol.

—Hace calor, ¿eh? —Venga, una obviedad para mantener esa tensa conversación que no parecía que fuera a mejorar en nada con el paso de los minutos.

—Sí, mucho —concordó de buena gana—. Aquí en la terraza se está de maravilla, ¿no crees? Con esta brisa maravillosa que llega desde el mar. Estar en pleno puerto es un privilegio.

Me estaba empezando a poner nerviosa, así que pasé de mis modales y me acomodé en la silla que había enfrente suyo, mirándola a los ojos con una seguridad que me estaba inventando sobre la marcha y que enmascaraba los tembleques que me sacudían en el interior.

—No le importa que me siente, ¿verdad, doña...? —No tenía ni idea de cómo llamarla, aunque sabía que a ella eso de meter el doña delante no iba a desagradarle en absoluto.

Reprimió un gesto de disgusto que no me pasó desapercibido y alabé su contención. Le había molestado que me sentara sin permiso, pero supo disimularlo con maestría. Eso sí, estaba segura de que me haría pagar la osadía de haber pasado de su invitación y haber ocupado esa silla sin contar con ella.

—Bárbara, puedes llamarme Bárbara. O doña Bárbara, que también me es muy familiar —rio con su comentario, haciéndose la importante sin una pizca de humildad.

Clamé a los cielos para que me mandaran paciencia si no quería poner el peligro lo que quiera que hubiera entre el hijo de esa señora y yo.

—¿Cenaremos en la terraza, Bárbara? —pregunté remarcando bien la ausencia del doña delante de su nombre. Broma o no, no le pensaba dar el gustazo de ponerse por encima de mí con un trato obsoleto y que no se merecía más que yo. Una cosa es que la tentara yo con ello. Otra, muy diferente, que ella me lo impusiera.

—Uy, no, ni loca —dijo fingiendo afectación y llevándose una mano al pecho en un gesto teatral—. El calor que hace no es normal pese a las horas.

¿Pero no acababa de decir la mamarracha esta que se estaba de maravilla en la terraza? Lo del calor era cierto. Pero la terraza era divina. Estaba cubierta de árboles, el mobiliario era de rafia amarronada y, al lado, una fuente que recordaba a las de los palacios moriscos, alegraba con el cascadeo de sus chorros a quienes se animaban a comer en ese encantador rincón del puerto. La terraza era, de hecho, una ampliación de la propia sala de la *trattoria*, ya que las puertas eran inexistentes y el mismo local se fundía con el exterior de una forma muy armónica. Y, aunque la posición de Bárbara me había hecho sentarme de espaldas al restaurante, intuía que el lugar era tan acogedor como encantador era el exterior que lo rodeaba. Aprobaba con nota la elección de mi anfitriona, aunque en lugar de cenar con ella, hubiera matado por comer con su hijo.

—Bien, pues entremos adentro a sentarnos cerca del aire acondicionado —propuse, pensando mientras hablaba que igual no tenían nada de eso, dado que todo el restaurante estaba abierto a la calle y hubiera sido un despilfarro.

Odié ser un tanto bocazas y no pensar las cosas antes de decirlas en voz alta. Lo que menos me apetecía esa tarde era que esa señora, que estaba claro que ya me tenía cierta ojeriza, pensara que era tonta o algo así.

—Ya entraremos, querida —dijo ella con un tono confidencial que me dejó un poco mosca—. No tenemos reserva hasta dentro de veinte minutos.

¿Qué? ¿Y para qué narices me había hecho ir tan pronto? ¿Pretendía que nos aguantáramos mutuamente media hora más de lo que habría establecido el precepto de una cena de cortesía auspiciada por su hijo que, sin duda, se sentía culpable por que estuviera sola en un lugar al que había sido invitada por él y por eso había orquestado toda esa charada?

—¿Y qué haremos en los siguientes veinte minutos? —pregunté sin poder disimular muy bien mi malestar y mi disgusto con esa situación.

—Yo, por lo pronto, seguir fumando despreocupadamente y, de paso, conocer un poco más a la mujer a la que mi hijo anda cortejando estos días...

Lo dijo con un tono burlón y una sonrisa malévola rondándole los labios. Quise matarla, lo juro. Por un instante, mínimo pero real, quise saltar por encima de la mesa, como una ninja, y arrancarle de cuajo esa sonrisa que era todo un insulto en mi cara. No sé muy bien cómo logré mantener mi compostura y las garras guardadas, pero lo hice. Y lo hice tan bien, que hasta le

devolví el gesto, y me aventuré a usar el mismo tono. ¿Quería guerra? Pues no se lo iba a poner fácil, a Dios ponía yo por testigo.

—No es mal plan. Así yo también podré sondear a la madre del hombre que me acaba de jurar, al teléfono, que está loquito por mí.

Su sonrisa se amplió. Le gustaba que jugara. Le gustaba que entrara al trapo porque era más divertido que aplastar a una simple mosquita muerta. Estaba convencida de que ya había hecho eso antes y que siempre había resultado vencedora en la batalla. Bien porque sus contrincantes fueran menos combativas o porque sus armas siempre eran artillería pesada. Estaba a punto de comprobar hasta qué punto llegaban las intenciones de esa señora para con las novias de su hijo.

—Me alegra comprobar que Daniel no te descuida, eso dice mucho de mí, que fui quien lo educó —dijo dándole una calada a su cigarrillo electrónico y mirando por encima de mi hombro, al interior de la *trattoria*.

—Eso se lo tengo que reconocer —aseguré convencida, cosa que la descolocó ligeramente e hizo que me prestara una atención que hasta entonces no había tenido de ella—. Su hijo es una persona educada, generosa y atenta. Supongo que hay que agradecersele a usted, aunque nadie lo diría.

Ahora ya tenía su total atención. Había declarado la guerra formalmente con mi comentario y, aunque una parte de mí se preguntaba estúpidamente por qué se me ocurría plantarle cara a esa señora, otra, mi parte más combativa y guerrera, estaba celebrando una fiesta por coger al toro por los cuernos. Me alineé sin dudarle con la segunda opción mientras me acomodaba en la silla y esperaba el fuego de los cañones enemigos.

—Querida —dijo clavando en mí sus pequeños ojos llenos de algo parecido a la cólera—, no sé qué demonios pretende mi hijo trayéndote aquí, pero te aseguro que es tan pasajero, que no tardará en pedirte, amablemente, que rehagas tu maleta y te largues por donde has venido. Si quieres ahorrarte el bochorno... te animo a que ni siquiera esperes a que él te lo pida. Pónselo fácil.

Me quedé muda. Por un intervalo cercano a los diez segundos, no fui capaz de articular palabra. Lo que acababa de decir era, formalmente, que no me deseaba allí, cerca de su vástago, pero, también, que yo no era especial, que era algo pasajero. Me dolió mucho más que todas sus atrocidades pasadas juntas.

Me humedecí los labios y tragué saliva. Llamé al camarero que circulaba justo en esos momentos entre las mesas de la terraza y le pedí un whisky doble sin pestañear. Me volví de nuevo de cara a mi anfitriona y tomé aire. Necesitaba imbuirme de un valor supino y necesitaba hacerlo ya, antes de que la madre de Jagger pensara que podía acabar conmigo. Porque eso no iba a ocurrir.

—Quizá debería empezar a respetar un poquito los deseos de su hijo. Si le pregunta, estoy convencida de que no le apetecerá, para nada, que yo haga la maleta y me largue de aquí.

Lo dije con una seguridad fingida, que quede claro. Lo interpreté a las mil maravillas, pero ni aun así yo las tenía todas conmigo. Vale que el susodicho me había llamado y (casi) me había hecho el amor por teléfono, pero de ahí a poder afirmar tan rotundamente que Jagger me quería ahí, a su lado, sobre todas las cosas... vamos, que podía ser (aún lo pensaba) que yo fuera el polvo pendiente de Jagger, y que, una vez satisfecho, quizá me mandara de vuelta a Madrid con un besito de despedida y poco más.

No sé si el farol llegó a impresionar a mi adversaria. Me miró como si yo fuera esa mosca molesta que zumba a tu alrededor sin llegar realmente a perturbarte, esa que, de un manotazo,

desaparecía para siempre. Me heló la sangre esa mirada que parecía contener tantas cosas que yo desconocía.

—¡Ay, mi hijo! —suspiró ella, socarrona—. No sabes la de chicas que han pasado por su cama... y lo que no es su cama. No te hagas ilusiones, bonita, porque no tienes ni la más mínima posibilidad.

¿Posibilidad? ¿De qué hablaba exactamente? ¿De que me jurara amor eterno y me convirtiera en la dueña de su corazón hasta que la muerte nos separara? Sí, quizá no tenía muchas posibilidades de algo así, pero estaba viviendo algo distinto y enorme y hasta un poquito inverosímil con el que había sido el hombre ideal de mis quince años y no iba a dejar pasar la oportunidad de explotarlo al máximo. Durara una semana o toda la vida, Jagger y yo teníamos muchas cosas que comprobar juntos y, desde luego, no iba a dejar que esa señora entrada en carnes y entrometida como una vulgar portera, me dijera cómo y cuándo acercarme a su hijo.

—Soy consciente del enorme atractivo de su hijo —a lo bueno que estaba había que sumarle el *casoplón* y la empresa, que parecía ir viento en popa, atributos irresistibles que era difícil que muchas mujeres pasaran por alto—, pero no me menosprecie sin tan siquiera conocerme. Podría llevarse una sorpresa.

Me estaba empezando a gustar ese tira y afloja con la señora. Ver en su rostro cómo encajaba mis golpes mientras yo me preparaba para recibir los suyos era algo así como llevar a cabo una tabla de gimnasia mental de lo más estimulante. No negaré que ella estaba dando en sitios que dolían, tocando fibras que me hacían replantearme cosas que incluso podían ir de salir huyendo, pero la madre de Jagger no estaba acostumbrada a que le replicaran y eso se notaba en la sonrisa, cada vez más tensa, que lucían sus labios rellenos de colágeno artificial. Y, solo por eso, ya merecía la pena aguantar los golpes con férreo estoicismo.

—Estoy tratando de que, precisamente, tú no te lleves ninguna sorpresa —dijo inclinándose sobre mí con una actitud y un tono maternal que me sorprendió y me dejó momentáneamente fuera de juego—. No te conozco de nada, ni siquiera me acuerdo de ti de cuando estábamos en Carabanchel, pero creo que estás viviendo una fantasía que no te conviene. Daniel está enamorado de Alejandra. Siempre lo ha estado y siempre lo estará. Separarse fue una chiquillada, una forma de rebelarse contra la frustración que ha supuesto para ellos que no llegaron los niños que tanto querían.

Hizo una pausa y, sí, ahora sí que me tocó donde más dolía, ahora sí que me hizo daño de verdad.

Su rostro se había ensombrecido como si a ella también le afectara la falta de nietos o, en el sentido más humano, el vacío que debía de haber sido para su hijo y La Gata quererlos y no haber podido llegar a tenerlos.

Por un instante sentí lástima de la mujer que era. Una fachada, una mequetrefe de tres al cuarto que se movía como una serpiente a la sombra de lo que su hijo había conseguido con el sudor de su frente, viviendo de él, entrometiéndose, haciendo y deshaciendo a su antojo los deseos propios por encima de los de Jagger... alguien que, pese a todo eso, sufría al ver que su hijo, en algún punto de su exitoso periplo, había fracasado de una manera tan humana y dolorosa. Tan inevitable.

—Si supieras lo mal que lo han pasado y lo muchísimo que se siguen queriendo...

Bajó la mirada y se perdió en sus propios pensamientos. La lástima, por mi parte, ya lo cubría todo y hasta me arrepentía de haberme metido tanto con esa señora en mis pensamientos.

Preparé una disculpa, preparé mis mejores palabras de condolencia. Iba a darle la batalla por ganada, porque me había metido un gol por toda la escuadra la muy cabrona. Pero entonces...

entonces volvió a mirarme y, con los ojos cargados de nuevo con toda su munición hiriente, esbozó una sonrisa que no me dio ninguna confianza.

—Eres ancha de caderas. Ideal para la maternidad. Los criterios de Daniel se han afinado con el tiempo.

La madre que la parió.

No solo acababa de llamarme gorda, sino que también me había dejado claro que, cualquier posibilidad que pudiera tener con su hijo, se reduciría a ser el vientre que sus vástagos necesitarían para gestarse.

En ese momento, dudé de mi dominio sobre mí misma. Me debatía entre irme airada, protagonizando una salida lo más teatral posible, o soltarle un sopapo en esa cara rebosante de Botox y silicona, a ver si le reventaba los miles de euros empleados en recauchutarse. Ninguna de las dos opciones me representaba. Yo no era dada a salir huyendo ni tampoco a emplear la violencia, por más que la contrincante se lo hubiera ganado a pulso. Yo era de las que hablaban, de las que ponían paz, de las que evitaba los conflictos con palabras llenas de calma y de sentido común. Pero esa señora... madre mía, esa señora estaba consiguiendo sacarme por completo de mis casillas.

Respiré una vez, dos, cinco. Veinte. Traté de ponerme por delante, de razonar con la cabeza lo más despejada posible, eliminando la variable arpía de la ecuación. «*Pobrecita*», me decía, «*pobrecita ella, que bastante tiene con lo que tiene, con ser ella, con ser así de mala pécora y de hija de puta*». Y así, poco a poco, practicando mis virtudes de autocontrol, logré recuperar las riendas de mi cabreo monumental, hasta lograr que mis labios se extendieran en una sonrisa beatífica que, estaba segura, la desconcertaría y la dejarían sin su victoria sobre mis emociones.

«Que se joda» pensaba mientras ella me imitaba la sonrisa falsa y nos convertíamos en dos caricaturas de señoras de bien que quedan para tomar unos *martinis* antes de comer.

«*Menudo cuadro, Señor, menudo panorama*».

—Doña Bárbara, su mesa está lista —le indicó a mi anfitriona un camarero vestido con una camisa blanquísima que se ceñía de manera pecaminosa a su cuerpo serrano. Su acento, genuinamente italiano, hacía babear, sobre todo si, a la vez, dejabas perdida la mirada en sus ojazos verdes.

Su intervención pareció suavizar el ambiente ya de forma definitiva, haciendo que me olvidara de mis ganas de aporrear su nariz retocada y sus pómulos artificiales.

La madre de Jagger se levantó presta, sin dejar de comerse al camarero con la vista, sonriéndole de forma melosa, como si fuera un gato ronroneando junto a su ovillo de lana favorito. Se colgó de su brazo y me indicó que los siguiera con un gesto altivo y desdeñoso. Quería estrangularla, en serio que sí, pero estaba claro que ese no era el lugar indicado para montar una escena. Y tampoco era yo la persona indicada para hacer eso, me temía.

Me preguntaba qué me depararía la cena en compañía de semejante esperpento, si ya el aperitivo había sido así de tenso y desagradable.

El interior del local estaba mucho más fresco que la calle, pese a las puertas totalmente abiertas. Nada más traspasar el umbral, se notaba una cortina de aire revitalizante que suavizaba el calor bochornoso de la calle. Cerré los ojos para dejarme envolver por esa película de frescor, disfrutando de esa sensación en todos los poros de mi piel ardiente. Era como traspasar las puertas del cielo.

Fue entonces, en ese nirvana de puro deleite cuando todo a mi alrededor colapsó y no me quedó más remedio que, con amargura, entender que las palabras de la madre de Jagger no habían

sido pura invención solo para hacerme huir.

Con los ojos cerrados, con la mente totalmente abierta, a mis oídos llegaron las risas y lo que parecían las confidencias de dos enamorados que se encontraban al fondo del local y en los que, hasta entonces, ni siquiera había reparado. La voz de él era alegre y chisposa, tan parecida a la que me había hecho arder al otro lado del teléfono apenas unas horas antes. La de ella, sinuosa, cálida y despreocupada, le acompañaba como si estuvieran bailando con palabras un tango sensual en mitad del restaurante.

Se me paró el corazón por un instante. Y dentro se coló todo el veneno que Bárbara, la reina del Botox y el malmeter, había ido vertiendo en mis oídos en los minutos pasados en su compañía.

Cuando abrí los ojos, fue todo mucho peor. Jagger le susurraba cosas al oído a la Gata que, muy pegada a él, le reía las gracias y se dejaba mimar por él. Era como estar observando a dos enamorados en esa primera fase, cuando todo es nuevo, complaciente, erótico e íntimo.

Y me convencí, con una dolorosa sensación de desolación, que yo no encajaba allí, que ellos tenían algo que yo jamás podría ni siquiera soñar con compartir con Jagger. Que nunca podría estar en el lugar de ella y que jamás él me trataría con ese mimo y esa confianza, libre de artificios. Se les veía realmente a gusto, como si no existiera en el mundo un lugar mejor para ellos que allí, donde podían estar juntos y despreocupados.

Al menos hasta que Bárbara, que no me quitaba la vista de encima y que, consciente del jarro de agua fría que estaba cayéndome encima, había pintado una sonrisa de suficiencia en sus labios hinchados que quise borrarle a golpes, se acercó a ellos de forma exagerada y sobreactuada.

—¡Oh, niños! —exclamó con los brazos abiertos, como si fuera el mismísimo Jesús de Nazaret—. ¡Qué casualidad encontrarnos aquí!

No dudé ni por un segundo que ella sabía perfectamente que ellos estaban dentro y que, por eso, me había retenido en la terraza mientras sembraba la semilla de la desconfianza en mi interior. Una semilla que, por cierto, a esas alturas y con las toneladas de fertilizante que, en forma de palabras malintencionadas, había aderezado la muy arpía, ahora era un frondoso árbol de varios metros de altura que apenas me permitía distinguirme a mí misma.

Jagger levantó la mirada de la Gata en cuanto las estridentes notas de la voz de Bárbara le llegaron a sus oídos, acabando con el precioso marco romántico en el que habían estado perdidos él y Alejandra. Sus ojos se clavaron en los de su madre, pero no tardaron ni un segundo en encontrarme a mí a su lado.

Se puso rojo de inmediato. Juro por Dios que se puso rojo como si le acabara de pillar en un acto abominable. Indiscutiblemente, sentía vergüenza por haber sido pillado *in franganti* por su madre y su... ¿*follamiga*? (joder, no, ni siquiera eso, qué bajón). En fin, que sí, que se sintió avergonzado o acorralado o lo que fuera, y se le tiñeron las mejillas, y yo me sentí aún más estúpida y fuera de lugar.

Así que, simplemente hui. Me giré sobre mis pasos sin abrir la boca siquiera, y corrí fuera de ese restaurante y de esa encerrona malévola a la que la madre del hombre que creía de verdad interesado en mí me había conducido.

—¡Espera, Wendy!

Su voz no logró hacerme entrar en razón y quedarme a escuchar sus razones o, simplemente, las excusas que todo eso podrían hacerle escupir por esa boca que yo me moría por besar. No podía permitirme quedarme y parecer aun más tonta.

Corrí sin importarme el calor o la gente con la que me cruzaba, por más que me miraran como si estuvieran contemplando a una loca. Necesitaba largarme y ponerme a salvo. Necesitaba sentir

que volvía a ser dueña de la situación.

Algo en el estómago me tenía presa de unos nervios absurdos. Aunque, durante todo el tiempo que duró mi precipitada vuelta al apartamento, yo no dejé de intentar convencerme de que Jagger no me importaba.

Ni lo más mínimo.

Capítulo 15

Impones, Wendy

Cerré tras de mí con un portazo que creo que se oyó hasta en Sebastopol, pero es que me había olvidado de la sutileza justo donde perdí la confianza en mí misma: en ese maldito restaurante italiano en el que ni siquiera me había sentado a comer.

Me dejé caer en el sofá agotada por la carrera que me había llevado desde el centro de Sotogrande hasta el apartamento, bastante en las afueras, en un intento desesperado por evitar que Jagger me alcanzara (en el caso de que, al menos, lo hubiera intentado, que lo desconocía). El bochorno de esa impúdica ola de calor y el esfuerzo me habían dejado hecha una sopa, sudorosa, sedienta y sin un ápice de fuerzas en el cuerpo.

Estaba cabreada. Mucho. Mucho más cabreada que dolida. Apenas unas horas antes me había llamado para tener sexo telefónico conmigo, asegurándome que estaba en China, y solo unos minutos atrás le había visto en total comunión y complicidad con su ex mujer, ahí, en el centro de Sotogrande. Joder, no podéis negarme que era para echar rayos y centellas por la boca, y a eso me dediqué durante un rato, sin importarme las paredes de papel que me separaban de los vecinos.

Necesitaba desahogarme y soltar esa frustración acumulada. Por las veces que habíamos estado a punto de hacerlo y se nos había torcido el asunto. Por lo confiada que yo había sido al pensar que podía haber algo especial entre los dos. Por no poder negarle a la arpía de su madre que todas sus palabras habían resultado ciertas. Joder, me sentía tan estúpida que me consumían las llamas de la ira. De haberlo tenido delante, seguro que Jagger hubiera acabado chamuscado.

Había apagado el móvil para evitarle el trago de comerse toda mi bilis y mis insultos. También para evitarme a mí las excusas y los intentos de convencerme de que no había sido testigo de algo importante.

Cuando sonó el timbre del apartamento, aún no se me había pasado el cabreo, así que abrí con toda la fuerza de mi enfado centelleando en mis ojos y en mis modos.

—¿Qué es lo que quieres? —bramé sin darme cuenta, en un principio, de que ni siquiera era Jagger quien se encontraba en el umbral con cara de no saber muy bien qué esperar de mí.

Nos miramos un segundo y, aunque mi furia se aplacó un poco por no tener ninguna razón de peso para dirigirla contra él, tampoco fui capaz de contenerme del todo. No tenía el día como para enfrentarme a mi vecino *empotrador*.

—Yo...

Dudó y, al hacerlo, me enfadé más. Él había sido quien había llamado a mi puerta y no estaba de humor para esperar por sus razones.

—¿Qué diablos quieres? —le espeté seca y cortante, con ganas de que se largara para poder seguir desahogando mi frustración a base de gritos. También de alcohol, se me acababa de ocurrir que necesitaba algo de beber. Algo fuerte y que me dejara k.o. al tercer chupito.

La cara de Jorge era un auténtico poema. Estaba asustado. Quizá mis gritos le hubieran inquietado, como había pasado con mi sueño de la otra noche. Malditas paredes de papel. Por un segundo, me sentí mal por preocuparle de nuevo, pero en seguida me recordé que yo no le había nombrado mi caballero andante y que no necesitaba que ni él ni nadie velara por mí.

Estaba a punto de recordárselo cuando la angustia más punzante cruzó su rostro compungido, haciendo que, de repente, me preguntara si era por mí por quien estaba preocupado.

—Necesito ayuda —dijo con la voz estrangulada, aumentando el rictus atormentado de sus facciones.

—Pues llama al 911.

—Esto es serio. No te lo pediría si tuviera otra opción.

No quería salir de mi estado de lamento a voz en grito. Joder, quería regodearme unos minutos más en la autocompasión al más puro estilo *grito pelao*, así que me venía fatal que me pidiera favores en ese momento. Me daba igual lo que le pasara, solo deseaba que tocara en la puerta de algún otro vecino al que, seguro, conocía mejor que a mí, y me dejara en paz de una vez.

—Insisto, llama a emergencias. No creo que sea de ayuda ahora mismo. Y menos aún para ti. —No tengo ni idea de por qué le dije eso. ¿Menos aún para él? Quise creer que no se lo decía picada por los ruidos sexuales del otro lado de la pared, pero no puedo asegurar que no fuera precisamente por eso, como si dentro de mí no le perdonara que, en el coche de camino a Sotogrande se hubiera mostrado interesado en mí para, pocas horas después, dedicarse a un maratón de sexo de los que acaban en los anales de los encuentros antológicos con la presumible madre de sus cachorros.

—Pero no es para mí... —imploró con la voz aún más desgarrada—. Si fuera para mí te aseguro que no estaría aquí, aporreando la puerta de tu casa.

Entonces me di cuenta de que del interior de su apartamento salían gritos mitigados por algunas puertas cerradas. Alguien aporreaba la madera con saña y otra persona pedía que la dejaran en paz.

—¿De qué se trata entonces? —pregunté con cautela, entre preocupada por lo que parecía una crisis familiar aguda y aterrada por verme en las noticias de las tres por lo que pudiera estar pasando ahí, en mis narices.

—Verás... mi hermana y mi cuñado están de vacaciones, por eso estoy aquí, para cuidar de mis sobrinos mientras ellos se han ido a hacer un crucero por los Fiordos Noruegos.

¿Sobrinos? Sabía que en esa casa había niños y seguro que, en alguna parte de mi mente, se los había adjudicado a él, el *empotrador feroz*. Pero, por alguna extraña razón que mi cabeza se negaba a afrontar, sentí un alivio cálido y placentero recorriendo mi columna vertebral al oírle explicar el parentesco con unos niños que no conocía pero que se habían colado algunas veces a través de las finas paredes del apartamento.

Esa sensación no tenía sentido alguno, me dije, y, además, no estaba para cuentos chinos en ese momento, así que la desestimé así en cuanto se coló a través de los poros de mi cuerpo enfadado, y volví a mi cabreo natural, dentro del cual me apetecía quedarme a vivir los próximos cuarenta y cinco años de mi vida.

—Eso no explica qué haces delante de mi puerta con esa cara de susto —dije matizando mi voz con todo el disgusto del que fui capaz.

—No... pero necesitaba ponerte en antecedentes —dijo de carrerilla, como si le diera miedo que lo interrumpiera y le cerrara la puerta en las narices antes de acabar con su discurso. Estaba claro que se había dado cuenta de que no estaba precisamente receptiva en ese preciso momento, aunque su necesidad debía de ser mayor, porque no le amilanó ni mi cara de pocos amigos ni el mosqueo monumental que se filtraba a través de mis palabras y mis malos modos—. A lo que iba. Estoy al cargo de tres fieras que me superan, pero, mal que bien, voy lidiando con ellos y saliendo airoso, descontando los días que me quedan y rezando para que lleguen vivos al desembarco de

sus padres.

—Tus antecedentes son largos de narices.

—Perdona. Estoy nervioso.

—No se te nota nada —añadí con un gesto que desmentía mis palabras.

—Y tú me pones más nervioso aún.

—¿Yo? —pregunté sorprendida. Creo que se me quedó un poco de cara de idiota y hasta se me empezó a pasar parcialmente el cabrero.

—Sí, tú. Impones, Wendy.

—Nunca me lo habían dicho. —Y era cierto. Nunca. Jamás. En toda mi vida.

—¡Tío Jorge! ¡Olivia me ha llamado engendro del demonio! —se escuchó de repente. Los gritos del fondo ya no lo eran tanto y habían pasado de mitigados a cercanos. Casi, casi en mis conductos auditivos.

—¡Joder! Se me va la olla. Perdona, al lío, que si no me van a comer vivo. A mi sobrina de doce años... le pasa algo —dijo dejando otra vez que la angustia tomara el control de sus atractivas facciones.

—Describe *pasar algo* —le pedí intentando transmitirle que me seguía importando un pepino. Aunque, en realidad, no solo me importaba, sino que, además, había comenzado a somatizar su congoja. Entendedme, parecía un cachorrito perdido, y una tiene su corazón, aunque se lo acabaran de partir en dos en el interior de una *trattoria* a la hora de la cena.

—Se ha encerrado en el baño y ha comenzado a lanzar insultos como si la acabara de poseer satanás. Y llora. Se la oye sollozar bajito entre estallidos de ira. Esto me supera... quizá tú... —dejó la frase en el aire, como si ya no fuera capaz de añadir nada más sin sentirse superado.

—¿Quizá yo?

De verdad que el pobre ya se había ganado mi pena y me tenía casi a su merced. Aunque, para ser sinceros, aún tenía ganas de hacerme un poco más la dura. No sabía por qué razón, pero no era capaz de claudicar fácilmente ante él.

—Sí, tú eres una chica, quizá sepas de qué va.

Entonces lo vi claro. Lo entendí. Y tengo que reconocer que, pese a lo atractivo de seguir vacilándole, había algo importante que me lo impedía. Su sobrina. Sabía exactamente lo que estaba pasando con ella en esa casa. En ese momento.

—¿Dices que tiene doce años? —pregunté para acabar de confirmar mis sospechas.

—Recién cumplidos.

—¿Le ha venido ya el periodo?

—¿Eh?

—¿Que si ya menstrúa, que si le ha bajado la regla?

—¿Y yo cómo coño voy a saber eso?

Estaba claro que el bombero no tenía ni idea de temas femeninos si estos estaban relacionados con su sobrina de doce años. Tampoco podía culparle, bastante hacía él quedándose a los tres para que su hermana y su cuñado se pegaran unas vacaciones de lujo que, sin duda, necesitarían.

—¿Puedo hablar con ella?

—Esa es la idea —afirmó él dejando escapar un suspiro de alivio—. Por favor, te ruego que hables con ella. Yo ya no sé qué hacer...

Jorge se hizo a un lado y yo entre en el piso de al lado, ese lugar donde se había producido todo aquel sexo alucinante. El baño estaba situado como en mi apartamento, al fondo a la derecha, y de él salían los gritos y los accesos de llanto que se percibían ya desde el umbral de la casa.

En el sofá descansaba un chaval de diez años, intentando evadirse del drama que se estaba viviendo alrededor, enfrascado en un cómic de *Star Wars* con el que, sin duda, su tío tenía mucho que ver. Ni siquiera me miró cuando pasé de largo el salón y yo tampoco le di más importancia. Al fin y al cabo, eso no iba con él.

Otro niño, de unos seis años esta vez, se hallaba en cuclillas junto a la puerta del aseo en el que estaba encerrada la que intuí que sería su hermana. Me miró con unos enormes ojos marrones que contenían todos los interrogantes del mundo. No era para menos, en esa casa parecía que acababa de ocurrir una desgracia de proporciones descomunales.

—Hola —le dije intentando sonreírle mientras le saludaba. No quería que mi reciente acceso de rabia y mi enfado con Jagger influyeran en mi manera de interactuar con un crío—. ¿Cómo te llamas?

—Cayetano —contestó su vocecilla totalmente adorable y mi sonrisa se intensificó. Le faltaban dos dientes y unas pecas muy graciosas se diseminaban por su pequeña nariz. Era la viva imagen de la inocencia, aunque algo me decía que en su interior vivía un trasto incontrolable.

—Hola, Cayetano, yo soy...

—Eres Wendy, la vecina. El tío Jorge nos ha dicho que eres su amiga.

—Sí, bueno. Amiga es una palabra un poco grande, pero sí, digamos que somos *amigos* —Miré de refilón al tío Jorge mientras charlaba con Cayetano, y él me devolvió la mirada encogiéndose de hombros. La verdad es que así, medio asustado y desaliñado, el bombero tenía un atractivo que, pese a las circunstancias, no me pasó desapercibido.

Un nuevo sollozo traspasó la puerta del baño, lo que me hizo recordar que debía centrarme. No estaba en esa casa para darme cuenta de que el vecino estaba cañón, ni tampoco para entablar amistad con un crío de seis años, por adorable que fuera.

—Ahora, Cayetano, voy a intentar hablar con tu hermana. Se llama Olivia, ¿verdad? —El niño asintió y yo le sonreí tratando de transmitirle confianza. Se le veía asustado y aquello, si era lo que me temía, no era para tanto.

Cayetano me concedió el permiso necesario para intentar llegar a su hermana dando un paso atrás y yo me acerqué más a la puerta, en un intento por empezar a hacer lo que fuera para sacar a aquella niña asustada de su encierro.

—Hola, Olivia —comencé un poco titubeante—. Soy amiga de tu tío y creo que podría venirte bien si tenemos una charla tú y yo. Seguro que podría ayudarte con algunas preguntas que ahora, quizá, estén cruzando por tu mente.

No se oía nada al otro lado de la puerta. No había gritos como los que no hacía mucho todos habíamos escuchado, ni tampoco sollozos amargos de esos que suenan a problema gordo. Lo malo es que tampoco había nada más que me permitiera pensar que, quizá, Olivia estaba valorando mi propuesta. Solo silencio. Un desolador silencio que se hizo eterno, aunque quizá no llegó a durar ni un minuto.

Intercambié una mirada con Jorge y él volvió a encogerse de hombros. Estaba, sin embargo, cada vez más aliviado. Al menos, los gritos y el llanto habían cesado y eso, para él, ya parecía una victoria aplastante.

—¿Olivia? —me atreví de nuevo, con voz suave y muy bajita, reteniendo el aliento.

No estaba segura de que, siquiera, me hubiera oído, pero, tras unos segundos más de incertidumbre, un movimiento al otro lado de la puerta me sobresaltó. El pestillo había sido descorrido y la hoja de la puerta se abrió menos de un centímetro, por donde asomó un ojo marrón y empapado por las lágrimas que me miraba con una mezcla de curiosidad y pesar.

—¿Eres Wendy? ¿Eres la amiga del tío Jorge?

La observé durante un instante y se me instaló una pena increíble en el pecho al ver la tristeza que había en su mirada errática. Pobre niña. Me podía imaginar lo que era pasar por esa situación con solo doce años, sin su madre cerca y una casa llena de chicos que jamás llegarían a comprender lo dramático que era todo eso para una cría en plena pubertad.

Así que asentí y, como había hecho con su hermano hacía unos segundos y con su tío cuando nos conocimos, no la saqué de su error y no le di mi verdadero nombre. La confianza en un caso de necesidad como aquel no se ganaba cambiando de nombre cuando ella daba por hecho que Wendy era el verdadero. Y yo necesitaba que confiara en mí, era fundamental si quería ayudarla.

Pasé también por alto que Jorge les hubiera hablado a sus sobrinos de mí y, cuando Olivia abrió un poco más la puerta para permitirme entrar, no me lo pensé y me introduje en un aseo que, pese a ser de las mismas dimensiones que el que yo tenía en mi apartamento prestado, no se parecían en nada.

Este estaba decorado con un gusto exquisito y, lo más importante, rebosaba vida. El mío se notaba a la legua que era el baño de un piso vacío, usado de forma irregular y sin ninguna personalidad.

Olivia, que volvió a echar el cerrojo una vez que estuve dentro del aseo con ella, se sentó sobre la tapa cerrada del inodoro y agachó la cabeza en un claro gesto de pudor. Estaba avergonzada por lo que le había pasado y, enseguida, me invadió tal sensación de ternura y empatía, que casi corro a abrazarla como si fuera una mamá osa defendiendo a su oseño de todos los posibles peligros del universo.

—¿Quieres hablar? ¿Necesitas saber algo?

No quise preguntarle si lo que le pasaba era lo obvio, que le había bajado la regla por primera vez y que estaba asustada o, quizá, avergonzada. Sí, a los doce años algo tan natural como tener el periodo puede ser mortalmente vergonzoso.

—Sé todo lo que hay que saber. En el colegio nos han dado la charla y mi madre también me ha contado de qué va.

Su voz temblaba ligeramente y sus ojos albergaban miedo. Sabía de qué iba, la teoría, pero seguro que lo que su cuerpo estaba sintiendo, lo que su mente trataba de analizar, eso nadie se lo había explicado.

—Sé que asusta un poquito enfrentarse a esto... a hacerse mayor.

—Yo ya soy mayor.

—Claro... claro. Pero los cambios dan miedo, incluso cuando eres mayor. A mí me aterrorizan, los gestiono fatal.

Me miró incrédula, como si acabara de contarle algo absolutamente descabellado. Sonreí interiormente. Yo, que era un desastre, que apenas tenía una vida más allá de mi trabajo, que era incapaz de echar un buen polvo con mi amor platónico por más que se me pusiera a tiro y que, además, era considerado un vientre adecuado, pero nada más, por la madre de ese amor platónico, era observada por una niña de doce años como si en mi vida no hubiera espacio para los miedos.

Pero los había. Cientos de ellos. Más y más que se iban sumando a la lista según aprendía que la vida nunca trae manual de instrucciones y que no existían las malas decisiones, solo aquellas que no producían el resultado esperado. Y, aunque eso no podía explicárselo a un cría asustada y perdida, porque no sería capaz de valorarlo como una adulta que ha aprendida por las malas la mayoría de las cosas, sí que le podía asegurar que todo iba a mejorar, que se salía de todo, que el mundo de los adultos tenía ventajas importantes, sobre todo la de no creer que cualquier pequeño

drama iba a costarnos la vida.

—Verás, a mí me vino el periodo un verano con un calor horrible —comencé, intentando que mis palabras logran calmar sus temores—. Como a ti, me pilló sola, porque estaba en un campamento de verano con unos *boyscouts* algo estúpidos que era el primer año que admitían chicas. Por desgracia, aquel primer año no se había corrido mucho la voz, así que solo había una chica en el grupo: yo.

»Imagínate. Ahí yo, con trece años, con todo mi cuerpo cambiando y veintitrés chicos conmigo, incluido mi hermano pequeño, Álvaro.

»Aquel día estábamos en La Tejera, en un pueblo de la sierra de Madrid, bañándonos en unas pozas naturales preciosas. Era un día estupendo de solazo y pasarlo en el agua era el mejor de los planes. Hasta que...

Me callé para mirarla fijamente. Quería que entendiera el drama para que lo comparara con el suyo. Porque, aunque yo ya era una mujer adulta, aquello aún me afectaba en ocasiones, cuando pensaba en ello... Madre mía, qué bochornazo, qué mal rato.

—¿Y... qué pasó? —su voccecita era dulce, pero tenía un punto de ansiedad. Creo que se imaginaba la historia y hasta sufría por mí.

—Pues pasó lo que seguro que estás pensando —confirmé sus temores—. En aquel lugar, en medio de ninguna parte, rodeada de chicos y con el bañador mojado, de repente...

—Oh...

—Sí, oh —sonreí—. Lo peor de todo es que en el colegio nos lo habían explicado, pero de manera muy por encima. Y mi madre... bueno, mi madre no se metía en esas cosas, no era previsora. Siempre pensó en hablarme de la menstruación y del hecho de convertirme en mujer cuando llegara el momento, cuando no quedara más remedio, así que allí estaba yo, sin mujeres o chicas cerca y sin apenas información sobre lo que le pasaba a mi cuerpo.

Mientras pensaba en mis palabras, Olivia había ido calmándose, hasta mantenerse a mi lado bastante tranquila. Una parte de mi cometido estaba resuelta, y yo respiré aliviada.

—Verás, fue algo horrible en aquel momento —aseguré sin desviar mi mirada de la suya—, pero no acabó conmigo, ni me traumatizó tanto como para definir el resto de mi adolescencia. Mi hermano ni siquiera sabía qué era aquello de la regla por aquel entonces, y al resto de los chicos se les olvidó a los pocos días. Mi mundo se desplomó por espacio de menos de una semana... luego continuó como si aquello no hubiera sido el final de todo, porque no lo fue. Sí, no niego que no lo pasara mal aquel verano en la Sierra, pero... bueno, todo pasa, incluso que te venga el periodo lejos de casa y rodeada de más de veinte chavales.

—Echo de menos a mi madre —dijo entonces, volviendo a asomar a sus ojos un puñado de lágrimas que me esforcé por borrar con mis pulgares.

La abracé de forma instintiva, tal y como había sentido al verla en aquel baño, y ella se dejó hacer y hasta me apretó fuerte contra ella. La verdad es que no hay nada que una más a dos mujeres que una adversidad común.

—Lo sé, cariño —aseguré—. Sé exactamente cómo te sientes.

Y era verdad. No solo por ella y la soledad de pasar ese trago sin la presencia tan necesaria de su madre, sino porque yo me sentía ciertamente igual de desamparada con la mía tan lejos, geográfica y emocionalmente. Nunca había discutido con mi madre como para estar tantos días sin hablar o hacerlo tan poco en cada llamada.

Así que abracé más fuerte a Olivia, intentando alejar sus fantasmas y los míos y tratando, si es que eso era posible, de convertirnos la una a la otra en esa pieza que justo nos faltaba en ese

momento.

Después buscamos productos de higiene femenina entre las cosas de su madre y nos pasamos diez minutos más en aquel cuarto de baño. Ella, haciendo preguntas sobre aquella primera vez en la Sierra madrileña y yo, agradecida de poder ayudar, respondiendo a todas sus dudas y ofreciéndole esos detalles que quizá logran ver aquello con más perspectiva.

No sé si lo logré, pero al menos conseguí que saliera del baño y que su tío dejara escapar el aire que tenía retenido en los pulmones desde que me había ido a buscar. El alivio se dibujó en su cara tan claramente que sonreí sin poderlo evitar.

—¡Joder, Wendy, ahora mismo te besaría! —exclamó al vernos aparecer tras la puerta del aseo a donde acudió para rodearme con sus enormes brazos de bombero buenorro.

Tras la euforia inicial, ambos nos quedamos paralizados por sus palabras y nos echamos a reír con timidez, separándonos poco a poco. En ese momento me sentía como una auténtica pava y juro que no me hubiera importado si lo hubiera intentado. Algo en mi interior incluso se lamentaba por no haber recibido ese beso.

—Quiero decir, si no tuvieras novio...

Sus palabras me devolvieron a la realidad de aquel salón. A aquellos tres niños que nos miraban expectantes, a Jorge sonriendo con una timidez que nunca me hubiera imaginado en él y a la voz que gritaba mi nombre desde la calle con todas las fuerzas de las que era capaz...

¡Un momento!

—¡Wendy! ¡Wendy! —Jagger se desgañitaba desde la calle—. Sé que estás ahí. ¡Asómate, por favor!

Capítulo 16

Te necesito, Wendy

Al instante, y solo con oír sus gritos desde el interior del patio de la urbanización a donde daban los apartamentos de la hermana de Jorge y el que yo ocupaba, el cabreo volvió de golpe, olvidando el buen rollo que acababa de experimentar con mis vecinos.

—¡Mierda! —exclamé sin poderlo evitar, consciente de que prefería quedarme allí, en aquella burbuja, antes que enfrentarme a Jagger y la excusa que me fuera a poner.

Sobraba en el cuadro que había visto en la *trattoria*, eso me había quedado claro al verlo con La Gata. No entendía que viniera a buscarme. No quería sus explicaciones, no eran necesarias.

—¿Es el novio el que llama a grito *pelao*? —preguntó Cayetano con toda su bendita inocencia—. ¿Por qué no toca el timbre y sube a tu casa?

Lo miré un segundo con una sonrisa beatífica en los labios, olvidando por un instante la insistencia de Jagger, y le revolví el espeso pelo castaño.

—No puede subir. Es alérgico a los gatos y *Amidala* podría matarlo.

—Oh —acertó él a decir. Luego, sin mediar más palabras, se echó a reír como si morir por alergia a un gato fuera la muerte más absurda que se pudiera imaginar.

Le pregunté a Jorge con la mirada si podía salir al balcón y él asintió indicándome que lo usara con un gesto de su mano. Lo miré un segundo antes de girarme hacia el balcón y no supe interpretar lo que se escondía debajo de sus ojos oscuros. Me estremecí solo con la calidez de la mirada que intercambiamos y mi nivel de ansiedad subió unos cuantos puntos de repente.

—¿Se puede saber qué quieres? —espeté a Jagger nada más salir a la intemperie. La noche ya había caído totalmente, pero el calor persistía y no daba tregua.

—Hablar contigo —contestó una vez se hubo recuperado de mi aparición imprevista cuando, seguro, ya daba por hecho que no lo haría—. No contestas al teléfono. Tampoco me has abierto la puerta al llamar al apartamento.

—No estoy en el apartamento. Aunque probablemente tampoco te hubiera abierto de haber estado.

—¿Qué quieres decir con que no estás en el apartamento?

—Estoy en casa de los vecinos.

Un silencio espeso se instaló entonces entre ambos. Supongo que él analizaba la situación, el hecho de saber que no estaba sola en Sotogrande, que, además de la mala pécora de su madre, también era capaz de relacionarme con otras personas. Mis vecinos, por ejemplo. Yo, por mi parte, le dejaba cavilar y así calmaba los disparejos latidos de mi corazón, que andaba algo revuelto entre el abrazo y la mirada de Jorge y el hecho de que Jagger estuviera bajo mi ventana, buscando palabras para arreglar lo que acababa de romperse en pedazos un rato antes.

—¿Podemos hablar, Wendy?

—Estamos hablando.

—¿Más cerca? Aquí, conmigo.

—Dani, he tenido encima a *Amidala* hace solo unos minutos. Mejor hablamos a distancia, si te parece.

Sopesó mis palabras y el grave riesgo para su salud que conllevaban y, finalmente, accedió a que la charla fuera desde el balcón. No negaré que me sentía un poco como Julieta, aunque a ella no le acabaran de hacer un siete en el corazón y el mío estuviera bastante maltrecho en esos momentos.

—Quería disculparme por...

—¿Por no contarme que sigues con tu ex mujer?

—¡No! ¡No hay nada entre Alejandra y yo!

—No me dio esa impresión en el restaurante —le dije con la mayor frialdad de la que fui capaz.

—Quería disculparme por no decirte que ya estaba en España. Quería darte una sorpresa.

Su voz vacilaba, como si tuviera miedo a no ser creído y yo pensé que estaba demasiado nervioso para estar diciendo la verdad. No sabía si quería que tuviera una excusa perfecta, porque estaba muy dolida, aunque, en el fondo, Jagger era el amor de mi vida e, interiormente, quería creerle con todas mis fuerzas.

—No hay nada entre Alejandra y yo —repetió con una pátina de angustia cubriendo su atractivo rostro—. Te lo prometo.

Mis dedos se crisparon alrededor de la barandilla del balcón de la casa de los vecinos, mientras en mi interior se libraba una batalla a muerte entre la razón y el corazón. El collar que Jessica me había regalado por mi cumpleaños, que colgaba de mi cuello, me abrasaba donde la piedra roja tocaba mi piel. Pensar con claridad era una tarea casi imposible.

—La imagen que dabais era muy diferente —reiteré yo también mis temores.

—Ale necesitaba ayuda con los informes trimestrales del IVA de su negocio. Yo soy su arrendatario y, en algunos puntos de nuestra separación de bienes, tenemos patrimonio en común. Solo la estaba ayudando...

—Parecíais perfectos en el restaurante —acerté a balbucir, sin estar muy segura de que él consiguiera oírme.

La pena que dejaron traslucir mis palabras le atacó más que su contenido, estaba segura de que lamentaba cómo su actitud con su ex me había hecho sentir.

—Quiero a Alejandra porque es una de mis mejores amigas, hemos estado casados y nos seguimos llevando bien —acertó a responder a mi débil reproche—. No voy a pedir perdón por mantener una buena relación con alguien tan importante en mi vida. Pero sí quiero que sepas que detesto haberte mentado... ayer, cuando te llamé, estaba aterrizando en Madrid.

—¿Me llamaste desde un avión para tener sexo telefónico? ¿Acaso es eso posible? —Mi asombro no cabía dentro de mi cuerpo.

¿En serio había llamado desde un avión para pajearse medio borracho mientras escuchaba cómo yo me ponía cachonda y le seguía el juego? No sabría explicar la razón, pero eso le quitaba encanto y valor a nuestra intimidad de hacía solo unas horas.

—Sí, es posible. En algunas aerolíneas hay servicio de telefonía operado por compañías que ellos contratan. Pero no duran más que unos pocos minutos y, además, cuestan una pasta —dio este último dato con desdén, como si la tarifa fuera realmente desorbitada, sobre todo para lo poco que le cundió porque se quedó a medias.

—¿Y no te escuchó nadie?

—¡Y yo qué coño sé, Wendy! Estaba medio borracho y me la sudaba. Tenía ganas de ti, no podía esperar.

Lo gritó con desesperación y luego calló, consciente de golpe de que estaba hablando

demasiado alto en plena calle y que cualquiera que pusiera un poco de atención se quedaría con que habíamos practicado sexo telefónico y que la llamada se había cortado en mitad del espectáculo.

—Te necesito, Wendy. Me cuesta respirar si no te tengo —su voz bajó varios decibelios, pero se impregnó de una desesperación que sonaba genuina.

Me temblaron las rodillas y el corazón se me disparó dentro del pecho. Aquella declaración era mucho más de lo que podía esperarme de alguien a quien creía enamorado de otra persona hacía solo un momento. Pero también era más de lo que podía esperar de una relación como la nuestra, con tan poco recorrido, con tanto por vivir antes de llegar a las declaraciones grandilocuentes, a los «te necesito». A los «te quiero».

—Es demasiado pronto, Dani, no puedes sentirte así. Ni siquiera me conoces...

Guardó silencio durante unos segundos. Allí, debajo del balcón, parecía un alma en pena que necesitara redención. Mi corazón estaba en vilo e intuía que él estaba pasando por algo parecido. Lo observé mientras cogía aire y volvía a la carga, con más argumentos, y me pareció tan atractivo y vulnerable, que deseé que no nos separaran dos pisos. Llevaba una camisa a rayas azules y blancas, muy veraniega e informal, con cuello mao, que le sentaba de maravilla a su piel bronceada, a sus ojos claros y a esa sonrisa blanca y perfecta que sabía dibujar en su rostro para encandilar a sus presas.

Jagger era guapo. Guapísimo. Y él lo sabía.

Lo que no entendía era por qué se había fijado en mí. Por qué me necesitaba, tal y como acababa de admitir. A mi cabeza llegaron las palabras de Jessi cuando le mostré mi incredulidad, «la magia del collar, chica. Que te conozco, y sé que en vez de un Euromillón tú deseaste tener a Jagger». El collar que me había regalado por mi cumpleaños con propiedades esotéricas según el dueño de la tienda que se lo había vendido. Pero ¿no eran todos esos comercios especialistas en venderte la moto? ¿En contarte que con esto o aquello hallarías el amor o la suerte esquiva o el trabajo de tus sueños? A mí me parecían todos charlatanes y no quería darle a aquello una dimensión sobrenatural porque yo era una chica cabal, con los pies en la tierra.

Sin embargo... ¿de dónde salían todos sentimientos? Porque sí, yo de Jagger llevaba toda la vida enamorada, pero estaba segura de que él ni siquiera se había acordado de mí en los últimos diez años. Se había casado con otra, se había olvidado de sus tiempos en Carabanchel y había prosperado tanto que tenía una empresa con la que no paraba de viajar, varias propiedades en Sotogrande y una madre hinchada a base de Botox. Y entre todo eso, yo era la nota discordante. Se podría haber acordado alguna vez de nuestra noche en Roma, de las confidencias y del abrazo entre lágrimas tras conocer la muerte de su padre, pero nada de eso le hubiera llevado a amarme en silencio una década entera, como yo sí había hecho.

—Te conozco, Wendy —aseguró con énfasis desde dos pisos más abajo, intentando a la desesperada hacerme entender que me equivocaba de cabo a cabo—. Por el amor de Dios, sé todo lo que hace falta saber de alguien tan especial como tú.

—¿Qué sabes de mí en realidad, Dani?

Me miró con esa intensidad que me desarmaba y me dejaba sin argumentos, se humedeció los labios y sonrió. Le odié y le amé por esa sonrisa, porque mi mundo se paraba cuando me sonreía como si yo fuera la única persona sobre la faz de la Tierra.

—Sé que eres buena, que te gusta bromear. Que eres valiente y que tienes principios. Sé que no te gusta molestar ni hacerte notar. Pero lo haces, te haces notar porque lo eclipsas todo cuando apareces. Sé que me gustas, que me gustas tanto que hago locuras como adelantar mi viaje de

negocios a China solo para estar contigo, o como llamarte desde un avión para saciarme de ti porque ya eran demasiados días sin verte, oírte o poder confirmar que esto que tenemos es real.

—¿Es real? ¿Es esto real de verdad?

Lo susurré apenas y él no pudo escucharme, pero la pregunta me atormentaba porque había algo dentro de mí que decía que aquello se saltaba todas las normas de lo razonable.

—Yo te quiero, Wendy.

Mi corazón se detuvo, el collar me abrasó el pecho y la cabeza empezó a darme vueltas hasta colocarme al borde del desmayo. Y quise quitarle importancia a su declaración. A su absurda y poco probable declaración de amor.

—Me quieres por mis caderas —dije sin pensar, con las palabras de su madre aún taladrando mi subconsciente.

—¡¿Qué?!

—¡Que me quieres por mis caderas! —grité sin tener en cuenta a los vecinos—. Que me quieres porque tengo caderas anchas, lo cual es ideal para engendrar hijos.

La perplejidad cruzó su rostro y yo dudé por un segundo de la historia de su madre sobre sus intenciones para tenerme a su lado. Se le veía tan perdido con mi último exabrupto que deseé como nunca que no hubiera distancia que nos separara, que esos dos pisos se convirtieran en solo dos centímetros y que pudiéramos hablar y decirnos esas cosas en la intimidad que una conversación privada ofrece. Pero yo tenía pelos de *Amidala* encima, estaba segura, y no quería provocarle una reacción que pudiera mandarlo al hospital.

—No sé de qué demonios estás hablando —articuló por fin, sin que la contrariedad abandonara su rostro—. No sé qué demonios se te está cruzando por la mente ahora mismo, pero acabo de decirte que te quiero.

Lo sabía. Lo había oído. Y me había asustado como pocas veces en la vida. Porque yo también lo quería, desde los quince años, desde siempre. Pero el mío era un amor destinado a acompañarme siempre de forma idealizada, platónica, no a hacerse realidad de forma tan rápida y surrealista.

Lo hubiera dado todo por oír esas palabras y creérmelas, pero algo me decía que tuviera cautela, que las cosas no podían ser así de fantásticas, que a mí eso no me pasaba, que yo no me lo merecía...

Salvo que eso no era así. Claro que me merecía algo así. Me merecía que me salieran bien las cosas, que me quisiera el mismo hombre al que yo llevaba amando en la distancia media vida, que me pasara algo bonito y que mis sueños se cumplieran. ¿Por qué no iba yo a merecerme algo así?

—Dani...

—Wendy, baja, tengo que decirte algo.

—No puedo. Te haría daño.

—Es que ni siquiera me importa.

Y era verdad. En sus ojos decididos y en su cuerpo dispuesto se palpaba esa enorme verdad: que no le importaba que yo le hiciera daño porque deseaba mi presencia más de lo que temía las consecuencias de mi cercanía.

—Espera. Dame cinco minutos, por favor —dije entonces, tan decidida como él estaba.

—¡Cada segundo sin ti me dolerá! —gritó mientras yo me daba la vuelta para volver al salón de la casa de los vecinos.

Y allí me lo encontré. Jorge me miraba con una expresión inescrutable en sus facciones siempre serenas y risueñas. Lo vi frente a mí y, por un segundo, no supe seguir con el plan que mi

mente había trazado a toda prisa: correr a mi apartamento, desnudarme rápidamente, meterme en la ducha, salir en dos minutos y ponerme lo primero que *Amidala* no hubiera tocado. Y luego correr con toda mi alma hasta la calle, para abrazarlo, tocarlo y sentir que sí, que era real, que todo eso era de verdad y no la fantasía de la niña gordita de la clase de primero de Bachiller.

Pero el vecino, parado en mitad de su salón con los ojos clavados en los míos, pidiéndome que no corriera, que esperara, que lo pensara, que hablara, asimilara y madurara... el vecino tenía un poder inusitado en mí y yo ni siquiera acertaba a saber la razón.

Le devolví la mirada mientras todo se paralizaba a nuestro alrededor. Joder, no entendía por qué era incapaz de seguir mi camino hasta Jagger, deshacerme de ese lazo invisible y alcanzar mi destino, mi anhelo, mi sueño. Mi deseo.

En una atmósfera llena de electricidad, Jorge dio un paso hacia mí y elevó su mano para retirarme un mechón rebelde que se había escapado de mi coleta. Me estremecí y todo el vello de mi piel se erizó de forma involuntaria. Estaba tan cerca de mí que podía olerle. Su aroma se coló por mis fosas nasales y lo absorbí con un deleite insano: menta, madera, hierba fresca. Cerré los ojos ante el impacto de su olor y su tacto y quise quedarme en ese refugio para siempre, a salvo de todo. Porque si algo sentía cerca de él era que nada iba a hacerme daño, que estaba a salvo de todo lo que osara dañarme.

—Debes ir, te está esperando...

Sus palabras, susurradas con voz ronca y profunda, me sacaron del trance en el que me hallaba inmersa y me hicieron reaccionar. Abrí los ojos y me centré en los suyos, que se habían cubierto de pesar y algo parecido a la pérdida. Y entonces fui consciente de nuevo de Jagger, de su espera, de su declaración y de que debía correr a su lado.

—Sí, me voy.

Mis palabras salieron torpemente de mi boca, que se negaba a articular nada con sentido.

—Gracias, Wendy. Gracias por lo de Olivia. Te debo una muy gorda.

Y me sonrió sin esa pátina de pena que le había invadido solo unos segundos antes. De los dos, él era el más consciente de que mi sitio ya no estaba allí, a su lado.

Así que asentí con la cabeza, me deshice de mis dudas y de esa sensación extraña de pertenencia que acababa de atravesarme entera para salir corriendo (¿huyendo?) de allí para ir a reunirme con mi deseo.

Tal y como había planeado, me duché y me vestí en un tiempo récord y, en ese puñado de minutos que transcurrieron desde que dejé el apartamento de Jorge y estuve preparada para bajar a la calle a encontrarme con Jagger, desterré al vecino de mis pensamientos, lo que había sentido y lo que me habían transmitido sus ojos y su tacto, y me centré en lo único que tenía sentido en ese momento: cumplir mi deseo más antiguo.

Porque eso era lo que quería, ¿verdad?

Bajé las escaleras con unos nervios increíbles y unas ganas de vomitar que tuve que borrar de mi pensamiento de forma precipitada. De vomitonas ya habíamos tenido nuestra dosis Jagger y yo, y no me apetecía repetir experiencia.

Me había mirado en el espejo unos segundos antes de salir escopetada escaleras abajo y me había gustado el resultado pese a las prisas. Como la tarde seguía siendo calurosa, me había puesto un vestido floreado de colores malvas y turquesas que me encantaba. Mi pelo empapado me caía suelto por la espalda y mi piel bronceada me daba un aspecto atractivo y juvenil que intenté aderezar con un leve toque de brillo en los labios. Al cuello, el collar de Jessica, mi amuleto de la suerte desde que Jagger había vuelto a mi vida. Natural y muy informal, no sabía si

me estaba vistiendo para hacer las paces o para dar un paso más en esa relación tan extraña y, a la vez, tan excitante.

Cuando llegué junto a Jagger, él se había sentado en el escalón que daba a la salida del portal del edificio. Me fijé entonces en que él también tenía un color de piel tostado precioso, que sus ojos chispeaban de emoción y que se frotaba las manos en un gesto inquieto que me sacó una pequeña sonrisa.

Se puso en pie y se acercó a mí y, sin mediar ninguna palabra, me besó en los labios y yo me dejé hacer. Ese beso fue mucho mejor que el último que me había dado, mejorando poco a poco con cada nuevo intento, acercándonos a ese ideal con el que yo llevaba pensándolo más de una década.

Al acabar ese beso, con sumo cuidado, se apartó de mí lo justo para poder mirarme a los ojos. La luz de la farola le daba justo encima de la cabeza, haciendo resplandecer su pelo, creando a su alrededor un aura mágica que me hizo casi perder el aliento. ¡Qué guapo era! ¡Qué guapo y qué bueno estaba! Sus brazos fornidos, sus piernas esbeltas, su mandíbula cuadrada, sus pómulos altos... Daniel López Fernández solo había hecho que mejorar desde que acabáramos el instituto, y eso que en nuestros días escolares ya era el tío más bueno de todo el San José de Calasanz.

Se me paraba el pulso al ser consciente de que ese hombre, ese hombre sobrenatural y perfecto, me miraba a mí, ¡a mí!, como si fuera la única persona sobre la Tierra capaz de retener su atención. Si eso no era cumplir un sueño, que viniera Dios y lo viera.

—Estás tan preciosa que ahora mismo te devoraría...

Sus palabras acrecentaron mi incredulidad, pero a mi ego le vinieron estupendamente. Si dudaba de algo, desde luego no era de lo cachondos que nos poníamos el uno al otro. Yo solo pensaba en arrancarle la ropa y, por lo visto, a él le pasaba algo parecido.

—Quiero que me perdones por no haberte contado que regresaba ya a España —dijo con un rastro de culpabilidad que me tocó el corazón—. Solo quería darte una sorpresa. Me temo que mi madre se nos adelantó.

—¿Sabía que ibas a estar en el restaurante con Alejandra?

—Sí, ella misma organizó la cita y realizó la reserva —aseguró, confirmando todos mis temores—. Me dijo que Ale tenía que arreglar cosas de la inmobiliaria conmigo.

Ya... claro. Y a la buena mujer le había faltado tiempo para citarme a mí en el mismo lugar solo unos minutos antes de que ellos se sentaran a comer y a intercambiar intimidades y confianzas. Qué oportuno todo... sobre todo si se combinaba con el conmovedor discurso sobre sus nulas oportunidades de ser padres como única razón para divorciarse.

En ese momento me apeteció mucho estrangular a la arpía de su madre, mucho más que durante nuestro intercambio verbal de esa misma mañana o cuando me introdujo en la *trattoria* con el firme propósito de acabar con lo que su hijo y yo fuera que estuviéramos empezando a tener.

—Dani, necesito saber que esto que hay entre nosotros, lo que sea que haya... no se debe solo a que Alejandra justamente no puede darte...

No supe cómo continuar y él se quedó en silencio unos segundos, analizando mis palabras, hallando algo de sentido en ellas. Cuando se hizo patente que eso no sucedería, enarcó una ceja y se encogió de hombros.

—Si no eres más explícita, creo que no seré capaz de contestarte a esa pregunta —afirmó—. Pero sí te puedo asegurar que no hay nada que busque en otra persona solo porque Ale y yo ya no estemos juntos. No lo estamos por muchas razones, así que deja de darle vueltas a esa cabecita tuya y bésame otra vez.

No esperó mi respuesta y me arrinconó contra la pared que quedaba a mi espalda. Su cuerpo se cernió sobre el mío con ganas y mis latidos se dispararon dentro del pecho. Se apretó contra mí, dejando patente su grado de excitación, y se introdujo en mi boca con la pasión del que lleva milenios anhelando algo. Quise seguirle, estar a la altura de aquello que esperaba de mí, pero estaba tensa, como entumecida, y dejé que él hiciera todo el trabajo mientras yo le ordenaba a mi cerebro que dejara de pensar y a mi cuerpo que colaborara un poquito.

No quería que pensara que yo no estaba por la labor. Porque lo estaba, ¡quería estarlo! Pero los nervios, supongo, y también las expectativas y lo que nos había pasado anteriormente con cada uno de nuestros intentos de intimar, me tenían más rígida que una roca entre sus brazos y sus besos.

—Dani... Dani, yo... —intenté hacer que parara un momento, porque me estaba agobiando su cuerpo tan encima del mío, pero él parecía estar como poseído y no era capaz de hacerle llegar mis palabras.

Tuve que sacar fuerzas de donde no creí que las tuviera para apartarle con decisión, pero también de una forma que él no malinterpretara como rechazo. Cuando se dio cuenta de que lo estaba separando de mí con ademanes toscos y algo bruscos, se paró de repente y me miró sorprendido.

—¿Qué es lo que pasa, nena? —preguntó con el deseo más primario del mundo aún dibujado en sus ojos—. ¿Aún estás enfadada? ¿Es eso?

¿Lo estaba? No, probablemente su explicación tenía sentido y todo lo que había pasado en el restaurante obedecía solamente a la maquinación truculenta de su madre, pero había algo que no me dejaba disfrutar del momento, y no tenía ni idea de qué era eso.

—No, de verdad que no. Es solo que estoy procesando aún las cosas, supongo, que todo esto me ha pillado un poco... un poco descolocada.

—¿Todo esto?

—Tu declaración de hace unos minutos y... y la evidencia de que todo esto es realmente fuerte, profundo. Creo que lo que pasa es que no me acabo de creer que te guste tanto. Que me necesites. Que me quieras.

Dio un par de pasos hacia atrás mientras mi voz moría y me miró con una sonrisa de medio lado. Había algo en su semblante y en la postura de su cuerpo que hizo que se me parara el corazón al instante. Cuando lo vi hincar una de sus rodillas en la tierra del césped de la urbanización, casi me caigo redonda al suelo.

—Necesito que te lo creas todo, porque todo es real y agónico y ciertamente hermoso. Wendy... ¿Quieres casarte conmigo?

Capítulo 17

Oye, Wendy... ¿tú le quieres?

—No admitiré un no como respuesta...

Cuatro pares de ojos me observaban desde la puerta abierta de mi piso, mientras yo, aún en pijama, empezaba a creer que todo lo que había ocurrido en las últimas horas era solo un sueño raro.

La propuesta de matrimonio de Jagger, la mirada llena de significados de Jorge, mi momento con Olivia en el baño... ¿había sido algo de todo eso real? La respuesta estaba en la persona que me había hablado mientras yo seguía en la luna, así que miré a la joven con una sonrisa mientras trataba de recomponerme.

—Perdona... ¿A qué tengo que decir que sí? Estoy aún poco dormida, por si no os habéis dado cuenta.

Los miré, enfocándolos de verdad por primera vez. Olivia, tímida pero un paso más adelantada que los demás, sonriendo e intentando ocultar el rubor que hacer aquello tan osado le provocaba. Jorge, detrás de ella, luciendo esa barba de un par de días que le daba aspecto de canalla adorable, intentando ocultar la sonrisa que la actitud medio valiente, medio cortada de su sobrina le provocaba. Y los dos chicos, Cayetano, atento a mi reacción y mi respuesta. El otro (tenía que averiguar su nombre porque no lograba acordarme de si el día anterior alguien lo había mencionado), mirando su teléfono, tal y como le recordaba de la otra noche (¡adolescentes!).

—Quiero invitarte a desayunar para agradecerte lo que hiciste ayer por mí —siseó Olivia claramente cohibida—. Y no admitiré un no como respuesta.

Esto último lo dijo aún más bajito, lo que provocó mi sonrisa. No pude evitar cruzar mi mirada con la de Jorge, que asistía a aquel episodio como si fuera el espectador de una *sitcom* de moda. Era la segunda vez en tres días que me veía recién levantada y en pijama, aquello empezaba a ser una costumbre que no sabía muy bien si me gustaba. Estaba claro que nada mataba el morbo entre dos personas que tonteaban como ver a alguien despeinado, con las marcas de las sábanas aún surcando sus mejillas y un pijama de *Candy Candy* con más años que el más pequeño de aquellos críos parados frente a mi puerta.

«Un momento, ¿Jorge y yo estábamos tonteando?».

Qué pensamiento tan inoportuno. Sobre todo, si te parabas a analizar la reciente propuesta de matrimonio que aún no sabía si tomarme en serio o no. ¿Me había pedido Jagger de verdad que me casara con él la noche anterior, hincado la rodilla, en medio del patio de vecinos?

Me había pasado toda la noche estremecida por sueños absurdos, en los que él se desternillaba de risa después de que yo le contestara que sí, que claro que me casaría con él. Me dolía tanto su risa, que casi no me arrepentía de haberle dejado colgado con la pregunta en la boca, aduciendo miedo escénico y pidiéndole tiempo para analizar todo aquello.

A ver, que era Jagger, que me estaba pidiendo que me casara con él, que se me estaba cumpliendo un sueño así, casi como si nada, pero es que todo era demasiado. Demasiado pronto, demasiado bonito para ser verdad, demasiado doloroso si, al final, no salía bien y yo me alucinaba con las expectativas y me moría de esperanza. Salí corriendo y, aun así, Jagger me había

escrito que lo entendía, que me daba tiempo, todo el que necesitara, pero que no olvidara que él se casaría conmigo en cuestión de horas si yo se lo permitiera.

Había llamado casi de inmediato a mi madre. Pero otra vez se había negado a cogerme el teléfono, y fue Jessica la encargada de volver a aguantar mis diatribas y mis idas de olla monumentales.

—Joder, guapa, pero ¿tú a ese tío que les has dado? —gritó mi amiga sin poderlo remediar al otro lado del teléfono—. En serio, ¿le has embrujado o algo?

Me quedé callada, afectada por sus palabras tanto como por la petición de matrimonio. Yo eso ya lo había pensado, pero a ver cómo era capaz de verbalizarlo sin parecer una loca de la colina.

—Oye, Jessi, ¿el collar ese de la tienda esotérica y las velas que sacaste para mi tarta de cumpleaños...?

—¿No estarás intentando decirme que crees en esas chorradas y que por culpa de mis regalos ahora tienes al tío de tus sueños babeando por ti y deseando llevarte al altar, verdad guapa?

No sabía qué contestar a aquello. Porque sí, estaba intentando decir justamente esa sarta de tonterías que, puestas en su boca, sonaban exactamente a eso, a lo que eran: tonterías de persona perpleja que no se acaba de creer nada de lo que le está pasando.

—No sé lo que estoy tratando de decir, Jessica, pero no me negarás que es todo muy extraño. Joder, es que yo justamente pedí esto en mi deseo al soplar esas velas moradas que plantaste en la tarta del Mercadona y, Dios, el colgante hasta me quemó en el escote mientras formulaba el deseo, y también noto cierto calor cuando Jagger está cerca...

—Ese cierto calor que notas cuando Jagger está cerca se llama calentón, cielo, y pasa cuando un tío bueno se te arrima con intenciones claramente sexuales. En eso no hay trampa ni cartón, ni tampoco magia o trucos, ni intervienen objetos esotéricos mal hechos y que, si me apuras, son comprados en los chinos y revendidos por el triple de lo que realmente valen en una tienda de magia cutre de Carabanchel.

Ahí estaba Jessica, mi amiga práctica y sin ambages, poniendo los puntos sobre las íes y quitándome las ideas más absurdas del universo de mi atolondrada cabecita loca.

—¿Entonces no...?

—Entonces no hay nada místico en todo esto. Le gustas, quiere estar contigo, quiere que te quedes con él y... yo qué sé, te quiere a ti.

—Apenas nos conocemos...

—Mejor. Hay gente que se conoce demasiado y no sirve de nada. Míranos a Freddie y a mí. Llevamos juntos media vida y apenas ya tenemos nada que decirnos.

Otra vez esa sensación de derrota impregnaba su voz mientras me hablaba de su matrimonio. Me daba tanta pena oírle decir esas cosas y escuchárselas en ese tono, que me daban ganas de tomar el primer tren que saliera para Madrid para ir corriendo a abrazarla. Me sentía un poco culpable por estar tan lejos, de vacaciones, en lugar de apoyando a mi amiga en un momento de bajón como el que ella estaba atravesando.

—Lo mejor es casarse en las primeras fases del noviazgo. Así lo bonito dura mucho más —aseguró intentando impregnar su voz de una alegría que yo sabía que era autoimpuesta.

Mi pobre Jessica... ojalá estuviéramos tan cerca que no hubiera ningún problema en quedar en nuestra cafetería favorita para tomarnos un café y reírnos de la vida cara a cara.

—Pero es que Jagger y yo ni siquiera estamos en esa fase, en la del noviazgo...

—¡Venga ya, tía, que te ha instalado en un piso en Sotogrande y te ha pedido que te cases con él!

—¡Pero no somos novios! —exclamé sin saber por qué eso era tan importante que quedara claro—. No hemos tenido ni una cita, apenas nos hemos besado y, cuando lo hemos intentado, hemos acabado abrazados a la taza del váter o él ha sufrido un ataque de alergia brutal por culpa de *Amidala*. ¿Cómo se le puede llamar a eso noviazgo, Jessica?

Comprendí entonces todas las certezas a las que Jagger no había querido hacer caso el día anterior. Y estuve segura, de manera apabullante, de que habría habido matrimonios concertados en la Edad Media, con mayor grado de intimidad que el que Jagger y yo llevábamos alcanzado hasta ese momento. Algo, sin duda, ciertamente desolador.

—Oye, Wendy... ¿tú le quieres? —Jessica acababa de formular la pregunta correcta. La que yo no había sabido hacerme.

Las alarmas sonaron entonces, más fuerte y ruidosamente que cuando vi que Jagger se arrodillaba frente a mí y formulaba una petición descabellada, sacada directamente del pastelazo más cursi de Hollywood.

—Yo...

—Mira, tía, es Jagger. Llevas babeando por él desde los quince años. Hablas continuamente de él, como si fuera alguien a quien conocieras y amaras con locura. Es verdad que habéis intercambiado pocas cosas y que llevabais años sin veros y sin saber apenas nada el uno del otro, pero hay voluntad y, joder, ¿sabes lo difícil que es que se te cumplan los sueños? Él lleva siendo el tuyo media vida. Al menos, eso no me lo puedes negar.

No, no podía. Lo había deseado en mi último cumpleaños, pero el sueño era recurrente, el deseo era perpetuo. Jagger era mi anhelo más profundo desde la adolescencia y eso no podía negárselo a la persona que mejor me conocía de todo el maldito universo. Pero...

—Jessi, esto es de locos. Estoy hecha un auténtico lío.

—Ya me imagino, cariño, pero solo tú puedes responder a la pregunta. Si le quieres... lo tienes.

Lo tendría que seguir meditando. No es que pensara que hablar con mi mejor amiga fuera a despejar las dudas y a conseguirme las respuestas adecuadas, pero era desolador estar tan confusa como antes de comenzar siquiera esa conversación.

—¿Y tú, bonita? ¿Cómo están las cosas en casa?

Las cosas seguían medio torcidas y empezaba a temer de verdad por la estabilidad familiar de Jessica y Freddie. Creo que me contó las cosas bastante por encima para no añadirme preocupaciones y quebraderos de cabeza, pero su voz sonaba menos vital y más enmascarada, como si estuviera jugando al escondite conmigo.

Cuando colgué la llamada, tenía muchas cosas en las que pensar, así que la noche había sido intranquila y el sueño había tardado muchas horas en llegar. Por eso, en aquel momento preciso, en pijama y despeinada, con aspecto de zombi urbano gracias a las ojeras que debían de enmarcar mis ojos, me costaba incluso reaccionar y contestar a la preciosa invitación para desayunar de Olivia.

Volví a mirar a Jorge en busca de una pista para comprender cómo era aquello de importante para la niña. No quería decepcionarla, pero, siendo honestos, no estaba en mi mejor momento. No podía ir por la vida como si me hubiera tragado una caja de ansiolíticos de lo catatónica que me había dejado la noche de pesadillas y comeduras de tarro que acababa de dejar atrás.

Se me encogió el corazón al comprender que la mirada de Jorge me suplicaba que aceptara. Parecía decirme que entendía, por mi aspecto, que había pasado una noche toledana, pero que le partiría el corazón a la cría si le daba una excusa tonta y la dejaba sin poder hacer algo bonito por

mí para devolverme lo que yo había hecho por ella.

Sin apartar mis ojos de los suyos, de pronto más profundos y cálidos, como una tarde suave de verano, me encogí de hombros y les pedí que pasaran al salón mientras yo me transformaba en un ser más presentable y del que no se avergonzaran al salir de casa.

—No tardaré —dije apresurada mientras me colaba en la ducha con una velocidad que no creí capaz debido a mi lamentable estado—. Poneos cómodos.

—Siento el atropello de esta mañana —la voz de Jorge era dulce, como el color chocolate de sus ojos que, en ese momento, clavaba en mí, risueños—. Pero Olivia no podía dejar de pagarte lo que hiciste ayer por ella.

Estábamos en Sotomarket, el centro comercial de Sotogrande, al amparo de los aires acondicionados artificiales del moderno y elegante edificio. La ola de calor continuaba y estar fuera, en la calle, era bastante temerario, sobre todo mientras nos acercábamos al mediodía.

Los chicos se habían ido a ver tiendas. Álvaro, el mayor (me lo habían presentado antes de salir del apartamento y le sonreí cómplice a Olivia mientras le contaba que mi hermano también se llamaba Álvaro) se había llevado a Caye a la tienda de videojuegos, y Olivia había recibido permiso para pasearse por un par de tiendas de ropa, de esa que les chifla a las adolescentes (y preadolescentes).

Estábamos solos desde hacía unos pocos minutos y yo me sentía sumamente extraña en su presencia. Cómoda y nerviosa a la vez, una combinación casi imposible, pero que no podía describir de otro modo.

D'Alicia Café, la cafetería en la que estábamos, me tenía cautivada. No solo por las glorias del aire acondicionado, que acariciaba mi piel con una suavidad maravillosa, ni por la agradable decoración de aspecto moderno, pero acogedor, sino por la calidad del desayuno que nos habían servido y del que todos habíamos dado cuenta como si fuéramos náufragos que, por fin, hubieran sido rescatados de una isla desierta. Las tartas te llamaban a gritos, te decían que las probaras todas. La carta de zumos invitaba al desenfreno frutícola y el café, aromático y sabroso, te dejaba el mejor sabor de boca a la vez que conseguía despertarte hasta del coma más profundo.

Así que ahí estaba yo, con mis facultades mentales casi recuperadas (sobre todo después del tercer *espresso*), escuchando cómo un hombre guapísimo y amable me pedía perdón por invitarme a desayunar, y casi olvidando que otro hombre, con el que soñaba desde que era una cría, me había pedido matrimonio apenas un puñado de horas antes.

—Se te dan bien los chavales —dije convencida. Me gustaba ese chico cuando se mostraba divertido pero responsable con sus sobrinos.

—Sí, perfectamente bien —asintió negando, sin borrar la sonrisa de sus labios perfectos—. Se me dan tan bien que corrí anoche a tu piso para pedirte ayuda de forma desesperada.

Me producía ternura verle así, casi vulnerable al admitir que algo no se le daba bien. Era consciente de sus limitaciones, pero no se frustraba por ellas, más bien las contemplaba conforme.

—Se te sigue dando bien si delegas y dejas que las profesionales nos hagamos cargo de problemas femeninos para los que, claramente, la testosterona no está preparada...

—Ríete lo que quieras, pero ayer me salvaste la vida.

En su voz había un agradecimiento tan grande como el que Olivia había estado demostrando

todo el día desde que habíamos salido de mi apartamento, unas horas antes. Me sentía complacida, pero también un poco abrumada. Tampoco es que hubiera rescatado a nadie en peligro de muerte... solo le había dado la charla a la joven, contándole mis propias miserias.

—Tú solito lo estás haciendo fenomenal, no te quites méritos. No todo el mundo se pasaría sus vacaciones cubriendo a los padres de tres críos que se van de crucero. Creo que tienes el cielo ganado.

Me miró unos segundos en silencio antes de desviar de nuevo la mirada hacia algún punto detrás de mí. Sus ojos, de repente, se habían llenado de algo que no supe descifrar, algo entre la pena y la rabia, y me estremecí. Que hubiera clavado la mirada en la nada y que perdiera la sonrisa en apenas un instante, no eran muy buenas señales.

—Cualquiera haría lo mismo —apenas susurró volviendo a mirarme, cauto, como si caminara por un sendero incierto y tuviera que andarse con pies de plomo—. La familia cuenta, ¿sabes? Sobre todo cuando la vida te pone a prueba.

Me estaba asustando. La conversación había perdido ese tono pícaro y juguetón con el que la habíamos iniciado, y era evidente que nos estábamos adentrando en aguas pantanosas. Jorge parecía sobrepasado y me nació una necesidad imperiosa de ayudarlo a pasar lo que fuera que estuviera atravesando.

—¿Estás bien? —pregunté colocando mi mano sobre la suya, que descansaba sobre la mesa, nerviosa.

Evité mirarme en un primer momento, pendiente de nuestras manos unidas. Transmitía calor y se había quedado tan quieto como si alguien hubiera pulsado el botón de pausa. Volví a estremecerme y un mar de dudas y de sentimientos extraños comenzaron a recorrerme sin darme la menor tregua. Cuando comenzó a hablar, el hechizo ya me tenía completamente cautivada, sobre todo porque, al hacerlo, volvió a mirarme y lo hizo como la noche anterior, justo en ese momento previo a dejar su apartamento e ir en busca de Jagger. Con calma, serenidad y una imperiosa necesidad de que escuchara, pensara y me quedara allí, a su lado. Sin condiciones.

—Mi hermana no está en un crucero —comenzó con suavidad, y sus ojos transmitían tanta pena que tuve que resistir un fuerte impulso por abrazarle—. Ni siquiera sé por qué te cuento esto. Supongo que me sobrepasa poner buena cara a diario con ellos y seguir siendo el divertido tío Jorge. Cuando me ofrecí para esto, no sabía lo duro que podía llegar a ser.

Se quedó un par de segundos en silencio mientras seguía buscando las palabras en su interior. Le estaba costando, pero también era obvio que lo necesitaba. Así que le apreté ligeramente la mano que aún tenía sobre la mía, animándole a soltar lo que fuera que le estuviera preocupando.

—Carlos, mi cuñado, está en Boston, sometándose a un tratamiento experimental. Hace dos meses le detectaron un tumor cerebral y aún no se han atrevido a decírselo a los niños.

Un frío ardiente me recorrió la columna vertebral al escucharle la derrota que acompañó a aquella confesión tan desgarradora.

—No pueden operarle, ni tampoco aplicarle técnicas agresivas por la zona en la que está. Haber sido seleccionados para el estudio de Boston es su única esperanza y no creas que es muy grande.

—Lo siento.

Mi susurro quizá ni le tocó, pero tampoco sabía qué decirle tras sus palabras desoladoras. Así que despegué mi mano de la suya y la dejé descansar en su mejilla. Jorge, sorprendido por mi gesto, levantó los ojos oscuros y dulces, y los clavó perdido en los míos. No los despegó de ahí durante unos segundos que podrían haber pasado por días enteros, tan intenso fue ese contacto

visual a la desesperada.

—El día que llegamos a Sotogrande, tras dejarte, tenía el ánimo tan decaído por lo que les esperaba a Carlos y a mi hermana, que me ofrecí a llevar a los niños a ver a mi madre, que vive en El Puerto de Santa María desde que se jubiló hace un par de años. Quería que vivieran su último día antes de empezar la carrera contrarreloj contra el tumor sin que todo a su alrededor fuera luctuoso. Yo, el primero, que disimulo fatal.

Até cabos de manera inminente y, como yo tampoco sé disimular nada bien, mis globos oculares se dilataron hasta el máximo de su capacidad.

—¡No eras tú! —exclamé sin poderme contener, retirando la mano que aún acariciaba su mejilla áspera y cálida.

—¿No era yo?

Jorge cambió su semblante serio y circunspecto por uno interrogativo y sumamente interesado. Estaba claro que me acababa de salir del guion con una reacción para nada adecuada a su sincera y personalísima confesión.

—Oh...

—¿Oh?

En ese instante fui incapaz de percatarme del hecho curioso de que Jorge estaba repitiendo todo lo que yo decía, convirtiendo mis exclamaciones en preguntas, porque se me estaban subiendo los colores y mi rostro acababa de estallar en un encendido rojo intenso. No me podía ver en ningún espejo pero no me hacía falta. La vergüenza siempre me procuraba un calor inusitado en el rostro y de sobra sabía que ponerme colorada era inevitable en momentos así.

—¡Lo siento!

Me disculpé de manera atropellada, aunque era ya tarde, era terriblemente consciente de eso.

—Lo siento, lo siento, lo siento...

—No pasa nada, de verdad, no es culpa tuya que mi cuñado haya enfermado...

Estaba convencida de que Jorge pensaba que yo debía ser medio retrasada o algo así. Quería que me tragara la tierra y no era capaz de pensar con claridad para salir de aquella situación. Así que traté de serenarme, cogiendo aire de manera controlada por la nariz, y soltándolo, lentamente, por la boca. Eso aumentaba mi aspecto de bicho raro, lo sabía, pero prefería que se me pasara el apuro antes de meter aún más la pata.

—¿Te encuentras bien, Wendy?

—¡Sí! —casi le grité—. Sí, sí... perfectamente. Perdona, pensarás que estoy como una cabra. Que soy desmesurada y que me he pasado. Pero es que a veces abro la boca y no soy consciente de que estoy a punto de meter la pata.

—Yo de lo que no soy consciente es de qué demonios hablas.

Me miraba con una sonrisa beatífica pintada a sus preciosos labios sonrosados («*Vale, tía, tú piensa en sus labios, qué buen momento*»). Sabía que pensaba que me debía de faltar un tornillo, pero también que eso, al fin y al cabo, no era tan malo. Se podía aprender a apreciar a una vecina medio loca si se la evitaba con cuidado.

—No me hagas caso, por favor... tú hablando de tu cuñado y yo... me ha venido algo a la mente relacionado y... Dios, qué vergüenza. Estoy para encerrarme.

—¿Sabes que te has puesto como un tomate? Estás adorable.

Sonreía más abiertamente y deseé fervientemente que dejara de hacerlo. Ojalá estuviera enfadado o quisiera pasar del tema. Pero no parecía ser de los que se dan por vencidos y estaba claro que mi salida de tono le había llamado la atención. Qué suerte la mía...

—¿Es ya esa hora? —señalé el reloj que presidía la pared frente a nosotros, en un vano intento por librarme de aquello. De él.

Me intenté poner de pie, pero Jorge no me lo permitió. Me sujetó suavemente del brazo y me invitó a quedarme donde estaba.

—No te vas a librar tan fácilmente. ¿Por qué te has puesto roja? ¿Qué se te ha pasado por la cabeza al escucharme hablar?

Si de algo estaba sirviendo aquella horrible situación, era para que Jorge, al menos, se olvidara de su confesión de un par de minutos atrás. La pena había desaparecido de su rostro, que ahora era solamente jovial y juguetón. El mío, por descontado, estaba a punto de pasar los límites humanos del color rojo de la vergüenza.

—Desembucha.

—De verdad que no es nada...

—¿Wendy?

Su tono no admitía réplicas y yo, que ya estaba desesperada, decidí lanzarme a la piscina. Aunque no hubiera ni pizca de agua.

—Esa noche pensé que mi vecino era un *empotrador* de manual.

—¿Un *empotraqué*?

—Ya sabes... —Joder, me moría del bochorno que estaba pasando.

—No, no lo sé.

Seguía risueño, pero estaba claro que no entendía ni una palabra. Joder, me tocaba ser más explícita y no sabía si era correcto o era lo más descabellado que saldría jamás de mi boca.

—Las paredes del apartamento son muy finas y los vecinos, tú, o sea, no tú, que no eras tú, tú estabas con los chicos en casa de tu madre, pero ella gritaba y parecía muy... muy bien... y él, él también, y se oía todo, y yo... joder... ¿Sabes que puedes hacerme callar en cualquier momento? Por favor, hazme callar ya, no me dejes seguir o me moriré aquí mismo de la vergüenza y será tu culpa y...

—¡Esta bien, está bien! —Jorge estalló en carcajadas mientras no me apartaba la vista de encima.

Se doblaba sobre sí mismo y no era capaz de contener una risa cristalina y preciosa que era un contrapunto maravilloso a esa pena que lo había sacudido cuando me estaba contando lo de su cuñado.

—¡No sigas, por favor! —se reía y a mí se me acabó por pasar el mal rato, absorta mientras lo contemplaba reír—. No me des más detalles que no me apetece imaginarme a mi hermana y al... ¿cómo lo has llamado? ¿*Empotrador*? Al *empotrador* de mi cuñado en pleno acto de despedida...

Siguió unos segundos más con las manos en el diafragma, sin poder contenerse, al menos hasta que se dio cuenta de que yo no podía apartar mis ojos de él, que lo observaba maravillada y feliz de haberle borrado la pena, aunque fuera a costa de lo que él pudiera pensar de mí.

—¿Te encuentras bien? —le pregunté bajito, incapaz de romper el hechizo al que nuestras miradas se habían adherido al encontrarse—. Quizá no he debido contarte...

—¿Qué? ¿Que me creías una máquina sexual perfecta? —contestó jocosamente, con una sonrisa burlona y sensual bailando sobre sus labios—. Ojalá no te hubieras enterado de que soy un fraude...

—Me cuesta mucho trabajo creer que lo seas —dije, nuevamente sin pensar.

Al instante, el color rojo que había conseguido aplacar gracias a su ataque de risa, volvió a instalarse en mis mejillas, haciendo que toda mi temperatura corporal se disparara de nuevo.

Debía aprender a pararme a pensar antes de abrir la boca... aunque Jorge no parecía molesto con ninguna de mis meteduras de pata.

De hecho, me miraba como si viera a una persona totalmente nueva frente a él. Y sentí un fuego intenso, ardiente y helado a la vez, descender por mi columna vertebral cuando se acercó a mi oído y, sin acabar de creérmelo del todo, susurró en mi piel, acariciando mi mejilla con la suya:

—Mis sobrinos y ese novio tuyo son la única barrera que me impide llevarte ahora mismo a casa para que pudieras sacar una conclusión propia basada en la experiencia.

Definitivamente, el rubor de mi rostro iba a tardar muchísimo en irse de ahí.

Capítulo 18

¿Qué haces esta noche, Wendy?

El tonto con Jorge continuó los días siguientes, mientras mis excusas para evitar a Jagger y darle una respuesta aumentaban en la misma medida.

Los vecinos me adoptaron de forma inmediata y pasaron a considerarme un elemento más de su extraña familia: tres críos y un bombero macizo que cuidaba de ellos, gracias a una excedencia que les permitía a sus padres seguir un tratamiento experimental como única esperanza de futuro.

Por algún motivo, me sentía sumamente a gusto con todo aquello. De repente, cuidar de los chicos con Jorge, distraerlos e intentar que estuvieran perpetuamente entretenidos, se convirtió en la razón principal por la que aquellas vacaciones no estaban siendo un completo desastre.

Pese a todo, estar cerca de él a veces no era fácil, aunque nos empeñamos en convencernos de que éramos solo amigos. Supongo que ambos manteníamos una distancia invisible que había impedido, desde la mañana del primer desayuno, que intimáramos hasta el punto de volver a tocarnos o subir el tonto a un nivel que pudiera escaparse de nuestras manos.

Yo tenía permanentemente presente la propuesta de Jagger dando vueltas dentro de mi cabeza de una manera dolorosa. Sobre todo, cuando me quedaba sola en el silencio de mi apartamento, algo que, cada día, me dolía un poco más.

Él trabajaba mucho y seguía viajando bastante, aunque me llamaba a diario y charlábamos como si fuéramos dos amigos manteniendo una cordial relación amistosa a distancia. Pero no era suficiente, ambos lo sabíamos. A mí me dolía en el alma no ser capaz de ofrecerle una respuesta y, por consiguiente, seguir levantando murallas entre los dos para evitar el momento de la verdad, en el que afrontaría mi futuro con o sin él.

Porque Jagger... Jagger era tan paciente que solo podía pensar en que ahí estaba la prueba de que realmente me amaba, porque respetaba mi tiempo, pese a que cada día que pasaba se hacía más insostenible mantener esa situación imposible.

Así que yo salía con Jorge y sus sobrinos. Y nos íbamos a la playa o de compras o al cine, y me olvidaba de que esa vida no era mía, ni de lejos, y que esas vacaciones se acababan de convertir en algo más extraño todavía.

Lo peor de todo era que no me resultaba difícil vivir esa vida prestada, jugar a las familias y ayudar a Jorge con dos preadolescentes que se peleaban a todas horas y un crío encantador más listo de lo que yo llegaría a serlo jamás. Si algo tenía claro era lo fácil que me estaba resultando enamorarme de ellos con una rotundidad incuestionable.

Me gustaba Álvaro y su hermético silencio imperturbable. Su caída de ojos, tan estudiada y casual al mismo tiempo, que era una cuestión de años que tuviera a todas las chicas de los alrededores muriendo de amor. Me gustaba cuando dejaba de picar a su hermana porque entendía que había llegado a su límite y que luego le sería más difícil recular y salvar la situación. También cuando se encerraba en sí mismo, pero se mantenía a una distancia prudencial, como demostraba su sonrisa de medio lado cuando nos escuchaba discutir acaloradamente a su tío Jorge y a mí sobre *Star Wars* o alguna de nuestras *frikadas* comunes.

También me gustaba Olivia, porque nunca perdía la ocasión para hacerme sentir bienvenida,

porque me pedía consejos que nunca antes le había dado a nadie, o porque se colaba en mi apartamento con cualquier excusa para acariciar a *Amidala* que, por supuesto, me había vendido alegremente por la vecinita y sus mimos.

Me gustaba Cayetano porque nunca borraba de su carita sonrosada una sonrisa de pillo que decía mucho más que las palabras. Porque me perseguía con preguntas para las que casi nunca hallaba respuestas sin recurrir (en secreto) a Google o porque se aovillaba en mi regazo como si nada cuando me quedaba en su casa a ver alguna película hasta muy tarde.

Y me gustaba Jorge. Sobre todo, me gustaba Jorge, porque no me metía prisa, ni esperaba nada de mí, ni tampoco me pedía que eligiera nada. Jorge simplemente estaba, y me distraía, me desafiaba en cada momento y no dejaba de mostrar un interés genuino en conocerme. Y yo también lo iba conociendo a él, poco a poco, en cada conversación, en cada excursión por los alrededores, en cada visita al centro comercial para repetir aquel primer desayuno perfecto, o en cada pequeña ocasión que requiriera mirarme con esa sonrisa suya tan cálida, esa que daban ganas de grabar en un vídeo o algo así para ponértela en esos días feos y grises en los que necesitabas rodearte de cosas y gente bonita.

—¿Cómo sabes si le gustas a un chico? —preguntó Olivia mientras apuraba su granizado de limón.

Estábamos en un chiringuito cerca de la playa, esperando a que Jorge y los muchachos volvieran de darse un baño. Hacía un calor tan sofocante como los días de atrás, un calor que ni el viento de levante lograba sofocar. Nosotras nos refrescábamos con dos bebidas frías (la mía con más grados que la de Olivia), mientras los chicos habían optado por la opción del baño en la abarrotada playa. Con el mes de agosto ya a tiro de piedra, la costa estaba a rebosar.

La miré risueña. A punto de entrar en esa etapa tan complicada como es la adolescencia, Olivia era tan prototípica que era imposible no contemplarla con una ternura de esas que nacen de lo más hondo del estómago. Era preciosa con su carita de niña buena y obediente, el pelo oscuro enmarcando un rostro simétrico y de facciones suaves, con el mentón levemente altivo y los ojos enormes y castaños, tan parecidos a los de su tío Jorge que no podían negar su relación genética.

—No sé si le estás pidiendo consejo a la persona adecuada —contesté rezando mentalmente para no acabar enterrada hasta el cuello por meterme en temas de los que, realmente, controlaba poco pese a mis muchos años.

No era ningún secreto que yo era un desastre en temas amorosos, aunque una cría de doce años me estuviera mirando como si yo fuera una gurú súper puesta en tales lides.

—Seguro que tú sabes más cosas que yo —añadió sin quitarme la vista de encima.

Yo procuraba centrarme en ella, de verdad que sí, pero no estaba cómoda con la conversación. No estaba preparada para que me desenmascarara y se diera cuenta de que, en realidad, no estaba a la altura en la que ella misma me había colocado después de su primera vez con el periodo.

—Bueno, los casi veinte años que te saco supongo que te darían la razón a eso.

—Y sin embargo...

—Sin embargo... ¿qué?

—Pues que creo que tú no tienes ni idea de cómo responder a la pregunta.

—Te diría que hay múltiples respuestas. ¿Te valdría algo como eso?

—Nop.

—Pues... —titubeé—. Pues las hay. Sí señor, claro que las hay. Lo sabré yo que casi tengo treinta años.

Iba a lanzarme a la piscina. Y no estaba segura de que abajo me esperara agua.

—¿Y cuáles son esas respuestas?

La observé con los ojos entrecerrados, odiando un poquito la situación y esa cara resplandeciente que indicaba que me estaba derrotando con una simple cuestión amorosa.

—Muchas. Sin duda... —volví a decir con tono dubitativo y tembloroso—. Sin duda...

—Sin duda, ¿qué? —Había tal inocencia fingida en su mirada de niña que tuve que reprimir una sonrisa. Qué *jodía* la chavala...

—Sin duda, me costaría mucho decidirme por una en concreto para empezar.

Se echó el pelo hacia atrás mientras sorbía de su pajita los restos ya inexistentes de su granizado de limón. Hacía un ruido molesto y reiterado que, sin embargo, no me irritaba ni la mitad que su descaro y el cachondeo que se le intuía tras esos gestos.

Me tenía acorralada. Y, en el fondo, me gustaba, porque hasta ese momento había pensado que Olivia era una cría de doce años reservada y comedida, incapaz de vacilarle a una tía que casi le triplicaba la edad. Pero no, ahí estaba... una cara nueva que me tenía acojonada y fascinada a la vez. Bravo por la mocosa, me la hubiera comido con patatas allí mismo.

—Inténtalo —me retó con una sonrisa bonachona que no escondía sus perversas intenciones—. Vamos, inténtalo.

—¿Necesitas saber cómo reconocer a un chico al que le gustes por algo en concreto? —volví a intentar escaquearme.

Se rio abiertamente pero no se ruborizó. Por más que Olivia me estuviera enseñando una faceta más osada y atrevida de sí misma, no se podía obviar el hecho de que cualquier niña de doce años se pondría como un tomate al oír cómo un adulto insinuara lo que yo acababa de insinuar. O era una maestra del engaño (cosa que estaba empezando a considerar en serio) o no quería hablar de ella (lo que me provocaba sudores fríos, casi helados, que no me gustaban ni un pelo).

—No —contestó sin que le temblara la voz, tan segura de sí misma que hasta la envidié—. Solo me gustaría saberlo por... porque sí. La información es útil siempre. Y me gusta saber cosas.

—Ah...

—¿Y bien?

—Y bien, ¿qué?

—Que si me vas a responder de una vez. Me da la sensación de que no quieres hablar de esto —me encaró con suficiencia.

—No sé por qué lo dices...

—¿Porque llevas un buen rato dándome largas? Te pareces a Álvaro cuando algo no le interesa y trata de sacudírseme de encima.

—Eso es algo que nuestros Álvamos tienen en común —aseguré, satisfecha porque parecía que había conseguido desviar su atención del tema.

—Lo has vuelto a hacer.

—¿El qué?

—Intentar despistarme.

—Yo no hago tal cosa —contesté airada. Mostrarse ofendida era también una buena manera de salirse por la tangente y continuar haciéndome la loca.

—¡Lo haces! —exclamó al borde del enfado.

Me estaba pasando un poco, eso lo sabía. Podía decirle que no me gustaba mucho hablar de eso porque mi experiencia limitada me impedía dar consejos o que yo no era la persona indicada para hablarle de chicos a una preadolescente porque no me correspondía a mí hacerlo. Pero

tampoco me atrevía, ni a desenmascararme ni a herir sus sentimientos y eso no me dejaba muchas salidas.

—Verás, Olivia —traté de calmarla colocando uno de sus mechones rebeldes detrás de su oreja. Noté cómo se calmaba bajo ese gesto inocente y tierno, y reprimí una sonrisa—. No trato de evitar contestarte, pero es verdad que el tema no es fácil.

—¿Por qué?

—Pues porque te hartarás de oír que las mujeres somos las complicadas, pero eso es mentira. Podemos llegar a ser tremendamente enrevesadas y hasta un poco inconsistentes en algunos temas que tienen que ver con los chicos y las relaciones, pero te aseguro que ellos no se quedan atrás.

Me miró perpleja durante un par de segundos, como si le estuviera hablando en chino y no pude evitar reírme para mis adentros. Sí, quizá le estuviera hablando en chino mandarín, lo mío desde luego nunca había sido la elocuencia.

—No te entiendo —confesó revolviéndose en la silla que ocupaba.

—Quiero decir que los chicos también son complicados por más que vayan de simples y que, a veces, hacen cosas que no tienen mucha explicación en lo referente a las chicas.

—¿Qué clase de cosas?

—¿Qué sé yo? —intenté argumentar aún sin tener mucha idea—. Confundirte. Invitarte sin condiciones a quedarte en un apartamento precioso. Decirte que te quieren sin apenas conocerte. Pedirte que te cases con ellos sin tan siquiera haber logrado dar con el beso perfecto, y no digamos ya con el polv... Quiero decir, o sea, no sé lo que quiero decir, pero creo que me entiendes.

—Ni remotamente.

Se me estaba enredando demasiado la situación. ¿En qué momento esto se había convertido en algo personal? Si me dejaba llevar, siempre acababa volviendo a Jagger y, joder, no creo que una niña de doce años fuera la mejor interlocutora para algo así.

—Lo siento... siento confundirte tanto —confesé sin lograr borrar de mi mente lo perdida que todo eso me hacía sentir—. Como dijiste al principio, no tengo ni idea de cómo contestar a tu pregunta.

—Yo creía que sería más fácil —admitió Olivia con una sonrisilla mucho más inocente que la que había esgrimido apenas un minuto antes—. Algo así como fijarte en si un chico te mira como te mira a ti el tío Jorge o si te tira del pelo en el recreo, que es lo que dicen en las series chorras de Disney Channel para adolescentes.

Mi corazón se paralizó por espacio de un par de segundos y la garganta se me secó de repente. Me costaba tragar, pero me obligué a mirarla directamente y hacer la pregunta pertinente.

—¿Qué has dicho?

—Que lo dicen las series chorras de Disney Channel.

—No, lo otro —logré balbucear mientras buscaba aire que volviera a poner mis pulmones en marcha.

—¿Lo de que te tiren del pelo? Ya sé que ese mensaje es una mierda y que no tenemos que permitir esa clase de comportamientos...

—No, lo otro —susurré—. Lo de...

—¿Lo del tío Jorge?

Asentí despacio, asustada por lo que esa afirmación podía encerrar. Jorge... Jorge y sus ojos amables, dulces, tiernos. Jorge y su sonrisa cálida. Jorge, mi vecino, mi amigo... Jorge, el chico al que me había intentado negar a ver como alguien al mismo nivel que Jagger para no complicarme

la vida (más aún). Y ahora Olivia lo convertía en una complicación, quién sabe si a propósito, que no iba a ponerme fácil las cosas.

¡Joder! Cómo si no fueran ya lo suficientemente complicadas como para añadir otro toque de emoción.

—Creo que al tío Jorge les gustas. Te mira así como si quisiera irse contigo al fin del mundo.

Sonrió satisfecha, sin despegar sus ojos de los míos. Esos ojos que se parecían a los de su tío, y que, de repente, me costaba sostener sin sentir que algo dentro se desmoronaba.

—¿Dónde habrás aprendido tú esas cosas? —Me reí nerviosa, como si así pudiera restarle seriedad a una afirmación que había puesto patas arriba cosas que daba por sentadas, como sentirme segura cerca de Jorge.

—En las series chorras de Disney Channel, supongo —aseguró circunspecta, como si eso lo explicara todo.

No pude evitar reírme y, acercándome a ella, le revolví el pelo mientras le guiñaba un ojo.

—Sin duda, ahí es donde se concentra toda la sabiduría sobre el amor estos días.

—¿Dónde, si puede saberse, se concentra la sabiduría sobre el amor estos días?

La voz profunda y socarrona de Jorge me hizo dar un bote en la silla. Había aparecido por detrás de mí, de vuelta de su baño con los chicos. Me giré, nerviosa, y lo contemplé en todo su esplendor.

Estaba empapado, y miles de gotitas le recorrían el rostro y el torso, destacando sobre su piel dorada por ese sol que nos machacaba sin piedad. El pelo, retirado hacia atrás, dejaba ver todas sus hermosas facciones, destacando la calidez de sus hermosos ojos de chocolate. Sus labios, curvados en una sonrisa, me parecieron más apetecibles que una caña de cerveza bien fría en un día tan asfixiante como aquel y tuve que refrenarme para no ponerme de pie y acariciárselos como me pedían todos mis sentidos.

«*Maldita seas, Olivia*».

Acababa de sembrar en mi cabeza una semilla peligrosa que podía ponerlo todo del revés con un solo movimiento en falso. Porque a mí Jorge me gustaba, claro que sí, porque era una buena persona, una persona fascinante y generosa que me estaba gustando conocer. Pero estaba Jagger y hasta ese momento no me había querido permitir pensar en Jorge como algo más que un amigo. Mi mejor amigo en aquel lugar. Algo que no podía cambiar porque todo se podía desmoronar.

«Dios mío. *Lo que me faltaba*».

—No nos hagas caso —traté de desviar la atención sobre nuestra charla de chicas con final inesperado. No podía evitar pensar en que mi tono nervioso acabaría por delatar mis pensamientos erráticos y absurdos sobre su persona—. Son solo tonterías.

—¿Desde cuándo el amor es una tontería?

No pude resistirlo. Me quedé anclada a sus ojos que, de repente, ya no eran cálidos, sino ardientes, abrasadores. A su sonrisa, que ya no era bonita, sino sexy, arrolladora. A su forma de desafiarme con todo su cuerpo, que ya no era el de un amigo, sino el de el objeto de mis deseos más profundos. Madre mía, hubiera sido capaz de lamer sus pectorales húmedos ahí mismo, hubiera sido capaz de devorarlo a besos hasta hacer que se fundiera conmigo, hubiera sido capaz...

«Tía, *céntrate, joder, que no eres un animal en celo*».

—¿Y bien?

Volví en mí, deseché todos los pensamientos que tenían un componente sexual de mi cabeza e intenté centrarme, de algún modo, en la conversación que debía tener toda mi atención si no quería

delatar el despliegue errático y ardiente que estaba sucediendo justo en el centro de mis entrañas.

—¿Perdona?

—Que desde cuándo el amor es una tontería. Me gustaría saberlo.

Lo preguntaba sonriendo, pero con genuina curiosidad, como si de mi respuesta dependieran las leyes cósmicas sobre el amor, como si yo fuera una entendida en el tema cuya apreciación significara algo realmente. Si él supiera... si él supiera lo poco que yo sabía de todo, lo inexperta y pava que era, no me miraría como si las respuestas y yo pudiéramos conjugarnos en la misma frase.

—Pues... pues... —Lo de aturullarme empezaba a ser algo de lo más habitual. Y lo detestaba—. Pues no... no es ninguna tontería. Efectivamente.

No desvió ni un milímetro sus penetrantes ojos de los míos mientras asentía despacio y yo me derretía como el helado de chocolate en una tarde calurosa como aquella. Odiaba ser consciente, de repente, de su magnetismo animal y de su atrayente atractivo. Lo odiaba de la misma forma que me estremecía por dentro.

—Eso mismo pienso yo —sonrió mientras alargaba la mano sobre mi espalda para tomar la toalla que descansaba en la silla de al lado a la mía.

Noté cómo un escalofrío que no pude controlar subía a lo largo de mi columna vertebral, estremeciéndome de pies a cabeza, cuando sus dedos apenas rozaron la piel de mi espalda al ir a tomar la toalla. El vello de mi nuca y de mis brazos se erizó como si hubiera pasado un ángel, y mi garganta se cerró de golpe, impidiéndome que tragara la saliva que se había acumulado en mi boca ante la sensualidad de aquel movimiento casual.

Me sacudí la cabeza, sacándome de ese estado extraño de excitación anticipada, como de sueño erótico imprevisto al que las palabras de Olivia me habían llevado. Esa no era yo. Esa no era yo con Jorge y tenía que encontrar el modo de volver a pensar en él como mi amigo y no como ese oscuro objeto de deseo que no te deja pensar con claridad.

—Bueno yo... yo me tengo que ir —acerté a decir hallando algo de cordura en mi interior—. Tengo cosas que hacer.

En realidad, apenas eran las cinco y media de la tarde y no tenía ni un solo plan, pero consideré al instante que era mejor que diera un largo paseo o me metiera debajo del chorro de agua fría de la ducha de mi apartamento antes que seguir allí delante y acabar metiendo la pata (en lo cual yo solía ser una auténtica experta).

—¿Ya? —La pena de la cara de Jorge me enterneció y me dieron ganas de quedarme, pero, afortunadamente, Olivia me ayudó inconscientemente.

—Yo también me voy —dijo entusiasmada mientras se quitaba la camiseta—. Cayetano me está llamando desde la orilla.

Salió corriendo hacia la orilla del mar, donde sus hermanos estaban construyendo algo de dimensiones monstruosas con arena y una desbordante imaginación arquitectónica. Quedarme a solas con Jorge era aún peor idea que quedarme con él y con su sobrina, así que mi determinación de salir huyendo se incrementaba a cada paso que Olivia daba separándose de nosotros.

—Ya nos veremos... —me despedí cogiendo mi bolsa de playa de la silla de al lado a la que había ocupado.

—Espera.

Su mano se posó en mi brazo, con suavidad, y volví a sentir ese escalofrío y una tremenda descarga eléctrica que me sacudió por dentro como si hubiera estado a punto de electrocutarme. Aquello no era normal, necesitaba alejarme y tomar algo de perspectiva.

—¿Qué haces esta noche, Wendy? —preguntó con una sonrisa dulce en los labios. Estaba claro que él no estaba pasando por nada parecido a mis tormentas interiores.

—Nada... supongo que quedarme en casa a ver la tele o leer un libro.

—Ven a cenar. Pedimos unas pizzas y vemos algo en Netflix.

No me apetecía mucho estar sola, la verdad, pero tampoco estar pensando en cosas indecorosas que tenían como protagonista a mi vecino buenorro. Se me hacía una tortura estar pensando en controlar mis emociones o mis pensamientos, aunque era cierto que antes nunca me había pasado nada de eso con él, al menos de forma tan intensa y descontrolada. Quizá debía recordarme con más ahínco que él era solo un amigo y que las palabras de Olivia no eran más que eso, palabras. Y esas palabras no tenían por qué cambiar mi relación estable de sana amistad con Jorge y su familia.

Habíamos pasado varias noches en alguno de los apartamentos, los cinco juntos, con cena encargada a alguno de los restaurantes con servicio a domicilio de la zona y una peli o serie de Netflix. Esa noche no tenía por qué ser diferente a las otras. Incluso puede que me viniera bien para normalizar mis descabellados deseos (estaba claro que llevar en ese lugar casi un mes y no haber satisfecho mis expectativas sexuales con Jagger estaba empezando a pasar factura en mi libido desatendida).

—¿Tienes en mente algo en concreto?

—Hmmmm, ¿Te gusta la ciencia ficción, los viajes en el tiempo?

—Claro.

—*Doce monos*, entonces.

—Ya la he visto.

—¿La serie?

—¿Hay serie?

Se rio durante un par de segundos antes de rodear mis hombros con su brazo y hablarme muy cerca.

—Hay serie —confirmó—. Y es muy buena. Mejor que la película. Te va a enganchar tanto que no querrás irte nunca. Te lo garantizo.

Tragué saliva con dificultad. Ese, quizá, era el problema. Que empezaba a darme cuenta de que existía una ligera probabilidad de no querer irme nunca.

De su lado.

Y eso era un problema de los gordos cuando otro tipo esperaba paciente a que decidieras aceptar a casarte con él.

Capítulo 19

Me vuelves loco, Wendy

Aquella tarde, antes de darme una ducha rápida y prepararme para la sesión de series y comida rápida en el apartamento de al lado, llamé a mi madre para intentar ablandarla de algún modo.

Apenas se dignó a cogerme el teléfono para soltarme, de corrido y sin dejarme meter baza, que había conseguido que mi padre la sacara de casa y que estaban pasando unas románticas vacaciones en algún punto indeterminado que se negó a compartir conmigo. Ni siquiera me dejó hablar con él ni profundizar más en el tema en cuestión: hacía veinticinco años que no hacían eso de cogerse unos días de veraneo fuera de Madrid.

Mi siguiente llamada fue aún menos fructífera. Jagger me había dejado un mensaje esa tarde en el que me pedía que le acompañara al día siguiente al club de golf para desayunar allí y hablar de *algo importante*. En mi fuero interno sabía (y deseaba) que ese algo fuera su propuesta de matrimonio. Deseaba con todas mis fuerzas agarrar el toro por los cuernos y no demorar más esa absurda tensión que me mantenía agitada y nerviosa a todas horas. Ojalá Jagger quisiera una respuesta y yo, acorralada, no tuviera más remedio de revelarle una. De revelármela a mí misma también, ya de paso.

Le llamé, pero él tampoco estaba disponible. Le dejé un mensaje en el buzón de voz, confirmándole que nos veríamos a las nueve en el club. Añadí, además, que tenía muchas ganas de verle y me volví a dar un par de tortazos mentales por haber estado evitándole ese par de semanas. Porque era algo horrible, eso lo sabía, no se evita al hombre de tus sueños tras una propuesta matrimonial con la que llevas soñando desde los quince años.

Una vez cumplidos mis compromisos telefónicos, me preparé para la noche informal en casa de los vecinos. Me puse unos pantalones cómodos y sencillos, negros con estampado de florecillas azules. Eran amplios e ideales para acabar repantigada en el sofá viendo la tele. Los combiné con una camiseta negra de tirantes y me recogí la melena, aún algo húmeda, en una cola de caballo bien tirante, que era algo que estilizaba mucho los rasgos de mi rostro sin necesidad de utilizar ni una gota de maquillaje.

No quería parecer que me hubiera preparado a conciencia para aquello. Era solo un rato con los niños y con Jorge, ver la tele, reírse, comer carbohidratos hasta reventar... tampoco había que emperifollarse como para posar en el *Hola*.

A pesar de que aquello lo habíamos hecho ya varias veces, no pude evitar que mi corazón batiera algo acelerado dentro de mi pecho cuando toqué el timbre del apartamento de al lado. Era una tontería, Jorge y yo no teníamos nada más que amistad (aunque, a veces, me erizara la piel y se me alteraran los sentidos en su compañía). No había nada de lo que preocuparse. Mi relación con Jagger, por extraña e indefinible que fuera, estaba a salvo.

Me abrió Jorge, colocándose una camiseta interior de color negro sobre su pecho pétreo y maravillosamente bien definido.

«*Empezamos bien, guapa*».

Creo que mis ojos se salieron ligeramente de mis órbitas al contemplarle. Lo había visto sin camiseta más veces, obvio, esa misma tarde en la playa, sin ir más lejos. Pero el gesto, la

familiaridad, la sensualidad y mi mente, calenturienta de nuevo, se juntaron para sofocarme como si la temperatura del salón se hubiera incrementado, de golpe, doscientos o trescientos grados.

Tan afectada me dejó aquel recibimiento, tan embobada estaba con las vistas que Jorge me estaba ofreciendo, que tardé un par de segundos más de lo habitual en darme cuenta de algo que no me cuadraba en absoluto: el silencio.

No se oía nada salvo nuestras respiraciones, de repente acompasadas,
Joder, no se oía NADA.

—¿Y los chicos? —pregunté con la voz trémula y cubierta por el miedo. De su respuesta dependía mi salud emocional de los próximos minutos.

—Con mi madre, en El Puerto de Santa María.

Se me paró el corazón y se me cruzó por la mente la idea de salir corriendo en ese preciso momento. Desde que había conocido a sus sobrinos, no habíamos estado solos en ningún momento. No al menos solos en un apartamento cerrado y privado, con tantas opciones como ese.

Hasta esa misma tarde, probablemente no me hubiera preocupado ni un poco saber que me vería en esa situación con él. Pero entonces, con una mezcla de locura transitoria por la falta de Jagger en mi vida durante varios días y las fantasías que Olivia había conseguido plantar en mi cabeza, deliberada o inconscientemente, aquello no era otra cosa que una bomba de relojería con un temporizador que no tardaría en llegar a cero, haciendo que todo a nuestro alrededor saltara por los aires.

Debía poner una excusa y largarme. Ya. Pero no era tan fácil. No lo era en absoluto cuando ese chico dulce y de ojos encantadores, te miraba como si te hubiera fallado por ocultarte algo tan fundamental como la información básica sobre la ausencia de sus sobrinos. Daban ganas hasta de abrazarlo hasta lograr consolarlo.

—¿No te lo dije esta tarde? —Definitivamente, había culpa en su voz.

—Nop...

—Pues no están. Mi madre insistió en darme un fin de semana libre. Cree que podrá manejarlos, la muy ilusa.

Una sonrisa burlona cruzó su rostro, diluyendo un poco esa sensación de culpabilidad por no haberme dicho toda la verdad. Me gustaba Jorge cuando rebajaba la tensión con una broma, con un comentario jocoso y cargado de alegría, que siempre conseguía que dejara de importarte lo que le había motivado a soltarlo. Era un don. Uno maravilloso que no mucha gente poseía y que era verdaderamente útil. Como en aquel momento... en aquel maldito momento en el que yo, aún, ni había puesto un pie dentro de aquel apartamento que, de repente, se me antojaba el lugar menos indicado para estar.

Luché contra mis caóticos pensamientos, intentando dar con la excusa perfecta para largarme de allí y encerrarme en la seguridad de mis cuatro paredes, justo a dos metros de esa casa. Pero él fue más rápido y, tomándome de la mano, me introdujo dentro del salón, y me señaló el sofá, donde estaba todo preparado para una desenfadada y relajada noche de Netflix y pizzas.

«Para dos».

—Me he tomado la libertad de pedir, para no tener que esperar por el pizzero y que nos corte el rollo —dijo mientras se acercaba a la cocina para sacar dos cervezas heladas del frigorífico. Eran dos cervezas de mi marca favorita. Había pensado en todo.

—¿El rollo? —reí nerviosa.

—No seas malpensada —añadió guiñándome un ojo—. Ya sabes, que no empezemos la serie y tengamos que parar a mitad de faena.

—No estás siendo nada apropiado para describir esto —le chinché un poco más relajada. Curiosamente, bromear sobre ello parecía quitarle gravedad al asunto y mis nervios se iban aflojando mientras me reía con él y me acercaba al sofá—. Rollo, faena... si no te conociera mejor, diría que intentas llevarme al huerto.

—Pues, en realidad, no me conoces tan bien.

Me gustaba mucho ese ambiente de bromas cordiales que parecían quedarse allí. Podíamos tontear con palabras, porque contra eso podía luchar. Si me tocaba por accidente o me dedicaba esa caída de ojos tan sensual e irresistible, no aseguraba que no acabara lanzándome a sus brazos. Pero con las palabras me sentía a salvo, así que no iba a dejarlas de lado mientras tuviera la oportunidad.

Porque sentirse a salvo era fundamental para no salir huyendo. Y, francamente, no me apetecía nada en absoluto hacerlo.

Me senté frente a la tele y abrí una de las dos cajas de la pizzería de un par de calles más abajo, de la que los cinco éramos adictos. A Jorge le chiflaba la carbonara. Yo era más de la cantábrica, que en ese sitio preparaban con mucho salmón, anchoas, tomate en rodajas y alcachofas. Era una mezcla rara pero muy sabrosa, que superaba con mucho al resto de pizzas que había probado en mi vida.

—Oye, y si tienes la noche libre de sobrinos, ¿no preferirías emplearla en salir por ahí? ¿Quedar con gente? ¿Conocer chicas? ¿Hacer las cosas que se hacen de vacaciones en un sitio como Sotogrande? —pregunté cuando tomó asiento a mi lado y él también abrió la caja de su pizza.

Me contempló por espacio de dos segundos, con los ojos joviales y una sonrisa burlona colgándole de las comisuras de sus labios.

—¿Y qué cosas se supone que son las que se hacen de vacaciones en un sitio como Sotogrande?

—Ya sabes, ir a una discoteca, beber hasta perder el sentido, entrarles a tías, tirarte desde los balcones a las piscinas borracho perdido...

—Eso es Magaluf.

—Sí, bueno, pero aquí también hay balcones. Y piscinas. Podrías hacerlo si quisieras

—¿Sabes? No me interesa. Ni esa ni ninguna de las cosas que se hacen de vacaciones en un sitio como Sotogrande. Ninguna salvo la de quedar con mi vecina para ver una serie de viajes en el tiempo y comerme una pizza carbonara con extra de cebolla en su compañía.

Al decirlo, sus pupilas, clavadas en las mías, se encendieron con un fuego peligroso que ponía todas las cartas sobre la mesa de nuevo. No era ningún secreto que existía una innegable química y una atracción palpable entre los dos. La duda que surgía era si íbamos a ser capaces de mantener todo eso a raya sin los críos a nuestro alrededor, actuando de muro de contención.

Me costó la vida entera separarme de su mirada encendida para posarla en el televisor, ya preparado con la serie que él había elegido. Tomé el mando a distancia y apunté al aparato. Era mejor recuperar el límite que establecían sus sobrinos cuyo papel, en su ausencia, bien podía ocupar una televisión de cincuenta y cinco pulgadas.

Pese a que en mi interior giraban como un torbellino las emociones, logré centrarme en la serie y disfrutarla como una niña. Me encantaba la ciencia ficción desde que podía recordar, y la temática de viajes en el tiempo solo hacía que engrandecer ese género. *Doce monos* estaba resultando ser toda una revelación, y no paramos de comentar cosas mientras la disfrutábamos. Además, Jorge era de los míos, y prefería ver las películas y las series en su versión original, sin

doblaje de por medio, y con subtítulos, algo que descubrimos aquella noche, la primera en la que veíamos la tele sin los tres monstruitos que, normalmente, eran los jefes supremos de las elecciones televisivas.

Al concluir el tercer episodio, que nos encontró tumbados en el sofá, cada uno con la cabeza en un reposabrazos, Jorge paró la reproducción y se incorporó ligeramente.

—¿Quieres seguir o lo dejamos para mañana? —preguntó con la voz cansada, lo que me dio a entender que quería irse ya a la cama.

Era viernes por la noche, era raro que a las doce y media alguien de su edad ya quisiera acostarse, pero estaba convencida de que estaba hecho polvo después de tantos días haciendo de padre y madre de tres chavales a tiempo completo.

—¿Te encuentras bien?

La pregunta me salió casi como un susurro, como si temiera molestarle al hacerle una cuestión tan personal. Me miró muy serio durante tres segundos que se me hicieron eternos y, al final, sonrió torciendo casi imperceptiblemente la boca, aunque no lograra que la sonrisa le llegara a los ojos, donde siempre solía explotar e inundar de calidez su mirada oscura.

—Mi hermana y mi cuñado vuelven el domingo.

Desvió la mirada hacia la tele donde el episodio que acabábamos de terminar permanecía en pausa. Había algo extraño en su voz y sentí la imperiosa necesidad de saber qué era.

—¿Y eso es bueno o malo?

Eso sí que me dio miedo preguntárselo. Saber si volvían de Estados Unidos porque habían vencido al cáncer o si este les había derrotado en la lucha infernal que habían mantenido.

—Vuelven para descansar. El tratamiento les permite un par de semanas de receso y quieren ver a los niños. Carlos lo necesita, creo que más que los medicamentos o lo que sea que reciba allí.

Aquella revelación, de repente, me pareció sumamente importante. Me alegraba mucho que los padres de los chicos volvieran, porque estaban en una edad difícil y los padres siempre eran los padres, sobre todo si existía la posibilidad real de perder a alguno de los dos en un futuro cercano. Pero me entristecía la posibilidad de dejar de ver a Jorge a diario, de saber que estaba en la puerta de al lado. Me aterraba perder aquello, lo que quiera que fuera, que habíamos empezado a construir en aquellos días extraños de ese verano aún más raro.

Me sacudí la pena de comprender que pronto nos tendríamos que separar y esboqué una sonrisa triste que no supe si él llegó a creerse.

—A mí me parecen unas magníficas noticias. Los chicos se alegrarán muchísimo de ver a sus padres—aseguré tragándome el nudo que me atenazaba la garganta.

Jorge asintió despacio, mientras volvía a clavar en mí su mirada, tan apenada como parecía estar la mía al contemplarle a él.

—¿Puedo preguntarte algo?

Volvió a asentir con un gesto pequeño, pero conforme, un gesto lleno de intimidad y confianza que me animaba a preguntar lo que necesitara saber, sin miedo a meter la pata.

—Si vuelven y eso va a suponer que tú podrás recuperar tu vida, ¿por qué no quedarte este fin de semana con ellos, en plan despedida?

Se pasó una mano por la incipiente barba que pugnaba por abrirse paso a lo largo de su mandíbula y se tomó un par de segundos en contestar.

—Ha sido un poco a la desesperada. Mi madre llevaba un par de semanas sin verlos y, con mi hermana en casa, eso se podría alargar mucho más.

Mi gesto de interrogación al levantar las cejas en su dirección le dio la pista que necesitaba para seguir explicándose. Me gustaba que nos pudiéramos comunicar sin abrir la boca, solo con mirarnos y hacernos un gesto cualquiera. Era diferente a todo cuanto había vivido antes con nadie en el mundo. Si exceptuábamos a Jessica, claro.

—La relación de mi madre con Laura es muy complicada desde que murió mi padre.

—No sabía que tu padre hubiera muerto. Lo siento.

—Fue hace tres años —explicó compungido, como si aún le hiciera daño su ausencia. Algo que, seguramente, era cierto—. Llevaba un tiempo retirado del servicio activo en el parque de bomberos porque le habían detectado una patología coronaria de cierta gravedad, después de una salida en la que resultó herido. Siguió trabajando, aunque le pasaron a tareas de gestión y, aunque echaba de menos la acción del servicio diario, no lo llevaba mal del todo.

»Una mañana, cuando iba a trabajar, le falló el corazón. Literalmente se le partió dentro del pecho, y perdió el control del coche. Se estrelló contra una floristería en la que, afortunadamente, no había nadie a esas horas. Lo irónico es que fue mi unidad la que acudió a sacarle del coche en el que se había quedado incrustado y yo el primero que me bajé del camión ese día, porque había cambiado mi turno por el de noche, para irme el día siguiente con mi novia a Las Azores de escapada romántica.

»Estaba a punto de acabar el turno cuando recibimos la llamada. Era como si todo se hubiera confabulado para que yo llegara el primero a su coche.

Me estremecí de la cabeza a los pies ante su relato desgarrador. Su voz, dulce y profunda, había ido perdiendo vida a medida que me contaba aquel trágico suceso, aquella casualidad cruel y devastadora. Me coloqué más cerca de él, para que notara mi calor y mi entera conmiseración hacia él. Alargué la mano y toqué el dorso de la suya, apretándola, demostrándole que me podía contar eso y lo que quisiera, que estaba allí para escucharle y consolarle, si era eso lo que necesitaba justo en ese momento.

Me lo agradeció sonriendo. Otra sonrisa triste que me rompió un poquito el corazón pero que quise recompensar con un apretón en su mano aún más cargado de ánimo.

—Desde que le dieron el diagnóstico de la enfermedad de corazón, mi hermana siempre le había insistido a mi padre para que se prejubilara, que pidiera la baja, la incapacidad o lo que fuera, pero él nunca quiso escucharla —siguió—. Laura siempre ha sido igual de terca que él, y era una auténtica lucha de gigantes, un tsunami que nos arrasaba a todos.

»Cuando murió, en el dolor más insoportable que seguro que estaba padeciendo, se encaró con mi madre en mitad del funeral. Le echó en cara que, si hubiera apoyado su petición de no seguir trabajando, mi padre seguiría vivo. Mi madre mandó sacarla de allí, la expulsó del funeral de mi padre y fue la cosa más horrible que he presenciado jamás. No te imaginas la escena ni por un segundo. La vergüenza, el dolor, la rabia que ellas se mostraron...

»Desde entonces, se evitan y yo tengo que inventarme excusas tontas para que los niños puedan ver a su abuela, como el día que llegué y me los llevé con ella, contándoles a todos una milonga de las buenas, o dejándoselos *in extremis*, solo dos días antes de que Laura regrese e impida que se vean quién sabe por cuánto tiempo más.

Nos quedamos callados los dos. Él, porque había concluido su explicación. Yo, porque no tenía ni idea de qué decir al respecto. Me parecía una historia terrible, pero yo no era nadie para juzgar. Mi propia familia, sin llegar a esos extremos, no andaba pasando por su mejor momento. Mi madre apenas soportaba mantener una conversación telefónica conmigo que superara los dos minutos. Por el amor de Dios, si me había echado de casa hacía solo un mes.

—Menuda familia, ¿eh? —dijo con una pena infinita impregnando sus palabras.

Se encogió de hombros y se terminó de incorporar en el sofá. Yo hice lo mismo, imitándole, quedando más juntos que nunca, casi piel con piel. Él se volvió de cara a mí y yo simulé una sonrisa triste, que quise que fuera consoladora.

—¿Sabes lo que decía Tolstói sobre las familias?

Negó con la cabeza, sin apartar sus ojos oscuros de los míos, invitándome a contarle lo que el maestro de la literatura rusa tenía que decir a propósito del tema que nos ocupaba.

—*Ana Karenina*, del gran Leon Tolstói, comienza de la siguiente manera: *Todas las familias felices se parecen unas a otras, pero cada familia infeliz lo es a su manera* —expliqué—. O, lo que es lo mismo: que cada uno tenemos lo que tenemos, no hay familias perfectas.

Rio sin ganas mientras se levantaba hasta el frigorífico por dos cervezas más. Las abrió y me tendió una de las botellas heladas.

—Sí que las hay —dijo sentándose de nuevo muy cerca de mí—. En el cine las hay.

—Uy, en el cine es donde más ejemplos puedes encontrar de familias imperfectas, infelices y rotas. Sobre todo, en el cine de los cincuenta y los sesenta, donde se hacían disecciones maravillosas sobre familias desestructuradas y vueltas del revés.

Levantó una de sus cejas en un gesto interrogativo y un destello de sorpresa genuina cruzó su rostro.

—¿Qué? ¿Creías que solo me gustaba *Star Wars* y la ciencia ficción? De hecho, mi película favorita de todos los tiempos es *La gata sobre el tejado de Zinc*, estrenada en 1958 —dije con un aire de suficiencia que a punto estuvo de hacerle reír a carcajadas, cosa que, tras su reciente confesión sobre la muerte de su padre, no pude celebrar más.

—Hmmm —masculló mientras posaba su mano sobre el mentón en un gesto de clara burla hacia mis palabras—. ¿Así que tú eres de esas, eh?

Con cada frase que intercambiábamos, Jorge volvía a ser más Jorge y eso me gustaba muchísimo. Porque el Jorge alegre y desenfadado me hacía feliz, mientras que el apagado y taciturno, me llenaba de una inquietud con la que no estaba segura de saber batallar.

—De esas ¿cómo?

—De esas que les gusta el cine antiguo, tan sensiblero y sobreactuado.

Ahogué un grito de indignación y reprimí golpearle el hombro con toda la furia de mi enfado ante esa difamación sobre una de las mejores épocas de la historia del cine. Había que contraatacar.

—Hmmm —le imité el gesto—. ¿Así que tú eres de esos, eh?

—De esos, ¿cómo? —me parafraseó a su vez, entrando en mi juego. Su sonrisa ya era la de siempre, la sonrisa que te envolvía y te reconfortaba como un chocolate caliente una noche fría de invierno.

—De esos que creen que el cine lo inventó Spielberg en 1980 —le atacé, sacándole la lengua en señal de triunfo.

—Uy, no te equivoques, guapa. Se inventó en 1977 y lo hizo George Lucas con una peli que creo que conoces muy bien...

—¿Consideras que el cine comienza a partir de *Star Wars*?

—Obvio.

—Cuánto tienes que aprender, mi pequeño *padawan*...

Se recostó en el sofá sin borrar la sonrisa socarrona de sus labios, curvados de forma tan sensual que daban ganas de comérselos. Al posar su cabeza sobre el cabecero, su cuerpo se

separó ligeramente del mío, y juro que sentí cómo el frío se instalaba en el mínimo hueco que había aparecido entre los dos.

—¿Y qué pretendes enseñarme?, ¿lo distintos que somos?

Me estaba retando. Lo veía en su postura, su cuerpo relajado pero provocadoramente alerta, como si se estuviera preparando para un ataque o algo así. Lo veía en sus ojos, cautelosos pero atentos. Lo veía en la sonrisa, llena de intenciones y desafío.

—¿Distintos en plan a mí me gusta el cine clásico y a ti el contemporáneo?

Me puse a su altura. Recosté mi cuerpo cerca del suyo y lo miré con el mismo gesto retador. Estábamos jugando a algún tipo de juego y, a mí, de repente no me apetecía parar.

—O en plan a ti te gustan los gatos y a mí los perros —dijo señalando a *Anakin*, que dormitaba en su cama, a dos metros de nosotros y ajeno a toda nuestra conversación.

—O en plan tú prefieres darte un chapuzón en la playa mientras yo que quedo tomando unas cañitas en el chiringuito.

Mi voz se había convertido en un hilo grave, cargado de cierto deseo que no tenía ni idea de cómo contener a esas alturas. Sus pupilas, oscurecidas por un anhelo semejante, me escrutaban como si me fueran a devorar. Un cosquilleo y un calor recónditos comenzaron a recorrerme por dentro, derritiendo unas defensas que me había empeñado en no tener que utilizar. No allí, no con Jorge. No esa noche.

—O en plan tú estás hecha un lío y yo lo tengo claro... tan, tan claro.

Tragó saliva y adelantó su mano, ligeramente temblorosa, para retirar de mi cara un mechón rebelde que se había escapado de mi coleta alta. Lo colocó detrás de mi oreja, dejando el reguero ardiente que su tacto provocaba en mi piel al acariciarla.

—Me gustas. Me vuelves loco, Wendy.

En ese preciso momento, en ese en concreto, odié no haberle sacado aún del error de mi nombre. De no contarle que ese era solo un nombre cariñoso que nació como un chiste jocosos a mi costa y que, poco a poco, acabó por definirme. Algún día se lo contaría. Eso, todo, pero no en ese instante en el que sus ojos refulgían por el fuego del deseo que a mí me estaba arrasando por dentro.

—Desde ese día que te conocí en mi coche, en el viaje —siguió con la voz tomada por las ganas—. Desde que te volví a ver en la puerta de al lado. Desde que me despertaron tus gritos en plena noche. Desde que rescataste a Olivia en ese baño de ahí. Desde que estás tan presente, aquí, con nosotros, a diario... estoy loco por ti. Dios, no puedo sacarte de la cabeza aunque me empeñe, y es que tampoco quiero hacerlo. Porque me gusta estar contigo, y verte, y hacerte reír, y hasta no verte e imaginarte al otro lado de la pared me gusta. Así de enganchado me tienes...

Se me electrificaron todas las terminaciones nerviosas al escucharle y sucumbí sin remedio al poder de esas palabras como nunca antes lo había hecho, quedándome muda, petrificada, pero mirándole como si aquel hombre hubiera acertado la combinación imposible de una caja fuerte inexpugnable.

Y juro por Dios que, en un primer momento, en ese momento justamente, no me acordé de Jagger ni de que él esperaba una respuesta. No me acordé de que había alguien que contaba con mi lealtad ni que yo no era enteramente libre, no lo sería mientras no me soltara de la soga que esa contestación que Jagger necesitaba saliera de mi boca. Un sí o un no que lo definiera todo, que lo encauzara, que le diera sentido a mi existencia. Que determinara si era Jagger o era Jorge. Si iba a ser valiente y, algún día, iba a atreverme a dejarme querer de verdad por alguien que no fuera mi familia o mis amigos.

Se inclinó sobre mí, no demasiado, porque ya estábamos mucho más próximos de lo que el decoro establece para una chica con una propuesta de matrimonio y su vecino y amigo. Se inclinó y me estremecí de anticipación. De pronto necesitaba sentirle aún más cerca, que volviera a tocarme, que besara mis labios y despertara del todo la furia que latía en mi pecho, esa que Jagger había intentado domar y que, siempre, era imposible de culminar por cosas que aún me descolocaban.

Cuando alcanzó mi boca, de mi garganta nació un gemido que no pude dominar, ni tampoco quise. Jorge era lo que me pedía el cuerpo, y creo que también la mente. Incluso puede que el corazón también me lo susurrara bajito. Desde luego, estaba donde quería estar, al menos mientras las mariposas que habían comenzado a danzarme en la tripa volaran tan desbocadas como un huracán en mi interior.

Aunque llegó suave a mis labios, en pocos segundos se desataron las compuertas. Me tomó de la nuca y me acercó aún más a él, como si quisiera o necesitara devorarme, aprenderse de memoria mi aliento y mi sabor, para no volverlo a olvidar mientras viviera. Las ganas nacían de las entrañas y querían adueñarse de todo, de la piel, de la saliva, de los cuerpos a merced de ese deseo incontrolable.

Y yo me dejé llevar, porque no pensaba en nada más que en ese balanceo sinuoso de su rostro junto al mío, besándome, armando con sus caricias un castillo de naipes que, pese a su fragilidad, era alto y ágil y esbelto... y precioso. Yo era preciosa entre sus brazos y todo estaba bien.

Me subió sobre él y, a horcajadas, la intensidad de los besos fue en aumento. Me retiró la camiseta de tirantes y el sujetador y, sin más obstáculos, se inclinó sobre mi pecho, que hundió en su boca y me hizo estremecer de pies a cabeza.

Me deshice entonces de su camiseta, admirando de nuevo, como esa misma tarde en la playa, el esplendor de su cuerpo cincelado y dorado, tan apetecible. Me fijé durante un segundo en el tatuaje de un faro sobre un acantilado que le recorría el hombro izquierdo. Se lo había visto más veces, en la playa, pero nunca me había parecido tan sexy como en ese preciso momento.

Lo acaricié mientras él me saboreaba y sentí que la necesidad de su deseo crecía aún más, entre mis piernas, justo donde el fuego que me hervía en el interior estaba a punto de arrasarlo con todo.

Pensé entonces que, a esas alturas, a Jagger y a mí ya nos habría pasado algo al intimar de ese modo. Algo como una intoxicación alimentaria, una madre loca, un gato y una alergia, o un teléfono que, de pronto, deja de tener señal a bordo de un avión. Y fue en ese preciso momento cuando, desbordada por la inmensidad de ese pensamiento, fui consciente realmente de lo que implicaba seguir adelante con Jorge.

Mi cuerpo se quedó rígido en el mismo segundo que comprendió que no iba a acabar tampoco con él lo que toda mi anatomía me pedía a gritos y ya tantas veces le habían negado. No, así no... así no podía ser.

—¿Te encuentras bien? —preguntó Jorge en un susurro, levantando el rostro desde mi pecho hasta mis ojos, que lo miraban con un pesar que era incapaz de disimular.

Negué con la cabeza. Mis párpados se cerraron para evitar que las lágrimas me desbordaran. Me sentía fatal. La peor persona del mundo, porque estaba haciéndole daño y porque, aún sin saberlo él, también se lo estaba haciendo a Jagger. No se lo merecía... nunca le habíamos puesto etiqueta a la extraña relación que nos unía, pero él esperaba de mí una respuesta y tenía que dársela antes de hacer nada más.

—Lo siento —dije sin apenas fuerzas para contener la pena—. No puedo hacerlo. Así no,

Jorge...

Me levanté despacio de su regazo mientras me colocaba la ropa, sin perder en ningún momento el contacto visual con esos ojos tristes que me partían el corazón. No era disgusto por cortarles el rollo y el calentón lo que se veía en ellos, o no al menos solamente eso. Había comprensión. Sabía que Jagger existía, de algún modo, y que era importante para mí. Y sabía que esa barrera, en ese mismo momento, era insalvable para ninguno de los dos. Por eso no intentó detenerme ni usó palabras vanas que pudieran convencerme de lo contrario. Creo que en ese momento hasta le quise, porque, de otro modo, me hubiera sido imposible irme de allí.

Sabía que hacía lo correcto, me lo repetía mientras me alejaba de su lado, cerraba la puerta tras de mí y me adentraba en un apartamento que siempre estaba vacío, sin más certezas que mi propia soledad. Porque, pese a todo, con cada paso que me alejaba de Jorge y de lo que acababa de no pasar entre los dos, solo hacía que preguntarme que, si aquello era lo correcto, por qué me sentía como si acabara de desperdiciar la mejor oportunidad de mi vida.

Capítulo 20

Esta noche no sería igual sin ti, Wendy

—¿Ya has decidido qué vas a tomar, nena?

Jagger me estaba mirando expectante cuando retiré la carta de delante de mis narices y clavé en él mis ojos que, pese a la sesión de maquillaje matutina, seguían cercados por unas terribles ojeras oscuras.

Me había pasado toda la noche en vela. Había dado vueltas y más vueltas a mi situación, a la pregunta de Jagger, a los besos de Jorge, a mi propia salud mental y a lo poco que me había gustado siempre decidirme entre dos opciones a mi disposición. Me venía a la mente la pregunta retorcida de mi madre cuando era pequeña, de si la quería más a ella o a mi padre y yo me debatía internamente en una lucha sin sentido que solo me creaba ansiedad y angustia. Sí, mi madre podía llegar a ser un ser muy retorcido, incluso dirigiendo sus retorcidos modos hacia una niña de cinco años hecha un auténtico lío.

—Hmmm —fingí pensármelo mientras mi mente aún continuaba dispersa y de vuelta una y otra vez a lo que había ocurrido entre Jorge y yo la noche anterior—. ¿Sabes qué? Pediré eso mismo que estás desayunando tú...

—¿Estás segura?

Mis ojos se clavaron en el centro de la mesa que ocupábamos, donde una cazuelita de barro humeaba con un guiso impreciso descansando en su interior. Al lado, una copa de orujo con pinta de sobrepasar los grados del alcohol de farmacia, daba cuenta de lo contundente de un desayuno no apto para cobardes.

—Eh... sí, venga. Pídelo.

Total, no me veía capaz de llevarme nada a la boca con los nervios que me tenían retorcido el estómago. Mi garganta estaba cerrada a cal y canto como si le hubieran puesto un candado y en el centro del pecho me pesaba una piedra simbólica que me tenía todo encogido en el interior. No, no iba a desayunar ni eso ni nada que me pusieran delante aquella mañana.

—Una ración de riñones al Oporto y una copa de orujo sin hielo —le pidió Jagger al solícito camarero uniformado de rojo y negro que se le acercó cuando este le hizo una señal.

Tuve que reprimir una arcada al escuchar lo de los riñones, pero ya no iba a retractarme. Aunque no los tocara, no se me pasó el hecho de que Jagger sí lo estaba haciendo, disfrutando incluso de tan extraño y visceral desayuno.

—¿Puedo decirte que, cuanto más te conozco, más me gusta lo que voy sabiendo de ti?

Jagger me sonrió mientras se llevaba a la boca un tenedor cargado de riñones cuyo olor me llegó nítidamente hasta mis fosas nasales. Lo de ir aguantando las náuseas se incrementaba por momentos...

—¿Saber que desayunaré riñones te gusta? —pregunté incrédula. No le saqué del error: no pensaba desayunármelos.

—Me gusta que me sorprendas.

Esbozó una sonrisa tierna y tuve ganas de besarlo en ese momento. Era Jagger. Era la sonrisa que llevaba adorando casi quince años. No podía negar que, cuando él sonreía, las nubes se

despejaban en mi horizonte. Lo cual era mágico, pero también agravaba mi problema de selección.

—Pues espero no dejar de hacerlo nunca —le dije encogiéndome de hombros y poniendo mi mejor cara de niña buena—. Dicen que el secreto para que algo dure es mantener el misterio.

Puso una mano sobre la mía, que reposaba encima de la mesa, y me la apretó con afecto. Su tacto me resultó cálido y tierno, y me gustó lo que ese gesto simple me reconfortó. Estaba hecha una mierda, esa era la verdad, y las cosas no iban a mejorar mientras siguiera dándole vueltas. Estar allí, con Jagger, por fin juntos después de tantas jornadas de reflexión aparentemente inútil, tenían que marcar el inicio de mi recuperación. Porque si no, iba a acabar por volver completamente loca.

—Te he echado de menos...

Susurró las palabras inclinándose sobre mí y, en su aliento, el oporto de la salsa de su desayuno me inundó las fosas nasales. No me produjo la repugnancia esperada, y eso para mí fue una buena señal.

—Ya, siento haber estado...

—¿Evasiva?

—¿Lo dejamos mejor en ausente y reflexiva?

Su hermosa sonrisa se amplió en ese rostro tan bello que no había quien se resistiera a él. Se le marcó el hoyuelo de su mejilla y me recordó al Jagger de diecisiete años que me había abierto el corazón aquella noche de Roma, cuando supo que había perdido a su padre y todo su mundo se hizo pedazos en un solo instante.

Me di cuenta de que aquel momento había definido al hombre en el que se había acabado por convertir: tan seguro, tan exitoso, tan humano. Pero también tan falto de guía para alguno de los aspectos más simples de la vida. Era enérgico y vulnerable, y esa combinación resultaba sumamente atractiva.

—Lo dejamos en lo que tú quieras.

Se acercó para tocar levemente mis labios con los suyos, suaves y cálidos. Fue un beso breve que me supo a poco. Jagger tenía esa cualidad, siempre querías más de él: de sus sonrisas, de sus atenciones. De sus labios. De su cuerpo.

El mismo camarero que nos había tomado nota apareció con una réplica del desayuno de Jagger. Los riñones humeaban y todo su olor inundó por completo mi nariz, asqueándome de pronto, como nunca antes lo había conseguido nada en esta vida.

Aparté ligeramente la cazuela de mi lado, intentando que el gesto pasara desapercibido para Jagger. Creo que no lo conseguí porque, al levantar la vista hacia él, sus ojos me miraban cómplices y risueños. De todos modos, no dijo ni una sola palabra ni en su rostro se vislumbró ningún gesto de sorpresa o repulsa, lo que me tranquilizó e hizo que me olvidara del plato que no pensaba llevarme a la boca.

—Dani, yo...

No me dejé seguir aun cuando ni yo misma estaba segura de lo que estaba a punto de decirle. Puso un dedo sobre mis labios, pidiéndome que no hablara. No quería escuchar algo que pudiera hacerle daño y yo, sinceramente, no creo que hubiera sido capaz de hacerlo. Sin estar convencida de nada, algo tenía seguro en el centro de mi corazón, y era lo mucho que le debía a aquel hombre que me había elegido (de una manera extraña y puede que sobrenatural y esotérica), pero me había elegido. Y a mí nunca nadie me había elegido para nada, ni siquiera para jugar en el patio del colegio, desecho siempre, esa que se iba al equipo cuyo capitán era el último en elegir y se tenía que quedar con lo que nadie más quería.

Él había cambiado la historia de mi vida y eso se lo iba a agradecer siempre. Por llevarme allí y regalarme las mejores vacaciones de mi vida (en realidad, las únicas vacaciones de mi vida adulta) y, sobre todo, por hacerme sentir deseada, querida, valorada a un nivel nuevo, hermoso y tan revitalizador que había nacido una mujer nueva al amparo de su desmesurado interés.

Aparté su dedo de mis labios con suavidad y le sonreí en lo que confíe fuera un gesto cordial, de aquiescencia. No iba a darle malas noticias. Al menos no las peores noticias. No iba a decirle que no. quizá tampoco que sí. Pero desde luego que no iba a decirle que no allí, en ese lugar tan ajeno a nosotros.

—Dani, tenemos que hablar.

Mi voz temblaba, pero no la firmeza de mis ojos sobre los suyos. Teníamos una conversación importante pendiente porque ya no había modo de seguir evitándola. Ni él estaba de viaje, ni a mí me quedaban ya excusas para desviar la atención sobre la gran pregunta. Era un ahora o nunca, y nunca no podía ser una opción entre nosotros.

—Sí, supongo que tenemos que hablar —confirmó esbozando una sonrisa comedida y tensando el cuerpo de manera perceptible—. Pero antes deja que te dé algo que te he traído de Milán. Espero haber acertado con la talla.

Me tendió un enorme paquete envuelto en un precioso papel satinado de color rojo sangre y coronado con un enorme lazo dorado. Era tan bonito que no quería abrirlo por si me cargaba el cuidado embalaje. Creo que aquello era lo más hermoso que había recibido jamás, y solo hablaba del papel y ese lazo tan primoroso. No podía ni imaginarme qué era lo que esa caja tan bellamente engalanada podría contener.

—Ohhh —no pude evitar exclamar—. Dios mío, Dani, no tenías que haberte molestado. Es... Es demasiado.

—Nada me parece demasiado para ti, nena.

Creo que esa fue la vez en la que menos me importó que me llamara nena. Estaba tan obnubilada con aquel regalo entre las manos que lo pasé por alto, apenas lo registré de tan embobada como andaba.

Me temblaban las manos y sentía un cosquilleo que me subía por la columna vertebral. Sentirse el centro de otra persona era una sensación increíble. Nadie me había tenido en cuenta nunca para algo así de importante, si exceptuamos la vez que Jessica y Fredy se fueron de vacaciones a Benidorm y me trajeron una camiseta horrorosa que decía *Estuve en Benidorm y me acordé de ti*. El culmen del glamour, vamos, sobre todo porque llevaba viendo esas camisetas horribles media vida, desde que llevaba allí a mis grupos de turistas y ellos se volvían locos por ellas. Amor a primera vista.

Nada que ver con aquel paquete precioso que venía de manos de un hombre perfecto. ¿Qué más podía pedir?

Lo abrí finalmente. Jagger ya me había comenzado a mirar como cuestionando seriamente mi salud mental al ver que era incapaz de despegar mis ojos del mero envoltorio de su regalo, y no quería darle más pistas de que, quizá, no andaba desencaminado si le daba por dudar de mi cordura.

El papel se deslizó como la seda, dejando a la vista una caja blanca y negra con un símbolo que reconocí a la primera. Yo no era asidua de las tiendas de alta costura, pero me conocía muy bien las marcas más notorias gracias a mi dedicación absoluta a las prendas que lucían las *celebrities* en las galas y entregas de premios más importantes del planeta. Jessica y yo nos juntábamos después de cada evento para ver las revistas y buscar en la red todos los modelitos a

tener en cuenta, para después pasar a elaborar nuestras propias listas de las mejor y peor vestidas de cada evento. Era como nuestra religión, y éramos devotas y entregadas a esa fe. Así que el logo con la V negra y el óvalo rodeándola hizo que mi corazón diera dos o tres volteretas dentro de mi pecho.

—¿Esto es...? ¿Esto es un...?

Lo era. Era un Valentino auténtico. Uno precioso, elegante, lleno de magia y que, al tacto, era pura gloria. Era lo más bonito que mis ojos habían visto jamás, lo más suave que mis manos nunca habían tocado.

Era de color champán, el cual, con mi actual tono dorado de piel gracias a los días de sol y playa, no podía quedar mejor. Las mangas eran transparentes, de una gasa ligera y suave; la caída era mágica, largo hasta los pies, etéreo y delicado. El cuello, con bordados de hilos de oro, se ajustaba al pecho con suavidad y la cintura, también bordada, estilizaba la figura por su situación y anchura.

Era un vestido perfecto. Simplemente era perfecto.

—Conozco una zapatería no muy lejos de aquí donde creo que podríamos encontrar los zapatos adecuados para acompañarlo —dijo entonces Jagger, sacándome de mi ensueño y devolviéndome al mundo real.

Un mundo, por cierto, donde yo no tenía ocasión en la que lucir un Valentino de nueve mil euros ni la elección real de aceptarlo. Era demasiado, lo mirara por donde lo mirara.

—No puedo aceptarlo. No sabría ni qué hacer con él salvo colgarlo en mi armario y admirarlo todos los días de mi vida.

Le tendí la caja con el vestido de nuevo reposando doblado en su interior. Me hubiera gustado al menos probármelo, sentirlo aunque fuera una sola vez sobre mi piel, pero era mejor alejar tentaciones y despedirse de él cuando aún no lo había convertido en algo mío de verdad.

—¿Y qué tal si te doy una razón para llevarlo? Esta noche, aquí, conmigo.

No cogió la caja ni yo retiré mis brazos, ofreciéndosela. Durante unos segundos permanecemos así, paralizados. Él, esperando su respuesta. Yo, considerando si aceptar significaba decir que sí a más cosas que a una cita con él, allí, luciendo un vestido que costaba tanto como mi sueldo de seis meses.

—¿Y qué se celebra esta noche, aquí, contigo?

Lo pregunté con un nudo aprisionando mi garganta. Tanto, que deslicé mi mano a lo largo de la mesa, hasta alcanzar mi copita de orujo, que me ventilé de un trago audaz. Seguía sujetando la caja, y el gesto me quedó menos dramático de lo que me hubiera gustado, pero no me podía quejarme. Logré impresionarle, eso seguro.

—Me gustaría decir que el anuncio de nuestro compromiso, mi dulce Wendy —dijo con jovialidad, restando importancia a un momento que podría ser de lo más trascendental—. Pero nos conformaremos con decir que es la fiesta anual que suelo dar para mis clientes y amigos, a la que, por supuesto, estás invitada. Es más, yo diría que eres la invitada de honor.

Me fascinaba su manera de llevar todo aquel asunto. Pocos hombres hubieran consentido que una propuesta de matrimonio (por más que esta fuera alocada y muy poco planificada) quedara sin respuesta tanto tiempo. Muchos habrían tomado ese silencio como una negativa implacable y hubieran sacado a relucir esas armas inevitables que trae consigo el orgullo herido. Y es que el orgullo herido era algo muy complicado de manejar, máxime cuando se trataba del de un hombre.

—Yo no estoy a la altura de una fiesta en la que hay que vestir Valentinos, Daniel...

—Tonterías, nena, tú estás a la altura de todas mis expectativas, y te aseguro que son altas.

Me hizo sonreír por la vehemencia de su declaración. Me tenía comiendo de su mano y yo me estaba quedando sin excusas para seguir negando que decirle que sí, a todo, incondicionalmente, me haría la vida muchísimo más fácil. Se cumpliría el sueño, ganaría el cuento de hadas.

Jorge volvió a la carga por un milisegundo, colándose por un hueco en mi mente, para robarme la magia de mis pensamientos sobre una vida conjunta con Jagger. Lo aparté sin miramientos. Lo que había pasado en su apartamento no significaba nada. Le conocía desde hacía unas semanas, las circunstancias nos habían acercado, pero, en realidad, Jorge no era nadie al lado de la inmensidad de mi cuelgue eterno por Jagger, el amor de mi vida.

«¿Verdad?».

—Esta noche no sería igual sin ti, Wendy —añadió poniéndome esos ojitos que los enamorados sin remedio le ponen al objeto de su amor.

Y yo era ese objeto. Yo era quien le hacía suspirar, quien le llevaba a gastarse miles de euros en un vestido de ensueño, el que se moría por llevarme de su brazo a la fiesta más importante del año, el que me había pedido que me casara con él y había aguantado estoico mi silencio desconsiderado...

Entonces, algo en mi interior tuvo claras algunas cosas, o eso creyó en ese momento, y ese algo tomó el control. Sobre mí, mis actos, mis palabras. Y di un paso al frente. Fui valiente. Le correspondí.

—Sí.

Y lo dije sabiendo que esa respuesta lo era a muchas preguntas. Planteadas por él y por mí misma; en voz alta y al abrigo de mis pensamientos más íntimos. Sí, era mi sentencia, mi veredicto final. Sí... había dicho sí y algo en mi estómago estalló como si se tratara de una granada.

—¿Sí?

—Sí.

—¿Sí a...?

La cautela le tenía como aprisionado, y yo sonreí ante un Jagger comedido, que contenía una ilusión que se moría por dejar escapar, que fluyera a raudales, entre ambos, por las mesas de ese restaurante, por todo Sotrogrande, San Roque y Cádiz. Porque lo sabía, sabía que no solo estaba aceptando ir con él a la fiesta. Estaba aceptando coger su mano y no volver a soltarla. Y eso era algo que iba a necesitar después de tirarme desde el acantilado, con todo un precipicio a mis pies.

—Sí a todo, Dani. A todo.

Mi voz no vaciló. Si quedaban dudas, no iba a presentárselas en el importante momento en el que le decía que sí, sobre todo tras su larga espera y su encomiable paciencia conmigo.

—Dios mío, ¿estás diciendo sí a...?

—A casarme contigo, sí. Sí, quiero, Dani. Debería haberte dado una respuesta hace una eternidad y no tenerte así, esperando, expectante, pero es que estaba hecha un lío y yo...

—El Valentino te ha convencido —dijo intentando mantener un tono serio, aunque estaba tan emocionado que era incapaz de aguantar la broma bajo control.

—Eres tonto.

—Un tonto enamorado, sí, en eso te doy la razón.

Le di un puñetazo fingido en el pecho y él, aprovechando la inercia de ese movimiento, me atrajo hacia él y me besó en los labios, sellando ese momento que empezaba a ser perfecto.

Su boca encajaba en la mía como si ese fuera su lugar y su sabor, que había echado de menos, me inundó de repente. Fue fácil, fue dulce, fue como debería ser... al menos hasta que mi cuerpo se tensó como si algo le hubiera golpeado.

Me quedé sin aliento, y no precisamente porque su boca me lo estuviera robando. No, era algo que estaba empezando a suceder en mi cabeza... Jagger se había desdibujado en mi mente y Jorge comenzaba a emerger con una seguridad que no dejaba lugar a dudas.

«Es por lo de anoche, no te flipes ahora. Tú sigue a lo tuyo».

Intenté que Jagger no se diera cuenta de nada, ni de mi colapso mental, ni de la charla conmigo misma, ni siquiera de que mi cuerpo se había tensado y ahora no era la chica despreocupada y feliz de treinta segundos atrás.

Decidí dejar la mente en blanco y dejarme llevar únicamente por la sensación de tener a Jagger tan cerca, explorándome, dándome la seguridad de que aquello era absolutamente real y de que, contra todo pronóstico, él me había pedido que me casara con él y yo había aceptado.

Funcionó. Funcionó durante ocho o diez décimas de segundo. Las que tardó Jorge en volver a colarse en mi cabeza, el beso del sofá, su calor, su forma de colocarme encima de él o el tacto de su torso al deshacernos de su camiseta.

«Venga, tía, no me jodas. Este es el momento menos oportuno para pensar en el vecino».

«¿Y qué quieres que haga? Lo que menos quiero yo ahora es pensar en el vecino».

«Sí, claro, chata, lo que tú digas».

¿Tenía yo razón? ¿Me estaba intentando engañar a mí misma? Joder, qué mierda eso de no ponerme de acuerdo ni siquiera cuando eran las voces de mi conciencia las que discutían.

Jagger se separó de mí y me miró con el ceño fruncido. Estaba claro que tonto no era y se había dado cuenta de que el beso había sido raro de narices. Primero correspondido y, luego, como si me estuviera replanteando algo, como si pensara que me estaba pasando algún virus o cosas así. Lo que era seguro era que estábamos gafados de alguna manera... que si no era por una intoxicación o una alergia a los gatos, era porque yo interponía una excusa en mi cabeza de metro noventa, moreno y con un tatuaje en forma de faro en el hombro izquierdo.

—Dani...

Me miró de nuevo con esos ojos llenos de expectación, como si esperara que de mi boca fuera a salir la cosa más interesante del planeta y volví a sentir que su admiración no podía ser real. Era difícil de creer que, sin mediación de algún hechizo o sortilegio, ese hombre me mirara así. Sentí un escalofrío y, de pronto, necesité poner distancia para no cagarla más con él. Tenía toda la pinta de que podía cargarme toda mi vida si seguía sentada en ese lugar un minuto más.

Así que lo tomé de la mano y se la apreté. Le devolví la sonrisa y le aparté un mechón rebelde que le resbalaba por la frente.

—Dani, voy a irme ahora.

Me levanté despacio, sin despegar mis ojos de los suyos. Fue uno de esos momentos en los que piensas que alguien ha pulsado el botón de pausa y va dando toquecitos para que todo discurra muy muy muy despacio. Realmente fue una experiencia sumamente religiosa, casi sobrenatural.

Estiré la mano para alcanzar mi bolso, que había quedado huérfano en la silla de al lado, y lo tomé sin saber muy bien qué decir a continuación. Si decir algo, realmente, o dejarlo así.

Solo vacilé un par de segundos más y, luego, me giré y le dejé ahí, sin añadir nada más. Ni yo misma sabía cómo rematar ese momento. Debo confesar que me sentía como ida, como si me hubiera tragado un puñado de antidepresivos y me pregunté si eso era por culpa del chupito de orujo engullido a palo seco y de un solo trago.

—¡Nena!

Me sobresaltó escucharle llamarme. Me quedé petrificada en el mismo sitio donde me había alcanzado, pero no me giré. No podía, justo en ese momento me era completamente imposible

enfrentarme a él.

—Nena... ¿sigue en pie?

Y de nuevo la pregunta lo englobaba todo. ¿Seguía en pie la fiesta de esa noche? ¿Seguía adelante nuestro compromiso? ¿Seguía deseando casarme con él? ¿Me iba a desdecir de mi reciente sí?

Me giré despacio (me quedó de lo más dramático aquel giro, tengo que admitirlo), y le sonreí sin que la sonrisa alcanzara siquiera mis labios. Me sentía triste porque acababa de decirle que me casaría con él y mi cabeza se había olvidado en cuestión de quince segundos de mantener mi promesa.

Se acercó. Creo que ni siquiera esperaba escuchar una respuesta. Se acercó y mi corazón comenzó a bombear sangre a mis venas con una velocidad y un frenesí desconocidos.

Se puso a mi altura. Me acarició la mejilla, repasó el contorno de mis labios y me estrechó entre sus brazos. Me abrazó como si hiciera una eternidad que no me veía y me hubiera echado de menos tanto como para romperle por dentro. Pero fue a mí a quien se le rompió el corazón en ese momento. Se me rompió, aunque no de desamor, sino por efecto de mi reciente traición.

Y tuve que reprimir una lágrima despiadada, que me hubiera delatado, que me hubiera quebrado del todo, delante de él.

Sin esperararlo, se introdujo la mano en el bolsillo interno de su veraniega americana azul eléctrico, y sacó una caja de terciopelo negro. Si mis latidos estaban al borde de la arritmia, aquel gesto los desató del todo y temí morir allí, de un infarto, de una insuficiencia respiratoria o algo similar.

La abrió delante de mis ojos petrificados y dejó ver el anillo más bonito del mundo. Si el vestido era una belleza, aquel anillo robaba el aliento. Era sencillo y delicado y, sin embargo, contenía la esencia de la fuerza, del amor puro, de las promesas de amor más férreas de la historia. Era un anillo singular de oro blanco, coronado con un diamante solitario, perfectamente equilibrado.

Me lo puso con delicadeza en el dedo y luego, absorto en mis ojos, tomó mi mano entera y la besó como si ese gesto fuera lo más natural del mundo. Sentí el calor de sus labios en mi piel y una descarga me sacudió entera. Sus ojos, suplicantes, su tacto, ardiente. La súplica más poderosa, arrasando con todo.

—Dime, nena... ¿sigue en pie?

No me quedaban alternativas. Debía sacarlo de su miseria.

—Claro.

Y procuré ampliar la sonrisa y abrir mi corazón a mi respuesta. Procuré ser consecuente con mi promesa, intenté serle fiel desde ese momento y para siempre.

Porque Jagger era el maldito amor de mi vida. Punto.

Capítulo 21

No quiero saber tu nombre, Wendy

Tenía mil cosas por hacer antes de esa noche. De sellar mi destino y hacer público el compromiso.

Jagger había insistido en acompañarme a la zapatería, para asegurarse de que me llevaba unos zapatos a la altura del Valentino. Los encontramos en un tiempo récord, sobre todo porque yo estaba deseando escapar a la soledad del apartamento, para asimilar todo aquello.

Juro por lo más sagrado que, al salir esa mañana de casa, lo que menos esperaba era estar comprometida y llevar bajo el brazo un vestido de casi nueve mil euros y unas sandalias de más de quinientos. Y el anillo. Dios, el anillo de trececientos kilates que era, con diferencia, lo más caro que nunca tocarían mis dedos en toda mi vida.

Creo que pesaba una tonelada en mi dedo. En realidad, pesaba muy poco porque era delicado y liviano y perfecto, pero pesaba simbólicamente. Como una puñetera piedra de esas que levantan los *harrijasotzailles*^[1] vascos.

Jagger me había dado la caja, la había colado en mi bolso con un gesto de aquiescencia. Y yo no tardé ni dos segundos en recuperarla cuando nos despedimos en la puerta del apartamento, adonde se había empeñado en llevarme en su descapotable último modelo.

Guardé en ella el anillo y lo metí en el fondo del cajón de la ropa interior, no podía llevar eso por la casa. Si lo perdía al poner la lavadora o al calentarme la comida, me hubiera dado un parraque de los gordos. De los antológicos, más bien.

Tenía hora en la peluquería a las siete de la tarde, deferencia de Jagger, que había llamado él mismo al salón de belleza donde trataban el cabello de su santa madre. Me imaginé al estilista que le había recomendado el peinado de chavala de veinticinco años a la señora de sesenta que yo detestaba con todas mis fuerzas, y dudé de la idoneidad de acudir a un sitio así. Pero era el lugar más solicitado de la urbanización y todo el mundo que era alguien en Sotogrande iba allí, a ver a Jean François, así que no iba a cometer la imprudencia de desechar el favor que Jagger le había pedido para que me hiciera un hueco. Me imaginaba lo que algo así debía de costar, con una lista de espera más larga que la de la Seguridad Social.

A las cuatro de la tarde, recién duchada y sin haber sido capaz de llevarme nada sólido a la boca, estaba que me subía por las paredes.

Al menos, en el apartamento de al lado no se oía movimiento, y eso me mantenía relativamente a salvo de ese otro frente abierto en mi vida. No me apetecía ver a Jorge y enfrentarme a sus reproches por haberle dejado tirado, a medias, después de haberme encaramado a sus caderas y haberle puesto a mil. Había sido una jugada sucia que aún no lograba explicarme. Me costaba comprender por qué había empezado aquello. Más aún, me costaba comprender por qué demonios no lo había acabado.

Puse la tele y no me centré viendo nada. Llamé a Jessica como cuatrocientos millones de veces y solo obtenía respuesta de su buzón de voz. Puse la aplicación de música a tope y ni siquiera berrear con The Seahorses a pleno pulmón *Blinded by the Sun* me sirvió de nada.

Necesitaba una vía de escape. Algo donde quemar adrenalina o acallar mi mente hasta apagarla lo máximo que se pudiera. Salir a correr a esas horas era como ir directa al suicidio, con

los casi cuarenta grados que había en la calle, y la playa, con la gente alrededor, se me hacía el lugar menos atractivo del universo.

Me acordé entonces de los horarios de las clases de yoga que tenía puestos en la nevera, sujetos por dos imanes antediluvianos de la Expo de Sevilla del año 92. Los arranqué con ansiedad y comprobé la disponibilidad de clases para esa misma tarde. Casualmente, había una en media hora. Era raro para un sábado, pero en esas urbanizaciones de pijos, el dinero mandaba, y si ellos querían clases de yoga un sábado por la tarde, pues se daban clases de yoga un sábado por la tarde. Y punto. A mí me venía bien. Mejor que bien, así que me fui corriendo a mi cuarto, me cambié, cogí la bolsa del gimnasio, y salí disparada para allí.

Corrí como alma que lleva el diablo. Hacía calor, se sudaba solo con pensar, pero necesitaba no sentir nada, y correr bajo el sol abrasador de la media tarde gaditana a finales de julio ayudaba mucho a cumplir esa tarea.

Así que llegué al gimnasio sofocada, con la cara como un tomate de roja, empapada como una toalla a remojo y con menos ganas de hacer yoga que las que tendría mi madre después de meterse un cocido madrileño entre pecho y espalda. Pero estaba allí, había cumplido con mi propósito, me apeteciera o no ponerme en la posición del perro boca abajo.

Entré en la sala de la otra vez y me asaltó la vergüenza más espantosa al recordar mi anterior intento de comprometerme con mi cuerpo y mi espíritu. Para mi horror, la profesora, Sandra creo que se llamaba, era la misma a la que había dejado fuera de combate de un golpe seco en la sien. No estaba segura siquiera de que me permitiera el paso en su clase, yo no lo hubiera hecho. Pero esa mujer parecía regirse por una escala de valores superior a la mía y, en cuanto nuestras miradas se cruzaron, durante una milésima de segundo, sentí una paz inaudita colmándome por entero.

Mi corazón ni siquiera se aceleró cuando, ni corta ni perezosa y, además, luciendo una radiante sonrisa, la profesora se acercó a mí y me tendió la mano a modo de saludo cordial. En su rostro, la sonrisa más amplia y beatífica, indicaba a todas luces que realmente no me guardaba rencor y que estaba contenta de tenerme allí de nuevo. Ver para creer.

—Pensaba que no volvería a verte —dijo con una voz melodiosa y suave que me gustó casi tanto como el candor de su sonrisa.

Era esbelta, rubia, con una larga y brillante cabellera llena de rizos, y una piel curtida, dorada y plagada de pecas oscuras. Era mayor que yo, aunque hubiera pasado por una veinteañera sin problemas si no fuera por las arruguitas que le fruncían los pliegues de los ojos cuanto sonreía.

—No me extraña —aseguré intentando hacer una broma—. Seguro que hasta rezaste para ello.

—No digas tonterías. Los accidentes pasan.

—Casi te abro la cabeza... —aduje con mortificación.

—Pero no pasó nada. —Su sonrisa se amplió y hasta empecé a creer que no me guardaba ni el más mínimo atisbo de rencor. Creo que en ese momento la admiré más que a nadie en el mundo—. Solo un chichón que se curó enseguida y el recordatorio de que hay que vivir al máximo cada día. Nunca se sabe...

—Nunca se sabe cuándo una loca puede mandarte al otro barrio.

Se rio con ganas y me sentí a gusto de inmediato. Era raro. Había temido tanto ese momento que no había vuelto a poner un pie en ese lugar, casi con miedo a que me identificaran y, por fin, pudieran ir al cuartelillo de la Guardia Civil a ponerme una denuncia por agresión y fuga. Pero ahí estaba esa mujer, dándome la bienvenida y asegurando que mi tentativa de homicidio involuntario no había sido otra cosa que la constatación de la fugacidad de esta vida. Me estaba dejando flipada.

—Coge un sitio, anda, y ya verás lo bien que te sienta mi clase.

—A ver si hoy la consigo acabar. Y tú, sobre todo tú —bromeé feliz de haberme quitado ese peso de encima, que los remordimientos son muy malos—. Y perdona otra vez por lo que hice, aún no sé cómo acabó todo aquello al borde de la tragedia.

—Nada que perdonar —aseguró magnánima—. Y, ahora, si me disculpas, vamos a empezar.

Se alejó hasta su sitio y yo me dispuse a desenrollar la esterilla a unos cuatro o cinco metros de ella, mejor no tentar a la suerte. Poner distancia nos ayudaría a ambas a llevar esa clase con la seguridad de que nadie saldría herido. Al menos no por mi culpa.

Me senté en el suelo preparada para iniciar los ejercicios de respiración. La profesora ya estaba colocada. Se había recogido su exuberante melena en un moño alto, casual, de esos que intentas hacer tú en tu casa y das toda la impresión de ser una indigente, mientras a ella y a las que eran como ella, le quedaba como si hubiera invertido horas en hallar justo ese punto de informalidad para parecer estupenda.

Adquirí la postura para el *pranayama*^[2] y recé para que mi mente se evadiera hasta el punto de olvidarme de las últimas veinticuatro horas de mi vida. De Jagger y del sí que le había dado esa misma mañana. De Jorge y sus besos y sus brazos y... joder, de Jorge. Punto.

—Hola, Wendy.

No miento si os digo que se me encendieron todos los sensores de alerta del cuerpo, pero, también, algo en lo más profundo de mis entrañas comenzó a entrar en erupción, como si esa voz hubiera despertado a un dragón dormido durante media eternidad.

Era como si le hubiera conjurado. Me costó abrir los ojos, porque estaba convencida de que ahora era capaz de oírlo solo con pensarlo. Pero estaba allí, a mi lado, en medio de una clase de yoga en la que, más que nada, quería no pensar y pasar desapercibida.

Abrí los ojos, a regañadientes, incapaz de hacer caso omiso tanto a su saludo como a lo que me había hecho sentir solo con pensarle y oírle. No podía ignorarle aunque, probablemente, eso era lo que debería haber hecho.

—¿Qué haces tú aquí? —pregunté con el gesto torcido, entre contrariada y enfadada—. ¿Me estás siguiendo?

Se rio, aunque sin ganas, y me di cuenta de que, cuando se reía era cuando más guapo estaba. Lo miré detenidamente por espacio de dos segundos, y me arrepentí al instante de haberlo hecho. No se había afeitado todavía esa barba corta e informal tan sexy y tenía ojeras profundas, unas ojeras que yo no le había visto nunca. Anoche, al irme de su apartamento, debió de salir a correrse la juerga padre para calmar el calentón. Eso, o no había pegado ojo por mi culpa en toda la noche. No, eso no... porque yo no era tan importante como para desvelarle, ¿verdad?

El caso es que su aspecto, que se parecía al mío, revelaba muchas cosas, aunque no tantas como su forma de mirarme, como con anhelo, como si necesitara decirme muchas cosas para quedarse a gusto, pero no pudiera decirlas por culpa de algún hechizo que lo convirtiera en piedra o algo parecido.

Yo también quería decirle cosas. Muchas. Pero ninguna tenía mucho sentido, y no quería que mi falta de coherencia arruinara aún más las cosas. Bastante las había arruinado ya mi huida ligera de ropa de su apartamento.

—Cuando me dejan las fieras, suelo escaparme aquí, ¿recuerdas?

Sí, era verdad. Me lo había dicho en alguna ocasión y hasta me había invitado a unirme a él, dado que sabía que a mí también me gustaba el yoga. Pero yo siempre le había dicho que no, porque me moría de la vergüenza la posibilidad de enfrentarme a las consecuencias de mi única

intentona en Sotogrande.

—Veo que a ti se te han acabado las excusas para no venir...

¿Eso era un reproche? Tuve que morderme la lengua para no contestarle una bordería de las grandes. Él no sabía lo que había pasado, antes me hubiera arrancado un brazo que habérselo contado, pero eso no le daba derecho a cuestionar mi compromiso con el yoga.

—Necesitaba escapar. Este parecía un buen lugar.

Mi tono, mucho más seco de lo que nunca había empleado con Jorge desde que nos habíamos hecho amigos, me sonó duro incluso a mí. Él no tenía la culpa de nada. Si yo estaba hecha un lío y me había metido en un berenjenal yo solita, era todo cosa mía. Pero no podía evitarlo, por alguna estúpida razón, necesitaba ser borde y mezquina con él, quizá así doliera menos aquella confusión tan desconcertante.

—¿Escapar de mí? —preguntó elevando una ceja.

Estiró su esterilla al lado de la mía y entonces fui yo quien abrió los ojos de manera desmesurada. ¿Pretendía quedarse allí? ¿A mi lado? Joder, esa no era manera de concentrarse. Mi pulso ya estaba bastante revolucionado por los recuerdos del día anterior, como para tenerle así de cerca y arriesgarme a rozarnos o a que su olor fresco y masculino se colara por mis fosas nasales, desbaratándolo todo.

—No seas tan creído.

No sé si mi tono fue más de burla o de desdén, pero estaba claro que él no iba a dejarme en paz. Ni siquiera cuando la profesora pidió silencio y comenzó la clase pidiéndonos que iniciáramos un ejercicio de respiración alterna.

—No lo soy. Pero está claro que anoche saliste huyendo —susurró a mi lado mientras se tapaba la nariz para respirar como nos había indicado Sandra.

—¡No salí huyendo! —objeté indignada.

Vale, sí, lo había hecho, pero no pensaba darle el gusto de certificar mi cobardía y quedarse tan a gusto. Las cosas no eran sencillas, y él no tenía toda la información.

—Lo que tú digas...

Lo miré furibunda e intenté prestar atención a la respiración. Había ido a clase de yoga para desconectar, no para iniciar una discusión con Jorge. Hubiera preferido estar sola allí, sin nadie conocido, sin nadie al que hubiera besado la noche anterior, más bien, pero ahí estaba, así que la mejor táctica era ignorar todo a mi alrededor y centrarme en mí y en mi respiración.

Coge aire. Retén el aire. Suelta el aire.

Coge aire. Retén el aire. Suelta el aire.

Coge aire. Retén...

Joder, era imposible concentrarse. Imposible si le oía respirar a él y eso me hacía recordar su aliento sobre mi piel y las ganas con las que me quedé cuando interrumpí toda aquella locura.

No estaba bien. Aquello no estaba bien. No era correcto fantasear con Jorge a solo unas horas de haber aceptado casarme con Jagger. Aquello era una abominación.

—¡Al diablo! —Me levanté de un salto enérgico, dispuesta a recoger mis cosas y salir de allí antes de volverme loca.

No fui consciente de que lo había dicho en voz alta (en voz realmente muy alta, más bien), hasta que toda la clase dejó de hacer los ejercicios de respiración para centrar toda su atención en mí. Si entre los presentes había alumnos de la clase en la que dejé noqueada a la profesora que aún no se hubieran dado cuenta de que había regresado, sin duda, lo hicieron en ese momento. Algunas caras eran un poema, seguro que más de uno ya se estaba planteando interponer una queja

en el centro para que no dejaran entrar de nuevo a clase a la loca que agredía a las profesoras y gritaba en medio de un proceso de meditación silencioso e intimista.

Más roja que un tomate, procuré darme toda la prisa del mundo, y salir corriendo de ese lugar. Si alguien de verdad iba a presentar un escrito negándome la entrada, estaba de suerte. No pensaba volver en lo que me quedaba de vida.

Mi sitio no estaba lejos de la salida, así que la alcancé con relativa facilidad (esta vez sin incidentes mayores que implicaran la presencia médica de ningún profesional) y salí de allí con un alivio que casi me hizo vaciar los pulmones de golpe.

No fui capaz de dar más de tres pasos lejos de allí antes de notar una flojera extraña en las piernas. No sabía si se debía al bochorno de mi escena o a la presencia de Jorge que, para complicarme más la vida, había seguido mi ejemplo y me había seguido fuera de la clase.

—Vuelve ahí dentro —le imploré con la voz estrangulada y los nervios a flor de piel.

No era yo misma, y me asustaba mucho la posibilidad de perder el control y hacerle daño. Al fin y al cabo, Jorge era un tipo estupendo que no se merecía que yo estuviera hecha un auténtico lío.

—¿Estás bien, Wendy?

Me miró con verdadera preocupación y me dieron ganas de enterrarme entre sus brazos para sentir el calor de su protección. No estaba bien, pero tampoco tenía más opciones que hacerme la dura. Debía mantener las distancias si quería salir indemne de todo aquello.

—Estoy bien. Tengo que irme.

Me giré y le dejé allí, rezando para que no reaccionara y no quisiera ponerme las cosas aún más difíciles. Pero no sirvió de nada, apenas cuatro pasos más adelante, me alcanzó y me tomó del brazo, con ternura y suavidad, para hacerme girar y ponerme de cara a él.

—Hasta ahora nos hemos contado las cosas —dijo con la voz cargada de pena y yo sentí que un trocito de mi alma se desgarraba y comenzaba a sangrar profusamente—. Creí que éramos amigos.

¿Habíamos sido amigos? Nos habíamos caído bien desde el principio, desde aquel viaje en coche de Madrid a Sotogrande a comienzos del verano. Habíamos seguido con algún momento incómodo y habíamos rematado la jugada con unas semanas maravillosas de confidencias, diversión y familiaridad que es lo que convierten en amigos a las personas. Así que sí, desde luego que sí, habíamos sido amigos. Quizá todavía lo fuéramos pese a todo.

—Los amigos no se hacen daño —repuse entonces, abatida, absolutamente convencida de que yo había matado lo que fuera que hubiéramos tenido—. Los amigos no se lían en el sofá como dos adolescentes salidos ni dejan colgado al otro sin una explicación.

Me tomó del mentón para hacerme elevar la vista que yo mantenía clavada en el suelo, incapaz de afrontar su mirada del color del otoño. Cuando nuestros ojos se encontraron, una sonrisa triste me dio a entender que aquello no estaba resultando tampoco fácil para él.

—Discrepo en una cosa —dijo intentando parecer despreocupado sin conseguirlo—. Los amigos sí se lían en el sofá como dos adolescentes salidos. De hecho, es una de las mejores cosas de enamorarte de tu amiga.

Mi corazón se detuvo. Una chispa de miedo se encendió en el centro de mi pecho y quise salir corriendo, para esconderme en el lugar más recóndito de la Tierra y poder así asimilar todo aquello en la soledad más absoluta. ¿Acababa de insinuar que estaba enamorado de mí o me lo estaba imaginando solamente?

—No hablas en serio —aduje sin creerme que acabara de confesar por mí cosas tan

importantes.

—No he hablado más en serio en toda mi vida.

—No me conoces, Jorge. No sabes nada de mi vida...

Por un momento, creí estar viviendo un *dejavù*, un momento en el que me negaba a escuchar palabras de amor alegando falta de conocimiento mutuo. Pero aquellas palabras habían sido para Jagger, y me detesté al momento por volver a usarlas con Jorge.

—¿Que no sé nada de ti? ¿Eso es lo que crees? —preguntó incrédulo. Parecía más dolido que cuando le dejé la noche anterior y yo no pude evitar sentirme aún más culpable por todo—. Si crees eso, entonces sí, no te conozco en absoluto. Pero si lo estás diciendo solo para alejarme, solo porque tienes miedo, entonces te diré que conozco a la chica que tengo delante. La chica con la sonrisa más preciosa del universo. La chica que cede su sitio en la playa si ve que al lado alguien se siente molesto por los gritos de niños que no son suyos. La chica que se prueba perfumes en las tiendas, evitando a las dependientas que intentan acorralarla para que compre esto o aquello. La chica que se queda colgada de un libro y no es capaz ni de oír que la están llamando para cenar. La que asegura que se ha disfrazado de casi todos los personajes humanos (y algún que otro no humano) de *Star Wars*, aunque luego le dé vergüenza salir a la calle a celebrar los carnavales vestida con sus mejores disfraces galácticos. La chica que detesta el turrón duro, las galletas de jengibre y los que hablan en el cine. La que adora los gatos, inventarle vidas de súper héroes o villanos a la gente a la que guía en sus viajes de trabajo y beberse las cañas de trago cuando hace calor...

Me quedé muda. Se me fue el color del rostro y hasta mi vello, todo el vello de mi cuerpo, se erizó de una forma indiscutiblemente uniforme, como si algo hubiera alterado todos los biorritmos de mi cuerpo. Sentí de pronto que mis brazos y mis piernas se volvían de gelatina y quise apoyarme en sus brazos, para lograr una estabilidad que me faltaba y que amenazaba con hacerme caer redonda al suelo.

Pero no lo hice. Por más que lo deseara, no me apoyé en él, ni dejé que me rodearan esos brazos que se habían convertido en un anhelo que hasta dolía. Era duro escucharle y no poder corresponderle, porque aquello era lo más parecido que había sentido a tener el corazón roto.

—¿Aún crees que no te conozco?

Su voz era ronca, le nacía de las entrañas, de lo más profundo, y me pareció triste y tremendamente sexy a la vez, una combinación imposible que me llenó de un pesar horrible que no supe cómo combatir.

—Ni siquiera sabes mi verdadero nombre...

Me miró con un interés renovado al escuchar mis palabras. Alzó una ceja y pareció abandonar su aire abatido por un instante.

—Ya decía yo que no podías llamarte como la perra de mi tía Rosa Mari, la de Villahibiera.

Se rio de su propio chiste y yo respiré durante un segundo, como si aquello me hubiera permitido soltar el que tenía retenido y cambiarlo por aire limpio, no viciado, aire lleno de vida, del que te permite continuar.

—¿Sabes qué? Que yo no quiero saber tu nombre, Wendy, no me interesa siquiera. Porque un nombre no cambia lo que eres. Esta persona increíble que me ha cambiado la vida y lo ha puesto todo patas arriba.

Definitivamente, se estaba declarando. Definitivamente, la vida se reía en mi cara y me mandaba más de lo que podía soportar. ¿Por qué Jorge no había aparecido un mes antes que Jagger en mi vida, así, tan perfecto, tan atento, tan guapo y tan sensible? ¿Por qué me decía todo aquello

justo el mismo día en el que le había prometido a mi amor de la adolescencia que me casaría con él?

—Jorge, no sigas. No puedo, no... yo no...

Tartamudeaba como si me hubieran arrancado de cuajo la capacidad de habla, y la de pensar con claridad, ya puestos. Él sí que lo estaba poniendo todo patas arriba. Y yo más confusa, más perdida, más convencida de que el dilema era imposible de resolver por la vía fácil.

—Hay muchas cosas de las que no tengo ni idea, de eso soy consciente —siguió él como si mi menguado don de la palabra no le pareciera cómico y hasta ridículo—. No sé por qué descargué tus maletas en aquel *casoplón* del que enseguida te fuiste para venirte al apartamento de al lado. Ni por qué apenas ves a ese novio que tienes y por el que viniste a San Roque. No sé por qué aquel día que llegó gritando y pidiendo perdón te acabó convirtiendo en mi mejor amiga, al rehuirle tanto, ni tampoco por qué ayer me dejaste besarte, algo que llevaba deseando desde que te subiste a mi coche... Pero sí sé que, cada vez que te veo, se me para el mundo y que se me alegra el corazón. Y sé que tengo que luchar por esto, al menos intentarlo. Porque, si no, sentiré que no lo di todo, y jamás podré perdonármelo mientras viva.

Se acercó a mí, temblando. Le temblaba el cuerpo entero y yo creí que iba a desvanecerse. Percibí su calor, justo encima de mí, poco a poco, y mi interior acabó de derretirse de un modo que nunca antes había conocido. Era de mantequilla, de lava líquida, de plomo fundido... era ardiente y maleable, era alquimia pura.

Sus labios me encontraron dispuesta porque, por más que mi mente quisiera ponerle trabas, mi cuerpo no podía sino reaccionar a sus palabras, su declaración de amor de película y sus ojos cálidos, derramando toda esa ternura y esa devoción. Jorge era emoción pura, genuina, y yo solo supe responder a su beso con mis labios, muertos de ganas de que el calor de mi interior se fundiera con el suyo.

Me olvidé de mi promesa a Jagger por espacio de diez segundos. Me entregué a ese beso intenso y lleno de esas cosas que él había sabido hilar con la maestría de un político y que yo no había sido capaz de articular. Sus argumentos y mis vanos intentos por resistirme. Éramos las palabras que habíamos pronunciado y las que nos habíamos callado. Éramos dos mundos opuestos chocando, inevitable colisión en un punto infinito que no dejaba lugar a dudas: entre Jorge y yo ocurrían cosas demasiado intensas como para pasarlas por alto.

Me había colocado contra la pared, su cuerpo encima del mío, su corazón latiendo sobre mi piel, a una velocidad que no era de este mundo, y yo... yo moría con cada respiración que nos entregábamos así, de forma tan íntima, con esa sensación de pertenecernos.

Alguien debía de haber roto el cristalito que protegía la alarma antiincendios del edificio porque, sin saber muy bien cómo, mi codo se coló por el hueco de ese cristal imperfecto, y accionó la estruendosa señal de peligro. Al instante, cuando el calor de los labios de Jorge aún no se había llevado toda mi cordura, nos separamos perplejos.

Era una señal.

Aquello tenía que ser una señal. Yo misma había sido la causante, la que había originado todo el caos que siguió a continuación: clases enteras saliendo en estampida para abandonar el lugar colapsados por el pánico más visceral y primario. Gritos, pavor generalizado y una pequeña marea humana que, a la postre, acabó por separarnos a Jorge y a mí.

Jamás hubiera imaginado que el lugar fuera tan concurrido. Pero lo era, al menos lo era aquel sábado de finales de julio en el que, accidentalmente, me salvé a mí misma y una alarma antiincendios me devolvió al mundo real de forma brutal pero certera.

Entendí que tenía una vía de escape abierta cuando Jorge se agachó para ayudar a una mujer mayor que había tropezado y que había sido pateada por algunas personas en su huida. Aproveché para alejarme de él más, todo lo posible.

Él me vio, me imploró con la mirada que le esperara, que no lo dejara otra vez sin darle una explicación, que fuera la mujer valiente que, estaba segura, él creía que yo era. Negué con la cabeza, mis ojos se apagaron y le susurré un *lo siento* al viento que supe que él entendería como un adiós.

Y corrí a refugiarme al apartamento. A fustigarme, a reprenderme por mi comportamiento y a secarme las lágrimas que, de pronto, inundaban mi rostro y arrasaban mi maltrecho corazón.

Capítulo 22

Si me necesitas, solo silba, Wendy

El Valentino se ceñía a mi cuerpo como una segunda piel y creo que jamás me había sentido tan triste a la par que bien vestida y hermosa. Mi interior y mi exterior eran las dos caras de una moneda, opuestas, de imposible coexistencia y, sin embargo, ahí estaban, fieles testigos de mi miserable momento estelar.

Jagger me pasó a recoger a las nueve en punto, como habíamos acordado, y yo me acerqué a su descapotable rojo con el corazón hecho pedazos. Me temblaba todo el cuerpo y era consciente de que la sonrisa forzada que le había dedicado a mi prometido al vernos no tenía nada que ver con lo que él hubiera esperado de una novia radiante y feliz.

Justo cuando estaba a punto de salir de casa, me había encontrado una nota que alguien había deslizado por debajo de mi puerta. Supe, inmediatamente, que era de Jorge, pero no me sentía con ganas para afrontar aquello en ese momento, así que la arrugué e hice que cupiera de cualquier manera en mi diminuto *clutch* de fiesta, a juego con mi espectacular vestido. Suerte que la alergia de Jagger le había hecho esperarme en la calle y no se enteró de nada. No hubiera soportado tener que darle explicaciones o contarle alguna mentira.

—No he visto a nadie tan radiante en toda mi vida —declaró mientras me abría la puerta del copiloto y me ayudaba a sentarme.

Era el perfecto caballero y esa noche no iba a deslucir su actuación pasando por alto ese tipo de detalles. Me dio la impresión de que él sí estaba radiante, con un esmoquin confeccionado a medida que le sentaba estupendamente. El brillo de sus ojos, además, acentuaba la sensación de felicidad en la que parecía flotar todo su cuerpo. Daba gusto verle y le envidié por un momento. Porque sus palabras llenas de elogio hacia mi persona no eran más que una burda mentira. Yo no brillaba en absoluto, no estaba radiante ni de lejos. Antes al contrario, era una candela apagada en esa preciosa noche de julio, y me sentí un fraude de los pies a la cabeza.

Solo el vestido salvaba la situación. El vestido, los zapatos y la capa de maquillaje que me había aplicado con esmero para esconder los estragos que las lágrimas de esa misma tarde habían ocasionado en mi ánimo y mi rostro.

Era tremendamente injusto acudir del brazo del hombre de mi vida a una fiesta donde sería presentada como su prometida, su futura esposa, con esas ganas infinitas de meterme en la cama y no salir de allí en dos o tres semanas. Llevaba soñando con ese momento media vida, y detestaba profundamente que los acontecimientos de las últimas horas, y mis inconvenientes sentimientos por Jorge, se hubieran cargado toda la magia que algo así debería transmitirme.

Yo solita me lo había buscado, pero me daba la sensación de que era la persona más incapaz del mundo para tomar decisiones correctas.

No sé si Jagger llegó a sospechar siquiera mi zozobra interior. En todo el camino hasta el Club se mantuvo alegre y dicharachero, sin parar de hablarme de la fiesta, los invitados y los planes de futuro que tenía en mente tanto para sus negocios como para nuestra inminente vida en común.

Yo asistía a su monólogo como una espectadora en el patio de butacas, medio absorta y no muy pendiente de sus palabras, asintiendo de vez en cuando, sonriendo de forma casual y apretando su

mano cuando la separaba de volante y la dejaba caer en mi regazo, cariñoso.

—... Y por supuesto, le buscaremos un hogar donde le quieran mucho y sea feliz...

¿Eh? ¿De qué demonios estaba hablando?

—Perdona, pero te refieres a... —intenté verbalizar lo que creía que había escuchado, sin conseguirlo a riesgo de sufrir una embolia.

—Al gato, por supuesto —aseguró él, confirmando mis peores temores—. Tenerlo en casa sería como una bomba de relojería para mí. Pero le encontraremos un sitio estupendo con el que te quedarás tranquila, mi amor.

Era cierto que *Amidala* y él eran completamente incompatibles. La cercanía de mi adorada gata persa podía provocarle un shock anafiláctico que podría mandarle al otro barrio. Elegir a Jagger suponía decirle adiós a mi pequeña, algo que no se me había ocurrido hasta que él lo había sacado a colación.

—Gata... —susurré como ida, ideando alguna fórmula para no tener que renunciar a ella.

—¿Cómo dices?

—Gata —repetí, esta vez con la voz más clara, el tono audible—. *Amidala* es una gata. No un gato.

—Sí, eso... —sonrió conciliador—. Reconozco que no me he interesado mucho por tu mascota dado que es altamente perjudicial para mi salud.

—Claro.

—Lo que no significa que no crea que es importante para ti —añadió rápidamente—. Sé que no será fácil entregarla, pero asumo que lo harás si no quieres que viva pendiente de la epinefrina.

En su día había decidido que no renunciaría a mi gata por él, por nadie. Pero había aceptado casarme con él y, por mucho que doliera, había que considerar aquello de forma seria, definitiva. *Amidala* iba a estar bien sin mí y yo... yo, aunque hecha polvo por perderla, también lograría estar bien.

«A lo que has llegado por un tío, chica».

«No es un tío cualquiera. Es el amor de mi vida».

Antes de que los dos hemisferios de mi cabeza se enzarzaran en una guerra absurda cuya única víctima sería yo misma, Jagger paró el motor del coche, justo a la entrada del salón del Club donde ya había comenzado la fiesta, a tenor de la música y las voces que procedían del interior. Le lanzó las llaves del descapotable a uno de los aparcacoches que estaban pendientes de la llegada de los invitados, y se acercó a mi lado para abrirme la puerta del copiloto y ofrecerme su mano para salir del coche.

Otra vez aparecía el perfecto caballero y, en ese momento, precisamente, no desentonaba ni un ápice. Estaba en su elemento y se le notaba, en su ambiente, en el sitio que le correspondía. Y yo era la chica que colgaba de su brazo, la que entraba de lleno y de cabeza en el cuento de hadas en el que llevaba creyendo desde que era una cría. Me preguntaba si el precio a pagar por cumplir un sueño no empezaba a ser demasiado alto.

Dibujé una sonrisa amplia en mi rostro cuando él me miró justo antes de franquear el umbral del salón del que salían las notas musicales mágicas de un chelo, y él me la devolvió a la vez que apretaba la mano que descansaba en su antebrazo.

—Espero estar a la altura —susurré con el miedo bailándome en el estómago. Se veía a mucha gente, y yo no estaba acostumbrada a ser el centro de atención.

—No te preocupes —me tranquiló él—. Es normal sentirse abrumada. Si me necesitas, solo silba, Wendy.

Sonreí de manera más abierta y más franca. Me gustaba que me ofreciera su ayuda de forma incondicional. La iba a necesitar.

En cuanto los invitados se dieron cuenta de que el anfitrión había llegado, muchos se quisieron acercar a saludarle. Era una fiesta para sus clientes, para agasajar a los poderosos y agradecer a los que habían confiado en él y en los servicios de su compañía, así que era normal presuponer que estaría ocupado la mayor parte de la velada con tácticas de diplomacia empresarial.

Sin embargo, Jagger me sorprendió cuando no permitió que me fuera de su lado. Me presentó a cuantos nos encontramos a nuestro paso y no me soltó de la mano. Hizo que la noche que temía por no conocer a nadie a mi alrededor, se fuera convirtiendo, poco a poco, en algo bastante llevadero y hasta agradable en algunos momentos. Había gente realmente encantadora entre los invitados que me hizo sentirme acogida y a gusto.

Media hora después de haber recorrido la sala en su compañía, le rogué a Jagger que me concediera un minuto para ir al baño a refrescarme.

Necesitaba coger fuerzas y retocarme el maquillaje para seguir estando a la altura de las circunstancias. Y hacer pis, desesperadamente. Con los nervios, me había ventilado ya varias copas de vino y me había bebido dos botellas de agua, de las de medio litro, de un solo trago. Iba a reventar si no me daba prisa.

De camino a los baños, me di cuenta de que el recinto era majestuoso. Era amplio y luminoso, construido en piedra blanca y con unos enormes ventanales que daban directamente al campo de golf, mimado al extremo, iluminado para que pasara a formar parte de la decoración del lugar. Las lámparas, doradas e imponentes, aportaban al ambiente una luz anaranjada que dotaba de magia al cuadro al completo. Aquel lugar era el paraíso.

—¡Estás radiante, querida! —exclamó una voz que conocía perfectamente a mi espalda cuando casi había alcanzado la puerta de los baños de señoras—. Ese vestido es, sencillamente, tu esencia.

Menuda cursilada que me había soltado La Gata. Me giré sobre mis tacones de diez centímetros y la miré de frente. Para ser sincera, diré que me esperaba a una Alejandra absolutamente deslumbrante, mirándome con altivez e intentando desestabilizarme para fallar en aquel lugar, ridiculizándome delante de todo el mundo. Creo que la encaré con las armas cargadas, dispuesta a establecer una defensa a ultranza de mi derecho legítimo a estar allí, con Jagger. Por eso, me sorprendió encontrarme con una mujer totalmente diferente a lo que esperaba.

Alejandra no se había puesto ninguno de esos vestidos que uno esperaría destacando su cuerpo voluptuoso e irresistible, con un escotazo de *scort* de lujo y más maquillaje que una puerta. No, iba vestida con un sencillo vestido negro, el pelo suelto y sin su brillo característico y el semblante limpio, con todas las marcas de su cutis real. Su sonrisa, sin embargo, la convertía en la mujer más hermosa de la fiesta.

Su sonrisa sincera al mirarme. Una sonrisa mitad triste, mitad resignada. Una forma de asumir que Jagger me había elegido y que ella, sobre todo, le quería y deseaba que fuera feliz por encima de todas las cosas.

Me sentí mezquina por haber pensado que La Gata sacaría sus uñas y me atacaría con desdén solo por pretender ocupar un puesto que ella había dejado vacante. Recordé entonces las palabras de Bárbara, su ex suegra, a propósito de la causa de la ruptura de la pareja, y un nudo me retorció las entrañas sin poderlo evitar.

«Daniel está enamorado de Alejandra. Siempre lo ha estado y siempre lo estará. Separarse fue una chiquillada, una forma de rebelarse contra la frustración que ha supuesto para ellos

que no llegaran los niños que tanto querían».

—Tú sí que estás preciosa, Alejandra —dije con la voz estrangulada—. No creo que nadie logre hacerte sombra jamás.

La frase y su doble sentido, no le pasaron desapercibidos a La Gata, que sonrió con más pesar si cabe.

—Dani me ha contado lo que está a punto de anunciar esta noche a todo el mundo —confesó poniendo su mano sobre las mías—. Me gustaría darte la enhorabuena. Es de los buenos, tienes mucha suerte. Ambos la tenéis.

Su gesto, sentir sus manos cálidas sobre las mías, me estremeció. Sentí celos de ella. No de lo que pudiera haber habido entre ella y Jagger, sino de lo que ella era capaz de quererle después de dejarle ir. Yo creo que nadie nunca me había querido como ella demostraba quererle a él. Un amor que la empujaba a sentir felicidad incluso cuando, por dentro, estaba siendo aplastada en todas sus esperanzas.

—Muchas gracias, Alejandra —añadí en un susurro apenas audible—. Si me disculpas...

Me solté de su tacto y hui de allí, de ella. Fui directa al baño y me encerré en un cubículo a mantener a raya la angustia que me acababa de nacer en el centro del pecho. Aquello lo hacía todo un poquito más complicado. La noche no hacía más que confirmar que aquella decisión era muy cuestionable y precipitada.

Cuando volví a salir de los aseos, mi cabeza estaba a punto de estallar. A lo lejos vislumbré a Bárbara, y traté de colocarme en la esquina opuesta. Por nada del mundo me apetecía entablar ninguna clase de conversación con mi futura suegra. Por lo que sabía de ella, me imaginaba que su deseo era exactamente igual de poderoso que el mío. Así que me salí de su trayectoria, y traté de pasar desapercibida todo el tiempo que me fuera posible.

Jagger hablaba con unos hombres que parecían importantes, y me pareció oportuno darle algo de espacio. No todo iba a ser complacerme, los negocios habían impulsado esa fiesta en primer lugar y creí correcto darle su espacio para hacer lo que fuera que se hiciera en ese tipo de eventos.

Pero antes de dejarle hablar de sus cosas, me acerqué a decirle que no se preocupara por mí, que estaría bien. Creí que eso lo relajaría y le permitiría hacer mejor esos contactos para los que esa fiesta servía, sobre todo.

—Es una mujer muy guapa, enhorabuena, Daniel —oí que le decía uno de los hombres con los que Jagger conversaba. Me sentí muy halagada, no todos los días se escucha de una que es muy guapa—. Tendrás que vigilarla bien de cerca para que nadie te la arrebate.

—Gracias, Luka —contestó Jagger al halago de su colega—. En mi casa nadie se atreverá a quitármela.

—Sabia elección. Las mujeres, mejor si no trabajan y se las tiene donde uno sepa qué hacen todo el día. Así se evitan disgustos.

Me quedé medio muerta ante esas palabras de troglodita que Jagger no quiso rebatirle. Quizá se trataba de una cliente importante al que era mejor no llevar la contraria a riesgo de poner en peligro una cuenta millonaria, pero eso no le excusaba para dar esa visión de hombre de las cavernas que estaba mostrando en ese momento.

Yo decidiría cuándo y de qué modo dejaba mi trabajo, si es que llegaba a hacerlo.

Intenté mezclarme con la gente. Algunas de las personas que me habían presentado, me saludaron a lo largo de la estancia, dedicándome sonrisas cálidas o condescendientes, dependiendo del grado de simpatía que les hubiera despertado la primera impresión que tuvieron de mi saludo

y mi charla intrascendente.

Decidí que el enfado no iba a poner peor las cosas en aquella fiesta, pero entonces me di cuenta de que me aburría como una ostra, todo había que decirlo. Aquel, desde luego, no era mi ambiente. Ni el Valentino era un atuendo que me hiciera sentir cómoda. Me sentía más como una intrusa y una impostora, y recé para que la fiesta pasara lo más rápidamente posible.

—¡Ah, aquí estás!

Jagger se acercó entusiasmado a mi lado y me tomó de la mano para arrastrarme al otro lado del salón. A nuestro alrededor, los camareros se paseaban ya con los entrantes en sus bandejas. El servicio de cena acababa de empezar, la fiesta solo estaba dando su pistoletazo de salida. Madre mía, se me iba a hacer eterna de verdad.

—Ven, tengo una sorpresa para ti.

Me entró pánico. Pensé que ya iba a anunciar nuestro compromiso y quise gritarle que no estaba preparada, que era pronto, que no había tomado suficiente vino o que necesitaba un momento para volver a retocarme el maquillaje. Cualquier excusa que se me ocurriera era buena para retrasar el momento, para hacerme a la idea de que ya no habría marcha atrás.

—Nena, quiero que saludes a unas personas muy especiales.

Suspiré de alivio al escucharle. Tenía tiempo. Tiempo valiosísimo para seguir haciéndome a la idea del compromiso. Mi cuerpo se relajó por espacio de dos segundos.

Al menos, hasta que la última cara que esperaba ver en ese lugar, me dedicó una sonrisa que pensé que jamás volvería a dedicarme.

—¿Mamá?

Mi madre, elegantísima con un vestido de muselina negro que le hacía parecer la madrina de una boda de alto postín, estaba frente a mí, con el semblante tomado por la emoción. No se emocionaba por verme, se emocionaba por verme del brazo de alguien como Jagger, vestida como la reina Letizia (estoy segura de que pensó que una tiara de diamantes me iría perfecta con ese vestido) y rodeada de gente con ese nivel adquisitivo. Hacía semanas que apenas me hablaba y, de repente, era la hija de la que toda madre se sentiría orgullosa.

Pese a todo, pese a entender que mi madre nunca cambiaría, me alegré de que estuviera allí, a mi lado, en una noche tan rara y trascendental como lo era aquella. Y aunque estaba segura de que la emoción le impedía hablar, luego lo haría, largo y tendido, para hablarme de las ventajas de entrar en un lugar así gracias a un matrimonio tan ventajoso.

—Hija, estás preciosa.

—¿Papá?

Mi padre apareció detrás de mi madre, con un traje que le quedaba holgado en los hombros y el nudo de la corbata torcido. Y él sí que hablaba, y hasta daba abrazos llenos de cariño y calor, de esos que estaba empezando a necesitar como si mi vida dependiera de ellos.

—Qué bonito veros, papá —le susurré cuando me estrechó contra su pecho, con mucha falta de etiqueta, pero con ese amor desmesurado que yo tanto había echado en falta.

—He venido a que me rescates —dijo en mi oído, esbozando una sonrisa que me arrancó una risa que debí contener al instante—. Debes salvarme de tu madre, me está volviendo loco.

Le creía a pies juntillas. Mi madre en plan acoso y derribo era temible, y más cuando no estábamos Álvaro y yo en medio para repartirnos con él los golpes y las embestidas del toro de Mihura que era la matriarca de nuestro humilde hogar.

Me separó de él y me miró durante un par de segundos, como evaluando si su hija seguía siendo la misma chica que dejó ir hacía unas semanas. Algo debió de ver en mi semblante que no

le gustó, porque torció el gesto y volvió a acercarse a mi oído, sin importarle la gente que estaba pendiente de nosotros.

—Si tú también necesitas un rescate, solo tienes que decirlo.

Me observó con atención, esperando una respuesta que no tenía ni idea de cómo expresar. En cierto modo, sí que necesitaba que me salvara, aunque también era cierto que era hora de que yo aprendiera a librar mis batallas por mí misma, haciéndome cargo de los líos en los que mis decisiones pudieran meterme.

Negué con la cabeza mientras pintaba en mis labios una sonrisa que, esperé, enmascarara mi preocupación real, y me volví de cara a los demás, manteniendo la máscara y haciendo ver a todos que aquello me llenaba de felicidades.

—¿Cómo te las ingeniado para mantener esto en secreto? —le pregunté a Dani cuando este me acercó a él de modo cariñoso y protector.

—¿Te refieres a mantenernos a todos en secreto?

A mi espalda, la voz querida, familiar y que tanto había echado de menos de Jessica me hizo dar un respingo por la sorpresa.

Al girarme, me la encontré del brazo de Fredy. A todas luces, parecía un hombre normal, uno que nunca había sufrido una rotura de pene, aunque, sabiendo que en realidad sí lo había hecho, no pude evitar compadecerle. Lo llevaba haciendo desde que Jessi me contó lo que había ocurrido en aquel cuarto de la limpieza del San José de Calasanz.

Me abracé a ella y, por un instante, valoré la posibilidad de no soltarla jamás. La había echado tanto, tantísimo de menos, que me dolía pensar en que la vida podía ser eso: Jessica y yo, cada una en una punta del país, separadas por cientos de kilómetros y un vacío interior difícil de llenar por más que existiera Skype o la videollamada del WhatsApp.

Los abracé a todos, incluida mi madre, alabé sus ropas, las más elegantes que habíamos llevado los cinco y se los presenté formalmente a Jagger, que los trató con una educación y una cordialidad exquisitas. Mi madre babeaba tanto al mirarlo, que casi temí que se ofreciera ella voluntaria para el compromiso matrimonial.

La dejé saludando a su futura consuegra, en un choque de trenes difícil de manejar, y me separé todo lo que pude de Bárbara y mi señora madre, a cada cual más hinchada de orgullo, aunque cada una por un motivo totalmente distinto.

—¿Eres feliz? —me susurró al oído Jagger, acariciándome con su aliento en la nuca. Se me erizó el vello de todo el cuerpo, y quise creer que esa era la respuesta que necesitaba.

¿Era feliz? Había deseado a Jagger tanto, que conseguirlo me había dejado un regusto difícil de definir en la boca. La conquista había sido fácil, los momentos juntos, pocos, y la sensación de no conocernos todo lo que deberíamos, seguía empañando mi decisión, quizá demasiado precipitada. Pero Jagger estaba conmigo, me había elegido, el deseo se había cumplido. Aunque el deseo, al cumplirse, distara tanto de la expectativa creada.

Me giré de cara a él y le besé en los labios, esperando encontrar esa sacudida de electricidad que había sentido esa misma tarde, contra la pared de un gimnasio, justo antes de que una alarma antiincendios me devolviera la cordura y me arrancara de esos brazos tan tentadores.

No sentí nada, aunque los nervios tampoco eran los mejores compañeros a la hora de experimentar besos de infarto. Sea como fuera, Jagger pareció quedarse a gusto con mi respuesta muda y se excusó para irse a hablar con unos clientes suizos altos, rubios y teutónicos. Sentí alivio y volví a preocuparme.

—Ven —dije acercándome a Jessica, que conversaba con los invitados como si ese fuera el

ambiente en el que se hubiera criado cual hija de marquesa. La agarré de un brazo y la arrastré hasta una esquina donde pensé que podría haber más intimidad.

Tenía que desahogarme antes de volverme loca de remate. Y estaba tan cerca de ese momento, que sentí que había llegado el momento de afrontar la verdad.

Jessica tenía que escucharme. Y entenderme. Jessica debía ponerse de mi lado.

Costara lo que costase.

Capítulo 23

Cuidado con lo que deseas, Wendy

—Vaya sitio, guapa... —admiró maravillada, observando los techos, las cortinas, las vistas y la decoración. Jessica era difícilmente impresionable, no sé si ya lo había mencionado, así que el lugar verdaderamente valía la fama que tenía ganada.

—Sí, muy bonito, pero escucha —apremié antes de que se pusiera a hablarme como los gemelos que te reforman la casa en el Cosmopolitan—. Tengo que decirte algo y tienes que prometerme que no me vas a aleccionar como un párroco de iglesia. Necesito a mi amiga, a mi mejor amiga, y la necesito más comprensiva, más empática y más abierta de mente que nunca.

—Joder, guapa, me estás metiendo el miedo en el cuerpo —adujo sin evitar dejar escapar una risita. Aquello le divertía a la muy cabrona—. ¿El cadáver de quién hay que enterrar?

Esa era mi Jessi. La que se ofrecía para cualquier cosa, y esa era la Jessica que necesitaba justo en ese momento, porque solo con ella podría deshacer el nudo que me estaba apretando cada vez más la garganta. Ya casi sin aire para respirar, o me ayudaba a verlo todo de manera racional y adulta, o me encerraba en el baño hasta que todo el mundo se olvidara de que una vez había existido.

—Creo que no quiero hacer esto.

Ya estaba, ya lo había dicho.

—¿*Esto*? ¿Qué narices es *esto*?

—Todo esto con Jagger.

—Pero...

—Pero nada, Jessica —la interrumpí antes de que empezara a convencerme de lo contrario—. Lo deseaba, lo deseaba con todas mis fuerzas. Pero conseguirlo no me ha hecho feliz. Jagger es un buen tipo, pero no logro sentir ese amor que creía que movía mi vida al pensar en él. No me estremezco, no me hace suspirar, no siento nada de todo eso con él.

Jessica se calló, pensando, mientras su rostro mostraba más sorpresa que malestar. Ella siempre me había oído hablar de él como si fuera el hombre perfecto, el amor de mi vida, el único e indiscutible príncipe azul por cuyo amor yo renunciaría a todo.

Pero no quería renunciar a nada. Ni a *Amidala*, ni a mi vida y mi trabajo en Madrid, ni a... Ni a Jorge. Sobre todo, no quería renunciar a Jorge y a todo lo que sí sentía cuando él me miraba o me besaba.

—Pero él te quiere... —dijo ella, confusa—. Nos ha hecho traer aquí para sorprenderte, para que pudiéramos pasar este día, este momento, contigo. Se preocupa por ti...

—Le dije que sí hoy mismo y ya os tiene aquí, yo creo que esta mañana me manipuló para sacarme una respuesta que, quizá, no estaba preparada para darle y que, en cualquier caso, no debió ser un sí.

—No lo entiendo.

—Pues que no le quiero, Jess, no quiero pasar mi vida entera con él. Antes le he escuchado contando todos nuestros planes de futuro, se los cuenta a cada persona que le pregunta. Ni una vez los ha compartido conmigo antes. Pero quiere que deje el trabajo, que viva en casa sin hacer nada,

que me deshaga de *Amidala* y que sea la madre de sus hijos.

—¿Y a ti todo eso te parece horrible?

—No es que me parezca horrible. Es que ni siquiera lo ha consultado conmigo. Salvo lo de *Amidala*, que sí me lo ha dicho, pero como política de hechos consumados, hay que deshacerse de ella de cualquier modo, sin importar mis sentimientos hacia mi gata.

—Hombre, teniendo en cuenta su alergia...

Bufff, me estaba costando más de lo que había previsto. Si no lograba que Jessica lo viera desde mi punto de vista, jamás iba a lograr que nadie más lo hiciera.

—Jessica... ¿te acuerdas de que te he pedido que fueras comprensiva y empática? —Ella asintió con el gesto confundido, como si no acabara de seguirme del todo—. Bueno, pues ahora es ese momento. Necesito que entiendas que debo salir de esta situación sin hacerle daño a nadie.

—Pero lo harás. Jagger está enamorado.

—Mira —dije girándola hasta colocarla de frente a donde Jagger se encontraba en ese momento.

Hablaba con Alejandra que, de espaldas a nosotras, se mantenía con una postura abatida que no dejaba lugar a dudas sobre su propio pesar. Jagger la miraba como si fuera un ángel, como si solo pretendiera protegerla de la aflicción que se reflejaba en esos ojos que ella debía de tener clavados, implorantes, en los suyos.

En un momento dado, él le colocó un mechón de pelo detrás de la oreja y le sonrió con una mezcla de cariño y dolor que era capaz de partirla el corazón a cualquiera que supiera mirar con algo más que con los ojos.

—La quiere. Estoy convencida —aseguré—. Los dos se siguen queriendo.

—Eso no tiene sentido. ¿Por qué iba a querer casarse contigo si sigue enamorado de ella?

Sonreí para mis adentros. Esa respuesta, aunque no lo pareciera, era de las más fáciles de responder aquella noche. Bárbara, en su ambicioso plan para librarse de mí, no me había mentido: Jagger y la Gata estaba destinados uno al otro.

—Porque lo pasaron mal en un momento dado y no supieron gestionarlo. Les pareció que lo mejor sería dejarlo, separarse y vivir vidas en las que aquello que no les dejaba ser felices no interfiriera. Pero, en realidad, lo que les hacía ser felices eran ellos mismos.

Guardé silencio, analizando mis propias palabras, en las que creía a pies juntillas. Sin duda, habían sido tercos e inmaduros, pero era innegable que el amor seguía allí, pese a todo.

—Ni siquiera lo saben —susurré—. Ni siquiera saben que pueden volver a estar juntos, que solo se lo tienen que decir...

Jessica se puso a mi lado y me cogió de la mano. Ella lo estaba viendo como yo, no hacía falta que la convenciera con más palabras.

—¿Es por eso? ¿Quieres dejar a Jagger porque quiere a otra?

—No. Quiero dejar todo esto porque yo también quiero a otro.

Otro silencio. Este más elocuente, más cargado de verdades que caían como una losa sobre mi cabeza, sobre mi corazón que, por fin, se había confesado a sí mismo la verdad. La pura verdad sobre lo que no había dejado de mentirme desde que fui consciente de que Jorge era algo más que mi vecino.

—El bombero —murmuró Jessica.

—El bombero —repetí yo.

Decirlo en voz alta aún le confería un toque de verdad más intenso y fui consciente de que ya no había vuelta atrás. Admitirlo lo convertía todo en irremediable.

—Tía, no sé cómo esperas salir de esta para largarte con el bombero, si es que él aún está disponible, sin armar una bien gorda.

La miré con los ojos como platos. Me moví despacio hacia ella, como si acabara de echar por tierra todas mis ilusiones. Si ella no tenía un plan de huida (uno más digno que el mío, que consistía en esconderme en el baño hasta que el último de los invitados se hubiera largado a casa), no sabía cómo demonios iba a salir bien parada de aquella.

—¿Qué quieres decir? —inquirí pese a no tener ganas de escuchar su respuesta. Sin duda, iría en contra de mis necesidades.

Jessica era mi mejor amiga del mundo y yo contaba con ella. Que esa noche tan complicada estuviera a mi lado era un regalo del cielo. Pero la necesitaba positiva y resolutiva, como si yo fuera uno de sus gemelos petardistas y le hubiera venido con el cuento de una de las amenazas de expulsión con las que solían aderezar sus días en Carabanchel.

En esos casos, ella se armaba de paciencia, se remangaba como si le sobrara la ropa, y salía hacia el colegio de los niños como si fuera un Mihura, el más bravo de la ganadería, para hacerle frente a la crisis abierta. Casi siempre salía triunfadora a base de tesón y argumentos. Yo necesitaba a la madre coraje, la que se rompía la cara por sus cachorros. La que lo resolvía todo con decisión y mucha labia. Mi Jessica, la leona.

—Quiero decir que lo tienes jodido, reina.

—Eso ya lo sé —admití, aunque sin querer darme por vencida aún—. ¿Cómo lo resolvemos?

Jessi guardó silencio durante unos segundos. O quizá fueron minutos, yo qué sé, estaba tan nerviosa y estaba tan necesitada de un plan, un buen plan, que la noción del tiempo se me estaba escapando de las manos. Solo se me ocurría rezar para que Jagger no llamara a todos para el brindis e hiciera público algo de lo que luego ambos fuéramos a arrepentirnos.

—Diciendo la verdad —sentenció por fin mi amiga tras su deliberación.

La miré consternada. Eso no era fácil. En todos los corrillos se rumiaba que el anuncio que Jagger había prometido aquella velada tenía que ver con un compromiso matrimonial. Y todas las papeletas indicaban que yo era la afortunada. Decir la verdad era dejar a Jagger en una situación muy comprometida y vulnerable delante de su familia, sus amigos, sus clientes y sus inversores.

No, la verdad quedaba descartada.

—Eso no es posible, Jessica. Esta gente lo despedazará si no hace su gran anuncio. El muy tonto lleva soltando *spoilers* desde que entramos por esa puerta.

Me pasé una mano por las ondas que la peluquera me había hecho para la ocasión. Estaba desesperada y solo quería largarme de allí para ir a decirle a Jorge que me volviera a besar, que ya nunca más iba a pararle o a pulsar una alarma antiincendios para detenerle.

Salir indemne de aquella me parecía cada vez más imposible.

—Pero ¿y si le dices la verdad, la tuya y la que intuyes que es la suya, y él hace un anuncio diferente, sin mentir, aunque sin involucrarte?

Volví a clavar mis ojos desesperados en ella. Hablaba y no entendía ni una palabra. Los nervios me estaban volviendo gilipollas.

—Necesito que seas clara y vayas al grano. Si hablas como si fueras un acertijo, me pierdo, Jessi —me quejé con la voz aguda, retorciéndome las manos como si tuviera un tic nervioso que no me permitiera comportarme con normalidad.

—Que hables con él, so tonta. Que le digas lo que me has dicho a mí...

—¡¿Estás loca?! —la interrumpí.

—Lo que me has dicho a mí omitiendo lo del bombero, claro —explicó—. Le dices lo de La

Gata, lo que ves, lo que has intuido. Quizá... quizá así él abra los ojos y que le dejes ya no será motivo de vergüenza ni tampoco de lástima.

Lo medité durante un instante. Esa mujer era un genio. Estaba claro que ella era capaz de pensar con muchísima más claridad que yo.

—¡Dios mío! ¡Tienes razón! —exclamé conteniendo las ganas de dar saltos de alegría—. Es así de sencillo. Le muestro lo que yo ya sé, que sigue enamorado de La Gata, y le doy mi bendición para que vuelva con ella, recuperen su relación, y vivan felices y coman perdices para toda la eternidad. ¡Eres un hacha, Jessi!

Me abracé a ella con una alegría que desbordaba mi corazón. La solución era tan sencilla y factible que no me costaría nada llevarla a cabo. Solo estaba a una conversación con Jagger para lograr salir de esa situación. No solo no le haría daño, sino que le proporcionaría una felicidad que él se negaba a reclamar, pese a tenerla tan cerca y dispuesta.

—Ve a buscarle. Corre —me instó Jessica, apretando mi mano para infundirme ánimos y desearme suerte.

Di solo un par de pasos en dirección a Jagger cuando me di cuenta de algo que, hasta ese momento, me había pasado desapercibido. Una luz iluminó el momento en el que Jessica aún me decía que era imposible salir de esa situación sin armar una bien grande.

—Jessica —llamé su atención volviendo atrás y situándome de nuevo a su lado—. Antes has dicho que lo tendría complicado para irme con el bombero, si es que él seguía disponible. ¿A qué te referías exactamente con eso de si él seguía disponible?

De repente, mi amiga se quedó muda y también perdió el color de su rostro. Parecía una muerta viviente y estoy segura de que hubiera deseado encontrarse en cualquier otro lugar salvo allí. Se quedó en silencio durante casi un minuto, tiempo que a mí me corría demasiado deprisa, apremiándome como lo hacía, pendiente de que Jagger no iniciara el brindis antes de que pudiera llegar a él. Los nervios volvían a consumirme y yo solo deseaba estrangular a Jessica si no abría la boca de una vez y se explicaba.

—Jess...

Mi voz sonaba a súplica y creo que ella se dio cuenta de la necesidad de hablar si no quería mandar toda mi vida al garete. Aquel era un momento de lo más delicado, casi trascendental.

—Esta tarde, al llegar, dejé a Fredy en el hotel y me fui de aventura, a ver todo esto. Quería verte, me moría de ganas por ir a verte pese a que se suponía que todo era una sorpresa. No tenía tu dirección y me camelé a Jagger, le dije que quería hacerte llegar una cosa para esta noche, que lo haría por mensajero de forma anónima, que te haría mucha ilusión.

Eso le pegaba mucho a Jessica, maquiavélica y misteriosa cuando quería salirse con la suya. Si la sorpresa me la quería dar ella, a su modo, ni Jagger ni todo lo que él hubiera preparado para la velada perfecta, iban a pararla.

—Me la dio y fui a verte, pero nadie abrió la puerta. Debías de estar haciéndote ese peinado de estrella de Hollywood o te pillaría en la ducha —siguió, nerviosa—. Al irme de allí, me tropecé con el bombero y me reconoció del día del BlaBlaCar, cuando te fuiste de Madrid. Me saludó muy amable y me preguntó si te buscaba, algo obvio. Cuando le dije que no estabas, se ofreció a dejarme pasar a su casa para esperarte. Y yo le dije que no, que gracias, pero que tenía que volver al hotel para prepararme para...

Se calló y me miró con los ojos cargados de culpa. Ni siquiera quería escuchar lo que sabía que vendría a continuación.

—¿Para? —Aun así, tuve que animarla a continuar. Yo había empezado preguntando. Ahora

debía saber a qué atenerme.

—Para prepararme para tu fiesta de compromiso.

Se me cayó el alma a los pies. Jorge sabía lo de mi compromiso con Jagger. Y lo peor no es que lo supiera, sino que no lo hubiera sabido por mí. Le había mentado ocultándole algo tan importante y yo me sentía como una alimaña sin corazón que había jugado con él.

Me acordé entonces de la carta que había dejado en mi puerta y que, en ese momento, descansaba en mi bolso, ajena hasta ahora a su enorme importancia. Porque era importante. Era vital.

La saqué del bolso con manos temblorosas y Jessica abrió mucho los ojos cuando, sin palabras, comprendió quién era el remitente de esa carta dirigida a mí.

La abrí despacio, sin atreverme del todo a leer aquello. No era el mejor momento, no era el lugar adecuado y, además, no estaba sola. La mirada de Jessica se clavaba en mí como si me estuviera haciendo un escáner, pero tenía que leerla después de saber que mi amiga le había contado la verdad sobre mí y mi relación con Jagger. Era verdad que no sabía lo raro que era todo entre los dos, que había tardado semanas en aceptar su propuesta ni que, sobre todo, me había acabado enamorando de él, de Jorge.

Su letra, larga y picuda, me gustó al instante. Me dio un buen rollo inmediato. Era legible, aunque se notaba que la había escrito a toda prisa, con un poco de rabia incluso. Me retumbaba el corazón en el pecho cuando mis ojos se centraron de una vez y fui capaz de leer las palabras que todo aquello le habían sacado de dentro.

Wendy (siempre serás Wendy, supongo que lo sabes):

Espero que no creas que soy un ser sumamente ridículo por colar este trozo de papel por debajo de tu puerta. No he podido evitarlo, voy de mal en peor: declaración cursi en toda regla en el gimnasio (rechazada y con huida incluida, por cierto) y ahora, numerito con carta para finalizar. Empiezo a parecer un ser patético... si lo rematamos con una escena de aeropuerto, tenemos la comedia romántica con más clichés de toda la historia (por favor, prométeme que, sobre todo, no habrá escena de aeropuerto).

Pero joder, me calaste, Wendy. Desde ese momento en el coche, cuando nos conocimos y pasamos esas horas de viaje tan interesantes, no he podido parar de pensar en ti. Es que nunca había sentido eso de conectar tan pronto y tan bonito con alguien a la primera de cambio. Yo creo que lo mío fue un flechazo y mira que desde la parada en Despeñaperros ya me olía que había novio de por medio.

Luego, las cosas se me pusieron tan fáciles, Wendy... es que estabas en la puerta de al lado, y me rescataste con Olivia, y estabas disponible para nosotros y nos convertimos en algo... no sé, llámame loco, pero encajábamos, los cinco... y tú y yo, sobre todo, tú y yo.

¿Me equivoco, Wendy? ¿Me equivoco si siento que había algo entre nosotros? ¿Algo con una fuerza brutal que nos acercaba cada vez más? ¿Me lo he imaginado todo este tiempo y tú eras ajena a todo lo que a mí me estaba pasando todos estos días que hemos pasado juntos?

Hoy, cuando te has ido del gimnasio, pensé que el miedo te había hecho correr como alma que lleva el diablo. Pero no... Jessica me lo ha contado. No con pelos y señales porque, a estas alturas de la película, ni siquiera quiero saber los detalles, pero sí me ha dicho que te vas a casar.

Me he sentido tan imbécil, Wendy, tan estúpido, que me he puesto a escribir una carta sin ningún propósito claro. Porque no sé qué es lo que quiero ahora. No sé si debo luchar por ti o

largarme lo más lejos posible de aquí para tratar de olvidarte. No sé nada, no me has contado nada, no he podido ayudarte o quizá odiarte, no he tenido oportunidad de no seguir enamorándome de ti porque supiera que esto de casarte estaba encima de la mesa... no he tenido cartas en esta partida, y por eso la he perdido, así, de esta forma tan lamentable

Así, a bote pronto, creo que necesito distancia para pasar página y hacerme a la idea de que lo de estas últimas semanas no ha sido real. Me vuelvo a casa aprovechando que mi hermana y mi cuñado vuelven en solo unas horas. Pasaré por El Puerto de Santa María a despedirme de los críos y de mi madre, y esta misma noche pillaré el coche y me volveré a Madrid, que allí todo es más grande y las posibilidades de verte son menores que alojada en el apartamento de al lado. Allí rumiaré el desengaño (y el engaño también, que no te voy a negar que escuece y cuesta de asimilar).

Sé feliz, Wendy. Hagas lo que hagas, si esa relación es la que te hace feliz, átate a ella. Yo procuraré que mañana la herida duela menos y, así, cada día, un paso en la dirección opuesta a donde tú y el dolor os encontréis.

Jorge.

—Dios mío... —murmuré con el corazón tan apretado y pétreo como un diamante. Más pesado que una tonelada de granito.

Aquello era devastador. Jorge ni siquiera había querido (o podido) ser mezquino conmigo. El desamor es muy chungo, pero él lo había expresado con un respeto que me hacía aún más daño. Ojalá me hubiera dicho cosas peores, porque era lo que me esperaba y lo que, sin duda, me merecía.

Lo había hecho mal con los dos. Con Jagger, por no haber sido honesta y haber desestimado su proposición. Con Jorge, por no haberle dicho que tal proposición existía y que era la causa de mis intentos de fuga de su lado.

—Señoras y señores —se oyó entonces la voz de Jagger al micrófono, encaramado a un pequeño escenario que se levantaba al fondo del salón—. Quisiera captar su atención por unos segundos, si no es mucha molestia.

Oh no. Mierda. No, no, no. No me había dado tiempo a hablar con él y detener todo eso. Me había pillado el toro y lo había hecho sin plan b, sin plan de huida, así que la cosa no podía estar más complicada en esos momentos.

—Esto no puede estar pasando —Era difícil superar la presión sin que me fuera a estallar en el interior de mi pecho—. Ahora mismo desearía...

—Cuidado con lo que desees, Wendy —me cortó Jessica con una sonrisa de ánimo—. Mira a dónde te han traído tus deseos.

Era verdad. Mejor no desear nada. Aunque no llevaba el colgante al cuello (fuera o no esotérico y mágico, esa velada no iba a ayudarme porque con un Valentino color champán, un colgante rojo de baratillo no pegaba nada de nada), no creía que un deseo fuera a sacarme de aquella. Debía enfrentarme a ello y echarle los huevos a la tortilla. No quedaba otra.

—En mi tradicional brindis siempre os deseo la mejor para las vacaciones y que disfrutéis de ellas en un ambiente relajado y alejado de los marrones del trabajo —siguió, risueño—. Este verano no quiero ser menos y espero, de corazón, que los días de descanso os vengan bien y volváis todos con más ganas para seguir creciendo juntos, siempre mirando al futuro.

»Pero este año hay algo más que me gustaría añadir. Este año os quiero presentar a alguien especial, y hacerlo por un motivo aún más especial. A muchos ya he tenido el placer de

presentároslo esta noche, pero para todos los presentes, para los que hayáis tenido la oportunidad y para los que no, quiero que conozcáis a mi futura esposa... por favor, cariño...

Me miró desde la distancia. Me había localizado nada más subir y, desde esa altura, no me había quitado sus preciosos ojos claros de encima mientras hablaba. Era conmovedor y, al mismo tiempo, tan triste que daban ganas de llorar. Aterrorador también. Uno de los dos tenía que sufrir las consecuencias de mi falta de juicio al aceptar casarme con él, y ojalá no fuera a ser Jagger, porque no se lo merecía.

Tardé aún un par de segundos en reaccionar, pero lo hice. En lugar de salir corriendo, me acerqué poco a poco, con paso vacilante pero inequívoco. Me había invocado a lo alto, junto a él, y ya no podía no hacerlo. Se me había pasado la oportunidad de arreglar las cosas discretamente.

—Aquí estás —susurró en mi oído cuando me situé a su lado en lo que pareció ser una larga eternidad. Mi piel no se erizó y mi corazón no se desbocó como un caballo salvaje. Definitivamente, Jagger no era mi elección. En el fondo, lo sabía, pero confirmarlo me hizo feliz de una manera totalmente inesperada.

Y entonces, supe lo que tenía que hacer. Ojalá nadie se enfadara conmigo por hacer lo que iba a hacer, metiéndome en la vida de otros, en plan casamentera de tres al cuarto. Pero al cuerno con todo, tenía que intentarlo.

Le cogí de la mano la copa para el brindis que me ofrecía, pero también el micrófono desde el que él había saludado y tomé aire. Jagger me miró confuso. Se suponía que el anuncio debía hacerlo él mismo, que era el que había convocado a todos. Le miré un segundo, intentando transmitirle confianza, rogando para que me dejara saltar al vacío, sin red. Asintió levemente ante mi pregunta muda y yo di un paso hacia el frente, hacia ese cuantioso puñado de invitados que esperaban expectantes a que alguien dijera algo.

—Buenas noches a todos —comencé con la voz titubeante y las pulsaciones del corazón a dos mil por hora en el interior de mi pecho—. Como ha dicho Daniel, gracias a todos por venir. Esta es una noche muy especial para él, los que lo conocéis bien lo sabéis de sobra. Esta noche, además de reunirse con amigos y colegas, Daniel quería contaros una cosa. Espero que sepáis perdonarme que sea yo, una auténtica desconocida, quien os cuente antes una historia.

Los ojos de los invitados no se separaban de los míos, expectantes. Había captado su atención y debía aprovechar la ocasión si quería que el discurso fuera efectivo.

—Conocí a Dani hace quince años, cuando él vivía aún en Madrid y compartíamos clases en el instituto San José de Calasanz, en el corazón de Carabanchel.

Un murmullo de sorpresa se elevó. Seguro que más de uno se creía que el niño bien había nacido en Marbella, por lo menos. Crucé una mirada con él y sonrió. Jagger no era de los que se avergonzaban de sus orígenes. Su madre, sin embargo, me quería fulminar con sus ojos salidos de las órbitas. Tuve que contener una sonrisa traviesa que los nervios hubiera convertido en carcajada enajenada. Mejor no correr riesgos.

—No éramos muy amigos porque él se movía en otros ambientes. Yo era la niña que pasa desapercibida y él movía masas. El carisma le viene de lejos, no se crean que es algo reciente. Le llamábamos Jagger, como el líder de los Rolling, porque era toda una figura. Transgresor, con su chupa de cuero, su melena rockera y ese aire de fatalidad y rebeldía que nos volvía locas a todas. Era el rey del colegio y nadie se resistía a él.

Otra mirada cómplice cruzada con Jagger y los nervios iban desapareciendo, como esas pastillas efervescentes que, pasado el impacto inicial contra el agua, van mermando la fuerza de su burbujeo.

—Y si él era el rey, Alejandra Pérez Miguel era la reina. Tan bonita, tan por encima de los demás mortales con esa gracia natural, su pelo rubio, larguísimo, de anuncio de champú y sus ojazos verdes.

La Gata de pronto se puso alerta al nombrarla. Me miró con recelo. Seguía siendo guapa, guapísima, y probablemente, en el fondo, aún le quedara la mala leche que se gastaba en el instituto, esa superioridad que te restregaba por la cara a la menor oportunidad y ese sesgo tendencioso que te hacía quedarte de un lado u otro de la línea de lo aceptable. Pero la tristeza de su rostro y lo bien que me había acogido pese al interés de Jagger en mí, me hacían considerarla de un modo totalmente diferente a como lo hubiera hecho antes de todo aquello.

—Hay que reconocer que Alejandra por aquel entonces, además de guapa y popular, era un poquito hija de puta —los murmullos de antes se convirtieron en risas y algún gritito ahogado—. ¿Verdad que sí, Alejandra?

Ella se recuperó enseguida de la impresión de oírme hablar de ella y rio la broma algo más relajada. Asintió e hizo un gesto de qué se le va a hacer, lo que me dio pie a seguir con mi monólogo. Seguro que ella y Jagger se morían de ganas por saber a dónde demonios quería llegar con el numerito.

—La llamábamos La Gata porque conseguía lo que quería con un simple ronroneo y si algo se le torcía, sacaba las uñas y nadie se atrevía a contrariarla —continué—. Se habrán dado cuenta de que todos teníamos alias en el instituto. Yo, sin ir más lejos, era Wendy. A veces, muchas, todavía lo soy. Era Wendy porque siempre andaba buscando almas en pena a las que sacar de su miseria. Siempre pendiente de los niños perdidos, como los llamaba mi amiga Jessica. Entre ustedes y yo, Wendy era mejor que Pardilla, así que me lo quedé. Y ahí sigo, tan pegada al apodo, que hay quien no sabe ni siquiera cuál es mi nombre de verdad.

Al decir esto no pude evitar girarme de cara a Jagger para interrogarle con la mirada, elevando mis cejas. Él se echó a reír y yo confirmé que, seguramente, ni se acordaba de que yo, además de Wendy, respondía a otro nombre, uno de verdad que me habían puesto cuando nació.

—El caso, señores, que me voy por los cerros de Úbeda, es que, como algo inevitable, el rebelde y la princesa se conocieron y se enamoraron, para desconsuelo de los demás, el común de los mortales que nos tuvimos que conformar con envidiarlos de lejos.

»Con el tiempo, se casaron, el cuento de hadas al completo. ¿Se imaginan las probabilidades de algo así con tu novio del instituto? ¿Se imaginan algo más bonito que comer perdices de verdad con tu primer amor? —pregunté al respetable, pero con los ojos clavados en los de mi mejor amiga y su marido, abrazados al fondo de la sala. Sonreí para ellos y los quise más que nunca—. Pues eso les pasó a ellos. Estaban destinados a cosas grandes, con su belleza, su carisma y su capacidad natural para triunfar.

Alejandra oscureció su mirada entonces, cubriéndola con un velo de pesar por el que me reprendí mentalmente. Debía acabar aquello, y rápido, porque podía ser que se pudiera a llorar o saliera corriendo, y mi puesta en escena se iría toda al cuerno.

—Pero, a veces, la vida es muy pero que muy cabrona, y el cuento de hadas se tuerce. No voy a entrar en detalles porque imagino que todos ustedes saben que, a veces, la rutina, la convivencia, los sueños rotos o los contratiempos son capaces de quebrar hasta la relación más sólida. Que el amor a veces no es suficiente y que el desgaste por aguantar con la sonrisa dibujada en el rostro puede pasar una factura devastadora.

Noté cómo, a mi lado, Jagger se tensaba. Lo miré y comprobé que observaba a Alejandra con una pena y un amor inmensos, y sentí que estaba haciendo lo correcto. Aquello era lo correcto.

—Pero donde hubo un amor tan grande, es imposible que el huracán no deje restos. Y, a veces, esos restos son solo la punta del iceberg. Y el afecto puede ser tan grande, el cariño, la atracción... que es capaz de removerlo todo y convencer de que una segunda oportunidad es la idea menos descabellada del mundo.

Al fondo, pude ver que Jessica estaba profundamente emocionada. Era su historia también. Ella no había tirado aún la toalla del todo, pero ella y Fredy estaban a punto de rendirse. Y eso no se podía contemplar sin que se te rompiera el corazón. Si mis palabras le habían tocado por dentro, es que algo se había resentido. Y eso era bueno, muy bueno para ella. Para los dos.

La Gata, mucho más cerca, aún prendida de la mirada de Jagger, tenía los ojos empapados, arrasados por un llanto silencioso, pero que la tenía totalmente deshecha. Aquello significaba mucho... lo significaba todo. Que yo tenía razón y que se seguían queriendo, que se pertenecían y que se merecían una nueva oportunidad para hacer las cosas bien.

—Yo he tenido la suerte de ser testigo, en las últimas semanas, de algo tan bonito como es esa llama que sigue ardiendo en el interior de ambos. Dani y Alejandra están unidos por algo que nadie que no sea ellos podrá jamás comprender. Llámenlo destino o lo que ustedes quieran, pero es real, existe, es palpable y solo un ciego o un necio osaría negarlo.

»Por eso —dije levantando mi copa—, me gustaría proponer un brindis esta noche. Por el amor verdadero y las segundas oportunidades. ¡Salud!

Todos los invitados levantaron sus copas al escuchar mis palabras y algo precioso pasó a nuestro alrededor, como si una corriente de afecto atravesara toda la concurrida sala. Quizá otra prueba más de que algo extrañamente antinatural nos había acompañado en los pasos esenciales de esa historia rocambolesca.

Sonreí para mis adentros y, dándome la vuelta, decidí que ya me tocaba a mí rematar mi propia historia.

Si aquello estaba destinado a salir bien, quizá yo también tuviera un final feliz esperando por mí.

Capítulo 24

Para siempre, Wendy

—Eso sí que no me lo esperaba.

Escuchar su tono de voz pausado y al borde de la emoción me relajó de inmediato. Jagger me había seguido escaleras abajo y no estaba enfadado conmigo, no solo por darle largas y desdeirme de mi respuesta afirmativa a nuestro compromiso, sino por contarle al mundo entero que seguía colado por su ex. Menudo alivio, creo que perdí dos o tres kilos cuando solté todo el aire que mantenía retenido en mis pulmones.

Su rostro mostraba una paz que antes no estaba ahí, como si, de repente, todo se hubiera colocado en su lugar, de manera natural y satisfactoria. Le sonreí con cautela, pero también con una enorme felicidad. Había llegado a apreciarle de verdad, sobre todo ahora que de verdad comenzaba a conocerle. Había sido una estupidez enamorarme de alguien de quien solo conocía su rostro y que, una vez, en una noche romana, lloró a mi lado la muerte prematura de su padre. Eso no basta para amar. Aunque lo hubiera aprendido tarde, al menos ya lo tenía claro.

—Espero que no me odies mucho —le dije acercándome a él con cierto recelo.

Aún no me creía del todo que mi plan suicida hubiera salido bien. Abrió sus brazos y me estrechó en ellos, sin ninguna intención amorosa. Ahí solo había cariño. Mucho, del bonito, del que te llena por dentro y te hace esbozar una sonrisa.

—Nunca podrá odiarte. —La Gata apareció a su lado y yo pegué un bote dentro del abrazo—. Ninguno de los dos podremos odiarte nunca.

Cruzamos una mirada larga, pertinaz, llena de significados. Qué diferente esta Alejandra a la del instituto. A la del Facebook de solo unos meses antes. Me gustaba esta Gata que no tenía que sacar las uñas y que había defendido lo suyo con mesura, simplemente estando, perseverando y no plantando cara de malas maneras, marcando su territorio con modos reprochables.

Hacían una pareja adorable. Y se querían, se veía a la legua. Se miraron un solo segundo antes de que yo me diera cuenta de que sobraba allí, de que tenían mucho, muchísimo que admitirse y confesarse. Les quedaba una noche de lo más emocionante por delante y me alegré muchísimo por ellos.

—Os merecéis ser felices —les dije, de corazón, y ellos sonrieron trémulos y vergonzosos, como dos adolescentes delante de la persona que les gusta. Era como si el maleficio que los mantenía separados se hubiera roto y nada les impidiera vivir de nuevo su preciosa historia de amor.

Fue entonces cuando me entraron las prisas de verdad. Sabiendo que no le había hecho daño a Jagger, tenía vía libre para ir a por Jorge, si es que lograba dar con él. Era imposible saber nada de su paradero y El Puerto de Santa María era gigantesco para abordarlo por completo antes de que decidiera volver a Madrid. Y Madrid... Madrid era realmente inabarcable.

Tenía que pensar y tenía que hacerlo rápido. Le llamé un par de veces, pero no me cogió el teléfono (no podía culparle). Mis mensajes se quedaron sin leer siquiera en el WhatsApp y mis conocimientos sobre sus amigos o familiares eran nulos. Si él no ponía de su parte, iba a ser imposible dar con él. Y yo me negaba en redondo a dejarlo marchar. No sin antes darlo todo y

luchar, de una vez, por aquello que de verdad amaba.

—¡Jessica! —llamé a mi amiga que había sido secuestrada por mi madre.

Me imaginaba la situación. Mi madre volvería a retirarme la palabra porque ya no había gran boda detrás de la que esconderse y aparentar. Y yo llegaría a un punto en el que comenzaría a odiarla y aquello acabaría por írsenos de las manos. Me acordé de la hermana y la madre de Jorge y su tensa relación y supe de inmediato que yo no quería eso para mí, para nosotras.

—¡Menudos ovarios, tía! —exclamó Jessica acercándose con mi madre tras sus talones.

Su comentario me sacó una sonrisa involuntaria. No quería parecer frívola, pero su espontaneidad era una cosa tan bonita y adorable que había que quererla sin remedio.

—Sí, unos ovarios de aquí a la China —intervino mi madre—. Hay que tenerlos así de grandes para echar por la borda tus posibilidades de boda con semejante escena.

—Venga, Carmina, que la niña ha estado soberbia —terció Jessica con jocosidad.

—Soberbia, sí, como su estupidez.

Me dolió. Joder si me dolió su comentario. No era estúpida, pero eso ella no lo sabía porque no tenía toda la información, porque llevábamos semanas alejadas, sin dar ni un paso una en dirección a la otra, y mi madre no tenía ni la menor idea del tsunami emocional por el que estaba pasando.

—Mamá... deberíamos sentarnos a hablar tranquilas. En cuanto supere una pequeña crisis que tengo entre manos, me gustaría explicártelo todo...

—¿Qué hay que explicar? Esto era demasiado bueno para ser verdad...

Mi madre guardaba mucha amargura dentro y eso me heló el corazón. No sé en qué momento se había convertido en ese ser retorcido que todo lo tergiversaba y no veía nada más que lo que deseaba ver. Me compadecí de ella y me prometí, si estaba en mis manos, matar al ogro que vivía en su interior para recuperar a la madre un poco mandona y controladora, pero de buen corazón que siempre había sido.

—Mamá, Dani y yo nos precipitamos. —Ella torció el gesto y deseé abrazarla para relajar los músculos agarrotados y tensos de su rostro—. ¿Sabes lo que es desear algo con todas tus fuerzas que hasta te olvidas de razonar, mamá? Yo quería a Dani de ese modo desde el instituto, pero conseguirlo no ha sido lo que esperaba. He conseguido que me quisiera y, sin embargo, no era real, no encajábamos, estar juntos no era lo que creía que sería... lo había idealizado y le había creado una personalidad que encajaba a la perfección con la mía y, cuando por fin logré mi deseo, me di cuenta de que Dani era una persona de verdad y no una ensoñación con la que había estado fantaseando media vida. La realidad, mamá, es que hay que tener cuidado con los deseos... cuando se te conceden, a veces las cosas no son como esperabas y te puedes llegar a frustrar mucho.

Me observó con una atención desmedida y yo me sentí contenta por haberme explicado. Quizá no lo entendiera, no al menos como yo lo sentía, pero sí que había abierto una grieta por la que las dudas iba a colarse y a hacer parte de mi trabajo. Algo era algo.

—Y ahora, si me disculpas, tengo que lograr que un hombre de verdad, y no una fantasía, me perdone por haber tardado bastante en comprender todo esto.

La besé en la mejilla y ella no me retiró el rostro. Lo consideré una pequeña victoria y me felicité satisfecha. Acto seguido, y antes de que ella pudiera reaccionar, cogí a Jessica de la mano y la saqué de ese lugar con la clara intención de cumplir con el propósito que le acababa de explicar a mi madre.

—¿Por dónde empiezo a buscarle, Jessi? Se ha ido a El Puerto de Santa María, pero se vuelve

esta misma noche a Madrid. No me coge el teléfono y no sé qué hacer ahora mismo para encontrarlo...

Lo meditó durante un instante y, a continuación, se le iluminó la cara.

—Dame un minuto, ¿quieres?

No esperó mi respuesta. Volvió al interior de la sala y me dejó allí plantada. Me pregunté si debía olvidarme de ella y pedir un taxi con dirección a ninguna parte. Cualquier cosa con tal de no estar parada. Ahora que había comprendido que quería estar con Jorge sobre todas las cosas, no era capaz de estar quieta sabiendo que, si no lograba localizarle, podía perderlo para siempre.

—Tú conduces. Yo pongo en marcha el plan —sentenció sin darme tiempo a reaccionar—. Fredy vuelve al hotel con tus padres. Andando.

Jessica había aparecido de repente, un minuto después de haber desaparecido, tal y como había dicho. Me cogió de la mano y me arrastró hacia uno de los aparcacoches, que esperaba paciente a que los invitados solicitaran de nuevo sus vehículos.

—Mi coche, ricura. Aquel tan poco vistoso y un poco machacado de la segunda fila. El negro.

Le señaló el coche y el chico, un jovencito con el pelo largo y un pendiente en la nariz, fue rápido a por él. Creo que comprendió la urgencia en los modos poligoneros de mi amiga del alma.

—Pero qué carabanchelera eres, Jessi —no pude evitar decirle, mientras le plantaba un beso en toda la cabezota.

—Ya sabes. Puedes sacar a la chica de Carabanchel. Pero no puedes sacar a Carabanchel de la chica.

Me guiñó un ojo y, pese a los nervios de la situación, nos reímos como dos crías que disfrutaban de una broma privada.

Así nos pilló el melenas cuando detuvo el Seat Arosa de Jessica delante de nosotras y nos pasó las llaves. Nos dedicó una mirada curiosa y Jessica le guiñó a él también el ojo. Se estaba desatando, tenía que atarla en corto, porque era capaz de invitar al chaval a nuestro particular *road trip*.

—Gracias, guapetón —remató la jugada. Me pregunté cuántas copas de champán se habría bebido en la fiesta.

Una vez dentro del vehículo, entré en pánico. Parecía fácil marcarnos un *Thelma y Louise* moderno, largándonos de la fiesta en coche, sin destino ni dirección, pero se nos había pasado por alto que hacía diez años que no conducía nada con ruedas que no fuera un carrito de supermercado. Ni siquiera estaba segura de conseguir arrancar el coche de Jessica.

—Yo creo que estoy medio borracha, tía, así que tú verás...

Esa era razón suficiente para intentarlo. Aunque mi conducción estuviera a la altura de un niño de siete años y las sandalias de mis pies tuvieran diez centímetros de alto, no había más remedio que lanzarse a la aventura. Fuera la que fuera, porque seguíamos sin un plan.

Puse la llave en el contacto y arranqué. La sensación de miedo era inmensa, pero valía más el deseo de hacer las cosas bien y buscar a Jorge que cualquier otro temor.

—A por mi escena de aeropuerto —susurré mientras metía primera y... Y el coche se calaba al primer intento. Sí, era de suponer. No era Telma, tampoco era Louise. Solo era una pardilla que no había cogido un vehículo desde la autoescuela, allá por el pleistoceno.

A la segunda lo conseguí. Con cautela, a diez por hora, logré sacar el coche del Club y ponerlo en la carretera.

—Muy bien —dije con ánimo, la adrenalina había comenzado a bombearme por las venas a una velocidad de infarto—. ¿Y ahora? ¿A dónde coño vamos ahora?

Jessica llevaba varios minutos absorbida por la pantalla de su teléfono móvil. Esperaba por su bien que estuviera haciendo algo para ayudar en mi misión para recuperar al chico de mis sueños. Si no, iba a soportar todo el peso de mi ira. No era momento para ponerse a comprobar si tenía actualizaciones en Facebook.

—¿Jess? —la llamé al ver que no obtenía respuesta—. Tierra llamando a Jessica. ¿Hola?

Cada vez estaba más nerviosa y eso hacía que apretara el acelerador de más. Algo aterrador a todas luces, máxime cuando no tenía ni puñetera idea de dónde estábamos ni a dónde íbamos.

—A ver, alma de cántaro. Gira a la derecha y luego toma la rotonda todo recto. Hay que coger la E-381 en dirección Algeciras. Hay hora y media hasta El Puerto de Santa María. Tenemos suerte, llegaremos a tiempo —dijo por fin, hablando como si tuviera un plan. Creo que jamás había estado tan tensa en toda mi vida.

Odiaba los puzzles y los enigmas y Jessica se acababa de convertir en uno en ese preciso momento. Le hubiera retorcido su delicado cuello si no hubiera estado ocupada intentando seguir sus indicaciones viarias.

—¿Se puede saber para qué vamos a llegar a tiempo?

—Pues para coger un BlaBlaCar a Madrid... ¿Para qué va a ser?

No podía creérmelo. Jessica era un genio. Había rastreado al usuario de Jorge en la aplicación y le había localizado a punto de salir para Madrid.

—Me he creado un perfil nuevo y le he contratado el viaje. Él no lo sabe, pero creo que, de iros a Madrid, le tocará volver a Sotogrande a por tus cosas. No te veo viajando vestida de Valentino.

—Te estás adelantando. Quizá no quiera ni escucharme.

—Venga ya, confía, tía. Si no, no sé qué coño estamos haciendo aquí.

Tenía razón, pero el miedo a fracasar me tenía agarradas las entrañas. Fracasar no era una opción y, sin embargo...

—La mujer que he visto esta noche encima de ese escenario, haciendo ese brindis y evitando hacer daño a gente que no se lo merecía, no es la mujer que se va a rendir sin luchar, ¿verdad?

Sonreí para mis adentros. Estaba claro que Jessica tenía mucha más fe en mí que yo misma.

—Dije lo que sentía, eso suele ser fácil.

—No te creas... si fuera tan fácil, yo hubiera puesto en práctica eso de las segundas oportunidades antes —dijo con la voz distante—. He estado a punto de joderla con Fredy. No sabes lo importante que es para mí todo lo que has dicho ahí arriba.

No estaba segura porque ya había anochecido hacía un rato, pero en la penumbra de la carretera, creí ver cómo una lágrima furtiva se deslizaba por su rostro. Me encogió el corazón intuirlo así, pero me alegré. Si había servido de algo mi discurso, también para Jessica, no podía hacer otra cosa que alegrarme.

—Fredy y tú vais a estar bien —aseguré convencida de mis palabras—. Incluso vais a estar mejor. Ya verás con qué ganas lo coge todo cuando le den el alta y pueda volver a usar... ya sabes.

Se rio entre lágrimas y me soltó un manotazo. Era muy bruta, la pobre, pero también un cachito de pan mi Jessi.

—No te creas, que algo ya hemos estado haciendo para rehabilitar la zona —soltó entonces, a bocajarro.

—¡Jessi!

—¿Qué? —se hizo la inocente—. Todo bajo supervisión médica, por supuesto.

—Por supuesto —tercié yo, divertida.

—Y no veas lo bien que maneja...

—¡No! ¡No, en serio! —grité entre carcajadas—. Ni de coña me vas a dar detalles de tu situación sexual con tu marido, amigo mío de toda la vida. Nunca ha sido necesario entre nosotras. No empecemos ahora.

—Yo lo decía por matar el tiempo. Y por distraerte. Nos queda más de una hora de camino. Imagino que los nervios te estarán comiendo viva.

Cuánta razón tenía la tía. Estaba nerviosa, tanto, que en mi estómago tenía alojada una piedra de doscientas toneladas de peso, por lo menos, pero eso no era razón suficiente para escuchar batallitas de cama ajenas.

—Mejor pon algo de música, ¿quieres? —propuse. La música amansa a las fieras, quizá también lo hiciera con los elefantes que te bailaban en la barriga cuando todo tu mundo dependía de una respuesta.

—Vale... pues te toca escuchar a Roxette, que es el único CD que nos queda vivo en el coche. Nos robaron la antena, así que ni menciones la radio.

Pulsó el botón de *play* y comenzaron a sonar los acordes de *Joyride*. Joder con el destino, una canción de carretera para un viaje de carretera.

She says:

Hello, you fool, I love you

Come on join the joyride

Join the joyride [\[3\]](#).

Y cantamos. Pese a los nervios, nos unimos a ese estribillo que habíamos entonado mil veces y quemamos los kilómetros.

Sin darnos mucha cuenta, el letrero que anunciaba la entrada en el término municipal de El Puerto de Santa María apareció frente a nosotras. Había sido la hora y media más larga de mi vida y, sin embargo, puede que la recuerde como la más efímera. La hora en la que aún estaba a salvo, en la que no me había expuesto del todo, en la que estaba corriendo a abrazar mi destino, fuera positivo o devastador.

—¿Y ahora? ¿A dónde demonios hay que ir? —me salió la pregunta en un tono agudo que apenas reconocí. Los nervios ya lo dominaban todo, habían tomado el control absoluto.

Jessica consultó el móvil y me indicó lo que el GPS decía hasta llegar al hotel Duques de Medinaceli, donde Jorge había citado a su compañero de viaje.

—¿Sabes? Yo no tendría el cuerpo para jotas después de que me hubiera llevado un chasco amoroso —comenté mientras procuraba centrarme en las indicaciones de Jessi—. No volvería a casa acompañada, no metería a nadie en mi coche.

—Afortunadamente para nosotras, los hombres son más simples, bonita —dijo con sorna—. Si Jorge pensara como tú, no hubiera habido modo humano de encontrarlo.

Eso era verdad, así que acallé mis voces interiores y me centré en encontrar el lugar donde Jessica y Jorge habían convenido la recogida. Llegábamos unos minutos antes de la hora concertada, así que aparcamos a escasos metros de la entrada del hotel y yo me dediqué a repasar qué decirle en cuanto lo viera. Llevaba todo el trayecto intentando no pensar en ello y, la verdad, no había discurso en la cabeza, estaba en blanco y no estaba segura de si eso era bueno o malo.

Cuando lo viera, como había ocurrido con el brindis de la fiesta, quizá saliera todo solo. O,

quizá, como era más probable, me quedaría en blanco y acabaría por balbucear solo un par de palabras sin sentido.

El corazón se me paró en seco cuando vi su coche parar a escasos metros de nosotras. Era él, indiscutiblemente él. Con sus vaqueros ajustados, su camiseta negra y sus ojos del color del chocolate caliente. Era Jorge y mi suerte estaba echada.

Miré a Jessi en busca de fuerzas y ella me abrazó con cariño, infundiéndome un ánimo que necesitaba como el respirar.

—A por él, Wendy.

Nos sonreímos mientras yo abría la puerta del vehículo. Me temblaba el pulso, me sangraba el miedo y un escalofrío me recorrió la columna vertebral, de arriba abajo, dejándome paralizada durante un segundo. Mi mano dudo sobre la manilla de apertura, pero apenas duró un suspiro. Estaba allí, no era momento de dudar.

—Hola, Jorge.

Mi saludo apenas fue audible. Él estaba de espaldas y, aun así, me oyó y se giró de cara a mí. ¡Dios mío, qué guapo era y cuántas ganas de besarlo me atravesaron justo en ese instante en el que me vio y un gesto de alivio le cruzó su hermoso rostro!

—Hola, Wendy.

Esbozó una sonrisa leve y pequeñita al mencionar el nombre que sabía que no era el de verdad y yo quise contarle todo, con pelos y señales, eliminar las mentiras y las verdades no reveladas del tablero de juego.

—¿Esperas a alguien?

Se rascó la cabeza y miró al suelo, intentando contener una sonrisa que se había ensanchado hasta ocuparlo todo. Mi corazón palpitaba a una velocidad superior a la de la luz y yo creí que se iba a escapar de mi pecho. Me dolía y todo, pero no era capaz de controlar ni el ritmo ni la emoción contenida.

—En realidad, sí. Te esperaba a ti.

Lo miré atónita y él se enfrentó a mis ojos desorbitados. Mi escena de aeropuerto no parecía mi gran gesto romántico. Daba la impresión de que era el suyo... aunque no tuviera ningún sentido.

—¿Me esperabas? ¿Sabías que buscaríamos tu usuario en BlaBlaCar?

—¿De qué otro modo podrías haberme encontrado si no?

—Pues llamándote por teléfono y tú contestando, por ejemplo —contesté a la defensiva—. Y lo he hecho, pero tú no te has dignado cogerlo y aquí nos tienes...

Se me murieron las palabras cuando él dio un paso en mi dirección y las mariposas que aleteaban en mi estómago se desplazaron un poco más abajo, donde se empezaron a consumir en el fuego abrasador que me estaba incendiando las entrañas. Su cercanía me quemaba y el único modo de apagar el fuego era conseguir que él se fundiera conmigo.

—Tienes razón, no te he contestado al teléfono —lo dijo con una calma que me exasperó. Necesitaba explicaciones, darlas y pedir las, no jugar al gato y al ratón, que parecía ser lo que él estaba haciendo.

—No, no lo has hecho... en su lugar me has tendido una trampa para traerme aquí.

Se rio y su rostro se iluminó con una luz dulce, pero también traviesa. Le hubiera besado hasta devorarlo en ese instante. También le hubiera abofeteado, todo hay que decirlo.

—Tenía miedo de que me llamas solo para pedirme perdón. Y yo lo quiero todo, no me sirven las medias tintas, ni las disculpas. Confiaba en que supieras leer entre líneas, por eso te

escribí la carta.

—Pero yo quiero disculparme. Te he mentido, no te he dicho ni mi verdadero nombre. Ni te he hablado de mi compromiso ni de mi extraña relación con Dani. Nada.

Guardó silencio un segundo y, luego, dio otro paso en mi dirección, acortando del todo la escasa distancias que nos había separado hasta ese momento. Perdí la capacidad de seguir razonando al percibir su olor, al colarse dentro de mi piel, al sentir su aliento sobre mi rostro, su tacto sobre mi piel cuando me retiró un mechón de pelo y me lo colocó detrás de la oreja.

—Estás preciosa, Wendy —susurró, derruyendo del todo mis pocas defensas.

—Jorge...

—Te conozco. Te lo dije esta tarde —dijo con una ternura que me colocó al borde de las lágrimas—. Llevo semanas a tu lado y te he visto nerviosa, evitando la mención a ese novio al que venías a ver. Apenas os habéis visto en un mes, no quedabas, eludías todo lo que tenía relación con él... Si exceptuamos el día que te vino a buscar a gritos cuando estabas en mi casa, calmando a Olivia, ha sido un fantasma durante todo el verano.

Jorge volvía a sorprenderme. Era observador y había estado atento a mí todas aquellas semanas. A su modo, me había distraído y cuidado, y eso era otra gran razón para enamorarme de él hasta la médula. Era atento, considerado y no se le escapaba ni una.

—No sé qué habrá pasado entre vosotros, qué historia os traíais entre manos, pero estaba claro que no te hacía feliz.

—Es complicado, Jorge. Mucho —acerté a decir con la voz estrangulada.

Me acarició la mejilla y yo me sentí en casa con ese gesto tan íntimo y cercano. Cerré los ojos y me abandoné a su tacto, a su suavidad y ternura.

—Lo supongo —concedió afectuoso—. Pero estás aquí.

—Estoy aquí —susurré perdida en la profundidad de su mirada limpia y acogedora.

—Para siempre, Wendy.

—Para siempre.

Se acercó entonces y sus labios por fin calmaron la sed y accedieron a calmar el incendio de mi interior. Me besó con las ganas de quien necesita saciarse para no caer fulminado. Fue un beso abrasador e intenso, uno que sellaba una promesa que habíamos tardado en formular sin tapujos.

Esa vez no iba a escaparme, ni a ponerme excusas. Esa vez el mundo entero se revolucionó con un solo beso, uno que lo significaba todo.

Al separarse de mí supe cuánto le amaba y sentí una necesidad de empezar de cero, de ser yo misma como nunca antes lo había sido, ofreciéndome en cuerpo y alma a otra persona por primera vez en mi vida. Esta vez no iba a formular deseos, estaba segura de que universo ya me había entregado algo que iba más allá de lo que alguna vez hubiera imaginado.

Sonreí y atrapé su rostro entre mis manos. Aún temblaba, pero eso era una buena señal.

—Hola, me llamo Ana. Ana Caballero. Encantada de conocerte.

Epílogo

Creerlo depende de ti, Wendy

La tienda tenía puesto un cartel enorme en el ventanal que anunciaba que el negocio se traspasaba.

No había durado en el barrio más que un año, el que hacía desde que había abierto sus puertas, en junio, justo por mi cumpleaños. Me lamenté por su suerte, siempre que cerraba un negocio me asaltaba una pena que no podía controlar. Pensaba en las ilusiones y en todos los planes que se habrían requerido para abrirla... cerrarla significaba renunciar a ello y siempre me ponía triste, incluso sin conocer a los dueños.

Empujé la puerta con decisión y un tintineo de campanillas me recibió. El interior era oscuro, pero extrañamente acogedor. Se respiraba un aire cargado de aromas exóticos: almizcle, pachuli, sándalo, y una energía que vibraba alrededor de todo tu cuerpo. Era perturbador y, a la vez, relajante y apacible. Una dualidad imposible y, sin embargo, real.

—Buenos días, ¿puedo ayudarle en algo?

De la trastienda salió un hombre de unos sesenta años, vestido de manera impecable, con pajarita y todo. Estábamos a las puertas del verano, pero él iba ataviado con chaleco de lana marrón y camisa de manga larga de color hueso. Era cierto que el interior del establecimiento era fresco, pero dudaba de que el hombre no acabara achicharrado con semejante atuendo.

Por un momento me pregunté qué demonios hacía yo allí. Iba a ser de nuevo mi cumpleaños, había pasado casi un año desde que aquella locura con Jagger se desatara, y yo seguía pensando en mi deseo y en cómo acabé consiguiendo y desechando lo que había pedido al soplar las velas.

Todo había cambiado desde aquella noche en la que rompí con Jagger y acepté que amaba a Jorge con todas mis fuerzas. Desde entonces, la vida me había cambiado como por arte de magia y, sin embargo, las dudas, a veces, me hacían preguntarme si todo aquello era real.

Jorge y yo habíamos vuelto a Madrid, a reincorporarnos a una rutina que agradecemos, lejos del verano eterno de Sotogrande.

Él había retomado su puesto en el parque de bomberos número 8, el de Vallecas, y había dejado a sus sobrinos con sus padres, que estaban de descanso del tratamiento. Después, cuando tuvieron que volver a Boston, fue la madre de Jorge quien se trasladó a Sotogrande. Las cosas entre madre e hija aún no eran cordiales, pero necesitaban ajustar la logística y Jorge no podía permitirse más excedencias.

En cambio yo, a mi regreso, no tenía un trabajo al que volver. Seguía de vacaciones forzadas por culpa de Marta Cadalso, la Rottenmeier. Pero un golpe de suerte me obligó a volver a mi antiguo empleo, esta vez con un ambiente mucho más relajado.

A mediados de septiembre, don Ramiro, el padre de mi némesis, nos reunió a todos sus antiguos empleados para proponernos un trato que no pudimos rechazar. Al parecer, no compartía los métodos de su hija y había decidido apartarla de la dirección. Pero como hacer eso de forma directa hubiera causado un cisma familiar, nos ofrecía la posibilidad de comprar el turoperador, a nosotros, a los trabajadores, para hacernos con el control y no depender de Marta Cadalso nunca más.

Hicimos cuentas, nos llevó algunas semanas encontrar soluciones, pero, al final, las chicas,

Pascual, Samuel y hasta Escarlata se entusiasmaron tanto como yo y acabamos haciéndonos con el control de la empresita de don Ramiro. Nos constituimos en cooperativa y empezamos a operar con la misma eficacia que nos caracterizó siempre, cuando el jefe llevaba la batuta y todo rodaba a las mil maravillas.

Marta no se lo tomó nada bien, pero si la cosa llegó a cisma familiar, don Ramiro se abstuvo de contárnoslo. Nos conformábamos con saber que él estaba contento al saber que el Tuoperador de Viajes Ramiro Cadalso (al que nos negamos a cambiarle el nombre) seguía con su trayectoria y no desaparecería bajo el yugo castrante de una hija demasiado estricta y estirada.

Poco después de la constitución de la cooperativa, Jorge me sugirió que podríamos vivir juntos. En nuestros días en Sotogrande casi lo habíamos hecho. Salvo dormir, lo habíamos hecho todo juntos, como una gran familia, en compañía de sus sobrinos, así que no nos resultó ningún problema volvernos a sincronizar.

Dudamos entre Vallecas y Carabanchel, por temas de logística laboral, pero, al final, ganó mi barrio de toda la vida. Encontramos un apartamento pequeño pero muy acogedor no lejos de mi trabajo y a tiro de piedra de casa de mis padres y de la de Jessica y Fredy. Seguir vinculada a Carabanchel era importante para mí, sobre todo porque estaba tratando de arreglar las cosas con mi madre.

Mi padre volvió al trabajo y en mi casa el engranaje volvió a funcionar con la precisión de un reloj suizo. A mi madre se le pasaron los siete males, dejó de preocuparse por la inexistente depresión de mi padre y volvió a centrarse en hacernos de comer, en meterse con el tío Francis y en cotillear con las vecinas.

Mi hermano Álvaro había decidido quedarse en Bruselas por una temporada. El amor por Chloe, la chica Erasmus, al final se lo había llevado lejos, pero no lográbamos echarlo mucho de menos. En Madrid tampoco es que le viéramos mucho el pelo, y ahora teníamos una excusa para viajar a Bélgica, algo que nos tenía a todos encantados.

El matrimonio de Jessica y Fredy pasaba por una segunda juventud. Cuando Fredy se dio cuenta de lo que podía perder al sufrir su pequeño accidente en la reunión de ex alumnos, empezó a valorar todo lo que tenía, incluida mi amiga. Y ella... ella dejó de tenerle miedo a la rutina y a cometer errores del pasado, y comenzó a entender que cada día podía ser diferente con solo proponérselo. No se encontraban relaciones así todos los días, no siempre se acertaba. Y ella tenía claro, desde los quince años, que Fredy era el amor de su vida.

El amor de la mía, sin embargo, había tardado más en llegar, pero todo lo bueno se hace esperar, y yo no podía quejarme. Jorge era ese deseo no formulado, esa parte de mí que no sabía que me faltaba. Era mi amigo, mi compañero, un excelente amante y, sobre todo, una persona comprensiva y resuelta que no había dejado que mis verdades a medias definieran su amor por mí.

Lo quería tanto que, a veces, me preguntaba cuándo estallaría la burbuja. Vivía con un miedo irracional a despertarme y ver que había vuelto a ser imprudente al desear algo fuera de mi alcance.

El collar rojo que Jessi me había regalado un año atrás, por mi cumpleaños, aún se calentaba sobre mi pecho cuando pensaba en mi suerte y eso hacía que siguiera con la mosca detrás de la oreja.

Por eso, llevada por un arrebato irracional e improvisado, me presenté en la tienda esotérica cuando estaban a punto de echar el cierre.

—Disculpe, señorita, ¿puedo ayudarla? —repitió el hombre tras el mostrador, con una sonrisa beatífica y el rostro relajado. Me gustó de inmediato y sentí aún más pena por que tuviera que

cerrar el negocio.

—Disculpe —dije al salir de mi ensimismamiento—. Quería realizarle una pregunta, si no tiene inconveniente.

Me miró risueño, con una expresión que era un verdadero enigma. Pensé que el dueño hacía juego con la tienda, era de lo más misterioso, y eso, en lugar de inquietarme, me gustó.

—Claro, lo que necesite —accedió indicándome que me acercara a él.

Le obedecí con decisión. Ese iba a ser el día en el que saldría de dudas. O eso esperaba.

—Verá. Hace un año, una amiga compró este collar en este establecimiento y me lo regaló. ¿Podría hablarme de él?

Tomó el collar que le mostraba y lo examinó con detenimiento. Se tomó su tiempo y yo creo que hasta se olvidó de que yo estaba allí, mirándolo, pendiente de él y de su escrutinio.

—Me acuerdo de este collar, señorita —admitió por fin el hombre—. La piedra es un cinabrio perfecto. Un colgante ciertamente hermoso.

Me lo tendió de vuelta y yo lo tomé, con cautela.

—¿Cree usted que tiene propiedades...?

—¿Mágicas? —completó la frase por mí.

—Bueno... sí, ¿cree que las tiene?

—El cinabrio es una piedra muy poderosa, señorita. Se dice que ayuda a la concentración, hasta tal punto que lo deseado pueda llegar a nosotros. También aporta claridad mental para discernir en disyuntivas cruciales de la vida.

—Oh...

O sea, que la piedra sí que podía ser...

—Aunque, entre usted y yo, señorita, también puede que eso sea lo que contamos los dueños de las tiendas esotéricas para embaucar a los pobres crédulos que van a dejarse los dineros en nuestros productos.

Me guiñó un ojo y mi desconcierto aumentó en un tres mil por ciento.

Si su discurso era de ese nivel de sinceridad, entendía por qué la tienda iba a cerrar en breve. No era esa una manera de vender a la que le viera yo mucho futuro.

Titubeé, confusa, le di las gracias y me di la vuelta para salir de allí. Había ido a buscar respuestas y me llevaba una... o dos.

—Crearlo depende de ti, Wendy —dijo entonces, cuando estaba ya en la puerta, con una voz misteriosa y que apenas se parecía a la que había empleado un minuto atrás.

Mi corazón se paró al escucharle decir esas palabras. ¿Habían sido de verdad o me las había imaginado? El ambiente de la tienda y lo que aquel hombre me acababa de contar sobre la piedra me habían dejado muy confundida, aturullada, así que hasta podía ser que escuchara cosas raras.

Cuando me di la vuelta para preguntarle al hombre qué era lo que había dicho, este ya desaparecía de nuevo en la trastienda.

En mis manos, la piedra volvía a emanar calor y yo supe que aquello era mejor dejarlo estar. Deseaba largarme de allí cuanto antes y encerrarme entre los brazos de Jorge, para olvidarme de la incertidumbre de lo que acababa de pasar.

El teléfono sonando en mi bolso hizo que reaccionara y que abriera la puerta para salir de allí mientras encontraba mi móvil y contestaba a la llamada. Era Jorge, y sentí que había sido escuchada, que mi deseo se iba a convertir en realidad.

—¿Dónde estás? Te paso a recoger, nos olvidamos de la boda de tu ex prometido y su ex mujer y nos vamos de escapada de fin de semana para celebrar tu cumpleaños. Tú y yo, una cama,

una cena de lujo servida directamente en la habitación y dos días para no parar de retozar, ¿cómo lo ves?

«*Cuidado con lo que deseas, Ana*».

Pero ya era tarde... porque lo deseaba. Y estaba claro que Jorge me deseaba a mí.

—¿Sabes que era eso precisamente lo que iba a desear al soplar las velas de la tarta?

Agradecimientos

En esta ocasión, no quiero excederme en esta entrada, porque han sido muchas personas las que me han aguantado estos últimos meses, en los que la crisis creativa me ha tenido más apagada que nunca. Ha sido duro, difícil, extraño.

Son muchas las muestras de afecto y apoyo recibidas y, por ello, quiero hacer un agradecimiento mayúsculo, épico, de los grandes, pero lo haré solo diciendo GRACIAS a quien no ha dejado de esperar por mí, a quien me ha tratado con paciencia y cariño. A los que han alentado, animado, exhortado y hasta me han amenazado con un *macolino* por dejar de creer en mí misma.

Gracias, gracias, gracias.

Sin vosotros y vosotras, todos y todas, nunca hubiera superado este bache. Sabéis quiénes sois y sabéis que os amo con un cariño enorme y sincero.

No me dejéis nunca.

No me soltéis la mano.

No abandonéis a esta pobre ilusa que una vez temió haberse perdido en la tormenta.

No me faltéis jamás.

Os quiero.

[1] Harrijasotzaile es aquel que practica el deporte rural de levantar piedras en Euskal Herria.

[2] El término sánscrito prāṇāyāma o pranaiaama designa los ejercicios respiratorios del yoga que conducen a la concentración y control del prāṇa, que es la energía contenida en la respiración dentro del organismo (fuente: Wikipedia).

[3] «Ella dice: *Hola, tonto, te quiero. Venga, únete a este viaje alocado. Únete a este viaje alocado*». Escrita por Per Gessle • 1990 Copyright © EMI.